ELLERY QUEEN

Había una vez una vieja...



La historia es un misterio de «cuarto cerrado» con un toque excéntrico, basado libremente en la rima infantil de la «vieja que vivía en un zapato».

Cornelia Potts, una anciana autoritaria y multimillonaria, gobierna a su familia con puño de hierro en una mansión de Nueva York.

Sus hijos son personajes pintorescos y algo desequilibrados que se detestan entre sí. Cuando empiezan a ocurrir asesinatos que parecen seguir un patrón absurdo, Ellery Queen interviene.

Ellery se encuentra atrapado en una red de disputas legales, herencias y comportamientos irracionales, donde debe descubrir si el asesino está realmente loco o si usa la locura como una cortina de humo perfecta.

Ellery Queen

Había una vez una vieja...

Ellery Queen - 18

Título original: *There Was an Old Woman*
Ellery Queen, 1943
Traducción: Leonardo A. Wadel


PROYECTO
SCRIPTORIUM

PRIMERA PARTE

I. *QUE VIVÍA EN UN ZAPATO…*

EL PLANETA gris perla del Palacio de la Corte Suprema, que se alza en Foley Square, es de forma redonda; por donde cabe deducir que la Justicia del Condado de Nueva York es regida por leyes universales, que siguen los dictados de la conciencia del Hombre como la Tierra sigue al Sol.

O al menos tal reflexionaba Ellery Queen —sentado sobre la extremidad meridional de su espinazo en un banco del Juzgado de la Sección VI, no presidido aún por el juez Greevey—, emparedado entre el sargento Velie, de la Sección Homicidios, y el inspector Queen, aguardando los tres el momento de atestiguar en un caso que constituye otra historia.

—¡Hasta cuándo, buen Dios! —suspiró Ellery.

—Si te refieres a ese merengue de Greevey —bufó el viejo Queen —, a buen seguro que apenas estará rascándose el ombligo y arrastrándose fuera de su lecho de armiño. Velie, vaya a ver qué demora la acción.

Abrió el policía un ojo contribulado, asintió pomposo y se arrastró puertas afuera en demanda de esclarecimiento. Al regresar arrastrándose puerta adentro, su faz estaba purpúrea:

—Dice el ujier —masculló— que el juez Greevey telefoneó avisando que tiene dolor de oídos y que por eso demorará dos horas en venir a los tribunales y que se va a dar algunas… Bueno, el ujier dijo «irritaciones», cosa que me sobra *a mí*; pero que no tiene ni pies ni cabeza *para mí*.

—Irritaciones —refunfuñó *Mr*. Ellery Queen— o, para llamarlas por su nombre verdadero, irrigaciones… ¡irrigaciones, sargento! Es éste un proceso por medio del cual se revivifican terrenos áridos,

polvorientos y yermos… una descripción, a mi entender, que se ajusta al juez Greevey como un guante.

El sargento se quedó perplejo; pero el inspector Queen rumió bajo sus erizados mostachos:

—¡Dos horas! ¡Ya le *irrigaría* yo bien! Salgamos al vestíbulo a fumar un cigarrillo.

Y el anciano caballero salió de la Sala 331, seguido por el sargento Velie y —mansamente— por su hijo Ellery; y así se introdujeron los tres en el fantástico cascarón del *Caso Locks*.

****

En efecto, corredor abajo tropezaron los tres con Charley Paxton, que se paseaba como un león ante la puerta de la Sala 335, Juzgado de la Sección VII. *Mr*. Queen, como la hija del gobernador de Mesina, poseía buen ojo y divisaba una iglesia a la luz del día; por lo cual notó esto y aquello en el joven de elevada talla, mecánicamente, automáticamente, concluyendo: (a) que profesaba la abogacía (cartapacio); (b) que su nombre era Charles Hunter Paxton (severo letrerillo dorado impreso sobre el mismo); (c) que el abogado Paxton aguardaba a un cliente y que éste se retrasaba; y (d), que se sentía desdichado (abatimiento general). Y nuestro prohombre, tras pasar la aspiradora de su mirada por el cuerpo de Charles Hunter Paxton, amagó seguir andando, satisfecho de su genio.

Pero su progenitor hizo alto, todo sonrisas:

Inspector. — ¿Otra vez, Charley? ¿Qué es ahora?

Mr. Paxton. — *Lèse-majesté*, inspector.

Inspector. — ¿Dónde ocurrió?

Mr. Paxton. — En el Club Bongo.

Sargento Velie. — *(Conmoviendo las marmóreas galerías con el tronar de sus carcajadas.)* ¡Imagínense ustedes a Thurlow en semejante desolladero!

Mr. Paxton. — ¡Y bien que le desollaron, amigos míos, sin exageración alguna! Desollado hasta el caracú…

Inspector. — Agresión y apaleamiento, ¿eh?

Mr. Paxton. — *(Amargamente.)* ¡De ninguna manera, inspector! ¡Ojo con no quebrantar la sacrosanta tradición! No: es la misma aburrida querella de siempre. Contra el joven Conklin Cliffstatter, de los Cliffstatters de la Orilla Occidental. ¡Ostentación, vanagloria y cursilería!

Sargento. — Gentuza hedionda, ¿verdad?

Mr. Paxton. — Bueno, sargento, el hombre fue lo bastante loco como para cantarle a Thurlow algunas verdades de a puño sobre el apellido Locks *(risotada).* ¡También yo ando en lo mismo! Loco… ¡Locks!… Todo el crimen de Conk consistió en eso: tejer equívocos en torno al nombre Locks. ¡Dijo que la casa de los Locks era un Lock-ero!

Ellery Queen. — *(Relucientes las pupilas famélicas.)* ¿Papá?

Y así fue cómo el inspector Queen dijo: «Charley Paxton; mi hijo, Ellery Queen»; y ambos jóvenes se estrecharon las manos y con ello se vio Ellery enredado —pues ello resultó algo más que una mera introducción— en el maravilloso caso de La Vieja que Vivía en un Zapato.

****

Surgiendo del horno de la Sala 335, Juzgado de la Sección VII, un ujier proyectó su calva al fresco del corredor:

—¡Oiga, abogado! Manda decir el señor juez Cornfield que, con Locks o sin él, no espera un minuto más a su chifl… ¡a su cliente! ¿Qué más da, por todos los diablos?

—¿No puede aguardar cinco minutos más? ¡Al demontre, amigo! —bramó Paxton, exasperado—. Se demoraron por… ¡Ah!… ¡Ahí llegan!… ¡Ujier, dígale al juez que enseguida estamos con él!

Y el abogado se precipitó a los ascensores, que acababan de vomitar una singularísima carga.

—Ahí la tienes, hijo —dijo el inspector, como aquel que señala algún cataclismo—. ¡Échale una buena ojeada! Son escasas las apariciones de la Vieja en público.

—Con ese disfraz —intercaló Velie, sutil ironista— la Vieja conseguiría buen trabajo en el cine.

Algunas mujeres envejecen con gracia, otras con amargura y otras más se limitan simplemente a envejecer; pero ni la resultante del correr de los años, ni los horrores de la decrepitud senil parecían atinentes a Cornelia Locks. Era pequeñita, protuberante de vientre, con movedizos piecezuelos de huesos finos. Su cara, como una mandarina, carecía casi por completo de rasgos; se sorprendía el desprevenido viendo dos ojos incrustados en ella, negros y duros como el carbón. Aquellos ojos, en virtud de alguna perversa emanación de su ego, parecían no parpadear jamás, aviesos y feroces. Si eran capaces de sufrir alguna mutación expresiva, sólo debía ser para lanzar llamaradas de cólera.

A no ser por sus malignos ojillos, al contemplar a la Vieja envuelta en tafetán negro, el lacillo de raso negro y el anacrónico bonete que usaba, cualquiera podría haberse imaginado en presencia de una «dulce y buena viejecilla», suerte de diminuto geniecillo asexual con una vaga semejanza con los retratos del «Jubileo de la Reina Victoria». Mas sus ojos borraban todo sentimentalismo; eran ojos peligrosos y malignos, ojos que a las personas imaginativas —como Ellery— hacían pensar en brujas, hechiceras y demás espantos de los mundos innominables.

El andar de *Mrs*. Cornelia Locks no era reposado como cuadraba a una setentona dama. Saltó del ascensor como la rana al charco, seguida por una estela de surtidos personajes, los más de ellos regocijadísimos caballeros de la prensa; pero uno del grupo, por lo menos —palpablemente, no periodista—, parecía casi tan extraordinario como la Vieja.

—¿Y quién diablos es ése? —preguntó atónito *Mr*. Queen.

—¡Thurlow! —sonrió el inspector—. El zascandil del que hablaba Paxton. ¡El hijo mayor de Cornelia!

—¡El *chiflado* mayor de Cornelia! —terció el esclarecedor Velie.

—¡El nene se enoja! —dijo el inspector, guiñando un ojo.

—¡Bah! ¡Cuando quiera…! —gruñó el sargento, esgrimiendo su zarpa.

—¡Siempre recibiendo (¿cómo dicen ustedes, los refinados, Ellery?), afrentas! —dijo el inspector.

—¿Ultrajes? ¿Afrentas? —Ellery frunció el ceño.

—¡Oh! ¡Lea los diarios! —rió Velie—. ¿No es elegante nuestro pipiolo?

Reprimiendo un escalofrío de asombro, vio Ellery que si alguien tuviera la malísima idea de despojar a la vieja Locks de sus faldas de tafetán para volverla a enfundar en «*tweeds*» grises, sacaría una reedición de Thurlow, su hijo… No; había una diferencia. Irradiaba Thurlow un grado inferior de energía. En carrera con su madre, él llevaría siempre las de perder.

Y, de hecho, perdía ya *aquella* carrera; pues se desalaba tras las huellas de la Vieja, apretando el sombrero contra su barriguilla, bregando infructuosamente por darle alcance. Jadeaba, sudaba y rabiaba puerilmente.

Un sujeto cenceño y sombrío, vestido con traje matinal y portador de un maletín médico, trastabillaba en pos de madre e hijo, sonriendo con una mueca penosa que parecía decir: «Señoras y señores, yo no troto: camino. No es ésta una realidad, sino una pesadilla. Señores de la prensa, tened piedad de este desventurado que se gana el pan cotidiano como puede.»

—Yo lo conozco —gruñó Ellery—. Es el doctor Waggoner Innis, el «Pasteur de Park Avenue».

—Trata a Innis como algunos tratan a los perros —dijo Velie, haciendo restallar sus labios.

—Por la forma en que corre tras ella se diría que Innis es un enfermo —terció el anciano.

—Pero ¿por qué un médico? —protestó Ellery—. ¡Si ella parece sana como un roble!

—Según tengo entendido, es por el corazón.

—¿Qué corazón? —dijo, sarcástico, el sargento—. ¡Si no tiene de corazón ni un negro de uña!

Se precipitó la comitiva hacia y por las fauces de la puerta de la Sala 335. El abogado Paxton, que trató de interceptar a *Mrs*. Locks recibiendo un afrentoso: *«¡Paso!»* en pago de sus afanes, se demoró lo suficiente para murmurar: *«Si quieren ver el espectáculo, caballeros, sean bienvenidos»*, tras lo cual se lanzó en pos de sus clientes.

Y así, los Queen y el sargento Velie, bendiciendo las nanas de Greevey, entraron a ver el espectáculo.

* * *

El juez Cornfield, robusto jurista de ojos de gacela medrosa, arrojó una ojeada desde la cúspide de su escritorio a la tardía *Mrs*. Cornelia Locks, al sudoroso *Mr*. Thurlow Locks, al ruborizado doctor Waggoner Innis y a los jubilosos periodistas, y al punto su faz trasuntó un rabioso afán vindicativo. Chilló al ujier, hubo cuchicheos y secreteos, y, sin más ni más, se reajustó el orden de vistas, y el caso *Locks-Cliffstatter* se vio desplazado un peldaño en el Tiempo, de suerte que *Giácomo-Kachinsku*, destinado a seguirle, gozó de la prioridad.

Ellery llamó por señas a Paxton, que zangoloteaba alrededor de la Vieja; y el abogado, dichoso, se escurrió hasta él.

—¡Salgamos! Ese caso llevará horas.

Se abrieron paso a codazos saliendo de nuevo al corredor.

—Su cliente —comenzó Ellery— me fascina.

—¿La Vieja? —Charley hizo una mueca—. Sírvase un cigarrillo. Es Thurlow, no *Mrs*. Locks, el causante de la acción.

—¡Oh! Por la forma en que corría tras la madre, suponía yo…

—Hace cuarenta y siete años que Thurlow corre tras mamá, amigo mío.

—¿Y por qué el elegante doctor Waggoner Innis?

—Cornelia sufre de una grave afección cardíaca.

—¡Paparruchas! Por la forma en que se agita…

—Por eso mismo, precisamente, *Mr*. Queen. ¡Nadie osa decirle ni media palabra a esa vieja yegua! Mantiene al pobre doctor Innis en constante tensión nerviosa. Y así es cómo el doctor siempre acompaña a la Vieja cuando abandona el Zapato.

—¿Eh? ¿Decía usted, *Mr*. Paxton?…

Le contempló Charley con suspicacia:

—No va usted a decirme que nada sabe del Zapato, ¿eh?

—¡Soy tan ignorante! —respondió Ellery, servilmente—. ¿Y cómo podría saberlo?

— ¡Y yo que imaginaba que todo el país lo sabía! Cornelia amasó su inmensa fortuna vendiendo zapatos. *¡«Los zapatos Locks»!*

—«Los zapatos Locks son los zapatos de Estados Unidos: $ 3.99 en todas partes», ¿verdad? —dijo.

—Eso son los Locks, amigo mío.

—¡No! —Ellery desvió la vista a la cerrada puerta de la Sala 335. Los «Zapatos Locks» no constituían una empresa, ni siquiera una institución; eran toda una civilización. Expendíanse «Zapatos Locks» en todos los rincones de la nación. Los chiquillos calzaban «Zapatos Locks»; y sus madres y sus padres y sus hermanas y sus hermanos y sus tíos y sus tías; y lo que era más abrumador, sus abuelos habían usado «Zapatos Locks» antes de ellos. Calzar «Zapatos Locks» era exhibir la «Legión de Honor» del americano proletario; y dado que tal clase social es la más nutrida, la fortuna de los Locks no era terrestre, sino astronómica.

—Con todo, no acierto aún a comprender su curiosa referencia a ese *Zapato* que suele abandonar la Vieja —dijo el prohombre, curioso, tomándose de nuevo al abogado—. ¿Surgió, por ventura, un nuevo culto entre los Locks, con toda su terminología esotérica específica?

Sonrió Charley:

—Se inició el asunto en cuestión cuando cierto caricaturista de un diario obrerista recibió orden del director de gastar tinta china en

contra de los Locks. ¿Recuerda usted la huelga en la fábrica Locks?

Ellery asintió, rememorándolo todo.

—Pues bien, ese genio del dibujo bosquejó una vasta mansión, que se suponía representaba el Palacio Locks, en Riverside Drive, pero cuidando de trazarlo en forma de un antiguo zapato de tacón alto; y dibujó a Cornelia Locks como la vieja regañona que aparece en la ilustración de Mamá Oca, con sus seis hijuelos saliendo a tumbos del «zapato», titulándola así: *«Había una vez una vieja que vivía en un zapato; tenía tantos hijos que no podía pagar a sus obreros un salario justo»*, o algo por el estilo. Sea como fuere, el nombre gustó y quedó, y Cornelia fue desde entonces la «Vieja» del cuento.

—¿Y usted oficia de abogado de ese potentado zapatero con faldas?

—Sí; pero casi todas mis actividades profesionales están consagradas a Thurlow. ¡Bendito sea su corazón sensible! ¿Vio al tipo? Es ese minúsculo y rechoncho troglodita con hombros de enano.

Ellery asintió:

—Su contextura es increíblemente parecida a la de un canguro «bebé».

—Bueno, Thurlow Locks es el hombre más injuriado, insultado y vejado del mundo.

—¡Y con todo el dinero necesario y suficiente para desquitarse! —bisbiseó, tétrico, el detective—. ¡Qué pena! ¿Ganó alguna vez uno de sus pleitos?

—¡Ganar! —alzó Paxton los brazos al cielo raso—. ¡Esto me desquicia! El actual es el *trigésimo séptimo pleito por libelo o calumnia* que me obligó a presentar a la justicia. ¡Y cada uno de los primeros treinta y seis fue desestimado!

—¿Y el lío del Club Bongo?

—Cornfield rechazará esta querella sin oírnos. ¡Acuérdese usted bien de mis palabras!

—¿Por qué *Mrs*. Locks no pone punto final a estas chiquilladas?

—Porque la Vieja profesa, a su manera, un orgullo por el nombre de la familia que es aún más deschavetado que el de su hijo.

—Pero si las querellas son todos casos de chaleco, ¿por qué permite usted que sean presentadas al juez, Charley?

El abogado enrojeció:

—Es que Thurlow insiste y porfía y como la Vieja lo respalda… Sé que me acusan de explotador de la familia —sus quijadas se crisparon—. ¡Gané en buena ley cada centavo cobrado a los Locks, Ellery! ¡Y no crea usted que le miento!

—Estoy seguro de que…

—¡Sufrí hasta pesadillas por ellos! ¡En mis sueños, Ellery, todos ostentaban largas narizotas y cuerpos rechonchos y toda la noche se complacían en escupirme el rostro! ¡Pero si yo no lo hago, Cornelia daría con mil abogados prontos a echarle mano al negocio! Y no serían tan escrupulosos como yo… ¡Oh, no!… Excúseme usted, mis nervios…

Velie se asomó por la Sala 335:

—¡Charley! El juez dictó sentencia en el otro caso, y la Vieja está berreando por usted.

—¡No se la llevaran los demonios! —farfulló el abogado, y regresó de prisa al juzgado, adoptando la postura de aquel que sólo aguarda el beso de *Madame* Guillotina.

****

—Dime, papá —susurró Ellery, regresando con Velie al lado del inspector, tras abrirse paso a codazos entre el gentío apiñado en la Sala—, ¿cómo fue que Charley, que parece un buen hombre, vino a enredarse con los Locks?

—Diría que el pobre Charley los heredó, hijo —rió el anciano—. Su padre era Sidney Paxton, abogado del departamento de recaudaciones. ¡Buena persona! ¡Si habremos vaciado botellas juntos! —el sargento asintió, nostálgico—. Sid envió a su hijo a

estudiar abogacía y éste regresó de Harvard con todos los honores. Comenzaba a practicar derecho criminal (todos decían que el muchacho sentía inclinación por ello), cuando falleció el viejo, y Charley tuvo que abandonar una carrera brillante para hacerse cargo de los asuntos civiles de Sid. Por aquel tiempo, Ellery, la cuenta de los Locks era tan grande que Sid se había visto forzado a desprenderse de todos sus otros clientes. Y ahora Charley pasa sus días bregando por eludir el manicomio.

A duras penas atinaba Thurlow Locks a contenerse al frente del salón. Se revolvía en su asiento, erizados sus bigotes grises. Trasparentaba nerviosa fiereza, como si gozara al máximo de su indignación.

—Ese hombrecillo —pensó Ellery— pide a gritos un psiquiatra.

Y siguió observando con mayor intensidad que nunca.

Siguió una brillante pero confusa batalla de amargos rencores. Desde el principio de la sesión se hizo evidente que el juez Cornfield estaba determinado a hacer justicia… a Conk Cliffstatter, quien estaba sentado y aburrido entre sus abogados y parecía que se le importaba un cuerno que se hiciera justicia o no. De hecho, barruntaba Ellery que el hombre sólo acariciaba una ambición: volver a casita y olvidar, soñando, esa pesadilla.

—Pero Su Honor[1]… —protestaba Charley.

—¡No me diga *Su Honor*! —tronó el juez Cornfield—. No afirmaré que sea suya la culpa, pues bien sabe Dios que los abogados tienen que vivir; pero tendría que pensarlo mejor antes de fastidiarme con esta ridícula querella que se repite por… ¿Cuántas veces van?

—Su Honor, mi cliente ha sido groseramente injuriado…

—¡Al demontre con *Su Honor*! ¡Su cliente es una molestia pública que abruma a los tribunales con sus majaderías! Se me importa un ardite malgastar *su* dinero —¡o mejor dicho, el de su madre!—, pero sí el de los contribuyentes.

—Su Honor escuchó el testimonio de los testigos… —dijo Paxton, desesperado y sudando.

—¡Y ya estoy convencido de que no hubo injuria! ¡Caso sentenciado! —bramó el juez.

Y sonrió, avieso, a la Vieja.

Con visible horror para Paxton, Thurlow se puso de pie de un brinco.

—¡Su Honor! —chilló, imperioso.

—¡Siéntese, hombre! —balbuceó Charley—. O, mejor, salgamos de aquí a…

—¡Un momentito, señor abogado! —dijo el juez suavemente—. *Mr*. Locks, ¿deseaba usted dirigirse al tribunal?

—¡Ciertamente que sí!

—Pues dése usted el gusto, señor mío.

—¡Acudí a este tribunal en demanda de justicia! —aulló Thurlow, agitando los brazos—. ¿Y qué he conseguido? *¡Insultos!* ¿Dónde están los Derechos del Hombre? ¿Qué ha sido de nuestra Constitución? ¿Acaso no vivimos en el postrer refugio de la libertad humana? ¿Acaso un ciudadano responsable no tiene derecho a protección legal contra las calumnias e injurias de *individuos ebrios, irresponsables*?

—¿Y bien? —dijo Cornfield—. ¿Decía usted, *Mr*. Locks…?

—Pero ¿qué *hallo* en este tribunal? —berreaba Thurlow—. ¿Protección? ¡¡No!! ¿Son defendidos mis derechos en este tribunal? ¡¡No!! ¿Es mi noble apellido lavado del ultraje de las groseras insinuaciones de mi demandado? ¡¡No!! Es un apellido glorioso, Su Honor, un nombre honorable, y la calumnia de ese sujeto disminuyó su valor en modo considerable…

—Aun más lo reduciré, *Mr*. Locks —dijo el juez, divertidísimo—, si no pone término a esa vergonzosa pantomima.

—Su Honor —Charley avanzó de prisa—, permítame presentarle disculpas por las desconsideradas y precipitadas observaciones de mi cliente…

—¡Alto!

Y la Vieja se incorporó, trémula de cólera.

El mismo juez pareció momentáneamente acobardado.

—¡Su Deshonor! —chilló Cornelia—. Su Deshonor (pues no puedo llamarle Su Honor, ya que carece por completo de él): son muchos los juzgados que he recorrido y muchos los jueces que he escuchado; pero jamás, en el curso de mi existencia, sufrí la desventura de presenciar como aquí tantos *arranques imbéciles*, en semejante juzgado de Baal, presidido por una *inmunda chiva vieja.* Mi hijo vino aquí a demandar protección al juez en defensa de *nuestro buen nombre*, recibiendo, en vez, insultos y vejámenes, siendo *nuestro buen nombre* objeto de *público escarnio…*

—¿Acabó usted ya, señora? —se estranguló el juez Comfield.

—¡No! ¿Cuánto le debo por su desprecio?

—¡Caso sentenciado! ¡Caso sentenciado! —berreó el juez; y brincando de su sillón de cuero, se envolvió en su toga, como una jovencita descubierta en *deshabillé* y huyó a la antecámara.

—Esto es, seguramente, una pesadilla —musitó Ellery, alborozado.

Los Queen y el sargento Velie engrosaron la procesión Locks en retirada. Se volcó ésta arrolladoramente, galería abajo, a la vanguardia la Reina Victoria enarbolando su sombrilla como una porra, hacia la abigarrada multitud de fiadores, periodistas, litigantes de divorcio, abogados, asistentes, ordenanzas y ujieres que se sumaron al éxodo de la sala del juzgado. Avanzaba la Vieja, y luego el sudado y belicoso Thurlow, y el carirrojo doctor Innis, y Charles Hunter Paxton, y el sargento Velie y ambos Queen *(père et fils*). Se volcó arrolladoramente por la galería de la rotonda, se apiñó en los ascensores y bajó al vestíbulo central.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Malo, malo! —exclamó Velie, alerta.

—¡Cómo odia a los «cameramen»! —apuntó el inspector.

—¡Aguarde! ¡No! ¡No! ¡Charley! ¡Acuda alguien! ¡Deténganla! ¡Por Dios bendito!

Los fotógrafos habían tendido una emboscada. Y ella cerraba, impetuosa, contra ellos.

Las pistolas de los ojos renegridos de Cornelia dispararon torrentes de proyectiles. Bramando de coraje, empuñó,

convulsivamente, su sombrilla y se lanzó al ataque. Se alzó y se abatió la sombrilla. Voló una de las máquinas por el aire, siendo atrapada al vuelo por un pasmado individuo en «*derby*». Otra cayó y rodó escalera abajo, dejando una estela de cascos.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! —tronó Velie, pomposo—. ¡Acabe con eso!

—¡Si es lo que está haciendo, hombre! —jadeó un «cameraman»—. Joe, ¿cómo quedó su físico?

—¡Abollado en la nariz! —gimió el tal Joe, contemplando su empurpurado pañuelo con horror. Y vuelto a la vieja, rugió—: ¡Bruja chiflada! ¡Me rompió la cámara!

—¡Aquí tienes dinero para comprarte otra, imbécil! —jadeó Cornelia, arrojándole dos o tres billetes de cien dólares; se abalanzó luego a la «limousine» y cerró la portezuela de un golpazo, casi decapitando a su orgullo y heredero imperial, Thurlow, que trastrabillaba —como de costumbre— pisándole los talones.

—¡No toleraré espectáculos públicos! —chilló ella por la ventanilla.

Y la «limousine» arrancó, aplastando a la anciana contra su médico de cabecera (que había buscado la protección del coche antes que ella) y abandonando al jadeante y resoplante Thurlow sobre el campo de batalla. Nuestro enanillo, tras experimentar momentáneo pánico por verse así expuesto a los ataques de las armas enemigas, irguió los ciento cincuenta centímetros de su talla y oprimió, tétrico y belicoso, sus ijares de varón sin pavura.

—Ocurre lo mismo todas las veces —dijo el inspector, de pie en la escalinata del Palacio de Justicia.

—Si no destrozó cien cámaras, no destrozó ni una sola —aclaró Velie, sacudiendo su cabezota.

—Pero ¿por qué los «cameramen» no escarmientan? —se admiró Ellery—. ¿O acaso sacan algún beneficio de cada aporreante transacción? Noté que la Vieja arrojó atractivos billetitos verdes sobre su víctima.

—Dices bien, *beneficio*, hijo —sonrió su progenitor—. Mira a ese pajarraco de la máquina rota. ¿Acaso se lleva las manos a la cabeza?

Ellery crispó las cejas.

—Y ahora —le indicó el viejo—, mira hacia allá arriba.

Dirigió Ellery la mirada en la dirección indicada por el índice paterno, punto en que se abría un amplio ventanal en la fachada del palacio. Varios poderosos oculares resplandecían al sol y, tras ellos, relucían ojos humanos clavados en el grupo formado por Thurlow Locks y Charley Paxton y cortesanos varios, apiñados en la acera de los tribunales.

—Sí, señor —dijo Velie, con respeto bien fundado—. Cuando hay que vérselas con la Vieja, es natural buscar adecuada protección.

—Captaron toda la escena desde la ventana —exclamó Ellery, suavemente—. ¡Juraría que la máquina destrozada fue un ardid, y ese Joe el señuelo de la trampa!

—Hijo mío —dijo el inspector, fríamente—, tienes pasta de verdadero detective. ¡Andando! Vamos a ver si el juez Greevey acabó con sus dichosas irrigaciones.

****

—¡Escuchen, muchachos! —vociferaba Charley en la acera—. ¡La mañana ha sido terrible! ¿Qué dicen? No; *Mr*. Locks no tiene ninguna declaración que formular. ¡No diga ni media palabra, Thurlow —cuchicheó Charley a un metro de las simiescas orejas del Heredero Imperial—, o le abandono para siempre! ¡Juro que le abandono!

Alguien aplaudió.

—¡Déjeme en paz, idiota! —berreó Thurlow—. ¡Vaya si tengo *mil cosas* que declarar, Charles Paxton! De todos modos, ya estoy harto de usted. ¡Harto de todos los abogados! Sí… ¡y de los jueces y de los tribunales y demás canalla!

—Thurlow, le prevengo que… —balbuceó Charles.

—¡Oh! ¡Váyase al demonio! Ya no hay justicia en el mundo… ¡ni un adarme… ni un átomo!

—¿De veras, nene? —dijo una voz.

—*No hay justicia, dice el ciudadano indignado*.

—Se declara *harto de abogados, jueces y tribunales*.

—¡Qué suerte para abogados, jueces y tribunales!

—¿Qué va a hacer, Lock-ito? ¿Protegerá su sensible honor con estiletes?

—¿Va a andar cargando y descargando pistolas de seis proyectiles?

—*Thurlow Locks, terror de las praderas; se lanza al sendero de la guerra armado hasta los dientes*.

—¡Basta ya! ¡¡Basta!! —chilló Thurlow, con acento terrible y, cosa curiosa, callaron todos. Temblaba en el paroxismo de su ira, moviendo sus piecezuelos sobre la acera, el mofletudo rostro rasgado de furia demente. Luego farfulló, estrangulada la voz—: ¡De ahora en adelante, me haré justicia con mis propias manos!

—¿Eh?

—¡Oigan! ¡El pigmeo parece que habla en serio!

—¡Está más loco que una cabra!

—¡Un momentito, muchachos, un momentito! Loco o no loco, no se le puede dejar suelto. ¡No con esas intenciones, hermano!

Uno de los periodistas dijo respetuosamente:

—¿Qué quiere usted decir, *Mr*. Locks? ¿Cómo se hará justicia con sus propias manos?

—¡Thurlow, por el cielo! —suplicó Paxton—. ¿No colmó ya la medida? Vámonos de aquí antes de que…

—¡Charles! ¡Sáqueme la mano del brazo! ¿Qué es lo que quiero yo decir con eso, caballeros? —expresó Thurlow, quedamente—. ¡Se lo diré al momento! Tengo la firme intención de comprar una pistola y la primera persona que ose insultarme o vejar el honroso apellido que llevo, no vivirá lo suficiente para esconderse bajo las faldas de estos corrompidos tribunales.

—¡Oigan! ¡Pásenle el dato a Conk Cliffstatter!

—Este deschavetado es capaz de todo.

Embistió Thurlow contra el gentío como un ariete en miniatura, braceando y manoteando. Le abrieron paso, casi respetuosos; y el fanfarrón pasó por entre ellos, triunfal.

—¡El muy maldito recibirá un balazo en la cabeza! ¡Así aprenderá a respetar lo respetable, caballeros! —aulló el Terror de las Praderas.

Y se fue en un remolino de brazuelos y piernecillas.

Gimió Charley y subió con premura los peldaños del palacio.

****

Encontró a Ellery Queen, su padre y Velie cuando salían de la Sala 331. El inspector se expedía con furiosa actitud contra los canales semicirculares del juez Greevey, pues parecía que esta lumbrera del foro neoyorkino había decidido quedarse en casa acunándose en una atmósfera de aceite de pirola en lugar de aventurarse por un mundo indiferente a dolores de oídos y nanas afines; consiguientemente, el caso que llevara a los Queen a juicio había sido aplazado para el día siguiente.

—Y bien, Charley, ¿qué ocurrió allá abajo?

—¡Thurlow amenaza con comprarse pistolas! —jadeó el abogado —. Dice estar harto de jueces y juzgados… ¡y que el próximo que le insulte recibirá en pago una libra de plomo!

—¡Bah! ¿Ese pigmeo chiflado? —se rió, desdeñoso, el sargento.

El inspector soltó una carcajada:

—¡Olvídese, Charley! Thurlow tiene menos agallas que un pez muerto.

—No sé, papá, no sé —murmuró Ellery—; pero el hombre no es muy equilibrado. ¿Quién te dice que no esté determinado a ejecutar sus amenazas?

—¡Oh! ¡Vaya si está determinado, amigos! —dijo Paxton, tétrico —. Por lo menos, ahora sí. De ordinario, yo no habría parado mientes en sus desvaríos; pero últimamente empeoró su estado y

mucho me temo que un día de éstos se pase de la línea y haga algún desaguisado.

—¿Pasar la línea? —preguntó, perplejo, Velie.

—¡La línea Mason-Dixon, peso pluma! —suspiró el inspector—. ¿En qué línea pensaba? Escúcheme, Charley: toma usted demasiado en serio a ese infeliz…

—Es lo mismo, señor inspector: ¿no cree usted que habría que adoptar precauciones?

—¡Seguro! Vigílelo: si empieza a comerse el cobertor, llame al manicomio.

—Necesitará sacar permiso del Departamento de policía para adquirir armas —señaló Ellery.

—Sí —dijo Charley, ávido—. ¿Qué le parece eso, inspector?

—¿Qué le parece qué, amigo? —gruñó el anciano, con acento disgustado—. Supongamos que le negamos el permiso, ¿qué pasaría? Pues que se lo compraría sin permiso. Y entonces, tendríamos entre manos, no sólo a un deschavetado, sino a un deschavetado que tiene rencor contra la policía. Quizá intente matar a un agente… Y no me diga a mí que él no puede adquirir armas sin permiso, pues me consta que es así, Charley.

—Papá tiene razón —terció Ellery—. Lo más práctico es no tratar de impedir que Thurlow eche mano de ningún arma, sino impedirle que haga uso de ella. Y en tal caso pienso que, más que fuerza, se requiere astucia.

—En otras palabras —dijo el sargento, conciso—, mojarle la pólvora.

—¡No sé! —musitó el abogado con desesperación—. Voy a volverme loco yo mismo pugnando por andar al paso de estos chiflados. Inspector, ¿no podría usted hacer algo?

—¡Pero, Charley! ¿Qué espera usted que haga? ¡Es imposible seguirle día y noche! De hecho, hasta que no cometa algún desaguisado, tenemos atadas las manos…

—¿Por qué no lo encierran? —indicó Velie.

—¿Por insania?

—¡Huff! —articuló Paxton—. Es mucho lo desequilibrado de los Locks; pero la cosa no llega a tal extremo. De todos modos, la vieja tiene influencia y pelearía por su hijo hasta el último centavo, y no duden de que ganaría.

—¿Por qué no se busca a alguien que vigile a su chiflado? —inquirió el anciano.

—Es eso, justamente, lo que pensaba —dijo el joven, astutamente—. ¡Ejem!… *Mr*. Queen, ¿no *quisiera usted*?…

—¡De mil amores! —replicó *Mr*. Queen, con tal presteza que su padre se le quedó mirando fijamente—. Papá, ¿regresas al Departamento?

El inspector asintió.

—En ese caso, Charley, véngase a mi departamento —dijo Ellery, con una sonrisa enigmática— y contésteme a las preguntas que le formularé.

II. *TENÍA TANTOS HIJOS...*

ELLERY sirvió un *whisky* con soda al abogado:

—No ahorre palabras, Charley. Ansío conocer a los Locks como nunca conocí a alguien en el mundo. No siga por el medio antes de llegar al fin del principio, y repita luego el proceso hasta alcanzar el principio del fin. Desde ese punto en adelante, Charley, trataré de decir algo constructivo sobre el caso.

—¡Sí, señor! —contestó el abogado, dejando el vaso. Y como aquel que se encuentra saturado de un tema, el joven comenzó a referir vida y milagros de los Locks, jóvenes y viejos, varones y mujeres, enfocándoles desde todas direcciones como una manguera de jardín que buscara aliviar su intolerable presión interna.

Cornelia Locks no siempre había sido la Vieja del cuento. Largo tiempo atrás había sido una niña que vivía en un poblacho de Massachusetts.

Una zaparrastrosa Ann era la niña, impulsada desde su infancia por el poderoso móvil de llegar a ser rica y vivir en la cumbre. De llegar a ser rica y de vivir en la cumbre de aquella colina y de cualquier colina más elevada que su vecina. De llegar a ser rica y de multiplicarse.

Se hizo rica Cornelia y se multiplicó. Se hizo rica casi por completo merced a sus propios esfuerzos; para multiplicarse, empero, le era menester recabar la ayuda de su esposo, habiéndolo así ordenado el Dios de las alturas. Pero lo menos que podía hacer Cornelia era perfeccionar el sacro mandato. Y así lo hizo, tomando, no uno, sino dos maridos; y así se multiplicó abundantemente, redondeando la cantidad de seis hijos —tres con su primer esposo,

tres con el segundo— antes de acaecer ese otro fenómeno natural asimismo ordenado por el Dios de las alturas.

(El segundo esposo —dijo Paxton— anda aún por ahí. ¡Pobre diablo! ¡Ya vendremos a él a su debido momento!)

Esposo I: fue atrapado por Cornelia en 1892, cuando ella tenía veinte años y poseía el dudoso encanto de una flor salvaje agostada a la vera del camino. Su nombre era Bacchus Locks. Configuraba Bacchus Locks la clásica paradoja del *Prometeo Encadenado*, encadenado en nuestro caso a su banqueta de zapatero, pues tal era su oficio en el pueblito de Massachusetts. Era un hombrachón de quien todas las muchachas estaban histéricamente aterradas, pues solía vagar de noche por los bosques entonando bárbaras canciones a la luz de la luna, mientras sus pies danzaban de impotente avidez de vagabundear por el mundo.

Se afirmaba que si la Vieja (dijo Charley) se hubiera casado con el veterinario del pueblo, lo habría convertido en un Pasteur, y si se hubiese desposado con el hijo ilegítimo del hijo legítimo de oscura rama de un árbol real, ella habría llegado a reina. Dadas las cosas, se casó con un zapatero; y, por ende, andando el tiempo se convirtió en el principal fabricante de zapatos de la tierra.

Si Bacchus Locks había soñado sueños sobre su banqueta, a buen seguro que no soñó con más banquetas; pero presto se halló en posesión de banquetas y más banquetas que cubrían acres enteros y empleaban a miles de personas. Y todo ocurrió con tal rapidez que él, el Soñador, no acertó a captar su íntima seducción; o quizá no la apetecía. La verdad es que Cornelia invirtió sus ahorrillos en una fábrica minúscula; creció ésta sin cesar y, por vía de partición, se hizo doble, y luego cuádruple… Bacchus sólo atinaba a estarse sentado, impotente, exasperado contra el milagro y su hacedor.

De vez en cuando desaparecía.

Regresaba sin dinero, sucio, desgreñado y desintoxicado, arrastrándose, sumiso, a los pies de Cornelia, con la culpable mirada de un arrepentido gato regalón.

Al cabo de los años, nadie prestó ni pizca de atención a Bacchus, ni a sus idas y venidas; ni sus empleados, ni sus hijos, ni menos su mujer, demasiado ocupada en la construcción de una regia dinastía.

En 1902, diez años después de la boda, rolliza y treintona Cornelia, poseedores los Locks, no sólo de fábricas, sino también de comercios al menudeo diseminados por todo el país, soñó Bacchus Locks su máximo sueño. Desapareció para siempre. Cuando pasaron los meses sin noticias de Bacchus, y fracasaron las autoridades policiales en descubrir vestigios del desaparecido soñador, Cornelia acabó por olvidarle y convertirse en genuina Reina de la tierra del Egipto. Después de todo, la erección de una pirámide exigía ímprobo afán y ella necesitaba velar por sus tres hijuelos, en edad de crecimiento, entre los restallidos de su látigo de capataza. Si echó de menos a Bacchus, no fue por causa claramente perceptible.

Vinieron luego los siete años de las vacas gordas, a cuya expiración la reina puso manos a la obra a los leguleyos; y satisfecha la ley, rígido faraón, Bacchus Locks fue declarado hombre no más vivo, sino muerto, y su esposa, no más esposa, sino viuda, capaz de tomar, sin oprobio, otro marido.

Se hizo pronto evidente que tal era su intención.

En 1909, a los 37 años de edad, se casó *Mrs*. Locks con otro hombre pusilánime, Stephen Brent, negándole en el propio altar el derecho de darle su nombre. La causa por la cual sentía tal lealtad por su lírico primer esposo, sobre cuyos hombros fundara su fortuna, siguió siendo un enigma como todo lo concerniente a sus relaciones con él; o quizá no mediara lealtad ni sentimiento alguno para con Bacchus Locks, sino hacia su apellido, cosa de todo punto distinta, pues tal nombre implicaba el *Zapato Locks, $ 3.99. En Todas Partes*.

No sólo rehusó Cornelia Locks abandonar su apellido, sino que insistió también en la condición «*sine qua non*» de que Stephen Brent cediera el suyo propio. Siendo Brent el tipo de hombre para quien toda discusión es aborrecible, accedió débilmente; y así fue cómo Stephen Brent se trocó en Stephen Locks por vía legal, y la gloriosa dinastía de los Locks siguió ascendiendo hacia la cúspide.

Cumple recordar (recordó Paxton a Ellery) que en 1902, Cornelia había trasladado a sus tres hijos, huérfanos de padre, a Nueva York, ciudad en que les construyó una regia mansión; el Palacio Locks, fabuloso bloque de granito y acero erguido en Riverside Drive, frente al manso río Hudson y al ahumado verdor de la costa de Jersey.

Y fue así cómo Steve Brent tropezó con Cornelia.

—Es para mí motivo de asombro —gruñó el abogado—, que Steve acertara a desprenderse del mayor Gotch el tiempo suficiente para quedarse a solas con la viuda y pedirle que se casara con él… ¡si es que se lo pidió!

Nuestro Stephen Brent llegó a Nueva York procedente de los Mares del Sur, o de la Península Malaya, o de algún otro lugar romántico, y con él, a horcajadas suyas, vino también el mayor Gotch: dos vagabundos cortados por la misma tijera, hermanados por el secreto gozo de la holgazanería, tenaces en su unión. Ninguno era malo, sino débiles; y los hombres débiles eran la debilidad de Cornelia.

Tal vez fue por eso por lo que, de los dos vagabundos, escogió Cornelia a Stephen Brent como príncipe consorte, y no al mayor Gotch; pues el mayor Gotch acusaba un vestigio de firmeza de carácter, no fuerza, sino menor debilidad, de que dichosamente carecía su compinche. Tal rasgo de su carácter le permitió enfrentar a Cornelia y demandar santuario con su Pitias.

—¿Casarse con Steve? ¡Sí, señora! Pero Steve se moriría sin mí, señora. Es un pobre diablo solitario y aburrido —había manifestado entonces el mayor Gotch a la Locks—. Puesto que usted está tan bien acomodada, señora, me parece que no se volvería más pobre si me recibiera en compañía del amigo Steve.

—¿Sabe cuidar jardines? —le espetó Cornelia.

—¡Vamos! ¡No me confunda usted, señora! —dijo el mayor, sonriente—. Yo no le pido trabajo. ¡El mayor Gotch no las va con eso, señora! Vengo, me instalo aquí, y listo. En la pierna derecha tengo alojada una bala que me hace muy penoso el estar de pie.

Por primera vez en su vida, cedió Cornelia a un hombre. O quizá tenía sentido del humorismo. Aceptó la condición, y el mayor Gotch se mudó e se instaló «*ipso facto*» en el Palacio Locks, compartiendo la increíble fortuna y suerte de su amigo, y tornándose, como él solía decir con fruición, total y categóricamente inútil.

—¿Amaba Cornelia a Stephen? —preguntó Ellery.

—¿Amarlo? —dijo, sarcástico, Charley—. Sepa usted que fue apenas magnetismo animal de parte de Cornelia, pues se ha dicho que Stephen poseía cuando joven «lindos ojos», aunque ahora los tiene algo desvaídos; y un negocio redondo por parte de Stephen. Y la cosa no salió del todo mal. Conquistó Cornelia un esposo que le brindó tres hijos adicionales; y para Steve, todos los días son ahora de fiesta y de atracón, tras una juventud pasada a cinturón flojo. Él y su viejo compinche, el mayor Gotch, pasan sus días en la finca, disputando interminables partidas de damas. ¡Nadie les dispensa ni pizca de atención!

—Los tres hijos del primer matrimonio de la Vieja, o sea la prole de Cornelia y del esfumado Bacchus, son chiflados —continuó Charley.

—¿Dijo usted «chiflados»? —Ellery parecía consternado.

—¡Ya me oyó! —el abogado estiró la diestra hacia el botellón.

—Pero… ese Thurlow…

—¡Muy bien! ¡Tomemos a Thurlow! —arguyó Paxton—. ¿Diría usted que es cuerdo? ¿Un hombre que malgasta su vida consumiéndose de rabia por desquitarse de la gente, alegando imaginarios insultos infligidos a su nombre? ¿Qué diferencia hay entre esa chifladura y la manía de aplastar moscas imaginarias posadas en su nariz?

—Pero su madre…

—Es cuestión de grado, Ellery. La pasión que profesa Cornelia por el honor del apellido Locks se mantiene dentro de lindes razonables, y no agrede a nadie a menos que tenga ante sí algún blanco vulnerable. Pero Thurlow se pasa los días de agresión pura y, las

más de las veces, sólo hay una expresión de perplejidad en la faz de algún desconocido.

—La voz *insania* es muy desagradable para los neurólogos, Charley —se quejó Ellery—. En el mejor de los casos, los coeficientes de normalidad son variables, y dependen de la edad y de las costumbres. En la Edad de la Caballería, por ejemplo, la obsesión que siente Thurlow por el honor de la familia habría sido reputada como un altísimo signo de cordura.

—¡No se ande por las ramas, Ellery! Pero si quiere pruebas, tome usted a Louella, hija segunda de la unión Comelia-Bacchus… Admitamos sin reparos la hipersensibilidad de Thurlow por el apellido familiar, aceptemos su natural extravagante, su pueril inocencia respecto de cuestiones económicas o mercantiles, reputemos tales antecedentes como señales de una personalidad desdichada, inadaptada, pero básica y esencialmente cuerda. En cambio, *esa* Louella… ¡Imposible discutir con ella o *sobre* ella! Cuenta 44 años de edad, soltera, como es natural, y…

—¿Qué le ocurre *a ella*?

—¡Se cree una genial inventora!

Nuestro amigo hizo visajes.

—Nadie presta tampoco ni pizca de atención a Louella —masculló el abogado—. Nadie, excepto la vieja. En la casa tiene instalado su propio laboratorio. Conozco un viejo desván del zoológico de los Locks en que la Vieja arroja las «invenciones» de su monomaníaca astilla. Un día sorprendí a la Vieja llorando sentada en el umbral de ese desván. Confieso, amigo mío —agregó Charley, sacudiendo la cabeza—, que a pique estuve de compadecerme de la vieja arpía.

—¡No se detenga ahora! —rogó Ellery—. ¿Y el tercer hijo del primer matrimonio?

—¿Horatio? —el abogado se estremeció—. Cuenta cuarenta y un años. Por muchos conceptos es Horatio el más extraño del trío. No sé por qué, pues dista de ser el pavoroso personaje que acaso imaginaría usted… Y con todo… ¡Jamás me miró sin hacerme poner la carne de gallina!

—¿Qué ocurre con él?

—Tal vez nada —expresó Paxton, oscuramente—, ¡tal vez *todo*! ¡No sé, no sé! Creo que tendrá que ir usted mismo, y hablar con él, y verle en su propio marco para acreditar que real y efectivamente existe.

Sonrió Ellery de oreja a oreja:

—¡Qué listo es usted! Sabrá que mi espíritu no es de los que resisten la tentación de un misterio.

Paxton humilló la cabeza:

—Bueno, yo… deseaba su ayuda y…

Ellery lo miró fijamente:

—Charley, ¿cuál *es* su interés por tan singular familia? —guardó silencio Charley—. ¡No será mera integridad profesional! Cargos hay que no valen todo el oro del mundo y, por lo visto y oído, ser asesor legal de los Locks es uno de ellos. El borrego tiene su madre, y puesto que ésta no es el dinero… ¿Cuál es la madre del borrego? ¿De qué está hecha? ¿Cómo es? ¿Qué tiene?

—Guedejas rojas y hoyuelos —dijo Paxton, desafiante.

—¡Ajá! —articuló *Mr*. Ellery.

—Sheila es la menor de los tres hijos del matrimonio de Cornelia y Steve. ¡Son seres racionales, gracias al cielo! Robert y Mac son gemelos. ¡Pareja admirable! Andan por los treinta. —Charley se ruborizó—. ¡Y yo voy a casarme con Sheila!

—¡Felicitaciones! ¿Qué edad tiene la joven?

—Veinticuatro. ¡Imposible imaginar cómo Sheila y los mellizos nacieron en el seno de esa familia! La Vieja sigue dirigiendo los negocios de la empresa Locks; pero Bob y Mac corren ahora realmente con ella, asistidos por un veterano que trabaja para Cornelia desde tiempo inmemorial. ¡Un simpático yanqui llamado Underbill! Él supervisa toda la producción de las fábricas; Robert es el vicepresidente de la sección ventas, Mac ocupa igual cargo en la sección publicitaria y…

—¿Y Thurlow?

—¡Oh! Él también es vicepresidente. Pero jamás supe de qué era vicepresidente, ni creo que él mismo lo sepa. ¡Un engorro ambulante! Y hablando de engorros, El, ¿como hacer para impedir que Thurlow cometa algún desatino?

Encendió Ellery un cigarrillo y fumó, abstraído:

—Suponiendo que alimentara la determinación de adquirir un arma, ¿sabe usted dónde podría comprar un revólver? —preguntó.

—Sí; en la casa «Comwall & Richey», Madison Avenue. Allí tiene cuenta corriente; molesta a la casa encargando equipos deportivos que jamás usa. ¡Es el lugar más lógico!

Mr. Paxton recibió en las manos el teléfono:

—Llame a Cornwall & Richey y practique una discreta investigación.

Mr. Paxton telefoneó a dicha casa comercial y practicó una discreta investigación. Al dejar el aparato, su cara estaba púrpura:

—¡No hablé en vano! —aulló—. ¿Sabe qué hizo ese insensato? ¡De fijo que se fue allí al salir del Palacio de Justicia!

—¿Compró un revólver?

—¿Un revólver? ¡Compró *catorce*!

—¿¡Qué!?

—Conversé con el empleado que lo atendió. ¡Catorce pistolas, revólveres y automáticas! —gimió Paxton—. Dijo que iba a iniciar una colección de «armas de fuego modernas». Allá conocen bien a Thurlow, pero ¿ve usted cuán astuto se mostró? ¡Sabía que tendría que suministrar alguna excusa viable para adquirir esa cantidad de armas de fuego! ¡Colección! ¿Qué hacemos, El?

—Si es así, Thurlow debe tener licencia —reflexionó Ellery.

—Parece que fue magníficamente preparado. Estuvo planeando un mes este golpe: ¡nada más obvio! De seguro husmeó el fiasco en el último juicio por libelo perdido, el anterior a Cliffstatter. Posee una licencia especial arrancada por influencia en alguna parte. ¡Esa licencia tendrá que ser revocada!

—Sí, podría ser revocada, Charley —concordó Ellery—; pero mi padre tenía razón esta mañana: si se le niega a Thurlow el derecho

legal de posesión de armas de fuego, conseguirá la suya ilegalmente.

—¡Pero, catorce! Con catorce armas de fuego en sus manos, constituirá toda una amenaza para la seguridad pública. Cualquier insulto imaginario… ¡y Thurlow emprenderá una *purga* individual!

Ellery frunció las cejas:

—No puedo creer aún que sea una amenaza seria. Es obvio que hay que vigilarle, pero…

—¿Se encargará entonces del asunto?

—¡Oh, sí!

—¡Bravo! —Charley estrujó la diestra del detective—. ¿Qué podría hacer para ayudarle?

—¿No sería posible insinuarme hoy mismo en el Palacio Locks sin suscitar sospechas de nadie?

—Bueno, esta noche me aguardan allá… unos asuntillos legales que revisar con la Vieja… Creo que podría introducirlo en la cena. ¿Sería esta noche demasiado tarde?

—Difícilmente, Charley. Si Thurlow es el hombre que usted dice, se pasará la tarde acariciando sus catorce instrumentos de muerte y tejiendo toda suerte de sueños deleitosos para él. ¡Será una cena espléndida!

—¡Magnífico! —Charley se puso de pie de un salto—. Vendré a buscarlo a las seis.

III. *QUE NO SABÍA QUÉ HACER*

—VAMOS a visitar a alguien —anunció el abogado Paxton esa noche a Ellery Queen, guiando su coche ciudad abajo—. Tengo particular interés en que conozca usted a esa persona antes de… antes de… No sé si me entiende…

—¡Ajá! —articuló Ellery, reflexionando con furia y sacando deducciones, pero para su coleto.

Detuvo Paxton su «roadster» ante un edificio de departamentos de la calle 70 Oeste. Habló con el portero, y el portero llamó a alguien por el teléfono interno. Charley se paseaba por el vestíbulo de acceso, fumando, nervioso, un cigarrillo.

Pronto apareció Sheila Locks en medio de un torbellino de prendas estivales y risas cristalinas. Era esbelta, pequeñita y tenía sedoso cabello rojo. A Ellery se le figuró que Sheila representaba ese típico producto de la sociedad norteamericana: una chiquilla de inofensiva insolencia. Ella insistiría en la rectitud de las cosas y de buena gana las torcería para luego darse el gusto de enderezarlas; se impacientaría con los hombres que se golpean el pecho y se enfurecería con los autores de los padecimientos humanos. (Barruntaba Ellery que *Mr*. Paxton se golpearía el pecho en toda ocasión por el placer de llamar sobre sí la atención del prójimo). Y ella era deliciosa y fresca como una plantita de menta crecida a la vera de un arroyuelo. ¿Entonces, qué?, se preguntaba Ellery al estrechar la enguantada mano de la joven y escuchar su explicación de que acababa de visitar a una amiga enferma. ¿Por qué esa secreta tristeza en sus ojos?

Supo la respuesta al tornar al Drive por los barrios del Oeste, sentados los tres en el asiento delantero del «roadster».

—Mi madre se opone al casamiento —dijo Sheila, sencillamente —. Y tendría usted que conocer a mi madre, *Mr*. Queen, para comprender lo terrible de nuestra situación.

—¿Y qué razones alega?

—¡Ni una sola nos quiere dar! —gimió Charley.

—Creo saber la razón —dijo Sheila, tan queda que Ellery casi no captó su acento amargo—. Es por mi hermana Louella.

—¿La inventora?

—Sí. Mamá jamás tuvo reparos en mostrar sus simpatías, *Mr*. Queen. Siempre fue más cariñosa con los hijos del primer matrimonio que con Bob, Mac y yo. Tal vez sea porque nunca amó a papá, y al mostrarse fría con nosotros, se desquita *de él*…. ¡o cosa parecida!… Sea lo que fuere, bien sabemos que mamá idolatra a Louella y que me detesta *a mí,* Mr. Queen —se mordió Sheila el labio inferior, como buscando ocultarlo.

—¡Es la pura verdad! —gruñó Paxton—. Se diría que es culpa de Sheila el que Louella sea como una vieja y descarnada «zombie», afanándose todo el día en su pestilente laboratorio de química, con una luz inhumana en los ojos.

—¡Es simplísimo! Antes de verme casada con Charley quedándose Louella para vestir santos, mamá prefiere sacrificar mil veces mi dicha. ¡Es un monstruo!

Ellery Queen, viejo sabedor de cosas extrañas, imaginaba adivinar dónde alentaba tal monstruo. Los hijos nacidos del matrimonio de la Vieja con Bacchus Locks, eran desequilibrados, seres anormales. Y sobre ellos, sobre los débiles, los inadaptados, los impotentes, Cornelia Locks había volcado toda la pasión de su maternidad. A la prole resultante de su boda con Stephen Locks, *né* Brent, sólo podría brindarle, pues, odio y amargura. Los gemelos y Sheila conformaban los tipos ideales que Cornelia había querido que fueran el deschavetado y pleiteador Thurlow, la solterona inventora Louella y el aún no vislumbrado Horatio.

Eso estaba claro. Pero restaban mil puntos oscuros.

—¿Y por qué aguantan ustedes sus imposiciones? —preguntó.

Antes que Charley atinara a contestar, dijo la joven:

—Mamá amenaza desheredarme si me caso con Charley.

—¡Ya veo! —dijo Ellery, sin que le agradara ni pizca la respuesta.

Ella leyó honda desaprobación en su tono:

—¡No estoy pensando en mí, *Mr*. Queen! ¡Pienso en Charley! ¡No sabe usted qué cosas tuvo él que aguantar! ¡A mí no se me importa un ardite si recibo o no el dinero de mi madre!

—¡Ni a mí tampoco! —terció Charley, enrojeciendo—. No des a Ellery la impresión de que… ¡Las horas que pasé discutiendo contigo, querida!

—Pero…

—Ellery, ella es terca como su madre. Si se le mete una idea en la cabeza, ni con tenazas se la quita.

—¡Paz! —sonrió Ellery—. Recuerden que todo esto es nuevo para mí. Si ustedes dos se casaran contrariando los deseos de su madre, Sheila, no sólo ella la desheredaría, sino que despediría a Charley. ¿verdad? —la joven asintió, sombría—. ¡Y el pobrecillo de Charley quedaría sin empleo! ¿Acaso me equivoco al creer que todo su trabajo se reduce a la familia Locks y a sus asuntos legales, Charley?

—Sí —respondió el abogado, abatido—. Entre los interminables pleitos de Thurlow y los legítimos asuntos legales propios de una empresa fabril que gira con muchísimos millones, mantengo yo atareadísimo a un nutrido personal. Es indudable que la madre de Sheila me retiraría todos sus asuntos legales para entregárselos a otro estudio, si llegara yo a casarme con su hija. ¡Y bien librado quedaría yo! Tendría que empezar de nuevo. Pero lo haría sin ninguna vacilación por hacer mía a Sheila. ¡Sólo que ella no lo quiere así!

—¡No! ¡No lo quiero! —afirmó la muchacha—. ¡No arruinaré tu vida! O la mía, si es por eso. —Sus labios se crisparon, y Charley hizo un gesto de desagrado—. Sé que usted sentirá horror por mí, *Mr*. Queen, cuando haya oído lo que le diré. Mi madre es vieja, una vieja muy enferma. El doctor Innis no puede curarle el corazón. Y ella no quiere obedecerle, o tener cuidado de él, y nosotros nada

podemos hacer en tal sentido… Mamá morirá pronto, *Mr*. Queen. En semanas. ¡O días! Así lo dijo el médico. ¿Cómo no sentir alivio para esa perspectiva? —y los ojos de Sheila, tan azules y tan bellos, se cuajaron de lágrimas.

Claro vio Ellery que la vida no era todo dulzura y pétalos de rosas, y que las almas duras y crueles de este bajo mundo pertenecían a mujeres, no a hombres.

—A veces —dijo Sheila, sollozando—, a veces creo que el hombre no sabe de verdad lo que es el amor—. Sonrió a Charley, revolviéndole los cabellos—, ¡Eres un encanto! —dijo.

Circulaba el coche en medio del intenso tránsito callejero. Nadie habló por un tiempo.

—Cuando fallezca mamá, Charley y yo, y mi padre, y mis hermanos gemelos, seremos todos libres. Toda nuestra vida la hemos vivido entre rejas, en una especie de manicomio. Verá usted todo esta noche… Si… ¡seremos libres y volveremos a ser seres humanos, no animales de zoológico! Thurlow está furioso contra el nombre Brent… ¡Lo odia!

—¿Sabe todo esto su madre, Sheila? —dijo Ellery, cejijunto.

—Imagino que lo sospecha —la joven asió el brazo del abogado —. ¡Charley! Detente aquí y déjame bajar.

—¿Para qué? —inquirió Charley, suspicaz.

—¡Déjame bajar, gorila! Es innecesario volver a mamá más furiosa de lo que ya está, tonto. Regresaré a casa en taxi desde aquí, mientras tú llevas a *Mr*. Queen a casa. ¡Mamá *sólo* podrá sospechar entonces que te vi fuera de casa!

—En nombre de los siete mil milagros —balbuceó Ellery, apeándose del coche de su anfitrión—, *¿qué es esto?*

La mansión se alzaba retirada de los altos portones moriscos y de los muros coronados de lanzas que ceñían la suntuosa propiedad de los Locks. El edificio enfrentaba Riverside Drive y el manso río Hudson; se extendía entre portones y finca un impresionante círculo de césped y arboleda, circundado por una alameda frondosa que se

curvaba de los portones a la mansión, y de la mansión a los portones.

Apuntaba Ellery, con un índice acusador, al centro de aquel círculo de verdor. Entre los recortados árboles de la ciudad se perfilaba un singularísimo objeto: una pieza de bronce, alta como dos acróbatas y ancha como un elefante. Se erguía dicha obra sobre un pedestal, y destellaba bajo el sol poniente.

¡Era la estatua de un zapato Oxford!

Un zapato con cordones de bronce.

Sobre el mismo, en elegantes trazos de tubos de gas neón, se deletreaban estas palabras:

EL ZAPATO LOCKS
$ 3.99 EN TODAS PARTES

IV. *LES DABA ALGO DE CALDO, SIN NINGÚN PAN*

—ES UN poco temprano para la cena —dijo Charley, haciendo resonar su voz robusta en el vestíbulo—. ¿Querría usted «captar» antes la atmósfera, o qué, El? ¡Estoy a su disposición!

Parpadeaba Ellery contemplando la escena. Aquella casa era seguramente la más maravillosa del maravilloso Nueva York. Carecía de estilo; o por decir mejor, participaba de múltiples estilos, inclinándose algo pesadamente a lo morisco, y subdominando el gótico. Era grande, muy grande; y sus accesorios resultaban pesados, muy pesados. En los muros había riqueza excesiva de libras al fresco, y feas, tétricas colgaduras. Caballeros de Bizancio se erguían junto a los sombríos umbrales, rígidamente, en guardia contra amenazas tan vacuas con sus férreos corpachos. Una escalinata dorada enroscaba sus espirales desde la planta baja al cielo de aquel fantástico sueño.

—Déjeme asimilar la atmósfera por trechos y por trozos —suplicó el detective. Casi aguardaba la aparición de fieros mastines afganos, con la lengua batiente, urgidos de ocultas madrigueras, y tétricos Cuasimodos, enfundados en sacos castaños y ostentando cráneos tonsurados, que se ponían a las órdenes del trémulo convidado. Pero el único criado entrevisto, un sujeto furtivo con librea de mayordomo, resultó perfectamente convencional. —De hecho, Charley, si yo pudiera echarle un vistazo a los diversos Locks antes de la cena, estudiándolos en su nativo hábitat, le estaría eternamente agradecido.

—No concibo a nadie ansioso de conocerles, salvo por extrema necesidad, El; pero supongo que eso le distingue de los demás

seres. ¡Por aquí, profesor! ¡Veamos a qué Locks desenterraremos primero!

En la cima de la escalera se abría un descansillo, espacioso y callado, del cual partían largos corredores. Torció Charley por una esquina, y se vieron ante la entrada de algo absurdamente semejante a una estrecha torrecilla.

—¡Esto es lo que es! —asintió Charley—. ¡Arriba!

Ascendieron por una empinada escalera caracol.

—Desde afuera no noté este *campanile*, Charley. ¿Por qué?

—Por una peculiaridad arquitectónica. La torre da a un patio interior, invisible desde la calle.

—¿Y a dónde lleva?

—¡Al cubil de Louella! ¡Ahí lo tiene!

Llamó Charley a una puerta con mirilla provista de grueso cristal. Un rostro femenino se asomó al vidrio, miró con sospecha a *Mr*. Paxton y se retiró. Rechinaron pistillos. Sintió Ellery un escalofrío al abrirse la chirriante puerta.

Louella no era meramente delgada: figura más momificada no había visto Ellery jamás fuera de la *Morgue.* Sus ásperos cabellos castaños, entrecruzados de hebras grises, estaban ceñidamente enrollados tras el huesoso cuello, y mechas sin cuento se enroscaban sobre su frente. Los ojos, como los de la madre, fascinaron a Ellery. Pero aquéllos, si bien brillantes, estaban llenos de pesar, y entre ellos, la carne parecía plegarse en permanente gesto inquisitivo. Louella vestía un guardapolvo de laboratorio, que le sentaba como una mortaja, y *huaraches* informes. Sin medias, reparó Ellery. Observó, asimismo, várices, y desvió la mirada.

El laboratorio de Louella, era circular, un apeñuscamiento de mesas, retortas, frascos de cuellos corvos, vasijas varias, bancos, mecheros Bunsen, aparatos eléctricos. El detective no tenía idea de la importancia o utilidad de todo aquel informe amasijo; pero se le antojaba impresionante, en un sentido cinematográfico.

—¿Queen? —chilló ella, con voz tan aguda y fina como ella misma—. ¡Queen! —el ceño se ahondó hasta semejar una cicatriz—.

¿No está usted vinculado a los «Mulqueen General Laboratories», por ventura?

—No, *Miss* Locks —respondió Ellery, tenso el acento.

—Vea usted, *Mr*. Queen, esos bandidos están tras mi invención. ¡Son unos ladrones! ¡Ni más ni menos! Y tengo que precaverme. Espero que lo entienda usted así… Sírvase excusarme ahora; pero tengo que acabar antes de la cena un experimento de capitalísima importancia.

—¿Recuerda el sabio loco de *La Pista Carmesí*, El? —el abogado se estremeció al bajar por las escaleras de la torrecilla.

—¿Qué está inventando ahora?

—Una nueva sustancia plástica utilizable en la industria del calzado —replicó Paxton, glacial—. Según afirma Louella, ese material durará toda la eternidad. La gente podrá comprarse un par de zapatos y usarlos toda la vida.

—¡Pero eso arruinaría a la Compañía de Zapatos Locks!

—¡Por supuesto! ¿En qué otra cosa quiere usted que pase sus horas un inventor de la familia de los Locks? ¡Venga! Voy a presentarle a Horatio.

Cruzaron de nuevo el vestíbulo. Abrió camino Charley hacia un panel de altas puertas francesas, enclavado en la otra pared.

—La casa está construida en forma de «U" —explicó—. Dentro de la "U», hay un patio, y un atrio interior, y nuevos jardines, y la casa encantada de Horatio, y qué sé yo qué más. He visto arquitectos que salieron de aquí bramando de coraje o de demencia… ¡Ajá!… ¡Allí están Steve y el mayor!

—¿El padre de Sheila y el camarada de sus juveniles andanzas polinésicas?

Eran dos ancianos carirrojos, de aspecto aparentemente robusto. Se hallaban sentados en una pequeña biblioteca, situada directamente en frente del vestíbulo. Estaban ante un tablero de damas. El muro posterior era continuación de las puertas francesas, abiertas sobre una terraza, embaldosada y techada, que aparentemente cubría a todo lo ancho del caserón.

Al detenerse los jóvenes en el pórtico del vestíbulo, uno de los jugadores —hombre de ojos mansos y buenos, de revueltos mostachos canosos—, alzó la vista y les miró, parpadeante:

—Charley, hijo mío —dijo, sonriente—, celebro v-verle. ¡Entre, entre! Mayor, ya le tengo b-bien derrotado; cese, pues, de pretender zafarse de esta s-situación.

Su compañero de juego, un elefante de hombre, con mirada de elefante, resopló y tornó al umbral su pesada cabezota picada de viruelas:

—¡Al demontre! —dijo, con impertinencia y arrogancia—. ¡Desbarataré su ataque aunque me lleve toda la noche!

—¡Y se la llevará, sí! —dijo Stephen Locks Brent de sopetón. Luego pareció acobardarse y agregó, presuroso: —Desde luego que le daré la revancha, mayor.

El abogado presentó a Ellery, y los cuatro charlaron un momento, y luego aquél y éste dejaron que ambos compinches reanudaran su juego.

—Así están día y noche —rió Charley—. ¡Enemigos amistosos! Gotch es un tipo extraño, dominador, jura sin cesar y bebe licor por barriles. Pero es honrado… ¡por la cuenta que le tiene!… Steve se deja pisotear por él. Y por todos los demás, si vamos al caso.

Abandonaron el vestíbulo y, tras atravesar la amplia terraza, llegaron a un placentero jardincillo, geométricamente distribuido, surcado por un sendero que serpenteaba hasta una casa curiosísima, la cual yacía como una caja de bombones entre los brazos de las circundantes murallas del jardín.

—¡El *cottage* de Horatio, amigo mío! —anunció Charley.

—*¿Cottage?* —se estranguló Ellery—. ¿Oí mal, o dijo usted que alguien vive realmente en él? ¿No es un espejismo?

—¡No hay espejismo que valga, El!

—Ya sé entonces quién lo diseñó —el detective apretó el paso—. ¡Walt Disney!

¡Una casita de cuentos de hadas! Tenía ésta retorcidas torrecillas, y una puerta de entrada semejante a un arpa de oro, y ventanas

asimétricas. Los más de sus muros estaban pintados de rosa, con celosías rayadas en tono *peppermint*. Una torrecilla parecía hecha de remolacha invertida, una remolacha turquesa. Las volutas de humo que brotaban de la minúscula chimenea eran verdes. Sin sentirse avergonzado, se restregó Ellery los ojos. Pero cuando tornó a mirar, el humo seguía siendo verde…

—¡No está usted loco, Ellery! —rió Paxton, sin alegría—. Horatio volcó en el hogar un producto de su equipo de química a fin de colorear el humo.

—Pero ¿por qué?

—Dice que el humo verde es más divertido.

—¡La Tierra de Oz! —murmuró Ellery, deleitado—. ¡Vamos por el cielo! Es *necesario* que yo conozca a ese hombre.

Pulsó Charley el arpa, girando ésta sus goznes. Se hallaron entonces en presencia de un hombre muy alto y muy gordo, con tupidos cabellos rojos que se erizaban en su cráneo como si estuviera espeluznado, y ojos enormes guarnecidos tras estrechas gafas de oro. La aparición evocaba la imagen de alguien, y Ellery se devanó los sesos por concretar. Y acabó por recordar. ¡Santa Claus! Sí; Horatio Locks parecía un Santa Claus desprovisto de barbas…

—¡Charley! —rugió Horatio, estrechando la diestra del abogado —. ¿Y este caballero?…

—Ellery Queen… Horatio Locks…

La mano del detective quedó descoyuntada en un frenesí de bienvenida. Aquel hombre poseía una fuerza titánica, empleada sin malicia, inocentemente.

—¡Entren, entren!

El interior era, asimismo, exuberante. Ellery, paseando la mirada en torno, se preguntó qué anormalidad había en él. Mas luego advirtió que nada anómalo existía allí. Era una verdadera salita de juegos como para un niño de diez años, atestada de juguetes, grandes y pequeños, cajas de caramelos, equipos para construcciones, cornetas sin terminar, muñecos y gatitos, y, por lo menos, un conejillo de estúpida mirada, que roía la pata de un

pupitre, sobre el cual se apilaban libros infantiles, y revueltas cuartillas de papel, cubiertas con trazos amplios y cordiales. Cerca de él yacía una pluma de ganso.

Era el cuarto infantil más alegre y equipado con mayor imaginación que jamás hubiera visto Ellery. Pero ¿dónde estaba el niño?

Charley cuchicheó al oído de Ellery:

—Pídale que le explique su filosofía de la vida.

Así lo hizo Ellery.

—¡Encantado! —tronó Horatio—. Pues bien, es usted un hombre, *Mr*. Queen. Tiene preocupaciones, responsabilidades, lleva una existencia pesada, de adulto. ¿Verdad?

—Bueno, yo… ¡sí, sí! —tartamudeó el joven.

—¡Pero si es sencillísimo! —dijo, radiante, Horatio—. ¡Ea! ¡Siéntese aquí! Eche esas bolitas al suelo… Bien, el período más dichoso de la vida del hombre es su infancia, y no se me importa que haya sido criado en Gallipoli, Ohio, o en Hester Street, Nueva York —Ellery frunció el ceño—. ¡Muy bien! Véame usted *a mí*. Si yo tuviera que hacer zapatos en una fábrica, o mandar a otros hombres que los hicieran, o escribir textos publicitarios, o excavar pozos, o ejecutar cualquiera de esas cosas fastidiosísimas que los hombres hacen por el hecho de ser hombres, pues sería yo como usted, *Mr*. Queen, o como Charley Paxton, que anda siempre por el mundo con expresión afligida —Charley sonrió débilmente—. ¡Pero yo no caigo en eso! Y por eso, remonto cometas, hago correr trenes en miniatura, construyo puentes de doce pies de largo y modelos de aviones, leo «Superman» y «Hairbreadth Harry», novelas detectivescas, cuentos de hadas, versos infantiles… ¡Y hasta los escribo! —Horatio tomó del pupitre un par de libros de vivido colorido— *«El perrito de Dogwood Street»,* por Horatio Locks. *«La amenaza escarlata*», por Horatio Locks. Ahí tiene usted otra docena más de libros para jovencitos, todos hechos por mí.

—Horatio —dijo Charley, respetuoso—, los publica también él mismo.

—Ahora mismo estoy escribiendo mi obra suprema, *Mr*. Queen —rugió, feliz, Horatio—. Una versión moderna de «*Mamá Oca*». ¡Será mi monumento, no olvide mis palabras!

—Horatio se hace servir sus comidas aquí, El —dijo Charley, de regreso ya al caserón—. ¿Y bien? ¿Qué opina usted de Horatio Locks?

—O es el chiflado de los chiflados —masculló *Mr*. Queen—, o es el único hombre cuerdo del planeta.

****

La cena fue servida en una película hollywoodense, interpretada por «extras»… o tal se le figuró a Ellery, participante del más singular ágape de su vida.

El cielo raso del comedor era un bosque de cabrios, necesitándose estirar el cuello para contarlos. Todo estaba dispuesto en idéntica escala Brobdingnagiana, lógico producto, a no dudarlo, de ese gigante que era el Locksismo. Sólo un pino californiano podría haber proporcionado material para esa fantástica mesa de una pieza. La lencería y platería eran más pesadas de cuanto hubiera sopesado Ellery; la loza, más espléndida; y los fustes de las copas, más intrincados. La *credenza* gemía. Si la Vieja era clueca de una pollada bien tundida, por lo menos no les escatimaba el yantar. Aquella era la mesa de la abundancia.

Los gemelos, Robert y Maclyn, no aparecieron a la cena. Telefonearon a su madre para comunicarle que se habían demorado «en la oficina».

Cornelia Locks no era una anfitriona descortés. La anciana deseaba saber cuánto se refiriera a «*Mr*. Queen», y *Mr*. Queen se encontró hablando cuando había ido a escuchar. Si deseaba medir el temperamento y la cordura de Thurlow Locks, no podía distraerse consigo mismo. Así, pues, se sentía anonadado, rabioso. Le contemplába la Vieja con la imperial sorpresa de una mujer que

había vivido setenta años siempre dentro de los mismos límites. Al fin, se desentendió de él, volviéndose a sus hijos. Ellery sonrió con alivio.

Comía Sheila animadamente, demasiado animadamente. Sus pupilas reflejaban humillación. Y Ellery sabía que era por él, porque era testigo de su vergüenza.

En efecto, Cornelia parecía ignorarla, como si Sheila fuera algún despreciable «pariente pobre», y no el fruto de sus entrañas. Se consagrába la Vieja casi por entero a Louella, la cual ni se molestaba en responder a las zalamerías maternas. La huesuda solterona parecía tétrica; comía como un lobo, en hosco silencio.

A no mediar Stephen Locks y su amigo, el mayor Gotch, la cena habría sido insoportable. Pero los compinches charlaban hasta por los codos, encantados de contar con nuevos oídos en que verter sus reminiscencias, y se vio Ellery en apuros por desenredarse de aquella maraña de paraísos papúes, selvas javanesas y «buenos días de antes» en los románticos Mares del Sur.

Acudió Thurlow a la mesa llevando dos libracos. Puso los dos junto al plato y los cubiertos, y de vez en cuando les echaba un vistazo, o los acariciaba con placer. Desde su lugar Charley podía deletrear los títulos impresos en los lomos; pero no Ellery.

—¿Qué son esos libros? —masculló el detective.

Charley torció los ojos:

«Historia del Duelo»…

—¡Historia del…!

—¡Y el otro es un manual de armas de fuego!

Mr. Queen se atragantó con su melón.

Durante la sopa —un excelente *consommé* de pollo—, Ellery miró en derredor y, al fin, dijo en voz baja a Charley:

—No hay pan en la mesa. ¿Por qué?

—Por la Vieja —susurró en respuesta el abogado—. Sigue una dieta rigurosa. Innis le prohibió comer pan en cualquier forma que fuera y, por eso, no lo quiere ver en su casa. ¿Por que pone esa cara de extrañeza?

Thurlow estaba explicando a su madre con pasión el código del duelo, y el mayor Gotch le interrumpió para recordar algunos antecedentes esotéricos orientales referentes al tema; de modo que Ellery tuvo oportunidad de inclinarse al oído de su amigo y canturrear, suavemente:

> «Había una *Vieja* que vivía en un *zapato*.
> Tenía *tantos hijos* que no sabía qué hacer.
> Les daba un poco de *caldo sin ningún pan…*».

"Había una *Vieja* que vivía en un *zapato*.
Tenía *tantos hijos* que no sabía qué hacer.
Les daba un poco de *caldo sin ningún pan*…"

Charley se quedó boquiabierto:

—¿De qué me está usted hablando?

—Ciertas semejanzas me han impresionado —murmuro Ellery—. Influencia de Horatio, sin duda alguna —y acabó su caldo con gesto pensativo.

Súbitamente, la chillona vocecilla de Louella cortó el flujo de la charla tejida en la mesa:

—¡Mamá!

—¿Qué, Louella? —resultaba penoso observar la expresión de ansiedad que apareció en la cara de la anciana.

—Preciso dinero para terminar mis experimentos con sustancias plásticas.

—¿Ya gastaste toda tu pensión? —se sumieron las comisuras de los labios de la Vieja, rígidos.

Louella se puso hosca de nuevo:

—¡No lo pude remediar! Ahora no va bien. Pero esta vez lo conseguiré con seguridad. Necesito dos mil dólares más, mamá…

—No, Louella. La última vez te dije…

Con no poco terror de Ellery, aquella solterona de cuarenta y cuatro años de edad estalló en llanto sobre su tazón de *consommé*, sollozando y tartajeando sin freno:

—¡Egoísta! ¡Mezquina! ¡Te odio! Algún día tendré millones. ¿Por qué no me das ahora algo de mi propio dinero? Pero, no: ¡tú me haces esperar hasta que mueras! ¡Y entre tanto, yo no puedo concluir mi invención!

—¡Louella!

—¡No me importa! Ya estoy harta de pedirte, de pedirte…

—Louella —dijo Sheila con voz estrangulada—, tenemos invitados…

—¡Estate quieta, Sheila! —dijo la Vieja, suavemente.

Vio Ellery que los deditos de la joven oprimían, convulsivamente, el mango de su cuchara.

—¿Vas a darme, o no, mi dinero, usurera? —chillaba Louella a su madre.

—¡Louella, vete de la mesa!

—¡No me iré!

—¡Louella! ¡Sal de la mesa y vete a la cama enseguida!

—¡Pero, tengo hambre, mamá! —gimoteó Louella.

—Te has estado comportando como una niña. Por eso no tendrás cena. ¡Márchate enseguida, Louella!

—¡Eres una horrible vieja bruja! —chilló Louella, pateando histéricamente el encerado piso; y saltando de la mesa, salió enloquecida del comedor, llorando a mares.

Mr. Ellery Queen, que no sabía si levantarse a causa de la mujer, o quedarse sentado por la niña, concilió lo uno con lo otro adoptando una postura mitad sentada, mitad alzada; y en tan poco digna posición murmuró, pero para su coleto:

«Los azotaba con vigor y los mandaba a la cama…»

Tras lo cual, sintiéndose suspendido se acondicionó en su silla.

—Me pregunto —se dijo—, hasta dónde podría soportar tanta locura un espíritu cuerdo.

Como en respuesta a su interrogación, salió Sheila desolada del comedor, ahogando sollozos; y Charley, tétrico, se excusó por unos instantes y la siguió. Steve Locks se alzó, farfullante:

—Stephen, acaba tu cena —dijo su esposa, tranquilamente.

El padre de Sheila se abatió en su silla.

Charley regresó a poco mascullando disculpas. La Vieja le arrojó una envenenada mirada. Sentándose al lado de Ellery, dijo en tono bajo, estrangulado:

—Sheila le envía disculpas, El. ¡Es imperativo que yo la arranque de este manicomio!

—¿Secreteos, Charley? —Cornelia Locks lo miraba fijo. El joven enrojeció—. ¿Y Sheila?

—Tiene jaqueca —murmuró Charley.

—¡Ah!

Silencio.

V. *HABÍA UN HOMBRECILLO QUE TENÍA UNA PISTOLILLA*

A partir del momento en que Robert y Maclyn Locks entraron en el comedor, y fueron presentados al convidado, y se sentaron a la mesa, fresca brisa de cordura sopló en la estancia.

Los gemelos eran singularmente parecidos, similares en rasgos como copias de carbónicos. Vestían igual; peinaban igual sus rubios cabellos ondeados; tenían altura y figura iguales; y sus voces resonaban con igual timbre viril.

El abogado, que había procedido a presentarles a Ellery, se hallaba en dudas; cometió enseguida un yerro en cuanto a sus identidades, yerro corregido con paciencia por uno de ellos. Atacaron caldo y pollo con energía, charlando a ritmo veloz.

Se advertía a las claras que ambos estaban furiosos contra su hermano mayor, Thurlow, por haberse éste entremetido en la dirección de la empresa por centésima vez.

—A nosotros no se nos importaría tanto, mamá… —comenzó uno de ellos, hablando con la boca llena de pollo frito.

—¿Qué, Robert? —dijo la Vieja, sombría. Al menos, la anciana sabía distinguir entre uno y otro.

—… si Thurlow limitara sus intromisiones a cosas sin importancia —continuó el otro. *Ergo*, éste era Mac.

—¡Pero no lo hace! —gruñó Robert, soltando el cuchillo.

—Robert, come tu pollo.

—Muy bien, mamá.

—Pero, mamá, el caso es que vino a…

—¡Un momentito, *por favor*! —dijo Thurlow, glacial—. ¿Qué hice yo esta vez, Maclyn?

—¡Déjate de aspavientos, Thurl! —masculló Mac—. Bien está que seas vicepresidente de la Compañía de Zapatos Locks…

—… y que pretendas dirigir una firma que vale *sólo-Dios-sabe-cuántos-millones* —estalló Robert—, pues todo va bien en tanto abrigas tales pretensiones…

—Pero ¿por qué demontres no te concretas a derrochar el dinero de la familia en esas imbéciles querellas judiciales tuyas…

—… en vez de cancelar nuestros planes de publicidad periodística para el Medio Oeste, gnomo sin sesos?

—¡Robert! ¡No hables así a tu hermano mayor! —gritó la madre.

—¡Cómo proteges a tu precioso chiquillo con canas, mamá! —sonrió Robert—. Aunque pocas le quedan… Sabes bien que Thurlow arruinaría el negocio si…

—¡Un momento! ¡Un momentito, *por favor*! —dijo Thurlow, palpitantes las carnudas fosas nasales—. Tanto derecho tengo yo como ustedes dos a dirigir la empresa. ¡Así lo ha dicho mamá! ¿No es cierto?

—Prefiero no discutir este desdichado asunto en la mesa, muchachos.

—¡Él dijo que yo arruinaría el negocio! —gritó Thurlow.

—¿Y no es cierto? —preguntó Bob, con disgusto.

—¡Bob! ¡Cállate! —dijo su gemelo en tono bajo.

—¡No me callo! —explotó Robert—. Siempre tenemos que presenciar tranquilamente cómo esa ridícula estantigua con pantalones hace barrabasadas, para luego tener que pagar nosotros los platos rotos. ¡Bueno! ¡Ya estoy harto!

—Robert, te prevengo que… —aulló Thurlow.

—¡Qué prevenir ni prevenir, enano! Eres un globo hinchado de viento, Thurlow —dijo Bob con amargura—. Sí: un falso, un tartamudo infecto, y si no cesas de meter tus narices en el negocio…

El rostro del atacado cobró intensa palidez; y un destello extraño asomó a sus ojuelos arteros. Arrebató la servilleta de la mesa, se alzó de un brinco, se precipitó hasta donde Robert lo observaba con expresión atónica, y azotó con la servilleta el rostro de su hermano

menor, empleando en ello una elegancia y una fuerza que dejó boquiabierto a Bob.

—¿Qué diablos…?

—Has insultado por última vez a Thurlow Locks —farfulló el hombrecillo—. Hermano o no, exijo satisfacciones. Aguárdame: ¡tuya será la elección del arma!

Y Thurlow salió con paso triunfal del comedor.

A buen seguro, meditaba Ellery, que ahora me despierto.

Pero ya se abría la puerta por la que pasara Thurlow. Y allí estaba la gigantesca mesa, flanqueada de rostros atónitos.

—¡Bueno! ¡Que me coman las hormigas! —articuló Mac, conturbado—. ¡Al fin perdió Thurlow el poco seso que le restaba! Papá, ¿oíste eso?

Steve Locks se alzó, vacilante:

—Tal vez si y-yo hablase c-con él…

Rió Mac:

—¡El barrilito está loco de remate!

Se acariciaba Bob la castigada mejilla:

—¿Por qué no encaras los hechos de una vez por todas, mamá? ¿Cómo puedes quedarte sentada y dejar que Thurlow intervenga en el negocio? Si Mac y yo no contrarrestáramos todas las órdenes disparatadas que da al personal, en menos de un año nos llevaría a la ruina total.

—¡Tú le azuzaste, Robert! ¡Deliberadamente!

—¡Por favor, mamá!

Vibró de súbito el aire, grávido de rencores, de recriminaciones. El único miembro de la familia que parecía gozar era el mayor Gotch, recostado en su asiento, fumando su pipa y siguiendo el tiroteo verbal como un espectador sigue un partido de tenis.

—¡Ese libro, Ellery! —exclamó Charley, a cubierto de la discusión —. ¡El enano leyó la *Historia del Duelo,* y desafía a Robert a batirse con él!

—¡No habla en serio! —murmuró Ellery—. ¡No lo puedo creer!

Thurlow irrumpió en la sala, llameantes los ojos. Se incorporó el detective rápidamente.

Thurlow blandía dos pistolas.

—¡Está bien. *Mr*. Queen! —dijo Thurlow, suavemente—. Siéntese, por favor.

Mr. Queen se sentó.

—¡Qué armas interesantes! —dijo, subyugadoramente—. ¿No podría verlas, *Mr*. Locks?

—¡Otra vez, otra vez! —musitó Thurlow—. De ahora en adelante, nosotros tendremos que hacer las cosas conforme al código multisecular.

—¿El código? —Ellery parpadeó—. ¿A qué código se refiere, *Mr*. Locks?

—¡Pues al código del duelo! ¡El honor ante todo, *Mr*. Queen! —Y Thurlow avanzó hacia su hermano, que estaba transfigurado de estupor—. Robert, toma una de estas armas. ¡Tuya es la elección!

Se alzó la diestra de Bob con mecánico movimiento y cayó para empuñar un brillante revólver niquelado, reconocido por Ellery como un «Smith & Wesson», el famoso «S. & W. 38/32», un revólver de calibre 38. El arma no era voluminosa y medía poco más de medio pie; sin embargo, pendía como una ametralladora de la paralizada diestra de Robert.

Sentado junto a su gemelo, Mac ostentaba idéntica expresión estupefacta.

Miró Thurlow la otra arma, un «Colt», modelo de bolsillo, pistola automática de calibre 25, arma chata y minúscula que parecía un juguete junto al revólver asido por la mano de Robert, pues sólo tenía 4½ pulgadas de largo. Con unos floreos, se echó Thurlow la pistola al bolsillo.

—*Mr*. Queen, aquí es usted el único extraño a la familia. Suplico a usted sea mi padrino.

—Yo… su… —tartamudeó Ellery, pegada la lengua al paladar.

Charley, empero, le susurró frenético al oído:

—¡Ellery, por el amor de Dios, sígale usted la corriente a este chiflado!

Mr. Queen asintió, sin articular palabra.

Se curvó Thurlow en un gesto revestido de cierta dignidad antigua:

—Robert, te aguardaré al alba frente al Zapato.

—¡El Zapato! —balbuceó Bob, azorado.

Ellery tuvo la visión de ambos hermanos aproximándose, a las primeras luces del alba, al feísimo bronce erguido en el jardín anterior, y casi rompió a reír. Pero tomó a mirar a Thurlow y se contuvo.

—¡Thurlow! ¡Por el amor de Dios!… —empezó Mac.

—¡No te metas en esto, Mac! —dijo, severo, Thurlow, y Mac miró velozmente a su madre. La Vieja, empero, seguía inmóvil como una imagen de piedra—. Robert, cada una de estas armas tiene una bala. ¿Entiendes?

Bob solo atinó a asentir.

—Te prevengo que tiraré a matar. Pero si yerras, o si solo me hieres, consideraré satisfecho mi honor. ¡Así lo dice el libro!

—Así lo dice el libro —se repitió Ellery, aturdido.

—¡A la aurora, frente al Zapato, Robert! —un hondo desprecio se volcó en la aguda vocecilla del enano—. Si no apareces, te mataré apenas te vea.

Y abandonó el comedor por segunda vez, contoneándose como una danzarina de «*ballet*».

Sheila entró corriendo en mitad de un denso y sugestivo silencio.

—Acabo de ver a Thurlow subir a su cuarto con un arma de fuego en la mano y… —enmudeció, reparando en la reluciente pieza de níquel que asía la diestra de Bob.

La Vieja seguía sentada, petrificada.

Se incorporó Charley, se sentó, se alzó de nuevo.

—No es nada, Sheila. Una… una broma de Thurlow. Un duelo al alba junto al Zapato del jardín, o algún desatino por el estilo…

—¡Un duelo! —Sheila fijó sus horrorizadas pupilas en su hermano.

—Creo aún que todo es algún chistecito disparatado de Thurl —dijo Bob, con sonrisa trémula—; aunque bien sabe Dios que nunca fue famoso por su sentido del humor…

—Pero ¿por qué se quedan allí sentados? —exclamó la joven—. ¡Llamen al médico, a un psiquiatra! ¡Llamen al manicomio!

—*¡Mientras yo viva, jamás!* —dijo la Vieja.

Enrojeció y palideció la faz de su esposo:

—¡Mientras tú vivas, jamás! —le espetó con rabia. Luego huyó del aposento, como avergonzado… como había huido, según entrevió Ellery repentinamente, durante treinta años.

—Los dos son adultos, ¿verdad? —la bocaza de la anciana se torcía.

—Mamá —dijo Mac—. Tú puedes detener esta locura. ¡Bien lo sabes! Sólo necesitas decir una palabra a ese infeliz de Thurlow. Te tiene miedo… —ella guardaba silencio—. *¿O no quieres?*

La Vieja aporreó la mesa con sus puños exangües:

—¡Tienen los dos edad como para librar sus propias batallas!

—Si el precioso chiquillo de mamá quiere un duelo, el precioso adorado tendrá su duelo, ¿cierto, mamá? —Mac rió amargamente.

Pero su madre ya se encaminaba a la puerta.

La contuvo Sheila ahogando un alarido:

— ¡Jamás intervienes en nada si a ti no te conviene… y esta vez, no te conviene, mamá! No se te importa absolutamente nada de mí o de los gemelos… ¡jamás se te importó!… Tu idolatrado Thurlow… ¡ese inútil, desdichado demente!… Tú le dejarías satisfacer su capricho si quisiera un día asesinarnos a los tres… ¡a los tres!…

La Vieja no se dignó arrojar una sola mirada a su hija menor. En cambio, volvió la vista a Ellery:

—¡Buenas noches, *Mr*. Queen! Ignoro el propósito de Charles Paxton al traerlo hoy aquí a cenar; pero ahora que ha visto a mi familia, espero que será lo bastante discreto como para contener su lengua. ¡No quiero intervención alguna de extraños!

—¡Desde luego, *Mrs*. Locks!

Ella asintió y salió como una sombra.

—¿Qué opina usted, Ellery? —el tono de Charley era quebradizo, presto a estallar—. Es puro alarde, ¿no?

Los gemelos miraron fijamente a Ellery, y lo mismo Paxton y Sheila… pero no el mayor Gotch, el cual, según advirtió Ellery, ya no figuraba entre los comensales. El astuto gorila había conseguido evadirse durante la extraña farsa.

—No, Charley, no —respondió *Mr*. Queen—. No creo que sean alardes vanos. Opino que Thurlow obra muy en serio. Por supuesto que no está en sus cabales; pero eso no evitará que Bob corra el riesgo de ser muerto de un balazo mañana por la mañana. Juntémonos para discurrir algún medio de salvación.

VI. *ELLERY TRAICIONA EL CÓDIGO DEL DUELO*

—LOS pasos que podríamos dar —dijo Ellery sin excitación alguna — son muchos; pero todos ellos ofrecen un inconveniente común: el uso de la fuerza. Thurlow podría ser detenido por algún cargo pintoresco; en los libros legales podría existir algún antiguo estatuto prohibiendo la práctica del duelo, por ejemplo. O podría acusársele de tentativa de asesinato. Y así sucesivamente. Pero sería puesto en libertad bajo caución —si es que interpreté correctamente a su madre— antes de estar realmente en prisión. O podríamos meterle a la fuerza en el manicomio para que le examinaran buenos psiquiatras. Pero dudo que exista base suficiente para retenerle allí… No… ¡la fuerza no sirve!

—Bob podría salir de la ciudad —sugirió Mac.

—¿Bromeas? —gruñó su hermano.

—¿Y si le siguiéramos la corriente? —terció Charley.

Ellery parecía interesado:

—¿Qué quiere usted decir con exactitud?

—¿Por qué no librar el duelo haciéndolo inocuo?

—¡Charley! ¡Eso es! —exclamó la muchacha.

—¿Fingirlo? —Bob frunció el ceño.

—Pero ¿cómo, Charley? —inquirió Mac.

—Thurlow afirmó que se satisfaría si cada adversario disparaba un tiro, ¿verdad? De hecho, dijo que cada arma estaba cargada con una bala. ¡Bien! ¡Pues que cada hombre dispare su proyectil mañana al alba, pero cuidando de que los dos sean de *fogueo*!

—¡Mentalidad de abogado! —gimió Ellery—. ¡Estas soluciones simplísimas! Charley, es usted genial. ¡Su mano, caballero!

Cambiaron un solemne apretón de manos.

—¡Bien sabía yo que me enamoraba de una lumbrera del foro neoyorquino! —dijo Sheila; besó a Charley y luego puso sus manos sobre los hombros de sus hermanos.

—¿Qué dices a todo esto, Bob? —preguntó Mac, ansioso.

La víctima sonrió:

—A decir verdad, viejo, estaba aterrorizado. En efecto, si sustituimos los proyectiles verdaderos por otros de fogueo, ese chiflado no notará la diferencia.

Sheila tenía que atraer con añagazas a Thurlow a la biblioteca de la planta baja, y retenerle allí, mientras los demás hacían el «sucio trabajito».

—El verdadero «trabajito sucio» es el que me corresponde *a mí* —dijo la chica, oscuramente, y salió decidida a dar con su hermanastro.

Mac se ofreció para montar guardia en las avanzadas. Ellery y Charley, según se convino, ejecutarían por su mano el hecho. Bob tenía que permanecer ajeno a todo.

Al cabo de diez minutos volvió Mac con informaciones, relucientes las azules pupilas.

El joven había visto a Thurlow y Sheila bajar las escaleras, charlando con animación y gravedad, y yendo hacia la biblioteca. Al cerrar la puerta, Sheila guiñó un ojo a su oculto hermano, como indicándole que todo iba bien.

Ellery estaba vacilante y caviloso:

—Bob, ¿sabe usted manejar un revólver?

—Si usted me indica dónde hay que apretar para descerrajar el balazo…

—¡Ouch! —dijo *Mr*. Queen—. ¿Y Thurlow?

—Él sí sabe —respondió Mac secamente.

—¡Ay de mí! En tal caso, esto no debe fallar. Charley, ¿dónde está el cubil de nuestro *Vengador Púrpura*?

Los gemelos subieron aprisa a su aposento. Charley y Ellery los siguieron, y el primero guió a nuestro prohombre a una de las

numerosas puertas que acribillaban el vestíbulo superior.

—¿Thurlow?

Charley asintió, mirando en torno, inquieto.

Escuchó Ellery un instante. Luego entró.

Se vio en una agradable salita, adornada con profusión de frescas flores, poltronas y libros, amueblada con sorprendente buen gusto. Amén de cierto carácter asexual, el cuarto era monjil.

—Ahora entiendo lo que quería usted decir al aludir a las potencialidades de Thurlow, Charley —destacó Ellery—. ¿Arregló él mismo todo esto?

—Todo para su minúsculo yo, Ellery…

—Nuestro hombrecillo tiene dignidad. ¿Qué es lo que lee? —recorrió la anaquelería con los ojos—. ¡Ajá! Sí… un poco *fuerte* para el lado de los Paine, Butler y Lincoln… ¡Ah!… ¡Por supuesto! ¡Voltaire! No es ésta lectura liviana, no…

—¡Ellery, por el amor del cielo! —el abogado miraba ansioso la puerta.

—Es que este inventario nos da una perspectiva del hombre —musitó Ellery, recorriendo el dormitorio.

Era éste una cámara graciosa, casta, casi monacal. Mesilla de luz, silla, lámpara. Alto, blanco lecho. Se imaginaba Ellery al diminuto duelista encaramándose con agilidad a su cama, enfundado —dudarlo sería grave injusticia— en camisón de franela y estrujando contra su pecho desgarbado un ejemplar de *Los Derechos del Hombre…*

—¡Allí está! —dijo Charley.

La automática «Colt» reposaba sobre la mesilla. Ellery la alzó, negligente el gesto:

—No parece formidable, ¿eh?

—¿Tiene un proyectil, como dijo él?

Investigó Ellery:

—¡Pues… sí! Thurlow es un sujeto honrado a carta cabal. ¡Larguémonos, Charley!

Se echó el «Colt» al bolsillo de la americana, y salieron del departamento de Thurlow el Bravo, accionando el abogado casi furtivamente, como aliviado de un peso.

—¿Dónde diablos conseguiremos cartuchos de fogueo a estas horas de la noche? —preguntó en el vestíbulo—. Todos los comercios están cerrados ya.

—¡Paz, paz! Charley, baje a la biblioteca y ayude a Sheila a entretener a mi ahijado *Mr*. Thurlow. No le quiero ver de nuevo en su aposento hasta que todo esté listo para él.

—¿Qué *piensa usted* hacer?

—Iré al despacho de mi padre, en el Departamento de Policía. ¡No se mueva de la biblioteca hasta que yo vuelva!

Ido Charley, se escurrió Ellery hasta la puerta por la que viera desaparecer a los gemelos; llamó con suavidad, le franquearon la entrada, dio sus seguridades personales de que todo marchaba según los planes… ¡y requirió el «Smith & Wesson» de Robert!

—Pero ¿por qué? —inquirió Bob.

— ¡Seguridad ante todo! —sonrió Ellery, ya en el vestíbulo—. En esta arma pondré también una bala de fogueo.

****

—¡No es correcto! —masculló el inspector Queen, en el Departamento, enterado por su hijo de la historia de la caballeresca aventura de Thurlow.

—¡A mí no me gusta! —gruñó el sargento Velie—. ¡Batirse en duelo en este año del Señor!

Convino Ellery en que no era todo ni correcto, ni admisible; pero ¿existía mejor solución para el problema?, preguntó con abrumador raciocinio.

—¡No sé! No me gusta —dijo irritado el inspector, introduciendo un cartucho de fogueo en la recámara del «Colt». Arrojándolo a un lado, deslizó otro en el «Smith & Wesson».

—Ese nido de desequilibrados ha armado no pocos líos —se lamentó el sargento—, pero esta chifladura colma toda medida. ¡Batirse en duelo!

—Extirpado el aguijón de las mandíbulas de Thurlow —arguyó Ellery—, la historia acabará bien, sargento.

—La única y sola historia que quiero yo oír —masculló el inspector, pasándole a Ellery ambas armas— es que este asunto imbécil termine pronto, hijo.

—¡Pero, papá! ¡No hay peligro alguno hallándose cargadas ambas armas con cartuchos de fogueo!

—¡Las armas son armas! —sentenció Velie.

—¡Y las balas de fogueo son balas de fogueo, sargento!

—¡Basta de charla! Velie, usted y yo presenciaremos el duelo de Thurlow Locks y su hermano desde detrás del Zapato —espetó el inspector Queen—. ¡Y Dios tenga piedad de nuestras almas si algo marcha mal!

****

Se escurrió Ellery en el caserón de los Locks bajo el impertinente manto de la luna llena; pero se aseguró de que sólo le veía el ojo del satélite. *Mr*. Queen tenía una manera de ser harto persuasivo con las puertas.

El vestíbulo estaba vacío. Se deslizó con sigilo hacia el fondo, oyó voces tras la puerta del estudio, meneó la cabeza y ascendió las escaleras a silenciosos trancos.

Minutos después llamaba a la puerta de los mellizos. Le abriéron al punto.

—¿Y bien? —preguntaron los gemelos Locks al unísono.

Ambos estaban nerviosos; numerosas colillas llenaban los ceniceros y una botella de *whisky* había sido, si bien no exactamente liquidada, a lo menos criminalmente atacada.

—¡El hecho ha sido ejecutado! —anunció, grave, el detective—. El «Colt» y su bala de fogueo están sobre la mesilla de Thurlow, y aquí tiene usted, Bob, su «Smith & Wesson».

—¿Seguro que este condenado chirimbolo no matará a nadie?

—¡Completamente seguro!

Puso Robert el arma sobre la mesa de luz colocada entre los lechos.

—¿Nada puede salir mal mañana, Ellery? —insistió Mac.

—¡Oh! ¡Vamos, vamos! ¡Se comportan como un par de criaturas! ¡Claro está que nada puede salir mal!

Dejó Ellery a los gemelos y bajó alegremente a la biblioteca. Con sorpresa de su parte, halló a Thurlow de un talante algo menos que melancólico.

—¡Salud! —dijo el hombrecillo, describiendo parábolas con la siniestra, asida la diestra a un vaso—, ¡Mi leal padrino, damas y caballeros! ¡Imposible un duelo sin padrinos! Entre, mister Queen. Justamente estábamos dishcutiendo la poshibilidad de sheguir nuestras pláticas en lugar más placentero. ¿Adivina lo que quiero yo deshirle? —y Thurlow hizo un visaje.

—Adivino muy bien, *Mr*. Locks —sonrió Ellery. Tal vez Thurlow, ahíto de copas, probaría ser hombre más cuerdo que Thurlow sobrio. Asintió, levemente, a Sheila y Paxton, quienes parecían exhaustos—. Un lugar caliente, ¿verdad?

—¡Un lugar caliente! ¡Ja, ja, ja! —tartajeó el borracho—. ¡Eshe es mi padrino, damas y caballeros! ¡Un hombre cabal!

Y enlazando su brazo al de Ellery, le arrastró fuera de la biblioteca a los compases de un lúgubre salmo que decía así: «¡Come, bebe y sé dichoso, pues mañana celebraré que estés bien muerto, bellaco, bellaco del demontreeeeeeee!…»

****

Insistió nuestro juerguista en ir al «Club Bongo». Todas sus razones no acertaron a disuadirlo. Ellery sólo podía esperar, fervorosamente, que el notorio *Mr*. Conklin Cliffstatter, de la Orilla Este, estuviera empinando el codo en algún otro lugar del planeta.

En el taxi, camino de su destino, Thurlow cayó inocentemente dormido sobre el hombro de Ellery.

—Esto parece bastante tonto —murmuró Paxton.

—¡Pues no lo es, Charley! —susurró Sheila—. Tal vez logremos ponerle de tan buen talante que decida no batirse.

—¡Chitón! ¡El nene mueve la cabecita!

Y en verdad, en ese momento Thurlow despertó lanzando un bramido y reanudando su doloroso salmo.

Mr. Queen, *Miss* Locks, su hermano mayor y *Mr*. Paxton pasaron la noche en el «Club Bongo», conjuntamente con los curiosos personajes que parecían hallar en sus contoneantes doncellas y picaros cómicos, la más hilarante de las compañías.

Por fortuna, *Mr*. Cliffstatter no figuraba entre ellos.

Mr. Queen estaba de lo más suave y persuasivo; insertó selectas melodías de razonamiento en la cháchara; sugirió frecuentes visitas a la botella.

Mas, con todo, sus esfuerzos y los de Sheila, y los de Charley, no condujeron a nada. En cierto punto, diabólicamente, cesó Thurlow de trasegar; y a todas las sugestiones de que desistiera del duelo y concertara la paz con Bob, se limitaba a sonreír, diciendo con tristeza:

—El honor está en juego, mis buenos amigos.

Tras lo cual aplaudía con frenesí a la *première danseuse*.

VII. *PISTOLAS A LA MADRUGADA*

AL PROMEDIAR la hora sexta, regresaron a casa por el Drive. Madrugada lloviznosa, gris, inhóspita. El lance era insensato; pero verídico.

Dos hermanos se batirían a duelo con pistolas esa viscosa madrugada, sobre el césped, oficiando los árboles de centinelas.

Los tres estaban exhaustos; mas no así Thurlow, con sus pantalones bolsudos y americana de «*tweeds*». Les azuzaba con su vocecilla aflautada, agudizada más de lo corriente por una suerte de éxtasis anormal. Sheila, Charley y Ellery apenas podían seguir su paso.

Atravesando el césped, los tres enfilaron directamente hacia la desgarbada masa broncínea del Zapato, cuya inscripción a gas neón, *«El Zapato Lócks, $ 3.99 en Todas Partes*», relucía aún débilmente contra el cielo de la aurora.

Alzó la vista Thurlow hacia las silenciosas ventanas de la mansión de su madre, que se abrían allende el Zapato.

—*Mr*. Queen —dijo, formal—, hallará usted mi pistola sobre la mesilla de mi aposento.

Vaciló Ellery; pero luego se inclinó y salió escapado hacia la casa. En todas las historias leídas por Ellery referentes a duelos, los padrinos se inclinaban versallescamente.

Al torcer por el Zapato, la voz del inspector llegó a él en tono bajo, sorprendido y colérico:

—¡Lo está haciendo, Velie!

—No lo creerán nunca —susurró el sargento, con ronca voz—. ¡Nunca, inspector!

Los dos dieron sendas cabezadas, tenso el gesto, al paso de Ellery, quien les devolvió el saludo. No estaba mal la cosa, pensaba subiendo a trancos los peldaños del frente. De hecho, casi era divertido. Se le alcanzó entonces cuán alegre había sido la vida de los valientes caballeros de la época romántica, y casi sintió agradecimiento a la Providencia por haber traído a Thurlow Locks al mundo uno o dos siglos más tarde.

Se le alcanzaba, asimismo, que parte de aquel regocijo derivaba de cierto sopor cerebral, que a su vez provenía de haber tratado de metamorfosear a Thurlow Locks en un depósito ambulante de *whisky*. Las cosas se le aparecían algo nebulosas al recorrer de puntillas el caserón, tras emplear la magia de su ganzúa en la cerradura de la puerta de calle.

¿Dónde estaban todos? ¡Maravillosa familia! Dos hermanos se batirían en duelo mortal, y la gente de su propia sangre no se preocupaba por ello ni lo suficiente para abandonar la cama. O tal vez la Vieja estaba espiando por los visillos de la ventana de su dormitorio la singular escena que se representaría sobre el césped ante su comercial Moloch. ¿Qué podría pensar aquella extraordinaria madre? ¿Y Steve Locks? Durmiendo la borrachera en su cama, a buen seguro…

Se detuvo de improviso Ellery a mitad de camino de la vasta escalinata que conducía del vestíbulo al piso de los dormitorios.

Silenciosa estaba la casa, impregnada de ese escalofriante silencio que invade las casas al alba, el silencio de la gris luminosidad del amanecer…

Ni un ruido. Ni una sombra. Pero ¿algo? *¿Algo?*

Parecía que *eso* estaba en el piso de los aposentos, pasando la puerta del departamento de Thurlow Locks. ¿Acaso… acaso *algo o alguien salía furtivamente de aquellos dos cuartos*?

Ellery subió aprisa los escalones restantes y se detuvo, felinamente, en el descansillo, escrutando la galería en ambas direcciones.

Nadie. Y *ese* silencio de nuevo…

¿Hombre? ¿Mujer? ¿Imaginación, acaso?

¡Aguzó los oídos!

¡Pero ese silencio, hondo, pesado!

Se encaminó al departamento de Thurlow, cerró la puerta tras él y comenzó a buscar pistas más tangibles.

Pero por más que atisbó y husmeó, el joven no halló señal alguna de que alguien hubiese estado en esas dependencias después de la visita de la noche anterior.

El diminuto «Colt» estaba exactamente donde lo colocara con sus propias manos, después de su visita al Departamento de Policía, en busca de balas de fogueo. Allí estaba, sobre la mesilla de Thurlow…

Asió Ellery el arma y salió del departamento.

****

Robert y Maclyn Locks aparecieron a las seis. Salieron del caserón lado a lado, parecieron no reparar en el inspector Queen y el sargento Velie, ocultos en las sombras proyectadas por el zapato, dieron vuelta por el «monumento», y se detuvieron.

Ambos grupos se contemplaron con solemnidad.

Luego Thurlow saludó con un movimiento de cabeza a sus hermanastros.

Vaciló Bob, miró a Ellery, devolvió el saludo. Detrás de Thurlow sonreía Charley, anudadas las manos tras la nuca. El párpado izquierdo de Bob se deslizó, casi imperceptible, sobre el ojo.

Pero la expresión de Mac era seria:

—¡Oye, Thurl! —dijo—. ¿No ha ido demasiado lejos esta ridícula farsa? Estrechémonos las manos, olvidemos todo y…

Thurlow miró con aire de reproche al hermano de su contrincante,

—Sírvase usted informar al padrino del caballero —dijo a Ellery— que la conversación entre duelistas no es considerada ceñida a las normas preestablecidas, *Mr*. Queen.

—Así se lo informaré —respondió *Mr*. Queen, glacial—. ¿Qué hacemos ahora, *Mr*. Locks?

—Le agradecería que obrara como juez de campo al par que como padrino mío. Es algo irregular; pero seguro estoy que podemos tomarnos ciertas libertades con el código.

—¡Oh! ¡Desde luego! —dijo Ellery, precipitadamente.

¡Improvisa, hermano Queen, improvisa! En algún punto del Código del Duelo debe haber —o debió haber— un adarme de sentido común.

—¡*Mr*. Thurlow, su arma! —dijo Ellery, grave la inflexión.

Y pasó el «Colt», el cabo de nogal adelante, a su apadrinado.

Mr. Thurlow Locks echó la automática al bolsillo derecho de la americana. Se volvió luego y dio unos pasos para pararse después rígidamente: un hombre a solas con su Hacedor. ¡O tal decían sus espaldas!

—Creo —continuó Ellery, vuelto hacia Maclyn Locks— que, siendo usted padrino de *nuestro* rival, corresponde que me dirija a usted. El maestro de ceremonias debe decir a alguien si ambos contrincantes no desean desistir del duelo. ¿Qué me dicen?

Antes que Mac atinara a contestar, se oyó la voz de Thurlow, anonadada:

—¡No, no, *Mr*. Queen! Como parte ofendida, la opción es mía —eso no le sonó bien a *Mr*. Queen, pues parecía una conferencia de comerciantes—. E insisto en ello: ¡satisfacción a mi honor!

—¿Pero no dice algo el código —preguntó, respetuoso, el juez de campo— de que el duelo no se realizará si el ofensor pide disculpas al ofendido, *Mr*. Locks?

—Bueno, pido un millón de disculpas —gruñó Bob—. Haría cualquier cosa deschavetada por salir de una vez de este húmedo césped.

—¡No, no, NO! —chilló Thurlow—. ¡No quiero de ese modo! ¡Satisfacción al honor, *Mr*. Queen, satisfacción al honor!

—¡Muy bien! ¡Satisfacción al honor! —replicó *Mr*. Queen, presuroso—. Creo entonces que los duelistas deberán colocarse

espalda contra espalda. ¡Atención, caballeros! Mac, ¿está listo su apadrinado?

Asintió Mac con disgusto, y Robert extrajo del bolsillo el «Smith & Wesson» que le devolviera Ellery la noche anterior. Robert y Thurlow se fueron aproximando uno a otro, extrayendo el último del bolsillo el «Colt» que le acababa de entregar Ellery y empuñándolo con nerviosidad. Thurlow estaba palidísimo.

—¡Espalda contra espalda, caballeros!

Los hermanastros ejecutaron el *volte-face*.

—Contaré hasta diez. A cada número de la cuenta —siguió Ellery, con severa fruición— darán ustedes, caballeros, un paso adelante. Al fin de la cuenta estarán ustedes a veinte pasos uno de otro, vueltos a distintas direcciones. ¿Está claro eso?

Thurlow Locks dijo que sí con acento ronco. Robert Locks bostezó.

—Al fin de la cuenta, diré: «¡Media vuelta!» Y ustedes se volverán y se enfrentarán uno a otro, levantando las pistolas para apuntar. Contaré luego hasta tres y al decir «tres», dispararán cada uno un tiro. ¿Entendido?

Sheila lanzó un chillido de nerviosidad.

—¡Muy bien! ¡Aléjense, caballeros! Uno. Dos. Tres… —contó Ellery, solemne. Al pronunciar «diez», ambos se detuvieron—. ¡Media vuelta! —y se volvieron.

El rostro regordete de Thurlow relucía de sudor a la luz del amanecer. Mas su boca era firme y miraba con furia a su hermanastro. Alzó el «Colt» a la altura del hombro, apuntando. Encogiéndose de hombros, Robert apuntó también.

—*¡Uno!* —dijo Ellery. Todo eso estaba mal, pensaba con aprensión; antes tendría que haber leído algo respecto al lance; si el loco de Thurlow advierte que le arruiné *su* trance de armas, insistirá en hacer un bis.

—*¡Dos!* —¿Y qué estarían pensando el inspector y Velie parapetados tras el horrendo "monumento*? ¡Nunca vería el final de

aquello! El joven vio las dos cabezas amigas atisbando con sigilo tras el pedestal.

—*¡Tres!*

Sonó una seca detonación. Volutas de humo se enroscaron por la embocadura de la pistolilla de Thurlow.

Un silencio de muerte se le hizo sensible a Ellery, quien percibió además cierta curiosa expresión en el rostro de Thurlow.

Viró en redondo. Tras él, Sheila parecía estrangularse. Charley articuló algo ininteligible. Maclyn Locks fijaba su horrorizada mirada en el pasto. Y el inspector Queen y el sargento Velie salieron corriendo de la sombra del pedestal, braceando como locos, frenéticos.

¡Robert Locks yacía boca abajo sobre el césped, asiendo aún en la diestra el no descargado «Smith & Wesson»!

—¡Bob! ¡Bob! ¡Levántate! —decía Mac, incesantemente—. ¡Basta de comedias! ¡Álzate de una buena vez! Vas a atrapar un resfriado…

Alguien —Charley— asió el brazo de Mac, arrastrándole a un costado.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

Se alzó Ellery mecánicamente, limpiándose las manchas de barro de las rodilleras de sus pantalones.

—Está muerto.

Sheila Locks corrió ciega al caserón. Describió enorme, aterrada vuelta alrededor de Thurlow, quien seguía allí de pie, pistola en mano, contemplándolos con expresión perpleja.

—¡Un impacto en la bomba! —susurró Velie, señalando.

Ellery volvió a Bob: en sus ropas había un negro manchón, del cual fluían hilillos de sangre.

Soltó Thurlow la automática como si le quemara la mano. Echó a andar, vacilante.

—¡Epa, amigo! —bramó Velie, dando un paso hacia él.

Mas luego se reprimió, rascándose con furia el cráneo.

—Pero ¿cómo…? —aulló el inspector, hallando su voz al fin—. Ellery, me imaginaba que tú… que él…

—Hallarás la bala de fogueo en la recámara, papá; la misma bala que tú colocaste en el «Smith & Wesson» de Robert —dijo Ellery, con tono severo—. ¡Nunca fue descerrajada! En el «Colt» de Thurlow *había otro* proyectil de fogueo, que estaba alojado en él cuando lo deposité anoche sobre la mesilla de Thurlow, después de mi viaje hasta el Departamento. Pero alguien —*¡alguien de la casa!* — substituyó la *verdadera* bala de fogueo por una *bala de verdad*, sacando el proyectil de fogueo puesto por ti anoche en el arma de Thurlow.

—¡Asesinato! —balbuceó el policía, palidísimo.

—¡Asesinato! —repitió Ellery—. Sí: un asesinato de cuya perpetración todos hemos sido testigos oculares… pese a lo cual, nadie levantó un dedo para impedirlo… ¡antes bien, colaboramos en él!… *¡Vimos al hombre que disparó el tiro, pero no sabemos quién es el asesino!*

SEGUNDA PARTE

VIII. *LA SUPREMA CUESTIÓN DE LA OPORTUNIDAD*

UN ASESINATO premeditado no es diferente de un niño. Primero debe ser concebido, luego gestado; y sólo entonces puede nacer.

Esos tres pasos en la perpetración de un homicidio se suceden ordinariamente sin testigos; cuando ello sucede, se concreta un *Misterio*, y la específica función del *Detective* es retroceder a lo largo de su sangrienta estela, pues sólo en tal forma cabe establecer la paternidad del crimen, o sea solucionar el misterio.

Ellery Queen jamás había tenido el privilegio de asistir a la consumación de un asesinato; y el hecho de que, pese a haber asistido a él, supiera tan poco de su *filiación*, como si no lo hubiese presenciado, no producía en su ánimo ni irritación ni cólera, pues si se había cometido un crimen inevitable, prefería Ellery que fuera un misterio hasta el principio mismo, en forma que pudiera escarbar en él y remontarlo hasta su origen y explicárselo todo de cabo a rabo.

Apartándose del ajetreo, se sumió en pensamientos a la sombra de uno de los abetos de «pedigree» de la Vieja, observando los afanes de su padre y el sargento Velie. Apartándose del ajetreo, caviloso, asistió a la llegada de Hesse, Flint, Piggott, Johnson y demás integrantes de la brigada del inspector Queen; al agolpamiento de coches patrulleros en el Drive, junto al alto paredón; al arribo del fotógrafo de policía, del personal de la Sección Dactiloscopia, y del doctor Samuel Prouty, médico de policía del condado de Nueva York, enfurruñado por haber tenido que abandonar esposa, prole y lecho a esas horas infames de la madrugada. Como siempre, Prouty y Queen rondaron el cuerpo exánime de Robert Locks gruñéndose uno a otro, como feroces

perrazos disputándose un hueso. Como siempre, el sargento Velie, el Gran Danés, reía y gruñía entre ambos. Oportunamente, el cadáver fue depositado sobre una camilla improvisada, acto realizado bajo la inquieta supervisión del doctor Prouty; instantes después llegó zumbando el gigantesco «Sedan» del doctor Waggoner Innis con escolta de motocicletas policiales; y las largas piernas del facultativo le llevaron tras el cortejo para conferenciar con el médico de policía respecto a los pormenores técnicos del homicidio. Desapareció toda la partida en el caserón, dejando al inspector Queen e hijo a solas bajo el pedestal del broncíneo Zapato.

El aire era fresco, y el inspector reprimió un escalofrío.

—¿Y bien? —dijo.

—¡Y bien! —dijo Ellery.

—Es mejor hablar rápido —murmuró el viejo, tras una pausa—. Los periodistas pronto estarán aquí y urge calcular más o menos lo que vamos a comunicarles. Por el momento, mi espíritu está a ciegas.

Ellery frunció el ceño, fumando su cigarrillo.

—¡Un duelo! —continuó el inspector, amargamente—. ¡Y pensar que me dejé arrastrar a un duelo! ¡Y que me ocurra a mí tal despropósito! ¿Qué le digo ahora al jefe? ¿Qué les diré a todos?

Suspiró el hijo y lanzó la colilla al húmedo césped. Bravamente luchaba el sol por barrer las nubes de su *Ojo Luciente*; la tenue *ojeada* que acertó a echar a la tierra proyectó la fea sombra del Zapato hacia el manso Hudson.

—¿Por qué —se lamentó *Mr*. Ellery Queen— permanece invariablemente oculto el sol cuando más se le precisa, y, en cambio, sale a relucir cuando ya no nos importa nada de nada?

—¿De qué diablos estás hablando?

—Digo —sonrió Ellery— que si la luz hubiera sido mejor, acaso habríamos visto algo…

—¡Oh! Pero ¿qué, Ellery? ¡Ese trabajo sucio fue ejecutado durante la noche!

—Sí; pero… ¡una mirada!… ¡un cambio de expresión!… ¡Quién sabe!… ¡Son tan importantes los detalles!… Y la luz era tenue y gris al par que los pormenores… —y nuestro prohombre se abismó de nuevo en el silencio.

El inspector meneó la cabeza con impaciencia:

—Con luz o sin ella, el punto en debate es éste, hijo: ¿Quién pudo sustituir el cartucho de fogueo puesto anoche en la pistola de Thurlow?

—¡La *Oportunidad*! —murmuró Ellery—. ¡Esa condenada! Sí… ¡en un instante! Pero, dime, papá: ¿examinaste la cápsula?

—¡Desde luego!

—¿Nada anormal en ella?

—No. El proyectil usado fue un «Peters» ordinario, inoxidable. Un tipo de bala «M. C.» para una automática 25, cañón de 2 pulgadas. Tres pulgadas de penetración balística, calculada conforme a la usual tabla de pino de siete octavos. En suma, es, exactamente, el mismo tipo de bala descubierto en la automática que me diste en el Departamento.

—¿De veras?

—¡No te excites, hijo! —masculló el anciano—. Esas municiones pueden adquirirse en cualquier parte.

—Ya lo sé; pero es también el tipo de munición utilizada por Thurlow. ¿Examinaste el «arsenal» de Thurlow? De fijo compró balas en la casa Cornwall & Ritchey cuando adquirió ayer las armas de fuego.

—Ya le dije a Velie que investigara el punto.

Y dicho y hecho, el sargento Velie se precipitó fuera del caserón en ese instante, volando hacia el Zapato.

—¿Qué clase de tugurio es éste? —estalló—. Aquí hay un hombre muerto, asesinado, y casi toda su gente no parece afligirse. ¡Afligirse! ¿Qué estoy yo diciendo? ¡Ni siquiera le presta atención!

—Ya verá usted, sargento, que es una familia algo singular —dijo Ellery, frío—, ¿Revisó las municiones de Thurlow?

—Aún no tuve oportunidad de hacerlo; pero el pequeño Napoleón dice que compró ayer un montón de municiones, y que faltan algunos proyectiles de la caja de municiones de calibre 25. ¡Un puñado! Dice que *él* sólo sacó una bala anoche, la misma que puso en la automática. Dice que no entiende a qué viene tanto lío. «¿Acaso no fue un duelo?», dice; «¡Muy bien! Mi hermano sucumbió en un lance de honor», dice; «¿Qué hay con eso?», dice; «¿Qué tiene que meterse la policía en esta cuestión caballeresca?», dice. «¡Todo es legal!».

Y sacudiendo desesperado la cabeza, regresó taconeando a la casa.

—El punto capital es que Thurlow ya inspeccionó su provisión de balas —musitó Ellery—. Nada sabe, pues, de los proyectiles de fogueo, ¿verdad, papá?

—Aún no, hijo.

—¡Malo! Todo es legal; pero… ¡malo, malo!… Papá, creo mejor que localices cuanto antes la armería de *Mr*. Thurlow y que te apropies de ella sin demora. ¡Ese arsenal es un peligro público!

—Seguro que lo ocultó en algún lugar, como buen zorro que es —gruñó el inspector—, y nadie más que él lo sabe. Los muchachos no le quitan los ojos de encima, de modo que la cosa puede esperar pocos minutos más. Bien, ¿qué me dices de esa cuestión de la oportunidad, El? Inspeccionemos el terreno para asegurarnos de las cosas. ¿Qué hiciste exactamente anoche después de marcharte del Departamento con el «Colt» y el «S. & W.»?

—Volví aquí enseguida, fui con sigilo al aposento de Thurlow, puse el «Colt» con la bala de fogueo sobre la mesa de luz de Thurlow, exactamente en el mismo punto en que lo hallé previamente, y luego fui al dormitorio de los gemelos para entregar a Bob el «Smith & Wesson», cargado, asimismo, con cartucho de fogueo.

—¿Alguien te sorprendió entrando o saliendo del cuarto de Thurlow?

—No podría jurarlo; pero estoy convencido de que no, papá.

—Los gemelos estaban al tanto del plan, ¿eh?

— ¡Naturalmente!

—¿Y quién más?

—Charley Paxton y Sheila Locks. Los otros ya habían partido a la hora en que bosquejamos el plan de sustituir los proyectiles.

—¡Muy bien! —masculló el viejo—. Dejaste el «Colt» donde lo encontraste, diste a Robert el arma con la engañifa: ¿qué pasó luego?

—Dejé a los mellizos en su cuarto y bajé a la biblioteca. Charley y Sheila seguían teniendo acorralado allí a Thurlow, según mis instrucciones. Nuestro valentón estaba de humor alegre, acaso por haberle «cargado» Sheila con algunos vasos al esforzarse por restablecer su cordura. Pues bien, insistió Thurlow en que saliéramos todos de juerga… ¡los cuatro juntos!… Salimos de la casa en grupo, tomamos un taxi, y pasamos la noche en el «Club Bongo», de la calle 55 Este. No tornamos al Palacio…

—¿Al *qué*?

—Perdóname, papá; utilizaba la terminología de la familia Locks… En fin, regresamos alrededor de las seis menos cuarto y…

—¿Pudieron Thurlow, Paxton o Sheila llegar hasta la automática guardada en el aposento de Thurlow, en algún momento de la noche, después de partir ustedes de… del Palacio?…

—Eso es lo que presta belleza al caso —declaró Ellery—. No; los tres estuvieron conmigo, a mi vista, a mi alcance, desde el momento en que pisé la biblioteca hasta que nos apeamos del taxi esta madrugada.

—¿Qué ocurrió cuando regresaron?

—Dejé a Thurlow, Charley y Sheila en el jardín, en este mismo punto y lugar. El amigo Thurlow me envió a la casa a buscar su arma. Subí y…

Calló súbitamente.

—Y bien, ¿qué? —preguntó el padre, precipitadamente.

—Ahora que recuerdo —murmuró Ellery—, se me figuró, al subir por la escalera de caracol y llegar al rellano, que… Bueno, que

sentía, más que *oía*, algo o alguien moviéndose en la galería de los dormitorios y…

—¿Sí? —dijo el viejo, secamente—. ¿Qué? ¿Quién?

—¡No lo sé! Sentí, incluso, la sensación de que procedía de la parte de la galería ocupada por la puerta de Thurlow; pero acaso todo era fruto de mi sobreexcitada imaginación. ¡Yo *estaba pensando* en el departamento de Thurlow!

—Bueno, ¿oíste o no oíste algo, hijo? ¡Por Belcebú! *¿Salió o no salió alguien* de los cuartos de Thurlow a las seis de la mañana?

—Tan pronto diría que *sí*, tan pronto que *no*, papá.

—¡Un dato muy útil! —gruñó el anciano, exasperado—. Bien, tomaste el arma y bajaste directamente aquí, al jardín, ¿verdad? ¿Sin detenciones?

—¡Exactamente! Y le di el arma a Thurlow, quien se la puso en el bolsillo derecho de su chaqueta de «*tweeds*» apenas se la entregué —el policía asintió, pues había reparado en ello—. No volvió a tocarla hasta que así se le ordenó antes del duelo. No le quité los ojos de encima, ni nadie se le acercó lo suficiente para cometer algún desaguisado…

—¡Bien! También yo lo estuve vigilando. De modo, pues, que el solo intervalo en que la bala de fogueo pudo haber sido sustituida por un proyectil auténtico fue el que corrió entre el instante en que dejaste el «Colt» encima de la mesa de luz de Thurlow, y el momento en que subiste allá a las seis de la mañana para buscarlo. Pero ¿adónde nos lleva todo esto? ¡A ninguna parte! —el inspector movió los brazos con desesperación—. ¡Durante esas diez o más horas, cualquiera de los habitantes de este manicomio pudo haberse introducido en el aposento de Thurlow y ejecutado el trueque de los proyectiles!

—Todos, no —dijo Ellery.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo que no todos, papá. Todos —respondió Ellery pacientemente—, menos tres.

—Hijo, habla de modo que mi torpe cerebro acierte a comprenderte —dijo, hosco, el inspector.

—Bueno, Thurlow no pudo haber ido hasta su dormitorio durante esas horas —murmuró Ellery—. Ni Charley. Ni Sheila. ¡Imposible! Los tres quedan eliminados sin la más mínima duda.

—Sí, sí, desde luego, hijo. Pero yo me refería a los otros.

—Sí —musitó Ellery—. Aquí hay un caso susceptible de real delimitación y de concreta definición de los sospechosos. El resto de la «ménagerie» Locks estaba en casa durante dicho intervalo, por lo cual cualquiera de ellos podría haber cambiado los proyectiles. Aparte de los criados, son: la Vieja, su esposo Steve, ese viejo parásito del mayor Gotch, Louella, la «sabia», Mac, el gemelo, y Horatio.

—¿El hijo que vive en esa especie de… de…? ¿Cómo lo llamaste tú?

—¿«Cottage» de cuento de hadas, papá? Sí —replicó el prohombre, enfurruñado—. Sí, el filósofo del «Escapismo» podría haberlo perpetrado, aunque duerme en su «cottage» de ensueños. Colándose en el caserón por el patio y por las ventanas francesas, y escabullándose luego por la misma vía…

—Seis sospechosos en potencia —masculló el inspector—. ¡No está mal! Veamos ahora cómo se presentan todos en cuanto a motivos. En lo concerniente a la vieja arpía…

Ellery bostezó:

—¡Ahora, no, papá! No soy *Superman*, necesito dormir de vez en cuando. Lo mismo Sheila y Charley. ¡A dormirla todos, papá!

—Bueno, telefonéame aquí de casa apenas despiertes.

—Cuando despierte —anunció su hijo—, estaré prácticamente a tu lado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Voy a solicitar lecho en el Palladium Locks. Y si imaginas —agregó el orgullo del inspector— que no he de registrarlo todo con lupa antes de treparme a él para cerciorarme de que no es el lecho de Procustes, entonces…

—¿Procustes? ¿Quién es ese pajarraco?

—Un ladrón griego que «amoldaba» a sus víctimas a la medida del lecho —dijo Ellery, ahogando otro bostezo.

—No necesitarás su cama para eso —dijo el policía, sombrío—. Barrunto que este caso será el fin para ti, hijo mío.

—¿Cuánto apuestas? —y Ellery se arrastró camino del caserón.

IX. *LA MILAGROSA SALVACIÓN DEL SARGENTO VELIE*

CAYÓ Ellery dormido como un gato y despertó como un hombre. A medida que iba recobrando la lucidez se le hacía sensible cierta quietud poco natural, y cierto ruido poco natural. La casa, que tendría que haber estado llena de rumores, parecía silenciosa; el jardín, que tendría que haber estado silencioso, repercutía de rumores.

Saltó de su lecho prestado y corrió a una de las ventanas que daban al jardín delantero.

El sol estaba alto y brillaba en un cálido firmamento azul y sobre un enjambre de hombres. Rodeaban éstos el gigantesco Zapato, cerca de cuya base el inspector se batía en retirada. El aire resonaba de voces estentóreas.

Poniéndose en un santiamén sus ropas, Ellery corrió escaleras abajo.

—¡Papá! ¿Qué pasa? —vociferó a la carrera.

Pero el papá estaba demasiado ocupado como para contestarle.

Advirtió luego Ellery que no se trataba de turbas díscolas, sino de una legión de cronistas y fotógrafos entregados de lleno —y quizá demasiado *de lleno*— a las mal pagadas tareas propias de su oficio.

—¡Ah! ¡Aquí tenemos al Genio!

—Tal vez él *tenga* lengua, compañeros.

—¿Cómo es el cuento, Hawkshaw?

—Su viejo se quedó mudo de repente.

—Pero cuando quiere charlar, charla hasta por los codos.

—¡Aflojen, muchachos! ¿Qué es lo que aprietan con tanta fuerza?

—¿Qué espectáculo se dio aquí a las 6.00 a.m?

Meneó Ellery la cabeza con gesto de buen humor, abriéndose paso entre los grupos.

El inspector le asió con desesperación:

—¡Ellery, a estos incrédulos *Tomases* toda la verdad, por el cielo! ¡No quieren creerme! Diles la verdad; así nos libramos de ellos y podremos volver al trabajo… ¡y que Dios me asista, hijo!

—Caballeros, es un hecho —dijo el glorioso Ellery Queen.

Cesaron los murmullos.

—¡Es un hecho! —dijo al fin un cronista, con voz apagada.

—¿Un duelo legítimo, de dieciocho quilates?

—¿Aquí mismo, junto al Zapato?

—¿Pistolas a veinte pasos y todas esas pamplinas?

—¡Oigan! Si los duelistas llevaban pantalones de terciopelo, yo me vuelvo loco de atar.

—No. Thurlow llevaba puestos sus mugrientos pantalones de «*tweed*»…

—Y el pobre Bob Locks usaba gabardina «*beige*» y… ¿No fue eso lo que dijo el inspector Queen, muchachos?

—¡Paparruchas! Yo hubiera preferido pantalones de terciopelo…

—Pero si…

—Oye, Jack: ni siquiera los lectores de tu escandaloso pasquín creerán esta fábula…

—¿Y qué se me importa si lo creen o no? ¡A mí me pagan para informar lo ocurrido aquí!

—Por mi parte, sé decirles que esto lo resolveré con el jefe…

—¡Agárrense, muchachos, que ahí viene la Vieja!…

****

Apareció la terrible mujer por la puerta del frente y avanzó hacia los peldaños de mármol, flanqueada por el doctor Innis y el sargento Thomas Velie.

Ambos acompañantes, obrando a su manera específica, la abrumaban a súplicas.

Los cronistas y fotógrafos abandonaron, vergonzantemente, a los Queen. En un santiamén atravesaron corriendo el jardín, plantando bandera al pie de la escalinata.

—¡Héroes invictos! —rezongó Ellery, volviendo los ojos hacia la Vieja, conturbado.

En aquel semblante no había señal alguna de dolor; sólo cólera rabiosa. Aquellos ojuelos viperinos no habían derramado una lágrima.

—¡Fuera de mi casa! —chilló.

Se alzaron las cámaras fotográficas; los cronistas la bombardearon a preguntas.

Si aquellos intrépidos cazadores de noticias hubiesen tenido agudeza e imaginación, pensaba Ellery desconsolado, habrían temblado y huido ante una anciana que aceptaba sin emoción el asesinato de su hijo, y que se ponía histérica por la transitoria violación del teatro de la muerte del hijo. Semejante mujer era capaz de todo.

—Es la primera vez que asoma hoy las narices —recalcó el inspector—. Es mejor que nos vayamos acercando, hijo. ¡En cualquier momento puede la Vieja estallar como un cohete!

Pero antes de llegar a la escalinata, Cornelia Locks estalló, y estalló de modo asaz inesperado.

En determinado momento se erguía ante sus atormentadores, semejante a un airado cuervo; al instante siguiente, sus zarpas volaron a los superpuestos pliegues de sus faldas de tafetán, emergiendo de las mismas con un revólver.

El trance era absurdo; pero verídico. Una anciana setentona apuntaba con un revólver a un grupo de hombres.

Alguien gritó un «¡eh!» indignado; y luego todos guardaron absoluto silencio.

El revólver cabrilleaba bajo el sol. Todos los ojos estaban fijos en él.

El doctor Innis dio un paso atrás. Al otro lado de la Vieja, el sargento Velie parecía aturdido. Recordaba haberle visto Ellery desarmar solo a cinco forajidos sin conmoverse lo más mínimo, distribuyéndolos en fila silenciosa; pero era evidente que le desconcertaba profundamente el espectáculo y el problema derivados de aquella septuagenaria, parecida a la Reina Victoria, que blandía un pesado revólver contra ese grupo de hombres.

—¡Una de las armas de la colección de Thurlow! —dijo el inspector, clavadas las pupilas en el dedo encorvado sobre el gatillo —, Y eso significa que la vieja bruja sabía dónde los ocultaba su hijo. ¡El hombre que se mezcla con estos vesánicos se vuelve loco de remate… hasta yo mismo!

—Alguien tendría que… desarmarla, papá —dijo Ellery nerviosamente.

—Si ofreces tus servicios, hijo… —y dado que no hubo contestación alguna, el viejo encendió un pestilente cigarro y comenzó a fumar con fruición—. ¡*Mrs*. Locks —gritó—, baje esa arma antes que…!

—¡No se mueva de allí! —dijo la Vieja, sombría, al inspector, el cual se quedó sorprendido, pues no había exteriorizado la menor intención de moverse del lugar. Se volvió luego la bruja al grupo de fascinados periodistas, bramando—: ¡Dije que se marcharan de aquí!

Y blandió, trémula, el revólver.

Un entusiasta y heroico fotógrafo alzó su máquina para tomar una placa de *Cornelia Locks amenaza con su revólver a los periodistas*. El *tiro* se produjo, pero partió *hacia* la máquina, y no *de* ella. La puntería fue mala, rozando apenas un costado de la lente y rebotando para enterrarse luego en el pasto; pero el disparo tuvo la mágica propiedad de disolver el grupo reunido al pie de la escalinata, grupo que se refugió tras el sólido bronce del Zapato.

—¡La Vieja está loca! —dijo el sargento, roncamente, al doctor Innis.

—¡Afuera! —chillaba Cornelia a los hombres acurrucados tras el feísimo «monumento»—. ¡Éste es un asunto de familia y no

permitiré que sea publicado en todos esos sucios pasquines! ¡Afuera!

—¡Piggott! ¡Hesse! —dijo el inspector, cansadamente—. ¿Dónde diablos están ustedes? ¡Escolten a los muchachos hasta la calle!

Algunas cabezas atisbaron tras otros tantos árboles, y se advirtió al punto que se trataba de las cabezas de algunas personas mayores y, lo que es más vergonzoso, de los detectives adscriptos al servicio del inspector Queen.

—¡Ea! ¡Andando! —gritó el inspector—. Todo lo que puede hacerles es matarles, cobardes. ¿Acaso no les pagan para eso? ¡Acompañen a esos valientes fuera de la finca!

Aparecieron los detectives, rojos de vergüenza. Tras lo cual gozó *Mr*. Queen del increíble espectáculo ofrecido por numerosas figuras masculinas que corrían desaladas hacia la calle, cubiertos los flancos por policías de civil que movían las piernas con tanta energía como los fugitivos representantes de la prensa neoyorquina. Al cabo de escasos segundos, sólo quedaban las tres personas de la escalinata y las dos de pie sobre el césped, a corta distancia de aquéllas.

—¡Así se hacen las cosas! —dijo la Vieja, satisfecha—. Bueno, ¿qué están *ustedes* aguardando allí? —el arma se agitó de nuevo.

—Señora… —dijo el inspector, dando un paso.

—¡Alto, inspector Queen!

El inspector Queen hizo alto.

—Voy a decirle esto por primera y última vez, inspector. ¡No lo *quiero* ver aquí! ¡No *quiero* ninguna investigación! ¡No *quiero* policías! ¡No *quiero* ninguna interferencia extraña! Manejaré la muerte de mi hijo a mi modo, y si no cree usted que hablo en serio…

Ellery dijo, respetuosísimo:

—¡*Mrs*. Locks!

La bruja le lanzó una aguda mirada:

—¡Ah! ¡No anduvo rondando usted por aquí para nada bueno, joven! ¿Qué quiere?

—¿Se da usted cuenta de su posición y situación, señora?

—¡Mi situación y posición son como yo las quiero!

—¡Oh, no! Temo que no sea así —dijo Ellery, condolido—. Su posición y situación son como las ha querido Thurlow. O acaso como las quiso el granuja que utilizó a Thurlow como instrumento inconsciente para la ejecución de un crimen abominable. Su posición y situación, *Mrs*. Locks, le dicta, si usted reflexiona un instante, que entregue el revólver al sargento Velie, que entre en su casa y que deje lo demás a cargo de quienes tienen por oficio la captura de asesinos.

El sargento Velie, tangencialmente traído a colación, dio un respingo y despejó, nervioso, la garganta.

—¡No se mueva! —dijo Cornelia, feroz.

El titán, con débil risilla, balbuceó:

—¿Quién? ¿Yo? ¡Si estaba echando el peso del cuerpo de un pie al otro!

Retrocedió la Vieja, asiendo con más firmeza el arma:

—¿No han oído lo que dije, bribones? ¡Largo de aquí! Innis… ¡Usted también!

—¡Vamos, *Mrs*. Locks! —dijo el facultativo, pálido—. Ya sabe usted que *Mr*. Queen tiene razón. Además, toda esta excitación es dañina para su corazón… No me responsabilizaré de…

—¡Oh! ¡Pamplinas! —le espetó ella—. Mi corazón es cosa mía. Ya me tiene usted harta, doctor Waggoner Innis, y no comprendo cómo lo he dejado fastidiarme con sus torpes atenciones —el doctor Innis, ofendido, se irguió cuán alto era—. Por última vez: ¿se largan de mi casa, o tendré que matar a uno de ustedes para convencer a los demás de que hablo seriamente?

El inspector Queen ordenó:

—Velie, quítele el arma a esa mujer.

—Papá… —comenzó Ellery.

—Sí, señor —respondió el sargento.

Varias incidencias ocurrieron instantáneamente. El doctor Innis saltó a un lado para apartarse de Velie, quien avanzaba con cautela hacia la anciana; y de la anciana, que se volvía para apuntar con el revólver al pecho del sargento. Al mismo tiempo, saltó Ellery,

lanzándose escalinata arriba. Se abrió, simultáneamente, la puerta de calle, agolpándose en ella algunos pares de ojos desorbitados, mientras el inspector Queen, de pie sobre el césped, daba dos pasos de canguro hacia la izquierda, extraía del bolsillo una voluminosa lapicera fuente y la arrojaba con fuerza y maña a la Vieja.

Ellery, lapicera y Cornelia chocaron en el mismo instante en que sonaba una detonación. La lapicera fuente se estrelló contra su mano, conmoviéndola; Ellery pegó contra sus piernas seniles, desplazándolas; y la bala atravesó la gorra del sargento, haciéndola saltar de su cráneo como un pájaro remontando el vuelo.

El revólver resonó contra el porche.

El sargento Velie se abalanzó hacia él, bisbiseando, incrédulo:

—¡Disparó contra mí! ¡Disparó contra mí! ¡Casi me dio en la cabeza! ¡En la cabeza! —y se quedó mirando boquiabierto a Cornelia mientras erguía su corpacho.

—¡Voy a perseguirles ante la justicia! —aullaba ella.

—Permítame llevarla adentro, *Mrs*. Locks —murmuraba el galeno, tirándole del brazo—. Sosiéguese… su corazón…

—¡Voy a perseguirles… ante la justicia!…

El inspector se enjugó la frente sudorosa:

—¡Dice que nos perseguirá ante la ley! —tronó—. ¡Flint, Piggott, Johnson! Lleven a esa maniática a su tugurio… ¡Vamos!… ¡Salgan de allí atrás, cobardes!… De modo que nos perseguirá ante la ley, ¿eh?… *¡Velie!*

—¿Eh? —el sargento contemplaba fijo su gorra, que le devolvía la mirada con su flamante órbita ocular.

—Esas catorce armas que compró Thurlow… ¡tráigamelas aquí! —masculló el viejo, enfurecido—. Sólo tenemos tres de ellas, las dos usadas esta mañana en el duelo, y ésa que le birló su madre. ¡Recójalas todas, o no vuelva a aparecer por Center Street! Las once, ¿entiende? ¡Andando!

—Sí, señor —murmuró el sargento.

Y marchó vacilante tras el doctor Innis y la belicosa *Mrs*. Locks, metiéndose en la casa y meneando la cabeza como quien no acierta

a comprender ni jota.

X. *LA MARCA DE CAÍN*

EL VELAR a un cadáver es cosa propia de seres vivos, y nadie come más a gusto que el verdugo.

Ellery descubrió de súbito que desfallecía de hambre. Descansado por su sueño e irrevocablemente tendido Robert Locks sobre la mesa de autopsias del doctor Prouty, *Mr*. Queen se sentía hambriento, muy hambriento.

Rumbeó al comedor, atento a la posible aparición de algún criado; pero la única alma viviente que halló al paso fue el detective Flint, que se precipitaba por el vestíbulo hacia la puerta de acceso.

—¿Dónde está el inspector, *Mr*. Queen?

—Afuera. ¿Qué le ocurre ahora, Flint?

—¿Qué me ocurre? —el detective se enjugó la frente—. El inspector dijo: «Flint, vigile a ese Horatio Locks», dijo, «que vive en esa cabaña del patio interior. Ese chiflado no me inspira mucha confianza, y un individuo que juega con bolitas a su edad es bien capaz de deslizar un proyectil auténtico en el revólver del hermano por puro espíritu de diversión infantil. Probablemente le agrada oírlos explotar», dijo…

—¡Ahórremelo! —se quejó *Mr*. Queen—. Estoy famélico. ¿Qué pasa, en fin de cuentas?

—Pues bien, vigilo a Horatio —dijo Flint—. Vigilo y vigilo hasta que los ojos se me salen de las órbitas y, ¿qué es lo que veo? —Flint hizo una pausa para secarse de nuevo la cara.

—¿Y bien?

—Su hermano está muerto, ¿eh? Un hombre joven, con toda una vida por delante… ¡muerto!… Asesinado. La casa llena de policías. El infierno, desatado en ella. ¿Se asusta Horatio? —preguntó Flint—.

¿Se roe las uñas de pena? ¿Se zambulle en el lecho, tapándose la cabeza con la sábana? ¿Llora? ¿Se pone histérico? ¿Clama venganza contra el sanguinario tunante que…?

Ellery comenzó a mover los pies.

—¡Aguarde! —Flint corrió tras él—. ¡Ya voy al grano, *Mr*. Queen!

—Y yo quiero comer —gruñó *Mr*. Queen,

—¡Pero usted no me entiende! ¿Qué hace el hermano mayor, Horatio? Sentado en el pupitre de esa bombonera que se construyó en la parte posterior del jardín, el grandullón me dice (y muy amistosamente, ¿eh?): «Señor mío», dice, «señor mío, eso me da una idea preciosa para escribir un nuevo libro para niños», dice. «Existe algo uni… univer…»

—i… versal! —dijo Ellery, empinándose.

—¡Eso, eso! «… universal en el viril código del juicio de Dios», dijo, «y como quiera que sea, siempre es un buen tema para obras infantiles», dijo, «y por eso me voy a sentar, señor mío, con su permiso, desde luego», dijo, «y voy a esbozar un argumento relativo a una novela de capa y espada para jóvenes de doce a quince años», dijo, «fundado en el odio de dos hermanos que libran un duelo a muerte», dijo… ¡y que me convierta en un abogado picapleitos si ese grandullón idiota no toma una de las plumas de pollo que usa para escribir y se pone a borronear cuartillas como si su vida dependiera de ello!… Cesa entonces de escribir y me mira, diciéndome: «Época de Luis XIII, desde luego», dice… ¡y vuelta a escribir!… «En el armario encontrará usted manzanas y jengibre en conserva y bollitos, *Mr*. Flint», dijo —el detective echó una mirada en redondo, taimadamente—. ¿No cree usted que ese chiflado lo hizo para reunir material para un libro? —cuchicheó—. ¡Eso es lo que le diré al inspector Queen! Es una teoría, *Mr*. Queen, que usted no podrá pulverizar por nada del mundo.

—Encontrará al más viejo de los iconoclastas afuera —suspiró Ellery. Y se fue presuroso.

****

Sheila y Paxton estaban sentados en el comedor, picoteando en una ensalada a guisa de *lunch*.

—No… ¡no se marche! —dijo la joven.

—No, si no tenía esa intención —Ellery entró en el cuarto—. Y menos habiendo comida a la vista.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuttins! —el larguirucho mayordomo se materializó, trémulo—. Cuttins —dijo Sheila con voz mortecina— no sabe si renunciar a nuestro servicio o quedarse, *Mr*. Queen. ¿Por qué no le expone usted nuestra situación?

—La situación —contestó *Mr*. Queen, aterrando a Cuttins con la mirada— consiste en que esta casa y cuantos viven en ella se encuentran bajo vigilancia policial, Cuttins, y toda vez que no podría usted marcharse sin que la policía emitiera una alarma radiotelefónica en su exclusivo honor, haría usted bien en traerme al instante algo que comer.

—¡Muy bien, señor! —tartamudeó Cuttins; y se esfumó aceleradamente.

—Aun estoy aturdida —dijo Sheila vagamente—. No puedo creer que Bob esté muerto. Muerto. No de pulmonía. No por un accidente. Muerto en un duelo. Por una bala de la pistola de Thurlow. ¡Qué manera tonta de… de morir! —Sheila se encorvó de súbito sobre su plato. No miró a Charley, quien parecía paralizado.

—Algo ocurrió entre ustedes dos —dijo Ellery, perspicaz, mirando a uno y a otro.

—Sheila rompió nuestro compromiso —musitó Charley.

—Bueno —respondió el detective con jovialidad—, no lo reciba como si fuera alguna horrenda convulsión telúrica. Las jovencitas tienen derecho a cambiar de parecer. Y no es usted el espécimen más gallardo que ronda las selvas neoyorkinas.

—No es eso —dijo Sheila, presurosa—. Todavía lo… —se mordió el labio.

—¿No es eso? —Ellery escamoteó una rebanada de la fuente de «pan con manteca» del abogado—. ¿Qué es, entonces, Sheila?

La muchacha no replicó.

—¡No es éste el momento de andar con vueltas! —gritó Charley, exasperado—. ¡Nunca entenderé a las mujeres! Aquí hay una muchacha con el agua al cuello. Creería uno que ella querría el socorro de mis brazos. ¡Pues, no, señor! Al contrario: ¡acaba de rechazarme! No quiere ni que la bese, ni que comparta su desdicha, ni…

—Cada circunstancia presenta cierto número de explicaciones alternativas —murmuró *Mr*. Queen—. Tal vez, en un descuido, comió ajo y cebolla, Charley.

Sheila sonrió, mal de su grado; mas luego manifestó con desesperación:

—¡La cosa no tiene remedio!

—¡Y sólo porque asesinaron al pobre Bob! —dijo Charley, amargamente—. Supongo que si mi padre hubiese perecido en la horca, y no en su lecho, Sheila, tú habrías huido de mí, ¿verdad?

—¡Desembuche, preciosa! —instó *Mr*. Queen, suavemente.

—¡Muy bien! ¡Hablaré! —los hoyuelos de Sheila se profundizaron en su agraciada faz—. Charley, siempre te dije que la principal razón que me movía a aplazar nuestro matrimonio era que mamá me dejaría sin un centavo si así lo hacía, y que tal cosa sería injusta para ti. Bueno, no fui sincera. ¡Como si me importara un ardite el que mamá me desheredara! Sería feliz contigo viviendo en una mísera cabaña, Charley…

—¿De veras? —balbuceó, extasiado, el hombre de leyes—. Pero ¿por qué tú…? ¿Qué razón…?

—¡Charley! ¡Contémplanos! Thurlow… Louella… Horatio…

—Un momento…

—¡Es imposible borrar la horrible verdad ignorándola, Charley! Son insanos, todos y cada uno de ellos —cobró timbres roncos la voz

de la chica—. ¿Cómo sé que no llevo en mí el mismo estigma de locura? *¿Cómo lo sé?*

—¡Pero, Sheila! ¡Ustedes no son hermanos completos, sino hermanastros!

—¿No tenemos la misma madre?

—Sí; pero bien sabes que Thurlow, Louella y Horatio heredaron lo que heredaron, no de su madre, sino de su padre, cuya sangre no corre por *tus* venas, Sheila. Y no veo nada anormal en Steve…

—¿Cómo podría yo saberlo? —inquirió Sheila—. ¡Mira a mi madre! ¿Acaso es como las demás personas?

—La Vieja no tiene nada de anómalo, salvo cierta vulgar falta de escrúpulos… ¡Sheila! ¡No dramatices! Ese temor pueril a la insania…

—Pues no me casaré contigo, ni con nadie, Charley, hasta saberlo —respondió la joven airadamente—, Y teniendo un homicida en la familia…— se incorporó de un salto y huyó.

—No, Charley, no —dijo Ellery, rápidamente, advirtiendo que el abogado, crispado el rostro como una criatura despechada, amagaba correr tras ella—. ¡Quédese aquí!

—¡Pero no puedo dejarla ir así!

—Sí, puede, Charley. ¡Deje en paz a Sheila por un rato!

—¡Oh! ¡Esos disparates me enferman, El! ¡Sheila es perfectamente normal! Nunca hubo anormalidad alguna en los Brent: ni en Steve, ni en Sheila. Bob, Mac…

—Es imprescindible que comprenda usted bien los temores de la muchacha, Charley —murmuró Ellery—. Sus nervios están destrozados. Aunque no fuera naturalmente nerviosa, el vivir aquí la habría convertido en neurótica.

—Pues bien, solucione este maldito caso para que pueda sacarla a Sheila de este manicomio y poner algún juicio en su cabeza, Ellery.

—Haré cuanto esté en mis manos, Charley.

Y el detective miró pensativo su ensalada de pollo, a la que siempre había detestado, tan pronto advirtió que había satisfecho los primeros embates de su hambre.

****

Al irrumpir el inspector Queen y el sargento Velie en el comedor, Ellery estaba acurrucado en su asiento, fumando como una chimenea, mientras Charley atormentaba sus uñas.

—¡Chitón! —susurró el abogado—. ¡Ellery está pensando!

—¿De veras? —gruñó el anciano—. ¡Pues que piense sobre esto! Velie, deposítelas sobre la mesa.

Sonó un chasquido. Ellery alzó los ojos, sobresaltado. El sargento había volcado una brazada de revólveres y automáticas sobre la tapa de la mesa.

—¡Bueno, bueno! El arsenal de Thurlow, ¿eh?

—Yo lo descubrí —dijo Velie—. ¿Es que nunca me acreditarán nada?

—¡Un «pagliacci» clavado! —masculló, sardónico, el inspector—. El hecho es, hijo mío, que aquí están sólo los que están, pues aún faltan dos.

—¿No hay catorce? —Ellery parecía deprimido.

En ciertos aspectos tenía alma de contador; un hecho desplazado le irritaba; dos, le volvían loco.

—¡Cuéntalos tú mismo!

Así lo hizo Ellery. Contó doce. Halló entre los doce el «Colt» de Thurlow, la pistola «ñata» de Robert y el revólver de largo cañón con el cual casi asesinara Cornelia Locks al sargento Velie, un «Harrington & Richardson», calibre 22.

—A todo esto, ¿qué dice Thurlow? —preguntó Charley.

—¿Descubriría usted sentido común en un chiflado? —bufó el sargento—. Dice Thurlow que tenía catorce, y eso es lo que dice el armero a quien las compró. Y Thurlow agrega que sólo él sabía dónde había escondido las armas. Así que me digo: "¿Cómo se entiende que falten dos armas? ¿Qué hizo con ellas? ¿Salió a pasear con ambas?

—¿Dónde las ocultó, sargento? —inquirió Ellery.

—En un armarillo secreto de su dormitorio, junto con algunas cajas de municiones que había adquirido.

—¡Oh! —exclamó Charley, disgustado—. Allí, ¿eh? Todos lo sabían entonces. Thurlow ha estado «escondiendo» sus cosas en ese armarillo «secreto» desde que construyeron la casa. De hecho, él mismo lo hizo instalar. En la casa todos lo conocen, caballeros.

—Es obvio que la Vieja tomó el «Harrington & Richardson» de allí —terció el inspector, sentándose y buceando en la ensalada de pollo a la pesca de una presa—. En ese caso, ¿por qué no Louella? ¿O el retardado Horatio? ¿O cualquier otro? El hecho es que faltan dos armas y que no pegaré los ojos hasta dar con ellas. ¡Armas *extraviadas* en este loquero!

Estudiaba Ellery la *armería* depositada sobre la mesa. Extrajo luego lápiz y papel, y comenzó a escribir.

—Un inventario —anunció al fin—. He aquí lo que tenemos.

La lista consignaba las doce armas:

CLASELISTANUMERADAOALGO

1. Automática «Colt», modelo de bolsillo.

Calibre 25: *Arma homicida*.

1. Revólver «Smith & Wesson», 38/32.

Calibre 38: *Arma de Robert*.

1. Revólver «Harrington & Richardson».

Calibre 22: *Arma de Cornelia*.

1. Automática sin percutor «Johnson».

Calibre 32 (esp.).

1. Automática «Schmeisser», modelo de bolsillo.

Calibre 25. Automática.

1. «*Off*-Hand» Stevens, para tiro al blanco.

Calibre 22. Long rifle.

1. «I. J. Champion», acción simple.

Calibre 22.

1. «Stoeger Luger» (repulido).

Calibre 7.65 mm.

1. Nuevo Modelo de Máuser (10 tiros).

Calibre 7.65 mm.

1. Automática corta, sin percutor, «High Standard».

Calibre 22.

1. «Browning» 1912.

Calibre 9 mm.

1. «Ortgies».

Calibre 6.35 mm.

—¿Y bien? —preguntó el anciano.

—Y bien, nada —replicó el hijo—, salvo que cada una de esas armas es de diferente fábrica. Ese hecho facilitará la tarea. Sargento, telefonee a Cornwall & Ritchey y tráigame la lista completa de las catorce armas adquiridas por Thurlow.

—Piggot ya se ocupa de eso.

—¡Bien! No escatime esfuerzos para dar con los dos juguetes *extraviados*, Velie.

—Y mientras jugamos a los policías —terció el inspector, glacial — podríamos comenzar a reflexionar acerca de quién tendría motivos para matar a Bob Locks. Ahora sabemos quién tuvo tu condenada oportunidad, hijo.

—No puedo imaginar quién podía tener interés en sacar del medio a Bob —murmuró Charley—, salvo Thurlow, a quien Bob solía perseguir. Pero ya sabemos que Thurlow no pudo haberle muerto…

—¡En mi vida he visto caso más deschavetado! —masculló Velie —. ¡El que disparó el tiro *no* puede ser el criminal! ¡Oigan! Esta ensalada de pollo está muy sabrosa.

—El caso es que alguien quería ver muerto a Bob y, por eso, alguien tenía razones. Tal vez si descubrimos las razones, descubriremos a ese alguien. ¿Alguna idea, Ellery?

El joven se encogió de hombros:

—Charley, es usted el abogado de la familia. ¿Cuáles son los términos del testamento de Cornelia?

Charley parecía nervioso:

—¡Ah, no! ¡Un momento, Ellery! La Vieja está bien viva, y los términos de un testamento son confidenciales si…

—¡Oh! ¡Pamplinas! —espetó el anciano, disgustado—. ¡Vamos, El! Conversemos directamente con la vieja bruja.

—¡Es mejor que se lleven un chaleco a prueba de balas! —bramó Velie a sus espaldas, hablando con la boca llena.

XI. *«INFERIR EL MÓVIL DEL HECHO»*

—CONFORME, inspector Queen; pero sólo unos minutos —el doctor Waggoner Innis estaba muy pálido, si bien ya había recuperado su aplomo; y allí, en la salita de Cornelia Locks, su porte revelaba a las claras al alto y espléndido médico en el ejercicio de su profesión.

—¿Cómo está? —inquirió Ellery.

—Los nervios más apaciguados; pero el corazón late irregularmente, y el pulso podría ser mejor. Es necesario que cooperen ustedes conmigo, caballeros…

—¡Apártese, doctor! —instó el policía; y todos entraron en el dormitorio de la temible Vieja.

Era un aposento cuadrado, de estilo Victoriano, abrumado de aquellos dorados fantasmones, por mal nombre «amorcillos», que en días más elegantes pasaban por «arte». Todas las cosas se arremolinaban en fría parálisis de «forma», y todas eran caras y detestables. Se veían fundas sobre las sillas «petit-point», y no había ni el más ligero vestigio de que un hombre compartiera la habitación con su anciana mujer.

El lecho, por su parte, era todo un legado para los arqueólogos del futuro. Curvas las esquinas, los pies formaban un óvalo más estrecho que la cabecera. Carecía la cama de soporte trasero; la cabecera era una pieza sencilla, cóncava, que se extendía, ininterrumpidamente, aunque decreciente en altura, a lo largo de los costados. Se preguntaba Ellery qué había de anormal en aquel adefesio, aparte de su forma un tanto grotesca. Y luego vio claro. El lecho no tenía patas frontales; los pies reposaban directamente sobre el piso. Y como la cabecera era alta, sostenida por un solo y

grueso tablón aguzado, los costados mostraban un sesgo de arriba abajo, al paso que el elástico y el colchón habían sido diestramente manufacturados para conservar el nivel horizontal. El conjunto era tan increíble que por un instante, Ellery sólo tuvo ojos para el lecho, desentendiéndose de su extraordinaria ocupante.

Se dio cuenta, de súbito, de qué se trataba.

¡El lecho tenía la forma de un zapato «Oxford» de mujer!

****

La Vieja yacía tendida en él, una cofia de encajes asentada sobre sus blancos cabellos, el cobertor de seda descansando sobre su hinchado y minúsculo vientre. Reclinada sobre algunos almohadones color rosa, tenía una máquina de escribir portátil sobre las rodillas; sus garras buscaban, torpes, las teclas, y cuando las hallaba, las golpeaba con impaciencia.

Cornelia no prestó la menor atención a los cuatro hombres. Sus ojillos negros estaban atentos al papel introducido en la máquina.

—Ya le dije, *Mrs*. Locks, que… —comenzó diciendo el doctor Innis, malhumorado, alzando sus ojos inteligentes al cielo raso… y bajándolos más que de prisa al tropezar con el penoso espectáculo de dos «cupidos» de yeso, ceñidos en estrecho abrazo.

—¡Cállese, Innis!

Aguardaron los cuatro a que la mujer finiquitara su inexplicable labor.

Así lo hizo ella, asentando un teclazo final y arrancando la hoja de papel de la máquina; le echó entonces un rápido vistazo, hizo un movimiento como de dentellada, y luego extendió la diestra hacia un grueso lápiz de grafito blando depositado sobre el lecho. Garrapateó su firma, recogió algunas hojas dactilografiadas, puestas junto a la portátil, y las firmó; y sólo entonces levantó la vista.

—¿Qué están ustedes haciendo en mi dormitorio?

—Ciertas cuestiones, *Mrs*. Locks, exigen… —empezó el inspector.

—Bien. Supongo que no podré librarme de usted de otro modo. ¡Pero tendrá que aguardar! *¡Charley!*

—¿*Mrs*. Locks?

—Atienda enseguida el despacho de esas órdenes que firmé.

Recogió el abogado las cuartillas firmadas que ella le metía en las manos, impaciente, y las ojeó debidamente. A la última, se dilataron sus ojos:

—¿Quiere usted que *venda* las acciones de la Compañía de Zapatos Locks… *todas* ellas?

—¿No es eso lo que dice el documento? —chilló la Vieja—. No es eso, ¿eh?

—Sí, *Mrs*. Locks; pero…

—¿Desde cuándo debo darle cuenta de mis actos, Charley? ¡Aquí se le paga para obedecer órdenes! ¡Obedézcalas!

—¡Pero, no lo entiendo, *Mrs*. Locks! —protestó Charley—. ¡Perdería usted la fiscalización de la fábrica!

—¿De veras? —sus labios se crisparon de desdén—. Mi hijo Robert era el director de la compañía. Su asesinato y el escándalo que tanto he tratado de evitar —su voz se endureció— harán bajar las acciones Locks. Si no logro evitar el escándalo, por lo menos podré sacar provecho de él. La venta de mis acciones acentuará aún más la baja. Se abrió esta mañana a 84. Cuando llegue a 72, vuelva a comprarlas. —Charles parecía atónito—. ¿Por qué se queda allí inmóvil, idiota? —chilló la horrible vieja—. ¿No oyó lo que le dije? ¡Vaya a telefonear a mis corredores de títulos! *¡Volando!*

Charley asintió secamente. Al pasar junto a Ellery, cuchicheó:

—¿Cuál es el precio de mamá, *Mr*. Q.? ¡Se aprovecha del asesinato de su hijo para redondear algunos millones más!

Y salió a escape.

****

El doctor Innis se inclinó sobre la Vieja manejando su estetoscopio, meneó la cabeza, tomó el pulso, meneó la cabeza, retiró la máquina de escribir, meneó la cabeza y, por fin, se alejó a la ventana para asomarse a los jardines, meneando siempre la cabeza.

—¿Ya está lista para mí, señora? —preguntó, cortés, el policía.

—Sí. ¡No se ande por las ramas!

—¡Que no me ande por…! —relampaguearon los duros ojos del inspector—. Mi querida *Mrs*. Locks —exclamó, suave el tono—, ¿sabe usted que yo podría meterla ahora mismo en la cárcel bajo la acusación de intentar dar muerte a un oficial de policía?

—¡Oh, sí! —asintió la Vieja—. Pero no lo hará.

—¡Que no lo haré! *Mrs*. Locks; le prevengo que…

—¡Pamplinas! —gruñó ella—. En mi casa le soy mucho más útil. ¡No crea usted que me hace un favor! Conozco a la gente de su calaña. Son todos entremetidos, impertinentes, mangoneadores de publicidad. Se ha metido usted en este lío para llenarse el bolsillo.

—*¡Mrs. Locks!*

—¡Paparruchas! ¿Cuánto quiere por declarar accidente la muerte de mi hijo?

Mr. Queen tosió sobre la diestra, observando, divertidísimo, a su padre.

Pero el inspector sólo sonrió:

—Jugaría usted un magnífico partido de *poker*, *Mrs*. Locks. Dice y hace infinidad de cosas contradictorias, todo para encubrir lo único que le infunde temor, eso que yo llamaría su «bluff». ¡Entendámonos bien! Voy a hacer cuanto esté en mis manos para averiguar quién asesinó a su hijo Robert. Sé que esto es lo que desea usted también, señora, sólo que por malicia quiere hacer las cosas a su modo. Pero yo retengo todas las cartas ganadoras y usted tendrá que hacerlo a mi manera. Podrá usted o no cooperar, según le convenga; pero no evitará que descubra lo que quiero descubrir.

La Vieja lo miró fijamente. El anciano le devolvió la mirada. Finalmente, se arrebujó ella bajo el cobertor de seda, como una jovencita púdica, sombría de expresión:

—Hable o lárguese. ¿Qué quiere saber?

—¿Cuáles son los términos de su testamento? —dijo el inspector, instantáneamente, sin trazas de triunfo.

Ellery advirtió el destello de aquellos ojillos oscuros, el accionar de aquellas quijadas:

—¡Ah! ¿Eso? No me importa comunicárselo, si promete no decírselo a los periodistas.

—Prometido, señora.

—¿Usted, joven? Su hijo, ¿no?

Ellery la miró. La Vieja desvió la vista a Innis. Las espaldas del médico parecían murallas.

—Mi testamento determina las siguientes tres cláusulas —estableció ella, en tono frío, monótono—. Primera: a mi muerte, los bienes serán divididos entre mis hijos sobrevivientes por partes iguales.

—¿Y bien? —apremió el inspector.

—Segunda: mi esposo, Stephen Locks, no recibirá parte alguna, ni principal, ni renta. Eliminado. Ni un céntimo —accionaron de nuevo sus quijadas—. Por treinta y tres años los he mantenido a él y a Gotch. ¡Es bastante!

—¡Adelante, *Mrs*. Locks!

—Tercera: yo soy presidenta de la Junta de Directores de la Compañía de Zapatos Locks. A mi muerte, un nuevo presidente tendrá que ser elegido para dicha junta. La Junta consistirá de todos mis hijos supervivientes, y mando, además, que Simon Underhill, director de las fábricas, tenga también voto. No sé si esta última disposición hará pie ante la ley —agregó, con curioso tono humorístico—; pero no creo que ninguno de los interesados se atreva a llevar tan lejos las cosas. Mi palabra ha sido ley en vida, y creo que será ley después de mi muerte. Eso es todo, caballeros. Ahora ¡váyanse!

****

—¡Extraordinaria mujer! —murmuró Ellery, ya fuera del departamento de Cornelia.

—No, éste no es un caso para la policía —suspiró el anciano—, sino para el as de los psiquiatras.

Charley llegó del vestíbulo por las escaleras, y los tres hombres hicieron una pausa en la galería de los altos.

—¿Está Innis con ella? —jadeó el abogado.

—Sí. ¿Recibe él buenos honorarios, Charley? —preguntó el policía, curioso.

—Un salario anual. ¡Algo fantástico! Pero Innis se lo gana bien.

El inspector gruñó:

—Nos habló del testamento.

—Papá se puso a «trabajarla» —rió Ellery—. ¡A propósito, Charley! ¿Dónde guarda el testamento?

—En su dormitorio, junto con otros documentos importantes.

—¿Esa exhibición de dactilografía es cosa nueva, Charley?

—¡Oh, no! Una vez tuvimos cierta diferencia de opinión respecto a una de sus innumerables «instrucciones» verbales. Ella insistía en que me había dicho algo, y yo estaba segurísimo de que no me había dicho absolutamente nada. Hubo por eso una disputa y yo insistí en que me diera instrucciones debidamente dactilografiadas y firmadas. Desde entonces, la Vieja escribe a máquina sus órdenes, y firma los documentos con un lápiz blando.

El inspector se desentendió del tema con un impaciente ademán:

—La Vieja dijo que había desheredado a su esposo, Steve Brent Locks. ¿Es eso legal, Charley? Siempre pensé que, en este Estado, el esposo recibía un tercio de los bienes de la mujer, quedando los dos tercios restantes para los hijos supervivientes.

—Eso es cierto hoy —asintió el abogado—; pero sólo desde el 31 de agosto de 1930. Antes, el esposo podía ser legalmente eliminado

de toda participación, en los bienes de su mujer. Y el testamento de la Vieja es anterior al 31 de agosto de 1930, por lo que es perfectamente legal.

—¿Por qué es desheredado el padre de Sheila? —preguntó Ellery, incisivo.

Paxton suspiró:

—¡Ya veo que usted no entiende a esa bruja, Ellery! Aun cuando Cornelia Locks desposó a Steve Brent, él no fue nunca, ni lo será, un Locks auténtico y genuino, salvo de nombre…

—Un pacto, ¿eh? —inquirió, glacial, el policía.

—Algo así, inspector. Los chicos son parte de *ella:* luego son Locks. Pero no Steve. ¿De dónde imagina usted que Thurlow heredó ese respeto exagerado por el nombre de la familia? ¡Pues de la Vieja! Ella se lo machacó en su minúsculo cerebro.

—¿Cuánto «vale» la Vieja?

Charley esbozó una mueca:

—Es difícil calcularlo, inspector; pero según un cálculo a «*grosso modo*», y deducidos impuestos y gastos generales, estimo que dejará una fortuna neta de alrededor de treinta millones de dólares.

Mr. Queen casi se sofoca.

—Pero eso significa —balbuceó el inspector—, que, vivo aún Bob Locks, cada uno de los seis hijos de la Vieja habría heredado cinco millones *per cápita,* ¿verdad?

—¡Un cálculo infame! —gruñó el hijo—. ¡Heredar cinco millones de dólares una mujer como Louella!

—¡No olvide a Horatio! —advirtió Charley—. Y si extremamos las cosas, al propio Thurlow. ¡Qué lote de armas de fuego podría comprarse con esos cinco millones!

—Y eliminado Bob —terció el inspector—, sólo restan cinco individuos para repartirse el botín, de suerte que, con ello, recibirán seis millones por cabeza. ¡El asesinato de Bob produjo un millón de dólares a cada uno de los herederos Locks! —se restregó las manos —. Veamos ahora qué tenemos, amigos. Nuestros sospechosos

activos son Cornelia, el rechoncho Steve, el mayor Gotch, Louella, Horatio, y Mac…

Ellery asintió:

—Sí, son los únicos que tuvieron ocasión de cambiar las balas.

—Bien, examinemos primero a Cornelia —el inspector sonrió—. Sabe Dios que jamás he concebido que una madre pueda asesinar a su propio hijo; pero todo es en esta familia…

Charley meneó la cabeza:

—Es verdad que odiaba a Bob, pues siempre ha detestado a los tres hijos que tuvo con Steve; pero llegar al crimen…

—A mí también me causa esa impresión —dijo Ellery, ceñudo.

—A menos que esté mal de la cabeza… —terció el inspector.

—Creo que es cuerda, papá. Extravagante; pero cuerda. —Bueno, teóricamente ella tenía el móvil del odio. Ahora bien, ¿en qué situación se halla Steve?

—No veo que Steve tuviera motivos para asesinar a Bob —protestó Charley—. Toda vez que la Vieja lo ha eliminado del testamento…

—¡A propósito! —interrumpió Ellery—. ¿Conoce toda la familia los términos del testamento de Cornelia?

El abogado asintió:

—Ella no anduvo con tapujos, Ellery. Estoy seguro de que los conocen. Sea como fuere, no recibiendo Steve un céntimo, nada tenía que ganar, económicamente, disminuyendo el número de herederos. Así, pues, no veo que tuviera motivo para asesinar a Bob.

—Conviene no pasar por alto el hecho —destacó Ellery— de que Stephen Brent Locks es un sujeto perfectamente cuerdo, y que los individuos cuerdos no asesinan a sus hijos a sangre fría.

—Creo que Steve quería más a Bob que a Mac y Sheila. No. Ni por asomo concibo a Steve asesino de Bob.

—¿Y ese viejo parásito de Gotch? —preguntó el policía.

—La muerte de Bob no le beneficia en nada.

—A menos —dijo Ellery meditabundo—, que obrara por cuenta de alguno de los otros.

El inspector dio un respingo:

—¿Bromeas, hijo?

Ellery sonrió:

—¡A propósito! Se me ha ocurrido una idea respecto de Gotch. Eso daría al hombre un motivo plausible.

—¿Qué es? —inquirieron los otros ansiosamente.

—Prefiero no ser explícito ahora. Aún no me he saturado de la tónica del caso… ¡la tónica operativa!… Sólo puedo hacer conjeturas casi absurdas, carentes de convicción. Con todo, papá, desearía ver algún informe relativo a la vida pasada del mayor.

—Enviaré unos cables… Bien, pasemos a Louella —el policía se rascó la quijada—. ¿No nos has contado algo referente a una disputa sostenida con la madre por cuestión de alguna suma de dinero que necesitaba para sus experimentos de laboratorio, Ellery? Dijiste que ella la echó de la mesa…

—Ése sería un excelente móvil para asesinar a la madre —respondió el joven—, pero no a Bob. Sin embargo, admito que Louella gana algo con la muerte del hermano.

—Viene luego Horatio, el Hombre que no Tuvo Infancia…

—¡Oh! Horatio no tiene interés por el dinero —masculló Paxton—. Y no creo que cambiara media docena de palabras con Bob en todo un año. Gana, sí; pero no veo cómo podría ser Horatio el bribón que mueve los hilos de la trama…

Ellery no dijo nada.

—¿Y el hermano gemelo, Maclyn? —interrogó el inspector.

Charley le miró de hito en hito:

—¿Mac? ¿Asesinar a Bob? ¡Eso es disparatado!

—Tuvo la oportunidad —arguyó el policía.

—Pero ¿y el móvil?

—Extraño como sea —dijo Ellery, lentamente—, Mac tenía motivos más sólidos que cualquier otro de los hermanos para desear la muerte de Bob.

—¿Y cómo es eso? —dijo Paxton, agresivo.

—¡No se enoje, Charley! —sonrió *Mr*. Queen—. Sólo son simples especulaciones. Ambos mellizos eran vicepresidentes activos de la Compañía de Zapatos Locks, ¿eh? —Charley asintió—. Fallecida la Vieja —desgracia que, según Innis, es cosa inminente—, ¿quién tendría mayores posibilidades de hacerse pleno cargo de los negocios? Pues uno u otro de los gemelos, quienes parecen ser los únicos genuinos hombres de negocios de la familia —Ellery se encogió de hombros—. Arrojé esa teoría sobre el tapete por lo que pueda valer, caballeros. El fallecimiento de su hermano Bob deparará a Mac campo abierto en la empresa cuando su madre decida marcharse al otro barrio.

—¿Opina usted —dijo Charley, incrédulo—, que Mac podría tener celos suficientemente intensos contra Bob como para darle muerte y convertirse en presidente absoluto de la compañía?

—¡Oigan! —terció el inspector—. Ése es un móvil que no me disgusta.

Ellery abrió la boca para decir algo; pero en ese instante llegó el sargento Velie, causa por la cual refrenó la lengua.

—¡Renuncio! —dijo el gigante, disgustado—. Los muchachos y yo hemos dado vuelta el tugurio de arriba abajo y no descubrimos ni vestigios de los dos «cañones» desaparecidos. Revisamos, incluso, las habitaciones de la Vieja. Chilló que se las pelaba; pero nosotros seguimos como si tal cosa. Pues bien, *YO* no sé dónde se encuentran.

—¿Averiguó en la armería el tipo de arma a que pertenecían los dos «hierros» desaparecidos? —preguntó el inspector.

Velie miró en torno con cautela; pero el vestíbulo estaba desierto.

—¡Oiga! El décimo tercero era un «Colt», modelo da bolsillo, *calibre 25…*

—Ése es el tipo de arma utilizado por Thurlow en el duelo de esta mañana —dijo Ellery, incisivamente.

—Y el décimo cuarto era un «S & W», 38/32, cañón de dos pulgadas, calibre 38 —indicó Velie.

—¡Igual al que llevaba Bob! —el inspector se puso rígido, alerta.

—Sí, señor —murmuró el sargento, sacudiendo lúgubremente su cabezota—. Es curioso; pero las dos armas desaparecidas son duplicados exactos de las empleadas en el duelo de esta mañana.

XII. *LA IMPORTANCIA DE LOS DOS MUERTOS*

MAC era un enigma. La mayor parte del tiempo permanecía encerrado en la habitación que había compartido con Bob desde su nacimiento, fijos los ojos en el vacío. No estaba aturdido; no estaba tétrico; no estaba colérico; estaba sencillamente vacío, como si hubiera apurado hasta la última gota de su fluido vital. A veces salía del cuarto, erraba por la casa con aire inquieto, como buscando algo o a alguien.

Sheila pasaba horas enteras con él, conversándole, oprimiéndole la mano fría. Pero él se limitaba a menear la cabeza, diciendo, opaco el tono:

—Ve con el viejo, Sheila. Él te necesita. Yo, no.

—Pero, Mac…

—Tú no me entiendes, hermanita.

—¡Oh, sí, sí! Arriesgas sufrir un grave quebranto nervioso…

—No arriesgo nada —Mac acariciaba sus bruñidos cabellos—. Vete con papá, Sheila. ¡Déjame solo!

Una vez, Sheila, conturbada y colérica, se había puesto de pie, clamando:

—¿No te das cuenta de lo ocurrido? De todos nosotros, Mac, yo habría pensado que tú… que su propio hermano gemelo…

Alzó Mac sus azules pupilas. Cuando Sheila vislumbró el fuego que ardía en ellas, estalló en lágrimas y huyó, enloquecida.

Era verdad; su padre necesitaba de ella más que su hermano. Steve Locks vagabundeaba por el caserón más tímido que nunca, tartamudeando disculpas, estorbando el paso de todos, conservando entre tanto ladeada la cabeza, como escuchando voces lejanas. Sheila le acompañaba por los jardines, vigilando sus comidas,

leyéndole el *«National Geographic»,* sintonizándole programas radiotelefónicos, metiéndole en cama. El anciano había tomado la costumbre de dormir en uno de los cuartos de huéspedes de los altos; sin dar ninguna explicación, rehusó de plano seguir compartiendo la regia cámara de Cornelia Locks.

El mayor Gotch hacía torpes ensayos por distraerle. Pero por primera vez en la vida, el hombrecillo no halló consuelo alguno en su voluminoso compinche. Meneaba la cabeza a la vista del manoseado tablero de damas, apretando los labios, parpadeando y sonándose las narices con un descomunal pañuelo a cuadros. El mayor Gotch pasaba sus días cada vez más solo, refugiándose en el estudio de la planta baja, entrando a saco en las cigarreras y en el gabinete de licores, y aburriéndose ante el vacío tablero.

El cuerpo de Robert Locks fue entregado a la familia y enterrado en Manhattan, suceso éste que, por sí, constituye una extraña historia; tras lo cual ni su hermano Maclyn, ni su padre Stephen, volvieron a escuchar nada pues no existe final más definitivo que el entierro, ni siquiera la muerte misma.

Después ambos aguzaron los oídos para escuchar voces más vivientes… especialmente Mac…

****

El doctor Samuel Prouty, malhumorado médico de policía, había conocido una intimidad realmente *única* con millares de muertos. «Un cadáver es un cadáver», solía decir al acomodarse sobre el vientre de un muerto para aprestarse a alguna maniobra contra el *rigor mortis*, o al frotar un fósforo sobre la planta de algún pie momificado. No obstante, el doctor Prouty se presentó a los funerales de Bob luciendo un nuevo «*derby*».

El inspector Queen se quedó boquiabierto;

—¿Qué está usted haciendo aquí, doctor?

—Creía que usted celebraba desembarazarse de *ellos* —exclamó el sargento Velie, que aquellos días mostraba una expresión de acoso—. ¿Cómo se entiende que comience ahora a seguirlos hasta lo último de lo último?

—¡Es curioso! —dijo el médico, ruborizado—. Por lo regular, los cadáveres no me enternecen; pero este pobre muchacho me inspiró gran simpatía. Un joven de buen parecer, que no me peleó ni un poquito…

Ellery dio un respingo:

—¿Dice usted que no le peleó ni un poquito, doctor?

—¡Seguro, joven! Se lo puede decir cualquier empleado de funeraria… Algunos cadáveres se resisten y otros cooperan con el médico. Los más de ellos se obstinan en no hacer nada de lo que uno quiere, Ellery. En cambio, el joven Locks cooperó conmigo en todo sentido. Barrunto que ustedes sospecharán que sentí cierta debilidad por él —el doctor Prouty se ruborizó, lo que ni el más antiguo funcionario policial recordaba le hubiese sucedido antes—. Lo menos que podía hacer era asistir a su sepelio.

Retrocedió Velie, mascullando indecencias.

Como si recapacitara, el galeno informó que la autopsia no había revelado nada nuevo respecto a la causa del fallecimiento de Robert.

El otro elemento interesante del caso lo constituía el propio camposanto. Un estatuto municipal neoyorkino prohíbe inhumaciones dentro de los confines de Manhattan. Algunos escasos cementerios urbanos, empero, anteriores a dicho estatuto, gozan del privilegio de recibir nuevos cuerpos sometiéndose a determinadas y engorrosas restricciones. Usualmente, esos entierros se limitan al reducido núcleo de las «primeras familias», propietarias de terrenos para tales fines desde tiempo inmemorial.

Un cementerio semejante poseía St. Praxed, sumido y apretado oratorio de Riverside Drive, distante escasas cuadras de la mansión Locks, cementerio en que los espaciados, amarillentos dientes de las antiguas tumbas se proyectan de la tierra, siendo el resto criptas invisibles. ¿Cómo Cornelia Locks logró infiltrarse en St. Praxed?

¡Misterio! Se dice que una rama de la familia Locks de New England poseía derechos inhumatorios en él, y que Cornelia los había heredado. Sean cuales fuesen las maniobras ejecutadas por la temible Vieja, el hecho es que mostraba documentos legales probatorios de sus derechos, merced a lo cual su hijo Robert fue enterrado allí.

Asistieron al acto piquetes policiales.

****

Charles Hunter Paxton adelgazaba a ojos vista. Se encontraba *Mr*. Ellery Queen en excelente posición para verificar su paulatino adelgazamiento, toda vez que el joven jurisconsulto solía refugiarse en el departamento de los Queen.

—¡Si ella atendiera a razones, Ellery!…

—Bueno, no atiende, viejo, de modo que sea hombre y bébase otro.

—¿Y por qué no?…

—¿No está perjudicando estos días a su bufete, Charles?

—¿Qué bufete? Thurlow ya no tiene ningún juicio… ¡y no hablo en sentido metafórico!… Mis empleados despachan los asuntos Locks de rutina, batallando con problemas de impuestos y gubernamentales. ¡Al diablo con ellos! ¡Yo quiero a Sheila!

—Bébase otro, compañero.

—Con su permiso, El…

Ambos jóvenes llenaban el departamento de humo, de fragancia a *whisky* escocés, y de interminables charlas en torno a la muerte de Robert. Enloquecía ver cómo tan pocos antecedentes conducían a cualquier parte. Robert estaba muerto. Alguien se había introducido en el desierto cuarto de su hermano Thurlow la víspera del duelo, extrayendo el proyectil de fogueo del «Colt» 25 y sustituyéndolo por una bala. Probablemente, el proyectil había sido sustraído de una de las cajas de municiones guardadas en el escondrijo del dormitorio de

Thurlow; aún esta teoría era dudosa, por cuanto los peritajes habían fracasado en aportar una conclusión irrefragable. Era materia de conjeturas el destino del proyectil de fogueo de referencia.

—¡Pudo pasarle cualquier cosa! —aventuró Charley—. O lo arrojaron por el baño, o a las aguas del Hudson, o…

Ellery le miraba, enfurruñado:

—¿Nunca se le ocurrió preguntarse, Charley, cómo ocurrió que alguien hiciera esa sustitución de balas?

—¿Cómo?

—Bueno, conforme a lo que sabía la gente de la casa, el «Colt» depositado en el dormitorio de Thurlow la noche anterior al duelo ya estaba cargado con una bala real. Nosotros sabíamos que no era así, porque me había llevado en secreto el arma y papá había deslizado una bala de fogueo en lugar de la munición «viva». *Nosotros* lo sabíamos: pero, *¿cómo lo sabía el asesino?* Es evidente que lo sabía, pues se escurrió hasta ese aposento, extrajo la bala de fogueo colocada por papá en la recámara y puso en su lugar un proyectil real. ¿Teorías?

—¡Ninguna!… A menos que usted y Sheila y yo y los gemelos fuéramos espiados y oídos por alguien al discutir el plan, en el comedor…

—¿Un espía? —Ellery se encogió de hombros—. Enfilemos para la casa de los Locks, Charley… Mi cabeza es inútil hoy, y quizá papá haya descubierto algo. En todo el día no tuve noticias de él. ¡Andando!

****

Descubrieron a Sheila y a su padre junto al Zapato de los jardines. El viejo Steve se apoyaba contra el pedestal en actitud de postración, en tanto Sheila le hablaba con energía.

Al ver a Ellery y Charley, la joven calló. Su progenitor se enjugó aprisa los enrojecidos ojos.

—Bueno —sonrió *Mr*. Queen—, ¿tomando aire?

—¡Sa… salud! —tartamudeó Steve Locks—. ¿Al… alguna novedad?

—Lamento decirle que no, *Mr*. Locks.

Los ojos del anciano parpadearon un instante:

—No me llame así, por fa… favor. ¡Mi apellido es Brent! —Sus labios se endurecieron—. ¡Jamás debí permitir a Cornelia que me lo cambiara!

—¡Hola! —terció Sheila, rígida. La contemplaba Charley con famélica mirada—. Si se sirven excusarnos a mí y a mi padre…

—¡Ciertamente! —respondió Ellery—. ¡A propósito! ¿Está *mi* padre en casa?

—Salió hace unos minutos para el Departamento de Policía…

—Sheila… —dijo el abogado, ronco.

—¡No, Charley! ¡Vete!

—Sheila, procedes como una niña… —balbuceó Steve, irritado—. Charley, trataba de convencer a Sheila de que olvidara esa necedad de no casarse contigo…

—Gracias, *Mr*. Loc… ¡*Mr*. Brent!… Sheila, ¿oíste? Si tu propio padre…

—¡No discutamos el asunto!

—Sheila, te amo. ¡Cásate conmigo y huye de aquí para siempre!

—Yo me quedo con mi padre.

—¡Y yo no lo toleraré! —exclamó el viejo, excitadísimo—. ¡No toleraré que malgastes tu juventud con un pobre viejo como yo, Sheila! Cásate con Charley y vete lejos de este infierno.

—No, papá.

Se sentó Ellery sobre el pasto y arrancando una brizna de hierba, comenzó a estudiarla minuciosamente.

—No. Tú y Mac y yo tenemos que permanecer juntos… ¡Muy juntos!… No arruinaré la vida de Charley mezclándolo en nuestras desgracias. ¡Mi resolución es inquebrantable! —se volvió en redondo a Charley—. ¡Ojalá mamá te despidiera y tomara otro abogado!

—Sheila, no te librarás de mí de ese modo —contestó el joven, amargo el acento—. Sé que me amas. ¡Eso es todo lo que me importa! Voy a rondarte, voy a perseguirte, voy a trepar a tu ventana, voy a enviarte cartas de amor por palomas mensajeras… ¡Jamás cederé, querida!… ¡Jamás!…

Sheila le echó los brazos al cuello, sollozando:

—¡Te amo, Charley, te amo!

Y Charley, el desdichado, se quedó tan sorprendido que perdió la oportunidad de besarla.

Posando las manos sobre el pecho de Charley, Sheila le empujó y precipitándose hacia su padre, le tomó del brazo y casi le arrastró a la casa.

Charley seguía boquiabierto.

Se alzó Ellery del césped, arrojando lejos la disecada brizna:

—¡No trate de entenderla, Charley! Vamos ahora a inspeccionar por allí, a ver si tropezamos con algo de interés. ¡En marcha!

XIII. *THURLOW LOCKS, TERROR DE LAS PRADERAS*

ALGO captaron sus ojos y ambos jóvenes se detuvieron en el umbral del estudio de la planta baja.

En el centro del estudio estaba la familiar mesa de juegos, flanqueada por las dos inevitables sillas; yacía sobre la mesa el tablero de damas; una reñida partida se estaba disputando.

El mayor Gotch, sentado, inclinado, en una de las sillas, su ancha y morena quijada sobre el puño, estudiaba el tablero con ojillos agresivos. La otra silla, empero, estaba desocupada.

Súbitamente, el viejo pillastre movió un peón rojo hacia el centro del tablero. Se recostó, dándose una palmada en la nalga, jubiloso.

Luego saltó de su silla, rodeó la mesa y, sentándose en la otra silla, cayó en la misma reconcentrada meditación de antes. Sacudió con energía y cólera la cabezota, movió un peón negro, saltó del asiento, rodeó de nuevo la mesa, se sentó en la silla original y, dando muestras de triunfal alegría, saltó sobre tres peones negros, viniendo a descansar el rojo, sonoramente, sobre la columna del rey negro.

Se repantigó el mayor, cruzando sus gruesos brazos sobre el pecho, majestuosamente.

Llegados a este punto, tosió *Mr*. Queen.

Cayeron los brazos de Gotch, quien mirando en torno, cobró un subido matiz moreno en sus rojas mejillas.

—¡Ea! ¡Eso no me gusta! —tronó—. Espiando, ¿eh? ¡Ése es un sucio ardid maorí! ¡Sí, señor! Yo me ocupo de mis asuntos, caballero… ¡ocúpese usted de los suyos!

—Disculpe —respondió Ellery, humilde—. Venga, Charley… No estaría de más una charla con el mayor…

—¡Ah! ¿Era usted, Charley? —gruñó Gotch, calmado—. Mis ojos ya no son tan buenos como antes, joven. ¡Esto es diferente! Es una diferencia técnica… ¡eso es!

—*Mr*. Queen —explicó el abogado, perplejo— colabora en la investigación de la muerte de Bob, mayor.

—¡Ah! ¿Eso? ¡Thurlow lo mató! —el mayor escupió a la terraza por uno de los ventanales, desdeñoso.

—Thurlow se limitó a oprimir el gatillo —suspiró Ellery—. Se suponía que había un cartucho de fogueo en ese «Colt», mayor. Pero suponíamos mal. Alguien lo sustituyó por una bala real aprovechando la noche.

Se rascó Gotch las hirsutas quijadas:

—Bueno —dijo—, ya me extrañaban a mí tantas idas y venidas… Pero Thurlow piensa que le mató con todas las de la ley en ese lío, joven.

—Pues mucho me temo que Thurlow continúe un poquito confundido —murmuró Ellery, tristemente—. Mayor, ¿mató usted a Bob?

—¿Quién? ¿Yo? ¡Oh, no! —Gotch salivó de nuevo, calmosamente —. ¡Soy demasiado viejo, amigo! Hice yo de las mías hace cuarenta, cuarenta y cinco años —rió entre dientes, repentinamente—. ¡Si habremos liquidado tipos, yo y Steve, en nuestros días!

—¿Steve? —Paxton parecía escéptico.

—Bueno, él nunca tuvo muchas agallas para matar gente; eso se lo admito, Charley. Quizás porque lo esperaba todo de mí. A mí me miraba como a un hermano mayor, caballeros. Más de una vez le salvé de un puñal malayo. Jamás pudo pasar los puñales Steve. Demasiada sangre lo enfermaba. Con todo, sentía pasión por las armas de fuego.

—Dígame, mayor, ¿dónde ocurrieron todas esas… carnicerías? —preguntó Ellery, cortés.

—En Nicaragua. Islas Salomón. Java. Una vuelta por Ooragwy.

—Caballeros de industria, ¿eh?

El mayor se encogió de hombros:

—Creo que ya se lo dije.

—¿No pasaron ustedes dos los más de sus años jóvenes en Malasia y los Mares del Sur?

—¡Oh, sí! Recorrimos todo. Yo y Steve armamos líos en grande. Recuerdo que una vez en Batavia…

—Sí, sí —interrumpió Ellery, precipitadamente—. Entre paréntesis, mayor, ¿dónde estaba usted la otra noche? La anterior al duelo…

—En mi cama. Durmiendo. Charley, ¿jugamos una partidita?

El abogado masculló algo desalentador.

—¡Ah, mayor! —Ellery encendió un cigarrillo, parsimoniosamente —. ¿Nunca estuvo usted casado?

Se abatieron las quijadas del viejo charlatán:

—¿Yo? ¿Acollarado? ¡Líbreme Dios!

—¿Tiene idea de quién pudo asesinar a Bob?

—La misma pregunta me hizo aquel viejo albatros, joven. No. Soy hombre que sólo se ocupa de sus cosas, *tuan*. Vive y deja vivir: así me lo imagino yo. ¿Está seguro de que no quiere jugar un partido a las damas, Charley?

****

El abogado golpeó a la puerta de la torrecilla. Detrás de la reja apareció la huesosa faz de Louella, sonriéndoles. Descorrió de prisa la puerta del laboratorio, acogiéndolos en su cubil de retortas y matraces con tales muestras de frenética avidez que Ellery sintió erizársele los cabellos.

—¡Entren! ¡Celebro tanto que me visiten! ¡Acaba de ocurrir una cosa maravillosa! Vean… ¡aquí!… ¡aquí!…

Parloteaba mientras corría a la mesa del laboratorio y exhibía, triunfal, un ancho cuenco de porcelana rebosante de alguna

sustancia viscosa, de color verde gris, que despedía un hedor particularmente penetrante.

—¿Qué es esto, *Miss* Locks?

—¡Mi plástico! —la solterona bajó la voz, mirando alrededor—. Creo estar muy cerca de mi objeto, *Mr*. Mulqueen… ¡realmente muy cerca!… Desde luego, jurará usted por su honor no mencionar mi descubrimiento a *nadie…*. ni siquiera a la policía… ¡Yo no confío en la policía! Todos están a sueldo de las corporaciones y, respaldados por su autoridad, pueden venir aquí, y robarme el plástico, y yo no podría hacer absolutamente nada para evitarlo. Sé que su padre es ese hombrecillo, el inspector; pero Charley me aseguró que usted no tiene vinculación alguna con el departamento de policía y…

Ellery tranquilizó a la solterona:

—Pero tengo entendido que usted necesitaba más fondos para proseguir sus trabajos, *Miss* Locks. La otra noche oí que su madre se los rehusaba…

El apergaminado rostro de Louella se contrajo de rabia:

—¡Ya se arrepentirá! —masculló—. ¡Oh! ¡Siempre ha sido así! Los grandes y altruistas hombres de ciencia realizaron sus milagros a despecho de *todas* las penurias y obstáculos. Algún día lo lamentará… algún día, cuando el nombre de Louella Locks…

Así, pues, los torturados afanes de Louella en su hediondo laboratorio eran impulsados por el mismo siniestro motor que movía a Cornelia Locks, a Thurlow y al propio Horatio a buscar la glorificación y defensa del nombre. El nombre… *Mr*. Queen hubiera deseado que fuera más hermoso.

Formuló a Louella algunas preguntas indirectas, calculadas para no alarmarla. No; ella había estado en su laboratorio, trabajando con su sustancia plástica la víspera del duelo. Sí; toda la noche. Sí; sola.

—Me gusta estar sola, *Mr*. Mulqueen —afirmó, reluciente su huesuda fisonomía.

Y como si su propia afirmación hubiese arrastrado consigo todo un cortejo de negros humores, perdió el entusiasmo, se enfrió su excitación, su rostro cobró hosquedad, y farfulló:

—Ya he perdido bastante tiempo. Por favor, si no hay nada más… Tengo que hacer mi obra…

—¡Por supuesto, *Miss* Locks! —Ellery se dirigió a la puerta; Charley ya estaba en ella—. ¡Ah! Dicho sea de paso —agregó Ellery, displicente, virando en redondo—, ¿guarda usted armas de fuego aquí? Buscamos reunir todas las armas de fuego de la casa, *Miss* Locks, después del terrible accidente ocurrido a su hermano Robert…

—¡Yo las aborrezco! —dijo Louella, estremeciéndose.

—¿Balas tampoco?

—¡Ciertamente que no! —los ojuelos de la solterona erraron por el cuarto, cayendo sobre el repulsivo amasijo del cuenco de porcelana—. ¡Ah! *¡Armas de fuego!* —prorrumpió, repentinamente—. Sí, la policía preguntó al respecto. Ese gigante, sargento no se cuántos, forzó la entrada al laboratorio y lo revolvió todo. Tuve que esconder mi sustancia plástica bajo mis faldas… —su voz se hizo vaga.

Ellery y Charley huyeron, apabullados.

****

El doctor Innis salía presuroso del departamento de Cornelia Locks cuando ambos jóvenes bajaban de la torrecilla de Louella.

—¡Ah! Doctor, ¿cómo está *Mrs*. Locks?

—No muy bien, no muy bien, *Mr*. Queen —dijo Innis, irritado—. Marcado deterioro cardíaco. Hacemos cuanto podemos, lo que no es mucho. Acabo de aplicarle una inyección.

—Quizá convendría realizar una consulta, doctor Innis —sugirió Charley.

El galeno le miró de hito en hito, como si aquél le hubiese abofeteado.

—Si a usted le parece, estamos de acuerdo —dijo, glacial—. Pero *Mr*. Thurlow Locks tiene plena confianza en mí. Sugiero que lo

discuta con él y…

—¡Oh! ¡Sea razonable! —contestó Charley, exasperado—. Sé que usted hace cuanto puede, doctor; pero no quiero que se diga que no agotamos todos los recursos. Si tomáramos una enfermera…

El doctor Innis parecía ligeramente apaciguado.

—Ya sabe usted cómo es ella con las enfermeras. Se pone furiosa cuando las ve. Creo, en verdad, que sería imprudente contradecirla en esto. Esa vieja de la casa…

—¿Bridget?

—Sí, sí. ¡Es conveniente! —el facultativo meneó la cabeza—. ¡Estos estados cardiopatológicos!… ¡Sabemos tan poco del corazón, tan poco es lo que podemos hacer!… Es anciana, y ha trabajado con exceso, abusando de sí misma. Ahora, la excitación de los días pasados la ha debilitado peligrosamente, y temo que su corazón no resista mucho tiempo más…

—¡Qué lástima! —dijo Ellery, meditabundo.

El doctor Innis lo miró asombrado, como si jamás hubiera pasado por sus mientes la idea de que alguien lamentara el posible fallecimiento de *Mrs*. Locks.

—Sí, ciertamente, joven —replicó—. Si ustedes me permiten ahora, caballeros, voy a telefonear a la farmacia para pedir más digitalina —y se alejó con rápidas zancadas.

Bajaron ambos jóvenes las escaleras y, atravesando el salón, pasaron por las puertas conducentes a la terraza y a los jardines interiores. Apenas arrojó Ellery una mirada al estudio al pasar junto al mismo. Sabía que el mayor seguía saltando de silla en silla, jugando a las damas consigo mismo.

—¿Horatio? —suspiró Paxton.

—No queda otro.

—No conseguirá usted de él más de lo que consiguió de Louella, El. ¡Perdemos lamentablemente el tiempo!

—Comienzo a creerlo así, Charley. Sea como fuere, papá pasó todo este lío, y dijo que eso no le llevó a ninguna parte —se detuvieron en el umbral, contemplando el multicolor «cottage» al

través de los jardines—. Debo haber nacido bajo una sutilísima maldición. Vivo siempre en la esperanza de que algo racional pueda aplicarse hasta a la más azarosa organización humana. Ésta vez, empero, casi estoy por declararme vencido… *Voici* Horatio.

La corpulenta figura de Horatio Locks apareció tras la casita, portando alta escalera, aureolados sus rojos cabellos por el sol. Tenía puestos unos sucios pantalones de brin, ceñidos alrededor de su fofo vientre por un trozo de cuerda deshilachada, y calzaba zaparrastrosas sandalias. La transpiración empapaba su camisa.

—¿Qué diablos está haciendo *ahora*?

—¡Observémoslo!

Se arrastró Horatio hasta el árbol más cercano, un sicomoro patriarcal, y afirmó la escalera contra el tronco. Inició luego la ascensión, dejando oír las maderas sus protestas todo el camino. Desapareció Horatio a poco entre algunas ramas bajas, forcejeando sus anchas caderas por subir y esfumándose al fin.

Los dos hombres aguardaron, intrigados.

Súbitamente, las piernas empezaron a agitarse; reapareció Horatio, resoplando triunfalmente. Descendió con cuidado del árbol; corrió luego al prado, ligando diligente el roto extremo del cordel de la cometa a un grueso ovillo de hilo extraído de sus protuberantes bolsillos. En pocos minutos tuvo nuevamente entera la cometa, y Messrs. Queen y Paxton, apartados de él algunas yardas, de pie en un umbral, gozaron del espectáculo de un paquidérmico pelirrojo corriendo por el jardín a los gritos para hacer que el viento diera en su cometa de «Mickey Mouse», alzándolo, bravamente, en el aire sobre Riverside Drive, ciudad de Nueva York, Estados Unidos de Norte América, planeta Tierra.

—Pero yo pensaba que usted quería… —comenzó Charley al ver regresar a Ellery al caserón.

—No —masculló el detective—. ¡Sería en vano! ¡Dejemos en paz a Horatio, con sus cometas y cuentos y libros de hadas y su casita de miga de pan de jengibre! El pobrecito está demasiado sumergido en el cuento de hadas que vive para resultar de algún uso terrestre

en la investigación de una cuestión de adultos tan usual como el asesinato de su propio hermano.

****

—Caso más raro no he visto jamás —se quejó Ellery, retornando al salón—. Usualmente se llega a *alguna parte* interrogando a la gente en una pesquisa. Si no nos dicen la verdad, por lo menos cuentan embustes, que a menudo revelan más que las verdades. Pero en esta fantasía Locks… ¡nada! Ni siquiera saben de qué se les está hablando. Sus respuestas suenan como esperanto. ¡La primera vez en mi vida que me siento completamente descorazonado en el principio mismo!

—Ahora comprenderá usted por qué deseo arrancar a Sheila de todo eso —aclaró Charley, calmosamente.

—¡Ciertamente lo comprendo! —Ellery calló, bruscamente—. ¡Eh! ¿Qué es eso?

Se encontraban al pie de la escalera en espiral. Resonaba en el rellano de los altos un loquero de tumbos, aullidos y moblaje violentamente desplazado. Aquellos sonidos no trasuntaban nada alegre. Si no se perpetraba un crimen arriba, al menos había agresión y golpes con intención homicida.

Salvó Ellery la escalera a saltos elásticos; la violencia era un acto, y los actos son mensurables; al fin algo había salido a luz… Algo más allá, el mayor Gotch asomaba por el estudio su cabeza espantada. Viéndolos subir, aceleradamente, y percibiendo el estrépito, el mayor salió afuera ruidosamente, apretándose el cinturón.

Ellery se dejaba guiar por sus oídos, los que le condujeron al dormitorio de Maclyn Locks.

Mac y su hermano mayor rodaban por el piso, estrellándose contra las camas, en medio de los restos de la derribada mesita de luz y su lámpara velador. La camisa de Mac estaba desgarrada y cuatro sanguinolentas estrías paralelas surcaban su mejilla derecha.

Las de Thurlow estaban convertidas en llagas ensangrentadas. Ambos contrincantes vomitaban atroces injurias; y cada uno de ellos tentaba, lisa y llanamente, de matar al otro. Mac, más joven, recio y ágil, estaba más próximo a su objeto. Thurlow parecía perdido.

Arrancó Ellery al hombre más joven del suelo, reteniéndolo con firmeza, Charley se abalanzó sobre Thurlow. Los ojuelos de éste parecían arrojar torrentes de odio.

—¡Tú asesinaste a mi hermano! —aullaba Mac, debatiéndose en los brazos de Ellery—. ¡Tú le mataste a sangre fría y me lo pagarás, maldito, aunque tenga que ir a la silla eléctrica!

Thurlow, deliberadamente, rodó sobre sí mismo, eludiendo las frenéticas manos engarfiadas de Paxton y poniéndose, trabajosamente, en pie. Comenzó a sacudir sus ropas a golpes ciegos, trémulos.

Sheila y su padre entraron corriendo, empujando a un lado al mayor. Por lo visto, el viejo pillastre había optado por permanecer como espectador.

—¡Mac! ¿Qué ocurrió? —se dilataron los ojos de la chica—. ¿Acaso él…? —y luego se abalanzó hacia Thurlow, quien se encogió, amedrentado—, ¿También quisiste matar a Mac? —gritó—. ¡Contesta, miserable!

—¡Mac! ¡Tu cara! —balbuceó el padre—. ¡Está toda ensangrentada!

—¡Son sus condenados dedos de mujercita! —jadeó Mac—. ¡Ni siquiera pelea como un hombre, papá! —apartó a Ellery de un empujón—. ¡Ya estoy bien! ¡Gracias!

Thurlow articuló un extraño gruñido. En los puntos en que no estaba tumefacta y manchada, su cara aparecía pálida. Sus hinchadas mejillas se dilataban y se contraían, nerviosamente; resistía la tentación de humedecerse los partidos labios. Su fisonomía trasparentaba intenso dolor. Lentamente extrajo un pañuelo del bolsillo posterior, lentamente lo desplegó, lentamente lo asió por una esquina y lentamente se encaminó a su hermano.

¡Y azotó la magullada mejilla de Mac con el pañuelo!

Y como en sueños, todos oyeron su voz:

—Acabas de insultarme por última vez, Maclyn. Te mataré de la misma manera que maté a Robert. Sólo con sangre podría lavarse esta injuria. Al alba de mañana nos encontraremos al pie del Zapato. Conseguiré otras dos pistolas, pues la policía se llevó todas las mías. *Mr*. Queen, ¿quiere usted hacerme el señaladísimo honor de ser nuevamente mi padrino?

Y antes de que pudieran recobrarse de su estupor, Thurlow ya se había marchado.

—¡Ya nos veremos las caras, Thurlow! —aullaba Mac—. ¡Trae tus armas, perro! ¡Tráelas, cobarde asesino!

Le contenían a la fuerza, Ellery, Charley, Gotch. Steve Locks había caído desplomado en una silla, contemplando sin esperanzas a su enloquecido vástago.

—¡Tú no sabes lo que dices, Mac! ¡Basta, por favor! Papá, haz algo. Charley… *Mr*. Queen; usted no puede dejar que eso ocurra nuevamente… ¡Oh, Dios mío! —sollozó Sheila—. ¡Yo me vuelvo loca!

El espanto de la joven hizo recobrar el sentido a Mac. Cesó de debatirse, zafándose de sus manos. Luego se volvió en el lecho, yaciendo postrado, las manos sobre la cara.

Ellery y Charley llevaron al vestíbulo a la semidesvanecida Sheila.

—Ese loco… asesinará a Mac… —farfullaba—; ¡como mató a Bob!… ¡Detenga a Thurlow, *Mr*. Queen!… ¡Enciérrelo!… ¡Haga algo, por el cielo!

Una vez que Charley hubo llevado afuera a Sheila, que aún sollozaba, Ellery permaneció aún un instante junto al cuarto de Mac. Steve Locks pugnaba por calmar a su hijo murmurándole palabras escasamente eficaces. El metálico vozarrón del mayor Gotch se alzaba ahora en una reminiscencia mitad biografía y mitad consejo, concerniente a una aventura en Borneo en que el uso diestro de sus rodillas y de su cuchillo salvaron su vida, más joven y valiosa en aquel entonces…

Por parte de Mac… silencio…

Mesándose con desesperación los cabellos, se precipitó Ellery escaleras abajo para telefonear a su padre.

XIV. *MAC RESUELVE EL MISTERIO*

LA VIEJA sufrió esa noche un agudo ataque cardíaco. Al principio, sospechó Ellery que fingía. Pero cuando llegó el doctor Innis, llamado con urgencia, y Ellery se permitió expresar verbalmente su escepticismo, el facultativo, sin decir palabra, le pasó el estetoscopio. Lo que Ellery percibió desterró toda sospecha, infundiéndole por Innis un respeto que no había tenido hasta entonces. Si el «Pasteur de Park Avenue» había logrado impedir que aquel órgano sibilante y alocado cesara de funcionar, se infería de ello que era un médico bonísimo.

Anhelante, yacía Cornelia Locks sobre altos almohadones. Sus labios estaban palidísimos y agónicos sus ojos, sumidos en las órbitas. A cada boqueada, se tendía hacia adelante, como si absorbiera el aire esquivo con todo su cuerpo.

Se ajetreaba Innis con jeringas, seguido por la mirada de Ellery. Al cabo de unos minutos, advirtiendo que los esfuerzos de la Vieja por respirar amenguaban, salió de puntillas.

Junto a la puerta halló Ellery al detective Flint.

—¿Qué tal? ¿Estiró la pata la Vieja? —inquirió, con esperanzada inflexión. Al menear Ellery la cabeza, Flint sacudió también la suya—. Recibí un mensaje del sargento. Sigue a Thurlow.

—¿Salió de casa Thurlow? —preguntó Ellery aprisa.

—Sí, hace un par de minutos. El sargento Velie le sigue pisándole los talones.

—Imagino que Thurlow va en busca de otros dos revólveres —musitó el joven—. Infórmeme cuando regrese, ¿eh, Flint?

Entró luego al cuarto de Mac. El mayor Gotch se había desvanecido en alguno de los escondrijos del vasto caserón; pero

Stephen Locks seguía rondando el lecho del hijo, al igual que Sheila y Charley.

—No sé para qué se quedan junto a mí —estaba diciendo Mac, monótonamente, al entrar Ellery. El gemelo del muerto Robert yacía tendido de espaldas, fija la mirada en el cielo raso—. ¡Estoy bien! No me traten como a una criatura. ¿No les digo que estoy bien? Papá, vete a la cama. ¡Déjenme solo! Quiero dormir… ¡dormir!…

—Mac, tú te propones cometer alguna locura —Sheila oprimía, convulsivamente, la diestra del hermano.

—Él quiere un duelo y tendrá un duelo.

El viejo Steve daba manotones en el aire con sus manos nudosas.

Y Ellery dijo:

—¿Sabían ustedes que *Mrs*. Locks ha sufrido un ataque al corazón?

Cruel, pero informativo. Acaso no demasiado cruel, considerando la esperanza que trasparentaron aquellos rostros sobresaltados, y el lento volverse de la cabeza de Mac.

Sheila y su padre se precipitaron afuera.

Hasta pasada la medianoche no consiguieron Charley y Ellery hacer dormir a Mac. A la hora en que dejaban el aposento y cerraban con suavidad la puerta, Cornelia Locks, no lejos de allí, se sumía también en profundo sueño. Ambos jóvenes tropezaron con Sheila y su padre abandonando, cansadamente, el departamentito de la Vieja con Innis.

—Su estado mejoró —dijo el médico, breve—. Creo que superará también esta crisis. ¡Sorprendente mujer! Con todo, permaneceré aquí una hora más —saludó y volvió a su paciente.

Ellery mandó a la cama a Sheila y Steve. Ambos estaban exhaustos. Charley, que no parecía hallarse en mucho mejor estado, pidió un cuarto, recomendó que Ellery hiciera lo mismo y se arrastró tras Sheila.

Mr. Queen se quedó solo en el vestíbulo de los altos. Pasó largo tiempo en él, fumando cigarrillos y paseándose ante la silenciosa fila

de puertas.

****

A la 1.10 a. m. Thurlow regresó a casa.

Ellery le oyó subir las escaleras, trastabillando. Escabullándose por la entrada de la escalera de caracol, Thurlow pasó junto a él, arrastrándose. El mayor de los hermanos Locks traía un paquete mal envuelto. Marchó vestíbulo abajo y, finalmente, se metió, vacilante, en su cuarto. Instantes después aparecía Velie por las escaleras, pisando suavecito.

—¿Armas, sargento?

—Sí. Intimidó a un viejo sabandija de un baratillo de West Street para que se las vendiera. —Velie fijaba los ojos en la puerta de Thurlow—. ¡Dos «hierros» descomunales! No pude entrar y averiguar qué eran porque habría perdido de vista a *mi* sabandija. Pero parecían lo bastante pesados como para hundir a un submarino.

—¿Por qué volvió tan tarde?

—A la vuelta se detuvo en un sinfín de bares. Bebió hasta llenarse como una cuba. Por ser tan chiquito, el tipo aguanta bien la bebida —el sargento rió entre dientes—. *Mr*. Thurlow Locks no tendrá esta noche ningún duelo; eso se lo puedo yo garantizar. Ésta es una borrachera que necesita dormirse, a menos que haya estado jugándomela.

—¡Buen trabajo, Velie! Espere a que caiga dormido, y luego entre y sáquele el paquete de los cañoncitos.

—Sí, señor.

Diez minutos después se escurría Velie del departamento de Thurlow portador del mal ligado envoltorio.

—¡Como un lirón! —sonrió el policía—. Cayó dormido en la cama con la ropa puesta y ahora ronca como un bendito. ¿Qué hago ahora?

—Por lo pronto, entrégueme el paquete —replicó Ellery—, y después, tómese un descanso. Mañana, barrunto, será día de trajín.

Bostezando como un hipopótamo, descendió Velie a la planta baja. Ellery le vio extenderse sobre un sillón del saloncito, echarse el sombrero sobre los ojos, plegar las manos sobre el estómago y exhalar voluptuosos suspiros.

Abrió Ellery el paquete. Contenía dos voluminosos revólveres marca «Colt», calibre 45, acción simple, la misma arma que desempeñara papel tan importante en la conquista del Lejano Oeste.

—¡Truenos! ¡Seis tiros! —alzó uno de los formidables revólveres, preguntándose cómo Thurlow habría esperado manejarlo; su formato y el tamaño de la empuñadura eran adecuados para recias manos de aventureros, y no para las delicadas y blancas manecitas de los Thurlow Locks de este bajo mundo. Ambos revólveres estaban cargados.

Ellery volvió a atar el envoltorio, lo colocó a sus pies y se enroscó sobre sí mismo en el primer peldaño de la escalera en espiral.

A las 2.30, surgió Innis del departamento de la Vieja, bostezando:

—Ahora dormirá toda la noche, *Mr*. Queen. La última inyección que le di haría dormir a un elefante. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, doctor.

—Regresaré a la mañana temprano. Por ahora *Mrs*. Locks no corre peligro —el doctor Innis se arrastró escaleras abajo y desapareció.

Ellery se levantó, empuñando el novísimo arsenal de Thurlow y practicó una silenciosa inspección del piso.

Cuando se hubo asegurado de que todos dormían, o que estaban en sus cuartos respectivos, se metió Ellery en uno de los dormitorios desocupados del piso alto, se arrojó sobre el lecho apretando el paquete de Thurlow entre sus brazos y cayó instantáneamente dormido.

****

A las 6.00 en punto, brillando el oro rojo de una subyugante aurora, Thurlow Locks se precipitó fuera del Palacio Locks y bajando, veloz, los peldaños, se dispuso a correr hacia el Zapato.

Se detuvo en seco. Le aguardaba una delegación.

El inspector Queen, el sargento Velie, Sheila y su padre, Charles Hunter Paxton, media docena de pesquisas y Ellery Queen.

—¡Mis revólveres! —Thurlow vio el paquete en las manos de Ellery, radiante de jubiloso alivio—. ¡Ya estaba yo *tan* alarmado! —balbuceó, enjugándose la frente con un pañuelo de seda—. Pero tendría que haber supuesto que usted, *Mr*. Queen, en calidad de segundo mío, habría cuidado de todo.

Mr, Queen no respondió.

—¿Ya está todo listo para el duelo, caballeros?

El inspector Queen escupió lejos la colilla del primer cigarro del día:

—No va a haber ningún duelo, Locks. ¿Entiende? Se lo repito en su beneficio. ¡Hoy no va a haber ningún duelo! Sus días de duelista acabaron ya. Y si quiere discutir el asunto, sobran jueces disponibles. ¿Y bien? ¿Qué me dice? ¿Arreglará razonablemente este diferencio con su hermano, o tendré que pedir una orden para su detención, amigo mío?

Thurlow parpadeó.

—Ellery, haz bajar a Mac. Anoche me dijiste por teléfono que amenazó matar a Thurlow. Hazle bajar y resolveremos de una vez por todas esta necedad.

Asintiendo, volvió Ellery al caserón. Se sumía éste en el silencio; aún no se habían levantado los criados; el doctor Innis había llegado un cuarto de hora antes, trasladándose al cuarto de Cornelia Locks con ese pesado andar que le llevara fuera de la casona escasas horas antes.

Ellery se detuvo ante la puerta de Mac. ¡Una puerta silenciosa!

—¿Mac?… ¡Mac!

No hubo respuesta. Abrió la puerta.

Mac yacía abatido en el lecho, tapado hasta el mentón, tranquilo, pacífico, callado. Pero sus ojos estaban abiertos.

Y los ojos de *Mr*. Queen también estaban abiertos… de par en par… Corrió a la cama y echó atrás el cobertor.

****

Durante la noche, Maclyn Locks había resuelto el misterio que envolvía la muerte del hermano querido. Pues el asesino de su hermano le había visitado allí, y él había fijado sus ojos dilatados en aquella feroz criatura, y esa criatura había dejado tras sí el duro reflejo de su vil naturaleza: ¡una bala en el corazón de Mac!

Paralizado, Ellery sentía palpitarle el corazón. Creciente ira invadía su alma. Y luego un frío mortal le envolvió de pies a cabeza. Se estrecharon sus pupilas.

El almohadón en que descansaba la cabeza de Mac ostentaba señales de deflagración de pólvora y un orificio de bala.

En la cara del muerto, había algunas marcas extrañas, largas y delgadas marcas azulinas. Como si el gemelo del *otro* muerto hubiera sido azotado. Sobre el vacío lecho del extinto Robert se veía un recipiente que contenía un líquido cuajado de partículas como oro. Olfateó Ellery, tocó la blanduzca superficie con dedos cautos.

¡Era caldo de gallina frío!

Miró alrededor. La puerta por la cual entrara… Un poco más allá había un látigo, un látigo como el que emplean los jinetes para azotar sus cabalgaduras.

Y cerca del látigo, un pequeño revólver de aspecto extrañamente familiar.

TERCERA PARTE

XV. *... AZOTABA A TODOS CON FIRMEZA Y LOS METÍA EN LA CAMA...*

EL DOCTOR Samuel Prouty, médico forense del condado de Nueva York, miró el cuerpo de Maclyn Locks, bizqueó los ojos sobre su humeante cigarro y dijo al fin a través de sus dientes amarillentos:

—He visto infinidad de asuntos estrafalarios; pero la tragicomedia Locks sobrepasa toda comprensión. ¡Ya ni siquiera me causa repulsión! ¡Es demasiado fascinante!

—Ahórreme sus debilidades, Prouty —masculló el inspector Queen, contemplando el cadáver con amargura.

—Esas marcas en el rostro —continuó el médico, pensativo— son muy provocativas. Les digo, muchachos, que Freud está en el fondo de este caso.

—¿Quién? —preguntó el sargento Velie.

—Tal vez —apuntó Ellery—, tal vez sea la negra tierra de Sigmund, Prouty; pero creo que podríamos tocar tierras más cercanas si se refiere usted a las cicatrices que surcan el rostro del pobre Mac.

—¿Qué quiere usted decir, Ellery? —dijo el galeno, cejijunto.

—Poca cosa, doctor.

La casa estaba silenciosa. El cieno había sido amasado y batido; ahora se asentaba en nuevos moldes. El cuerpo de Mac yacía sobre el lecho, tal cual lo descubriera Ellery. Nada había sido desplazado, excepto el arma, sometida ahora a peritajes balísticos.

El fotógrafo, el personal de dactiloscopia, habían venido y se habían ido. Movimientos todos estos harto dudosos, en beneficio del archivo. Los fotógrafos preservaron para siempre la memoria visual de la escena; las impresiones papilares no revestían otro significado

que satisfacer el indiscriminativo apetito de la rutina y de los reglamentos. Decían una historia ya conocida por el inspector Queen. Aquellos que se sabía que habían visitado el cuarto del difunto después de la última limpieza practicada por las criadas, dejaron en él las marcas de sus manos; de aquellos que no se sabía si habían visitado el cuarto, no se descubrieron testimonios dactiloscópicos. Pero esto último se explicaba señalando que el matador de Mac usaba cubierta protectora sobre las manos.

Ellery se inclinaba hacia esa teoría:

—El hecho de no hallarse impresión alguna en la pistola, en la fusta, o en el tazón de caldo indica guantes, o una cuidadosa eliminación posterior de las huellas digitales.

De cualquier manera, las impresiones papilares que se descubrieron y las que no se descubrieron en el aposento no tenían valor como pista o testimonio.

—¿Cuándo fue asesinado el muchacho, doctor? —preguntó el inspector.

—Entre las tres y las cuatro.

—Al promediar la noche, ¿eh? —murmuró el sargento, apasionado de la simplificación.

—El tiro fue disparado a través de la almohada —Ellery apuntó hacia las quemaduras de pólvora y el orificio dejado por el proyectil.

—Por eso nadie lo oyó —asintió su progenitor.

—Probablemente —reflexionó Ellery—, cuando el homicida se filtró aquí, entre las tres y las cuatro, la cabeza de Mac, o bien se había deslizado del almohadón durante su sueño, o bien reposaba en una esquina, de suerte que el criminal pudo colocarla con facilidad bajo su cabeza. Es evidente que Mac no despertó sino segundos antes de ser disparado el tiro, pues de otro modo habría aquí señales de lucha, lo que no sucede.

—Quizás se despertó cuando levantaron el almohadón —insinuó Velie.

Ellery asintió:

—Es muy posible, sargento. Pero apenas si tuvo Mac tiempo para mirar la cara inclinada sobre él. ¡Un instante después estaba muerto!

El doctor Prouty se estremeció levísimamente:

—¡Las cosas que pasan!

El inspector Queen no tenía ánimo para moralizar; sus espaldas cargaban toda la responsabilidad del embrollo.

—Y después de disparado el tiro, el asesino volvió a poner el almohadón bajo la cabeza del muerto…

—¡Pulcra criatura! —murmuró *Mr*. Queen—. Sí, ¡las cosas que hace la gente!…

—Y empuñó esa fusta y azotó con ella el rostro del muchacho, ¿verdad? ¿Es así cómo ocurrió, doctor?

—Sí —respondió Prouty, contemplando las finas marras azules—. Los azotes fueron administrados poco después de la muerte, no antes. Diría segundos después. Sí; el criminal soltó el arma, empuñó la fusta y dio los fustazos. Sospecho que lo fustigó antes de tocar el almohadón, Dick.

El inspector Queen meneó la cabeza:

—Esto supera mis fuerzas.

—Pero no las de *Mr*. Ellery —tronó el sargento—. Éste es el tipo de misterios en que usted se especializa, ¿verdad, *Mr*. Queen?

Mr. Queen no reaccionó ante aquel palmario sarcasmo.

—¡Ah! ¡Otra cosa! —gruñó el inspector—. ¿Y ese tazón de caldo? ¡Por todos los diablos! ¿Acaso ese asesino deschavetado trajo un «*lunch*» con él?

—¿Cómo sabe usted que se lo trajo para él? —arguyó el sargento —. Tal vez se lo traía al joven, para el caso de que Mac despertara y dijera; «¿Qué demontres hace usted en mi dormitorio a las cuatro de la mañana?» Entonces, él podría mostrarle el tazón y decirle: «Se me figuraba que podría querer tomar algo antes del duelo. El caldo de gallina es muy bueno antes de los duelos», podría decirle. Ganarle la confianza, ¿entienden? Entonces… ¡zas! Y se anotaba otro tanto en su haber —el sargento jadeaba bajo el esfuerzo de su

magín—. De todos modos —agregó, tozudo— ésa es la forma como *yo* lo veo.

—Cuando dije «*lunch*», Velie —barbotó el inspector, ligeramente salvaje su entonación—, sólo trataba de expresar, en mi manera grosera, el hecho de que éste es un homicidio de chiflado, Velie… ¡demencia! ¡Locura! ¡Chifladura! Ellery, ¿qué otros sinónimos hay? ¡Velie, despiértese!

—¡Bueno, bueno!

—La parte extraña de la teoría del sargento —musitó Ellery— no es su falsedad, sino su verdad.

Su padre le miró fijo, y Velie se quedó atónito.

—¡Oh! ¡No es verdadera! —se apresuró Ellery a añadir—. De hecho, es falsa. Pero está en la buena senda. Quiero decir que es una teoría razonable; trata de aplicar una construcción razonable a un absurdo. Y eso es categóricamente correcto, papá.

—También usted se deja engañar, Ellery —dijo Prouty.

—Nada de eso. Este tazón de caldo de gallina fue traído aquí por el homicida (y dicho sea de paso, fue el asesino, pues la sopa no estaba aquí cuando dejé anoche a Mac durmiendo en su cama) y lo que es más, trajo la sopa por alguna razón perfectamente lógica.

—¿Para tomársela? —gruñó, sarcástico, el inspector—. ¿O para dársela a Mac?

—No, papá; no fue traída a esta alcoba para ser tomada.

—Y entonces, ¿por qué?

—Pues por la misma razón por la que se trajo la fusta… *¡y por la cual se la usó!* ¡A propósito! ¿De quién es la fusta, papá? ¿Aun no la identificaron?

—Pertenecía al propio Mac —respondió el viejo con una especie de velada satisfacción, como si dijera: «¡Y veamos ahora qué sacas en limpio de esta perla de informaciones!»

—¿Y la sopa y el tazón?

—De la cocina. Esa *Mrs*. No-sé-cuántos, la cocinera, dijo que siempre guardaba a mano caldo de gallina en la heladera. La Vieja tenía que tomarlo.

—Así, pues, el asesino —dijo el sargento, impávido—, el asesino, antes de aparecer sobre la futura escena de su infame crimen, el asesino, repito, desciende a la cocina, toma un tazón, lo llena con sopa fría extraída de la heladera y sube, furtivo, aquí. Existen, incluso, una o más salpicaduras sobre las escaleras, donde la sopa se derramó al subir el criminal con ella. Sopa fría —dijo, meditabundo—. He oído hablar de *sopa* de gelatina —agregó— y de *sopa* caliente; pero de sopa fría…

—No se rompa la cabeza con eso, Velie —masculló el inspector—. Comuníquese mejor con el departamento para ver si ya hicieron el peritaje balístico. ¡Ellery, vamos!

****

A regañadientes, el doctor Prouty partió, asegurando a *Mr*. Queen que ése era «uno de esos casos que desearía seguir *ex officio*, grandísimo suertudo». El cadáver iba a ser recogido y transportado a la «Morgue» para practicársele la autopsia de práctica; pero nada más podría esperarse en punto a descubrimientos: la cavidad bucal no había revelado traza ninguna de sopa o de veneno, y la muerte había sido ocasionada por una bala de calibre 38 que interesó el corazón y, así, de ahí en adelante sólo restaba trabajo sucio, y ni siquiera creía él (Prouty) que asistiría a las exequias (Mutis).

El inspector y su genial vástago dieron una gran «*tournée*» por la mansión antes de retirarse para ulteriores conversaciones.

Fueron vueltas tristísimas y monótonas. Sin lágrimas, Sheila yacía postrada sobre una «chaise-longue» de su «boudoir», fija la vista en el cielo raso. (Angustiosamente rememoró *Mr*. Queen al hermano Mac, rígido en postura similar, a pocas puertas más allá del vestíbulo, sin respiración). Charley Paxton le frotaba las manecitas para calentárselas, temerosamente clavados sus hinchados ojos en

la carita inexpresiva de ella. Y fue la voz de Stephen Brent Locks la que resonó, casi sin balbuceos, en amorosa reconfortación:

—Es insensato abandonarse a la desesperación, Sheila querida —decía cuando entraban, silenciosos, ambos Queen—. Mac murió. Muy bien, Mac murió. ¡Asesinado! ¿Y qué le vamos a hacer, entonces? ¿Sui… suicidarnos? ¿Echarnos a mo… morir? Sheila, tenemos que resistir. No estamos solos, querida. La po… policía es amiga nuestra. Charley está a tu la… lado. ¿Verdad, Charley? —el viejo Steve clavó su codo en las costillas del abogado.

—¡Te amo, querida! —fue todo lo que acertó a decir Charley mientras frotaba las manos heladas de Sheila.

—¡No te quedes así postrada! —articuló Steve, con desesperación —. ¿Quieres un médico?

—No —la voz de Sheila era débil.

—Si no sales de ese marasmo, lo llamaré. Llamaré a dos, a veinte. Haré tu vida insoportable. ¡Sheila querida, no te dejes abatir así! ¡Di algo! ¡Háblame!

—Jamás lo hubiese creído en ese viejo espantajo —murmuró saliendo del cuarto con Ellery, inadvertidos—. De toda esta gente, él es el único con agallas. ¿Dónde está ese tunante de Gotch?

—Echando un sueño en su aposento, según dijo Velie —Ellery parecía apenado por el recuerdo de aquel rostro, helado, inconmensurablemente triste.

—¡Echando un sueño!

—Steve le mandó a la cama. Se me figura —gruñó *Mr*. Queen— que la crisálida se convirtió en mariposa y que, coincidiendo con la enfermedad de su mujer y el asesinato de su segundo hijo, en el pecho le ha crecido vello. ¡Ese hombrecito me es simpático!

—¡Simpático! ¡Antipático! —barbotó el padre—. ¿A quién se le importa un bledo lo maravillosos que son? ¡Yo lo que quiero es ver resuelto el caso y sacármelos a todos de encima de una buena vez, hijo! ¿Por qué envió a la cama a Gotch?

—Gotch, según parece, se estaba afligiendo «demasiado» por él. No había tomado el descanso necesario. ¡Versión de Stephen Brent

Locks!

—Gotch empinó demasiado el codo; eso es lo que anduvo haciendo esa buena pieza —gruñó el inspector—. ¡Si no nos tienden una cortina de humo!… A ese viejo pirata todavía no le he sondeado bien.

—Es simplísimo, papá: halló buen puerto y se prendió a él… ¡A propósito! ¿No recibiste aún el informe relativo al mayor?

—Todavía no.

Pescaron a Louella en su torre de marfil, dieron media vuelta y visitaron a Horatio en su casita de las nubes, tornaron al Palacio y echaron un vistazo a Thurlow.

Louella seguía todavía creando cieno marítimo en sus crisoles de porcelana.

Horatio seguía todavía dándole a la pluma en su *Mamá Oca* para adultos, plumeando con mayor celo aún.

Y Thurlow dormía el sueño del hombre justo que ofreció ejecutar un acto honorable y que ha sido absuelto de ello por fuerzas ajenas al dominio de un pundonoroso caballero. Un aroma de alcohol se cernía sobre su almohada, cual las alas de un ángel.

Nada había cambiado, excepto que «una persona menos vive en esta casa», conforme expresó Horatio Locks, alzando los ojos de sus papeles.

****

Cruzó lanzas el inspector con el doctor Innis en la sala de Cornelia Locks. Determinado el primero a hablar con la madre de las víctimas, el segundo estaba igualmente resuelto a que el policía no hablara con la madre de las víctimas.

—A menos —pronunció el médico, glacial y rígido— que me prometa no mencionar para nada este último acontecimiento, inspector.

—¡Al diablo con sus promesas! —gruñó el policía—. ¿De qué quiere usted que hable con ella, si no es del «último acontecimiento», como lo sintetiza usted tan delicadamente?

—Entonces, lo siento; pero no hay nada que hacer. Ella está muy enferma. La impresión que le produciría otro asesinato, la muerte de otro hijo, indudablemente la mataría en el acto.

—¡Oh! ¡Lo dudo, doctor! —farfulló el policía, ásperamente, pero abandonó la justa y se llevó a Ellery al estudio—. ¡Siéntate, hijo! —dijo, suspirando—. Generalmente, tienes enfoques insensatos en casos insensatos. ¿Qué dices si enfocas éste? ¡Yo estoy liquidado!

—Yo mismo soy un poco insensato —confesó Ellery, con torcida sonrisita.

—¡Seguro! Pero ¿en qué estás pensando?

—En Bob. En Mac. En la vida y en la muerte y en lo poco eficaces que son las personas. En Sheila… ¿Y *tú?* ¿En qué piensas?

—No sé qué pensar. En el pasado, esta familia de pájaros locos, si bien enredada en mil líos, recurrió siempre a los juzgados. Minucias agigantadas… Pero ahora… ¡asesinato! Y dos seguidos… Pienso que algo estuvo humeando largo tiempo bajo la superficie. Pienso que el fuego ya se abrió paso. Y pienso: ¿acabó o no acabó? ¿Se extinguió o no se extinguió?

—¿Piensas que habrá nuevas tentativas?

Asintió el policía:

—Tal vez sea sólo el comienzo de una maquinación enderezada a borrarlos a todos del mapa. No es que eso sea mala idea —adicionó, avinagrado el gesto—. Pero hubiese preferido que empezaran con los chiflados y no con esos dos simpáticos mellizos.

—Es verdad —dijo Ellery, tétrico.

—Es eso todo lo que vas a decir: ¿sí? Además, hay ese fustigamiento absurdo del rostro de Mac ya muerto. Eso me huele a odio puro… ¡a psicopatía!… El caldo de gallina indica, evidentemente, una mente desequilibrada, a despecho de esa charlita fantástica que le propinaste tú arriba al pobre Velie.

—Pero el fustigamiento y el abandono de un tazón de caldo de gallina en el cuarto de Mac son fáciles de explicar, papá —respondió Ellery, pacientemente—. Como te dije, ambos fueron arrojados al guisado del crimen por idénticas razones.

—¿Qué? ¡Azotar a un cadáver, dejar sopa a su lado! —el inspector sacudió la cabeza—. ¡Demuéstramelo, hijo!

—¡Ciertamente, papá! —y Ellery hizo una momentánea pausa. Luego hizo la cosa más absurda. Empezó a cantar, con expresión de absoluta seriedad, una canción de cuna:

"Había una vez una vieja que vivía en un zapato;
Tenía tantos hijos que no sabía qué hacer.
Les daba algo de caldo, sin ningún pan,
Azotaba a todos con firmeza, y los metía en la cama."

Dicho lo cual, *Mr*, Queen enlazó sus manos tras la nuca, mirando fijamente al viejo.

Los ojos de éste brillaban con nuevas luces.

—La Vieja —continuó Ellery, calmosamente— vive en un Zapato… o mejor dicho, en una casa construida por el Zapato. Y hasta hay un bonito y tangible Zapato en el jardín del frente.

—Tenía tantos hijos… Sí. ¡Es claro! ¡Seis!

—Que no sabía qué hacer con ellos; creo que es evidente para cualquiera; toda su extravagancia y crueldad enmascarada, fracaso e impotencia.

—Y ella les daba *algo de caldo* —musitó el inspector—. ¡Ese caldo de gallina de la alcoba de Mac!

—Y *sin ningún pan* —agregó El, secamente—. ¡No pases por alto esa preciosa coincidencia! O quizás no estés enterado de que *Mrs*. Locks, atendiendo órdenes del doctor Innis, no puede comer pan y que, consiguientemente, no lo sirven en la mesa.

—*¡Azotaba a todos con firmeza!…*

—Sí, o, por lo menos, Mac fue azotado. ¿Y el «motif» de la cama? ¡Mac fue asesinado en ella! ¿Ves?

El inspector se levantó de un brinco, púrpura el rostro:

—¡No! ¡Demonios, no lo veo! Nadie podría hacerme creer que…

—¡Pero sí que lo crees, papá! —suspiró Ellery—. ¡Como que estás terriblemente impresionado! Una serie de locos y, ahora, una serie de crímenes que aparentemente siguen el patrón de Mamá Oca. Pero ¿podrían personas chifladas perpetrar crímenes racionales? No, no. Gentes insensatas cometerían crímenes insensatos. Crímenes *a lo Mamá Oca*, como quien dice… ¿No adviertes que se cuenta con que creamos en la índole desvariada de esos dos asesinatos, papá? ¿No percibes que *un cerebro diabólicamente astuto está creando una atmósfera de locura*, o más bien utilizando la ya existente, a fin de encubrir la *realidad* real? ¿Y qué podría encubrir la locura sino la cordura, papá?

El inspector exhaló un prolongado bufido:

—¡Bueno, bueno! ¡Y yo hubiera caído en la trampa!… Desde luego, hijo. Esto es obra de un cuerdo, no de un loco.

—No necesariamente.

Se dilató la boca del inspector.

Ellery sonrió:

—¡Nosotros no sabemos nada! Yo sólo exponía una teoría atractiva. Por lo que hace a la lógica, papá, bien podría ser esto obra de un loco.

—¿Por qué no te pones de acuerdo contigo mismo, hijo? —resopló el viejo, exasperado.

Ellery se encogió de hombros:

—Algo más que teorías tendrás que presentarle al fiscal.

—¡Sigamos con el caso, sigamos con el caso!

—Muy bien, discurriremos por la teoría racional. ¿Qué idea se presenta primero al ánimo?

—El criminal busca que le carguemos el fardo a Horatio Locks, que *está escribiendo una moderna Mamá Oca* —dijo, presto, el anciano.

Rió Ellery:

—Tú lo viste, ¿eh, viejo zorro?

—¡Claro como el agua! Si esto es obra de una mente cuerda, entonces Horatio está siendo enredado en una maquinación tendiente a endilgarle la muerte de sus hermanastros.

—Sí, desde luego.

—Horatio en la celada… ¡Diablos! ¡Ese hombre apenas si sabe lo que pasa a su alrededor!

—No estés tan seguro de eso —dijo Ellery frunciendo las cejas—. Horatio tiene mucho de *poseur*. Sabe muchísimo más de lo que demuestra.

—¿Y qué quieres decir ahora con eso, hijo?

—Nada. Son simples especulaciones, papá. El hombre no es tonto. Horatio tiene un enfoque no ortodoxo de la vida y una inmensa cobardía por lo que toca a los problemas de los adultos; pero en todo momento está bien al tanto de las cosas. ¡Créemelo!

—No eres de mucha ayuda —gruñó el viejo—. Bueno, con conocimiento o sin él, se busca que Horatio cargue con el fardo; nosotros tenemos que sospechar que él está detrás de todo. ¡Y eso significa que no es así!

—No necesariamente —puntualizó Ellery.

—¿Quieres concretarte a un solo punto de vista? —barbotó el inspector, embravecido ahora. Su faz, de hecho, estaba purpúrea—. Mira —comenzó de nuevo, desesperadamente—. Ciertas cosas que nosotros *conocemos…*

—¿No te referirás —inquirió Ellery— a la aritmética implicada?

—Sí… ¡a la aritmética implicada! Vivos los seis hijos, cada uno de ellos entraría en posesión de cinco millones de dólares al fallecer la Vieja. Entonces Robert Locks fue eliminado, quedando cinco. Ahora que han liquidado a Mac, restan sólo cuatro. Dividiendo treinta millones entre cuatro, corresponden siete millones y medio por cabeza… *¡de suerte, pues, que el asesinato de los gemelos comportó dos millones y medio de dólares más* para cada uno de los cuatro hijos sobrevivientes!

—Yo no puedo excitarme por esos miserables dos millones y medio de dólares —gimoteó *Mr*. Queen—. Y dudo que alguien se excitara, asegurándosele cinco millones. ¡Oh, bueno! ¡Quizá me equivoque, papá! Es tuya la culpa de haber traído al mundo un hijo de hombre pobre.

Providencialmente, el sargento Velie entró en el cuarto.

****

Velie llegó taconeando y descargó sus doscientas veinticinco libras de peso sobre el sillón favorito del mayor Gotch. Bostezaba ruidosamente.

—¿Y bien? —gruñó ásperamente el inspector, virando el vendaval de su furia hacia aquel navío más vulnerable.

El sargento se amohinó:

—¿Qué hice ahora? No sigo órdenes, me chillan. Sigo órdenes, me…

—¿Qué órdenes siguió ahora?

—Las del peritaje balístico.

—¿Y bueno? ¿Qué se cree usted que es esto, amigo? ¿El salón de caballeros de los baños turcos de Grand Street? *¡Informe!*

—Sí, señor —se incorporó Velie dando muestras de falta de cansancio—. Comunicó el oficial que el arma descubierta arriba es la misma con que Maclyn Locks fue muerto en…

—Ésas —dijo el viejo, desplegando las manos hacia Ellery— son nuevas, ¿eh? ¡El arma es el arma! ¡Vamos haciendo algunos progresos! ¿Qué más?

—Eso es todo —respondió el sargento, hosco—. ¿Qué esperaba usted, inspector? ¿Que el oficial nos diera el nombre y apellido del criminal?

—¿Qué tipo de arma era, sargento? —interpuso Ellery—. No pude echarle una buena ojeada.

—Es un «Smith & Wesson», 38/32, revólver cañón de 2 pulgadas, con un cartucho «S. & W.», 38…

Exhaló *Mr*. Queen una exclamación ahogada.

Su padre lo miró fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfermo?

Ellery saltó de la silla:

—¡Enfermo! ¿Recuerdas las catorce armas de fuego adquiridas por Thurlow en la casa Cornwall & Ritchey? ¿Recuerdas que sólo encontramos doce? ¿Recuerdas que faltaban dos armas y que las armas desaparecidas eran duplicados exactos de las utilizadas en el duelo Bob-Thurlow? ¿Recuerdas que, atendiendo a la lista proporcionada por el comercio en cuestión, *una de las dos armas desaparecidas es un «Smith & Wesson», 38/32, con cañón de dos pulgadas*? ¡Y ahora tú vienes a decirme que el arma que produjo la muerte de Mac Locks es un «Smith & Wesson», 38/32, cañón de dos pulgadas!

Al cabo de cierto tiempo, el inspector pareció sofocarse:

—Velie —balbuceó—, telefonee al oficial del departamento y pregúntele el número de serie del arma empleada en el asesinato de Maclyn. Comuníquese después con Cornwall & Ritchey y consígame el número de serie del desaparecido «Smith & Wesson». ¡Pronto, por favor!

Abrumado por aquella cortesía, el sargento salió arrastrándose.

Cinco minutos después regresaba para decir que el «Smith & Wesson» que arrebatara la vida a Mac, era el mismo «Smith & Wesson» que figuraba como desaparecido en la lista antes mencionada.

¡Uno de los dos revólveres desaparecidos había sido encontrado!

****

—¡Más claro y más nebuloso! —gimió el inspector—. Ahora sabemos por qué causa el asesino de Robert escondió dos de los

catorce revólveres adquiridos por Thurlow; o sea, para usar uno de ellos, el «S. & W.», en la perpetración de un segundo homicidio.

— ¡El asesinato de Mac! —concretó Velie, el simplificador.

—Ése es, ciertamente, el aspecto que ofrece la cuestión —rumió Ellery—. Pero ¿por qué secuestrar y ocultar *dos* revólveres?

El sargento puso cara larga.

—¿Quiere usted decir que aun no hemos *acabao*?

—¡Desde luego que aun no hemos *acabao*! —refunfuñó su superior—. Dos revólveres desaparecen, uno de ellos reaparece en un crimen, ¿qué proyectaría el criminal hacer con el otro sino *otro* crimen?

—¡Un tercer crimen! —murmuró Ellery—. Todo lo señala. No sólo las armas desaparecidas… —y meneó la cabeza.

—Entonces tendremos que hallar el último revólver, el «Colt» 25, automático, que no apareció —bisbiseó el sargento, desfalleciente—, o irnos a tirar al agua.

—No creo que el hallazgo del desaparecido «Colt» impida, forzosamente, la comisión de un tercer homicidio —puntualizó Ellery —. Aquí no hay ningún Aquiles bravío, y existen otros modos de matar que con una flecha. Pero el descubrimiento del perdido «Colt» quizá revele alguna huella de la persona que lo escondió. ¡Urge que se le busque sin falta! ¡Y enseguida!

—Pero ¿dónde? —dijo el sargento, plañidero—. ¡Mi Dios, si ya hemos registrado de arriba abajo este nido de chiflados! Y no sólo la casa, sino los jardines y terrenos. ¡Es facilísimo ocultar una cosita tan diminuta como ese «Colt» de bolsillo de chaleco en un monumento de casa como es ésta y todos sus terrenos! Se necesitarían doce brigadas trabajando veinticuatro semanas…

El inspector dijo:

—Busque el arma, Velie.

XVI. *... Y LUEGO NO HUBO NINGUNO*

PERO el sargento Velie no halló el arma. Ni el sargento Velie, ni los detectives Flint y Piggott y Hesse y Johnson y compañía, registrando a todas horas, en sitios inverosímiles, ante miradas coléricas, o indiferentes, o atónitas.

Aquellos fueron días de infructuosa exploración de la casa Locks y de los jardines y terrenos Locks, y si bien salieron a luz algunos interesantes objetos —un cofre de cuero, estilo español, por ejemplo, enterrado a espaldas del «cottage» de Horatio y rebosante de anchas y desgastadas monedas que el deleitado *Mr*. Queen sentenció ser piezas de a ocho, cofre ante cuyo desenterramiento Horatio puso el grito en el cielo, vociferando que había necesitado *años* para juntar un auténtico tesoro español y toda una semana de noches tenebrosas para enterrarlo, con linterna de hierro y un machete apretado entre los dientes y todo, y que ahora no permitiría que un montón de condenados polizontes le aguara la fiesta—, el duplicado del «Colt» automático de bolsillo, modelo 25, permaneció en el limbo de las cosas perdidas. Los pérfidos policías se marcharon cojeando sobre sus pies callosos, dejando que el airado Horatio tornara a enterrar su preciado tesoro pirata.

El inspector Queen tuvo también su berrinche; pero por razones diferentes.

Luego Mac fue inhumado en la parcela mortuoria familiar del camposanto de St. Praxed. Una zona de cuatro manzanas cuadradas fue acordonada para la ceremonia fúnebre; desviado el tránsito, las brigadas policiales ejercitaron sus músculos.

De algún modo ignoto, Cornelia Locks, recobrándose de su ataque cardíaco en la mansión, supo de la muerte de su hijo.

El primer indicio de este conocimiento de la temible Vieja surgió en la mañana del día de los funerales de su hijo.

Incorporándose en el lecho, llamó a su criada, una maritornes casi tan vieja como ella. Bridget Conniveley de nombre, a quien Innis detestaba cordialmente. La vieja Bridget, encorvada y farfullante bruja, arrojó el yugo de la autoridad de la Vieja y telefoneó al doctor Innis, quien vino precipitadamente, pálido y trémulo. Era imposible, no podía responsabilizarse. Ella debía ser razonable. Ya no podía hacer nada por Mac. Él le prohibía, terminantemente, abandonar la cama.

Nada repuso a todo esto la Vieja. Se arrastró calmosamente fuera del lecho y fustigó a Bridget con la lengua. Se escurrió la criada, toda ella encogida, para preparar el baño del ama.

Cuando el inspector lo supo por boca del detective que montaba guardia ante la puerta del departamento de la Vieja, su faz irradió tétrico regocijo:

—No se le debe hablar, ¿eh? —dijo a Innis.

Y se plantó ante la Presencia.

Fue una breve y amarga entrevista. Apenas si habló la Vieja. Lo que dijo fue acre y preciso. No; nadie se lo había dicho. Simplemente, ella lo *sabía*. Y asistiría a los funerales de Maclyn; las Milicias Estatales no podrían detenerla. ¡Váyase y deje vestir a una vieja, so imbécil!

Y el inspector se fue:

—Es seguro que el angelito de Thurlow descubrió el pastel a mamita —refunfuñó—. ¡Qué familia!

Cornelia Locks fue ayudada a salir del Palacio por el doctor Innis y Bridget Conniveley, rebozada en chales, mostrando sólo la pringosa puntita de sus narices. Su rostro ostentaba sólo lúgubre interés. No derramó una lágrima, ni consintió en echar la postrer mirada al rostro del hijo muerto antes que el ayudante del jefe del ceremonial fúnebre cerrara el féretro.

En la iglesia de St. Praxed, Ellery mantenía fija su atónita mirada en la Vieja. Aquel viejo corazón, cuyas cabriolas y gemidos percibiera

con sus propios oídos, parecía indiferente por la muerte del segundo hijo en el breve lapso de una semana. Construida toda ella de duro granito, fluía por sus venas ácido sulfúrico… No arrojó una sola mirada a Sheila, ni a Stephen, su marido, ni al mayor Gotch, quien parecía apocado y confuso esa mañana. Tampoco parecía sorprendida de la ausencia de sus otros hijos.

Vuelta a la casa, Bridget la desvistió y ella se arrastró al lecho. Cerrando los ojos, pidió a Innis «un poco de algo que me haga dormir».

Y cayó dormida y durmió desasosegadamente, gimiente.

—Bueno —murmuró el inspector, finiquitado todo—, ¿adónde vamos ahora?

—¡Ojalá lo supiera! —respondió Ellery.

—En la estacada, ¿eh?

Su vástago se encogió de hombros:

—No creo insoluble el caso, papá. Presiento en él algún sentido. Y nuestra misión es ponerlo de manifiesto.

El viejo alzó las manos al cielo:

—Si *tú* no ves luz en él, tampoco yo la veo, Ellery. Todo lo que podemos hacer es mantener en estrecha vigilancia a esta gente y perseguir las poquísimas huellas que poseemos. ¡Volvamos a casa!

****

Días después del funeral de Mac, Ellery Queen recibió dos visitas tempraneras.

Le sobresaltó el cambio operado en Sheila Locks. Su cara parecía apenas la mitad del tamaño normal, grisáceo el cutis; sus ojos azules lucían más obscura y hondamente, azules y más líquidos, acentuadas las ojeras como por tenebrosos trazos de pincel. Era la negra, dolorosa imagen del dolor. Charley Paxton también parecía más delgado y dolorido. Sus ojos compartían con los de Sheila esa carga de angustia que *Mr*. Queen solía asociar con los seres de este

bajo mundo que se hallan atrapados en una red, sin esperanza de escapatoria.

El inspector estaba a punto de salir para su despacho; pero viendo las caras desencajadas de ambos jóvenes, telefoneó al Departamento de Policía para comunicar que llegaría más tarde y se convirtió luego en astuto huésped interesado.

—¿Cómo está esta mañana su madre? —preguntó a Sheila, adoptando un elaborado gesto de preocupación.

—¿Mamá? —dijo Sheila, vagamente—. Como siempre…

Charley hizo un esfuerzo sobre sí mismo:

—Ya ves ahora que todas son pamplinas, querida —dijo con tono alegre—. Cuéntaselo todo a Ellery y al inspector.

—No son pamplinas, Charley, y tú bien lo sabes —dijo Sheila, cansadamente—. ¡A veces me enfermas! Sé que lloré y grité hasta por demás; pero no soy ninguna niña… ¡Sé sacar cuentas!… Y la cuenta se hace larga y eso tú no lo ignoras… Vean —dijo, volviéndose a los Queen antes que Charley atinara a contestarle—, yo he estado pensando, *Mr*. Queen…

—¡Ellery! —dijo éste.

—Ellery, yo he estado pensando y he adivinado… bueno, una maquinación diabólica en lo que nos está ocurriendo.

—¿De veras? ¿Y qué maquinación puede ser ésa?

Cerró Sheila los ojos.

—Al principio, yo estaba impresionada y no podía pensar en nada. Un asesinato es tan… periodístico… *Eso* no se le ocurre a uno. Se lee en el diario, o en una novela policial, y nos hace experimentar disgusto o simpatía. Pero *no nos significa* nada.

—Eso es muy cierto.

—Y entonces… ¡le ocurre a uno! La policía está en casa. Algún ser querido muerto. Algún ser con quien se vivió toda la vida es… una fiera horrible… Se miran las caras que nos rodean, las caras familiares, incluso las que se aborrecen… y se siente uno morir… Interiormente. Mil veces. No parece posible. ¡Pero lo es! Y ahí tienen ustedes… Cuando murió Bob, yo no pude creer ya en nada. Estaba

confusa; nada de lo ocurrido parecía real. Realizaba maquinalmente los actos corrientes de la vida. Y luego… Mac… —se llevó rápidamente las manos al rostro.

Charley extendió las manos para tocarla; pero Ellery meneó la cabeza y el abogado volvió la espalda para mirar, ciego, la quieta calle por la ventana de los Queen.

El inspector Queen fijaba sus ojillos duros en la sollozante muchachita. Al cabo de un rato, hurgó Sheila en su bolso sacando un pañuelo.

—¡Perdóneme! —dijo estranguladamente—. Todo lo que parezco hacer estos días es imitar a una fuente —se sonó con energía las naricillas y reintegrando el pañuelo al bolso, se arrellanó, tentando, incluso, una desvaída sonrisa.

—¡Adelante, *Miss* Locks! —instó el inspector—. Estos asuntos personales son de interés.

Puso ella cara culpable.

—No sé cómo me puse a llorar… Bien, lo que empezaba a decirles es que yo… desde la muerte de Mac he estado pensando y pensando… ¡Dos crímenes se han perpetrado en casa! ¿Y quiénes fueron asesinados? Robert. Mac. Mis hermanos gemelos —sus ojos relampaguearon—. Ni uno solo de los tres hijos del primer matrimonio de mamá… ¡oh no! ¡Ni uno solo de los *locos!* Sólo mueren los Brent. Sólo los Brent… los *cuerdos*.

Se aclaró Charley la garganta.

—Permíteme concluir, Charley. Es claro como el agua. Nosotros, los Brent, vamos siendo eliminados uno a uno. Primero Bob; luego Mac…; *después seré yo o papá…* ¡Charley, eso es cierto, y tú lo sabes! Uno de nosotros sigue en la lista, y si papá cae, seré yo la única Brent restante, y caeré también.

—Pero ¿por qué? —vociferó Charley, perdiendo los estribos—. ¡Eso es insensato, Sheila!

—¿Qué importa el por qué? Dinero, odio, simple demencia… Yo no conozco el porqué; pero sé que es cierto, tan cierto como que estoy ahora aquí sentada. Y lo que es más… ¡tú también lo sabes,

Charley! Tal vez *Mr*. Queen y el inspector no lo sepan; pero tú lo sabes, Charley…

—*Miss* Locks… —empezó el inspector.

—¡Por favor, llámeme Brent! No quiero volver a ser llamada jamás por ese nombre horrible.

—Como usted quiera, *Miss* Brent.

Padre e hijo cambiaron una mirada. Sheila estaba en lo cierto. Eso era lo que temían: ¡un tercer asesinato! Con una razón de más: la automática desaparecida.

Se dirigió el viejo a la ventana. Al cabo de un instante, dijo:

—*Miss* Brent, ¿quiere usted venir aquí?

Cansadamente, cruzó Sheila el cuarto parándose junto al viejo, bajo el sol.

—Mire ahí abajo —dijo el inspector—. No; enfrente, en la calle. En la entrada de servicio de aquella casa de departamentos. ¿Qué ve, *Miss* Brent?

—Un hombre corpulento fumando un cigarro.

—Bien, ahora mire a este costado, un poco más arriba, hacia Amsterdam Avenue. ¿Qué ve ahora?

—Un auto —respondió Sheila, perpleja— con dos hombres adentro.

El inspector sonrió.

—El hombre de aquella puerta y los dos del coche, *Miss* Brent, son detectives destacados para seguirla a cualquier parte que vaya. Nunca podría apartarse de su vista. En la casa de su madre, otros detectives mantienen sus ojos fijos en usted en todo momento. Lo mismo hacen con su padre. Nadie podría acercárseles, *Miss* Brent, si los hombres comisionados no están seguros de que ustedes no corren riesgo alguno.

Se ruborizó Sheila.

—No me crea ingrata, inspector. No sabía eso, y ahora me siento más segura. Y me alegro por papá; pero… Sabe usted perfectamente bien que, aun cuando estuviera rodeada por un cordón policial las veinticuatro horas del día, si destacara usted todo

el Departamento de Policía para guardarnos, seríamos atrapados los dos, más tarde o más temprano… Un disparo por la ventana, una mano que apunta por una puerta…

—¡De ningún modo! —espetó el inspector, resentido—. Puedo prometerle *que eso no* ocurrirá jamás.

—¡Desde luego que no, querida Sheila! —terció el abogado—. ¡Sé razonable! ¡Vamos! Déjame llevarte a alguna parte. Podríamos cenar en el Ritz y asistir a unos números de «Music Hall» o… Arrancarte del espíritu esas cosas…

Sacudió Sheila la cabeza, sonriendo débilmente.

—Gracias, querido. ¡Qué gentil eres! —y luego se quedó en silencio.

—Sheila —se volvió ella a Ellery, muy rápida. Los ojos del joven brillaban de admiración, y un poco de color tiñó las mejillas de Sheila —. Algo específicamente concreto adivino en su ánimo… ¡un ánimo harto excelente, dicho sea de paso! —destacó, fríamente—. ¿Qué es?

Y Sheila dijo en tono sombrío:

—Ponerlos a todos en una casa de salud.

—¡Sheila! —gritó Charley, horrorizado—. ¿A tu *propia* madre?

—¡Ella me aborrece, querido! Y su cerebro está enfermo. Si mamá sufriera de tuberculosis, yo la enviaría a Arizona, ¿verdad?

—Pero… hacerlos encerrar… aprisionar a tu madre… —respondió el abogado, débilmente.

—¡No me hagas parecer un monstruo! —prorrumpió la joven—. ¡Ninguno de ustedes conoce a mi madre como yo, caballeros! Jubilosamente me asesinaría si imaginara que eso coadyuvaría a los fines de algún *plan* suyo. ¡Les digo que su cerebro está desequilibrado! ¡No volveré a sentirme a salvo hasta que mamá, Thurlow, Horatio y Louella estén tras sólidas rejas! ¡Y ahora… llámenme… lo que ustedes quieran llamarme! —y la desdichada muchacha estalló en roncos sollozos.

—Ya consideramos ese plan —dijo Ellery suavemente, y ella alzó los ojos sobresaltada—. ¡Oh, sí, sí! No pasamos por alto «número»

alguno, Sheila. Pero Charley podría decirle que no existe base legal alguna para encerrar a su madre en un manicomio. ¿Thurlow, Horatio, Louella? Sería dificilísimo, toda vez que no hay duda de que su madre lo contrarrestaría con todo el peso de su inmensa fortuna. Se necesitaría largo tiempo, y el resultado sería impreciso. Opino que son casos fronterizos, si es que son realmente deficientes mentales en estricto sentido médico. En el ínterin, ellos podrían hacer… daño… No; abandonamos la idea de encerrar a algún miembro de la familia Locks en una casa de salud. Quizá eso se haga más tarde, dilucidado el caso. Ahora sería fútil y hasta peligroso, pues podría forzarle la mano a alguien.

—Por otra parte, cabe la posibilidad de meterles a todos en la cárcel —secundó el inspector Queen, quietamente—. También hemos considerado ese recurso. Tal vez podríamos retenerlos como testigos materiales del hecho. ¡O por cualquier otro cargo! Sea cual fuere ese cargo, puedo asegurarle, *Miss* Brent, y el amigo Charley, como abogado, apoyará mis palabras, que no le retendríamos largo tiempo. El dinero y la influencia de su madre les sacarían de allí, volviendo a las mismas de antes. No, *Miss* Brent, necesitamos más pruebas antes de dar ese paso.

—Entonces, ¿no me queda otra cosa que hacer sino ordenar la última moda en mortajas, *Mr*. Queen? —murmuró Sheila, con blanca sonrisa.

—¡Sheila, por favor! ¡Cesa de hablar así! —gritó Charley.

—Mientras tanto —continuó el inspector—, se hace cuanto es posible hacer. Cada persona de su casa está bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. La policía hace cuanto puede por desentrañar el misterio que rodea el caso, alentándose la esperanza de hallar algún rastro de la clave. Sí; existe siempre el peligro de un error. Pero también —agregó el inspector, con peculiar entonación—, esta mañana podría usted haber pisado una cáscara de banana y partirse el cráneo.

—¡Basta, por favor, inspector! —reprochó Charley, airado—. ¿No ve usted que la está asustando inútilmente? Sé que hacen lo que

pueden, pero…

—¡Cállese, Charley! —gruñó el policía.

Ellery arrojó una mirada al viejo. Aquella observación no figuraba en el inventario. Charley parecía resentido.

—¿Por qué no llevan afuera a Sheila? —indicó Ellery, con expresión inocente—. Apartándola de la zona de peligro, papá, Sheila…

Las mejillas del anciano cobraron un matiz púrpura:

—No lo creo conveniente. No —masculló—. Es mejor no sacarla de la ciudad, hijo.

Ellery contrajo el ceño aceleradamente. ¡De modo que era eso!

—Tampoco me iría yo —respondió Sheila, monótonamente—. No dejaré a papá. No les he dicho que mi padre no cree conveniente marcharse. Dice que ya es viejo y que no empezará a escapar a sus años. Él quiere que yo me vaya; pero claro está que no me iré. ¡Sin él, jamás! Es desesperante, ¿verdad?

—No —sonrió Ellery—. Conozco una persona que podría poner término a esto.

—¿Sí? —el inspector puso cara incrédula—. ¿Y quién?

—Cornelia Locks.

—¿La Vieja? —Charley meneó la cabeza.

—¡Pero *Mr*. Queen…! —comenzó Sheila.

—¡Ellery! —dijo éste—. Vea usted, Sheila: su madre es dueña y señora del Palacio Locks. Al menos, en lo tocante a los tres hijos de su primer matrimonio. Sentí de improviso la ridícula sensación de que, si fuera posible persuadirle de lanzar un ultimátum a…

—¡Ya vio usted cuán *empeñosamente* probó de detener el duelo entre Bob y Thurlow, Ellery! —musitó Sheila, amargamente—. ¡Le digo a usted que ella quiere ver muertos a los Brent! Se sentiría feliz… ¡a su manera! ¡Asistió al entierro del pobre Mac para gozarse de su muerte! Pierde usted el tiempo, Ellery.

—No sé —murmuró Charley—. No defiendo a tu madre, querida; pero me parece que eres algo dura con ella. Creo que Ellery tiene

razón. Sólo ella podría poner fin a este drama, y es cosa nuestra persuadirla de ello.

—¡No es mala idea! —prorrumpió el inspector, inesperadamente. Pero se veía que pensaba en otra cosa—. En tanto viva la madre de Sheila, ella manda en el gallinero. Desistirán de todo ordenándoselo la Vieja… Sí. Vale la pena tentar la prueba.

XVII. *CÓMO LA VIEJA VOLVIÓ A LA PATRIA*

EN LA alameda tropezaron con el doctor Innis. El médico llegaba en su automóvil a la casa para hacer la primera visita del día a la Vieja.

Entraron todos juntos.

El inspector escudriñaba los contornos buscando a sus hombres. Lo que vio pareció satisfacerle. Gruñó y taconeó escaleras arriba, reservándose su parecer.

Sheila seguía diciendo que todo era inútil, con acento adecuado a la observación.

En la cima de la escalera de caracol, dijo Ellery a Innis:

—¡A propósito, doctor! *Mrs*. Locks parece haber soportado gallardamente su último ataque cardíaco y la muerte de su hijo Mac. Pero estoy convencido de que esa mujer vive porque ella así lo quiere… ¡y no por otra razón!… De hecho, hay mil razones para creer que su corazón ya tendría que haber cedido hace años. ¿Es posible hablarle libremente? Existe una pregunta que ansiamos formularle, doctor, pregunta que tendríamos que habérsela formulado hace tiempo. Y luego, tendremos por delante una misión algo difícil.

Se encogió de hombros el galeno:

—Ya estoy harto de tratar que la gente de aquí haga lo que debe hacer, joven. Todos los síntomas indican la necesidad de dejarla reposar y no excitarla absolutamente para nada. Sólo puedo rogarles que tomen para ello el menor tiempo posible, caballeros.

—¡Trato hecho!

—¡Vivirá eternamente! —dijo Sheila, salvajemente—. ¡Y seguirá viviendo cuando todos nosotros estemos muertos!

El doctor Innis arrojó una extraña mirada a Sheila al encaminarse todos a la puerta del departamento de Cornelia Locks. Iba a decir algo; pero se contuvo cuando el inspector Queen llamó suavemente con los nudillos. Al no recibir respuesta, el policía abrió la puerta; todos penetraron en la sala y el doctor Innis abrió la puerta del dormitorio.

—*Mrs*. Locks —dijo el doctor Innis.

Yacía la Vieja en su increíble lecho, apoyada, como de costumbre, sobre dos abultados almohadones, abiertos los ojos y la boca y la cofia de encaje un poco sesgada sobre el senil cráneo.

Gritó Sheila y salió corriendo, y Charley, vociferando, corrió tras ella.

****

—Es tan verdad como el Evangelio del Señor —gimoteaba la vieja Bridget—. No hace una hora y media que ella me llamó con el timbre para decirme que no viniera a molestarla por nada y pudiera dormir y descansar en paz, y yo, viendo que ella quería estar sola, la pobrecilla, sola con el Buen Dios y los Santos del Cielo, como ocurrió después, ¿cómo podía yo, miserable pecadora, saber el destino que le aguardaba? Eso es todo lo que sé, señor, líbreme Dios de todo mal. Muerta… ¡la Vieja, muerta!… ¡Es el fin del mundo!

El inspector Queen dijo, ásperamente:

—No manosee el cuerpo, doctor.

—¡Yo no manoseo nada! —chilló Innis—. ¡Usted me pidió que la examinara y yo la examino! Esta mujer era paciente mía, y falleció bajo mi cuidado, y tengo derecho de examinarla, amigo. He de firmar el certificado de defunción…

—¡Caballeros, caballeros! —terció Ellery, cansado el acento—. ¿Murió Cornelia Locks de manera… convencional, doctor Innis, o se la asistió en tal trance? Eso es lo que queremos saber.

—La muerte ocurrió por causas naturales, *Mr*. Queen. Falló el corazón; eso es todo. Hace alrededor de una hora que está muerta.

—¡Muerte normal! —el inspector se mordisqueaba los mostachos, contemplando el silencioso, ventrudo cadáver, como si esperara ver fluir sangre en cualquier momento.

—La excitación y tensión nerviosa de las últimas semanas fueron excesivas para ella. ¡Yo les previne que esto sobrevendría! —el doctor Innis requirió sombrero y bastón, saludó rígido y se marchó.

—¡Es lo mismo, *doctor* Innis! —bisbiseó el policía—, El viejo Prouty confrontará tus descubrimientos y, ¡Jehová te asista si encubres algo! Ellery, ¿qué haces?

—Lo que podría llamar —masculló Ellery—, la «inspección ocular del teatro del crimen», pero como parece no existir ningún crimen, vamos a llamarle, simplemente, averiguar qué demontres escribía Cornelia Locks cuando el Ángel Negro vino a hacerle su harto demorada visita.

—¿Escribir? —el inspector se le acercó, rápido.

Indicó Ellery la portátil asentada en el soporte, junto al lecho. El estuche estaba sobre el piso, como si la máquina hubiera sido usada y la muerte hubiese llegado antes de ser repuesta la tapa. Se veía en la mesita de luz una ancha caja de anotadores de varios tamaños y sobres de todo tipo y especie, caja cuya tapa estaba echada atrás.

—¿Y qué? —gruñó el inspector.

Ellery señaló la diestra de la difunta.

La mano estaba casi enterrada entre las ropas del lecho y el inspector las retiró un poco para ver mejor. Lo que vio le hizo arrugar las cejas.

En la mano derecha de Cornelia Locks se veía un gran sobre sellado; indudablemente, uno de los sobres de la caja.

Arrancó el policía el sobre de la rígida diestra de la muerta y lo sostuvo a la luz.

El anverso tenía estas palabras dactilografiadas:

ÚLTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO.

Debajo de la inscripción estaba su garrapateada firma y rúbrica, estampada en los anchos trazos de los lápices de mina blanda a que tan afecta era la Vieja:

CORNELIA LOCKS.

—Ya logré calmar a Sheila —dijo Charley Paxton, atropelladamente, al entrar—. ¿Qué pasó? ¿Es un asesinato, Ellery?

—El doctor Innis dictaminó muerte natural.

—No lo creeré hasta que me lo diga Prouty —dijo el inspector, abstraído—. Charley, vea usted lo que hemos descubierto en la mano de Cornelia. Me parece que usted dijo que ella ya había escrito *un* testamento.

—Sí —respondió el abogado, tomando el sobre con el ceño fruncido—. ¡No me diga que hizo otro testamento! ¡Un *nuevo* testamento!

—No lo creo —terció Ellery—. Dígame, Charlie, ¿estaba ella en posesión del original de su testamento?

—¡Naturalmente!

—¿Sabe usted dónde solía guardarlo?

—Sí; en el cajón de la mesita de luz. Junto al lecho.

Ellery miró dentro del cajón. ¡Vacío!

—¿Estaba en un sobre o suelto?

—La última vez que lo vi no estaba en un sobre.

—Bueno, este testamente es flamante y tanto la escritura como la firma parecen también flamantes. Así, pues, opino que ella se sintió morir, extrajo el viejo testamento del cajón, sacó la portátil, dactilografió un sobre, garrapateó su firma y metió el testamento dentro del sobre instantes antes de fallecer.

—Desearía saber por qué, hijo —musitó el viejo.

Ellery enarcó las cejas.

El inspector alzó los hombros:

—Bueno, ya lo averiguaremos todo cuando el testamento sea abierto, después del funeral.

Puso en manos de Charley el sellado sobre para que lo guardara convenientemente, y salieron dejando sola a la Vieja en su lecho mortuorio.

****

Y así se produjo la muerte de Cornelia Locks, y fue como el fin del mundo, como manifestara entre sollozos la vieja Bridget Conniveley, para un sinfín de criados, muchos de los cuales jamás habían conocido otro amo; y fue el fin de una dinastía para ciertos individuos cuyo pasado estaba teñido por el escándalo y la vergüenza; y para los que fueron los más allegados a aquellos yertos despojos fue… como nada…

Éste fue el hecho más notable de la muerte de la Vieja.

Aquella desaparición no parecía afligir a ninguno de sus hijos, ni a los que ella idolatraba, ni a Sheila, a quien aborrecía. Sheila, extinguido aquel primer grito, sentía un extraño alivio. Experimentaba vergüenza y espanto… y reconfortación…

La jovencita permaneció en sus habitaciones, reposando a solas. Ante la puerta del departamento fumaba el detective Flint un cigarro ordinario, mientras leía una revista de carreras.

En cuanto a su inconsolable esposo, llamó éste silenciosamente a su compinche, el mayor Gotch, y ambos se fueron al cuarto de Steve con dos botellas «vírgenes» de *whisky* escocés y se atrincheraron firmemente en él.

A la hora, cantaban canciones costeras tahitianas y balinesas a voz en cuello, estrepitosamente, escandalosamente, desvergonzadamente.

XVIII. *¿QUIÉN LLORARÁ EN LOS FUNERALES?. "YO", DIJO LA PALOMA*

AFIRMÓ el doctor Prouty que aquel asunto se estaba poniendo demasiado personal, y que quizá fuera mejor que renunciara a su cargo de médico forense para dedicarse a la necroscopia particular de los Locks.

—Ya los voy conociendo particularmente —dijo el galeno a Ellery la mañana en que puso en manos del inspector Queen el informe oficial conteniendo los hallazgos realizados en el cuerpo de la finada Cornelia Locks—. Vea usted ahora a la Vieja. ¡Una luchadora! En toda la operación me dio batalla, amigo. No como esos dos magníficos hijos suyos, Bob y Mac. ¡Toda una gata rabiosa! Apenas si pude hacer algo con ella.

Ellery, que estaba desayunándose, entrecerró los ojos y murmuró:

—Pero ¿y el informe, Prouty?

—¡Aahhh! Murió de muerte natural —dijo el inspector, anticipándose al facultativo—. Al menos, eso es lo que consigna el informe de este viejo renacuajo.

—¿Y por qué está tan gruñón, polizonte chillón? —preguntó Prouty—. ¿Es que no tuvo ya bastantes crímenes? ¿Se siente decepcionado?

—Bueno, si la Vieja tenía que morir —masculló el inspector Queen—, yo habría deseado que fuera en una forma que dejara algún rastro de este caso de chaleco. ¡Muerte natural! ¡Bah! ¡Vuelva a su osario, condenado avechucho! ¡Cuervo!

Gruñendo ferozmente, el doctor Prouty se marchó, mascullando algo contra la vil ingratitud del áspid que mordió la mano

acariciadora.

Ahora debéis creer una cosa maravillosa, vosotros, que habéis leído lo ocurrido con los Locks, su Zapato, sus duelos, sus laboratorios, sus hombres que no conocieron infancia y la casa increíble en que todos ellos moraban.

Debéis creer que aquella mujeruca, aquella temible Vieja que fuera una vez, inexplicablemente, niña y muchacha, y que contrajera enlace con un oscuro sujeto llamado Bacchus Locks, quedando desde entonces como subyugada por tal nombre, que fundara una dinastía y construyera una pirámide y viviera en su cúspide como una reina, que engendrara tres hijos crepusculares y que empleara sus días defendiéndolos, con toda su astucia infernal, contra sus propias naturalezas fronterizas y, a la vez, contra los remordimientos de su lacerada conciencia, debéis creer, repetimos, que aquella Cornelia Locks, que sólo había vivido para aquellos tres retoños malditos, que había atesorado y sido implacable sólo por aquellos tres hijos, que había mentido y explotado y malgastado su vida misma por aquellos tres desdichados, que les había adorado y mimado, evitando que pararan en hospicios, debéis creer, decíamos, que Cornelia bajó a la tumba de St. Praxed sin que asistiera a la ceremonia ninguno de los tres hijos idolatrados, reposando ella junto a los hijos que no amó y cuya muerte violenta no tuvo otro significado para ella que la violación de la sacrosanta fortaleza de los Locks… y aun eso es cosa de dudar…

Mr. Ellery Queen ejecutó aquel censo sorprendente y doloroso antes y durante los últimos ritos fúnebres. *Mr*. Queen no estaba interesado en presenciar los detalles del entierro de la Vieja. Ella había muerto por causas naturales: *requiescat in pace!* Pero los tres trogloditas de su vientre… ¡Ah, confusión sobre sus cabezas!…

Repasa la lista, *Mr*. Queen…

Louella…

La madre era una vieja diosa rubicunda cuyas garras manejaban la palanca de la vida. Castigaba, negaba, imperaba. Sí; se esforzaba por amar. Pero ¿qué es el amor para Louella? Un apareamiento de

chanchitos de la India (un experimento interesantísimo, que Louella podía estudiar y estudiaba, incansablemente). El amor es una traba: una muralla, una selva de negras y enmarañadas espesuras alzada entre Louella y el Templo, en donde cabe jugar con la sustancia de la vida en ritual adoración. ¡Buen engorro es el amor!

Se conservaba Louella fiel al dios asexual del saber. En su santuario no había cabida para sentimiento alguno. Y como todo eunuco, Louella era cruel y dura, por sobre la humanidad… Quizá Louella podría haber visto al fúnebre cortejo subiendo por Riverside Drive, rumbo a St. Praxed, asomándose por la ventana de la torrecilla; pero mucho dudaba Ellery que la reseca solterona se resignara a separarse siquiera un instante de sus preciosos cacharros de laboratorio.

Efectivamente, en los tres días transcurridos entre la muerte y las exequias de la madre, Louella, la mujer de ciencia, se había vuelto loca, real y efectivamente, por su ciencia. Sí; se había vuelto loca al aflojarse para siempre las engarfiadas garras de la madre. Ya no existía ahora la vieja diosa rubicunda que dijera que no o que sí. Ahora había el múltiple teléfono, y todas las riquezas de todas las casas de abastecimientos para laboratorios de todas las partes del mundo al alcance de las ávidas manos de aquel genio con faldas.

Fluyeron, pues, los equipos científicos: un horno eléctrico, retortas, legiones de brillantes tubos de ensayo, motores, refrigeradores, sustancias químicas azules y verdes y rojas y amarillas y plateadas y blancas… ¡hermosos colores, hermosos colores!… Louella desempacaba artilugios, trepaba sobre cajones y más cajones, acumulados en su torre de marfil, el mismo día y hora en que su madre era transportada por Riverside Drive con rumbo a la Eternidad.

Horatio…

Horatio fascinaba a Ellery Queen. Horatio era un fenómeno para Ellery, una figura mitológica. Ellery no salía de su asombro viendo a Horatio vagar por la finca de los Locks con sus carnazas temblequeantes. Como si viera a Sileno en Times Square sonriéndole

desde el letrero luminoso de novedades emplazado en Times Building. Como si el potente Vulcano nos cambiara la goma del auto en el garaje de la esquina.

Horatio y la Muerte no se compadecían. Horatio estaba por sobre la Muerte. Horatio es la Juventud, cuando la Muerte es inconcebible, aun la muerte del viejo.

Informado por Ellery y Charley del fallecimiento de su madre, apenas si a Horatio se le movió un pelo:

—¡Vamos, vamos, caballeros! ¡La muerte es una ilusión! Mi madre está aún en esa casa, en su lecho, rezongando sobre algo —Horatio arrojó al aire un sapito de trapo y lo atrapó, torpemente, al vuelo—. Siempre rezongando contra algo, mamá —tronó—, ¡Aunque en el fondo del corazón es buena!

—¡Por todos los santos del cielo, Horatio! —prorrumpió Charley —. ¿Es que no entiende que su madre *ya no está* en la casa? ¿Que ya no tornará jamás a ella? ¿Que yace ahora sobre una losa del depósito de cadáveres y que será enterrada a seis pies de profundidad dentro de un par de días?

Horatio rió entre dientes con indulgencia:

—Mi muy querido Charley —dijo—, la muerte es una ilusión. Morimos cuando crecemos, vivimos cuando somos niños. Ahora mismo ustedes dos están muertos, sólo que no tienen bastante sentido común como para tenderse en el suelo y dejar que les entierren. Y lo mismo va para todos —agregó, guiñándole un ojo a Ellery—. ¡Tiéndase en el suelo y deje que le entierren!

—¿No asistirá usted al funeral? —balbuceó Charley.

—¡Cielos, no! —respondió Horatio—. Hoy tengo que remontar una preciosa cometa nueva. ¡Es una joya, caballeros!

Y apoderándose de una enorme manzana roja, salió corriendo y mascando por los jardines, ebrio de pueril alegría.

Y cuando pasó el fúnebre cortejo, Horatio lo vio. Decimos que lo vio, pues estaba encaramado sobre el paredón del frente desenredando el cordel de su preciosa cometa nueva de las ramas de un arce. Y decimos que lo vio porque le volvió,

instantáneamente, sus carnudos lomos, saltando del murallón y abandonando su preciosa cometa nueva. Y luego enderezó velozmente hacia su casita de azúcar, silbando valientemente *Little Boy Blue, Come Blow Your Horn*.

Horatio no creía en la muerte, ya lo ven ustedes…

Thurlow…

Thurlow, el Terror de las Praderas, era en este día un bandido corajudo. Él no exhibirá un dolor poco viril delante del vulgo. Él llorará su pena en la soledad de su departamento, acunando contra el rollizo pecho una botella de buen coñac. Así se comportan los hombres, que son varones de pelo en pecho. La madre ha muerto… ¡Dios la tenga en su santa gloria, caballeros! Pero dejad solo al hijo… ¡dejadle llorar su dolor!

Sospechaba Ellery otros pensamientos thurlowianos, a la luz de los hechos venideros. Sospechaba Ellery que entre los pensamientos thurlowianos fluía uno como «leit motif» wagneriano: «La Reina ha muerto: ¡viva el Rey!» Sospechaba Ellery pensamientos reales en el caletre de Thurlow, pues después de los funerales se hizo evidentísimo el hecho de planear Thurlow —durante su viril, solitaria sesión «tete à tete» con el cognac—, la toma de posesión del armiño materno y del sagrado trono materno.

No. Thurlow, el matador, no asistió al funeral de la madre. ¡Demasiados asuntos estatales tenía para pensar!

Y de tal suerte, ¡oh, Vieja!, ésta fue tu amargura final: los hijos que tanto amaste te volvieron las espaldas, y la hija que tanto aborreciste vino a llorar a la vera de tu tumba.

Lloraba Sheila, inexplicablemente, sosteniéndola Charley Paxton por un lado, y Stephen Brent por el otro. Sheila lloraba, y Stephen Brent no lloró. Siguió con la mirada el féretro que bajaba a la fosa, inexpresivos los ojos enrojecidos por el alcohol.

El mayor Gotch llevaba un viejo chaqué de Horatio, el único miembro de la familia con vientre descomunal. Moqueaba con frecuencia y se comportaba dando muestras de noble dignidad. Parecía lamentar la defunción de la Vieja a la manera de un

borrachín consuetudinario. Al resonar los terronazos sobre la tapa del féretro, se le vio, real y efectivamente, derramar una lágrima, que enjugó, subrepticiamente, con el reverso de la manga de Horatio. Pero luego un periodista tuvo el poco tino de preguntar al mayor de qué era mayor y en donde le habían honrado con aquella «mayoría». Tras lo cual, el mayor Gotch perpetró una acción poco militar: asestar un puntapié al periodista. Hubo algunos instantes de confusión.

Otra persona había allí, un extraño para Ellery Queen y para el inspector Queen. Era un anciano caballero de afilada faz yanqui y ojos suaves, escrutadores, vestido sencilla, pero correctamente, caballero a quien Sheila llamó «*Mr*. Underhill». *Mr*. Underhill poseía manos de obrero. Charley lo presentó a los Queens como el hombre que regenteaba las fábricas Locks.

—Conocí a Cornelia de jovencita, inspector —dijo *Mr*. Underhill, sacudiendo la cana cabeza—. Siempre fue una mujer bien plantada sobre sus pies. No diré que no tuviera faltas; pero siempre me trató bien y lamento en el alma despedirla para siempre —y se sonó las narices con estrépito exagerado, del modo en que suelen hacerlo los hombres en los funerales.

No se permitió la entrada a fotógrafo alguno. No hubo hinchados panegíricos.

Sólo un entierro con un puñado de curiosos transeúntes y los agentes del cordón policial.

—De este modo, pues, la Vieja volvió a la patria —farfulló *Mr*. Queen cuando la pala del sepulturero apisonó, la última paletada de tierra.

—¿Cómo es eso? ¿Qué dices? —el inspector escrutaba, abstraído, los rostros de las personas apiñadas tras el cordón policial.

—Nada. ¡Menos que nada, papá!

—Creí que decías algo, hijo. Bueno, ya se acabó —el inspector se arrebujó en su chaqué—. Volvamos a casa para escuchar la lectura del testamento —suspiró—. ¡Quién sabe! Tal vez haya algo en él. ¡Andando!

XIX. *ES LA ÚLTIMA VOLUNTAD DE LA REINA*

DESCENDIÓ Thurlow las escaleras esgrimiendo la botella de cognac como un cetro:

—¿En la biblioteca? —chilló, pisando fuerte—. Sí. En la biblioteca. Muy lindo. Lindo y adecuado. —Se detuvo, galante, para permitir que Sheila le precediera en el estudio—. Confío en que todo haya ido bien en el entierro, querida Sheila —agregó.

Sheila le pasó rozando, con gesto de repulsión. Thurlow rió entre dientes, entrecerró los ojuelos malignos con sarcasmo y luego, gravemente, pisando fuerte, cruzó el umbral y penetró en el estudio.

—¿No vienen los o… otros? —preguntó Steve.

—Ya envié por ellos dos veces —replicó Charles.

—¿De qué serviría eso? —estalló Sheila. Bajó luego la vista y tomó asiento, un tanto ruborizada.

—Envíe por ellos nuevamente, Charley —insinuó el inspector.

Se llamó al mayordomo Cuttins. Sí; él había entregado en persona el recado de *Mr*. Paxton a *Miss* Louella y *Mr*. Horatio.

—Pues entrégueselo de nuevo —dijo el abogado, irritado—. ¡Caramba! ¡No vamos a esperar eternamente! Cinco minutos, Cuttins.

Se inclinó el criado y salió.

Nadie habló mientras esperaban.

Atardecía, y el sol del poniente palidecía tras las Palizadas. Filtraba sus rayos mortecinos por los ventanales invadiendo la biblioteca, reverberando sobre el dorado de los títulos de los libros, chispeando entre las guedejas de Sheila, apuñalando el áureo sedimento de la botella de Thurlow. Ellery, mirando en torno, se decía que la Naturaleza jamás se había comportado de modo menos

diplomático. En aquel aposento no tendría que existir ningún vivido chispeo; sino matices castaños, sombríos y opacos.

Volvió su atención a Thurlow. Los ojuelos del borracho se estrechaban aún en ésa su absurda mueca de sarcasmo. «*¡Yo soy el amo aquí*!», parecía proclamar. «La Reina está muerta: ¡Viva el Rey! Os conviene ser buenos súbditos. Leed, leed el testamento, esclavos; vuestro amo aguarda».

Y Thurlow desparramaba su radiante mirada sobre todos ellos; sobre Sheila; sobre Steve Brent, hombre desencajado, incómodo, fuera de su lugar; sobre el quieto, vigilante *Mr*. Underhill; sobre el mayor Gotch, que se sentaba, desasosegado, en un rincón, como si se sintiera atado a la casa y a sus habitantes por el más delgado de los hilos de Minos; sobre el atormentado Charley Paxton, de pie tras el escritorio de uno de los ángulos de la biblioteca, que usara con frecuencia para tramitar los asuntos legales de la Vieja, tamborileando con nerviosidad el sellado sobre que el inspector Queen confiara a su custodia: sobre los Queen, de pie junto a la puerta, olvidados, vigilándolo todo.

Y nadie habló, y el reloj de pesas que Cornelia Locks había traído de su primer «hogar estable» en el norte, fue desgranando su tic-tac, pacientemente, incesantemente, enloquecedoramente.

****

Reapareció Cuttins en el umbral:

—*Miss* Louella no puede ser molestada por nada — anunció al muro opuesto—. Se me encargó comunicarles que *Miss* Louella está ocupada en un experimento importantísimo. *Mr*. Horatio lamenta no poder asistir. Se me encargó comunicarles que está componiendo unos versos y teme perder la inspiración.

Sheila se estremeció de asco.

—Bien, Cuttins. ¡Cierre la puerta! —ordenó Charley.

El mayordomo retrocedió, marchándose; el inspector se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada. Charley recogió el sobre sellado.

—¡Un momento! —dijo el inspector. Adelantándose al escritorio, volvió la cara a Thurlow—. *Mr*. Locks, ¿comprende usted por qué estoy yo aquí?

Thurlow parpadeó, indeciso. Luego se puso radiante:

—¡Como amigo, desde luego! ¡Un amigo que nos acompaña en estos momentos de dolorosa prueba!

—No, *Mr*. Locks. Vine como oficial de policía encargado de la investigación de los dos crímenes perpetrados en esta casa. Admito que son difíciles y espinosos, y que poco sabemos al respecto… ¡ni el motivo siquiera! Por eso me interesa el testamento de su señora madre. ¿Entiende ahora?

Thurlow se encogió un poco:

—¿Por qué me dice usted esas cosas? —preguntó con acento medroso. El Rey había corrido a refugiarse.

—Es usted ahora, *Mr*. Locks, el jefe de la familia. —Thurlow se hinchó de nuevo—. Deseo asegurarme de que todo marcha bien. Este sobre —el inspector se lo arrebató a Charley—, fue descubierto en la mano de su difunta madre. La lengüeta estaba firmemente encolada, como usted verá. Nosotros no hemos abierto el sobre. Dice en él que es el testamento de Cornelia Locks y lleva su firma; pero no veo forma de saber si se trata del viejo testamento, redactado muchos años atrás, o de un nuevo documento, dactilografiado y firmado justo antes de fallecer, hasta que no lo abramos por primera vez, aquí, en este cuarto.

”Lo más posible es que se trate del viejo testamento, porque no hemos hallado en la casa a nadie que testificara el otro día su firma, cosa que habría tenido que hacerse en caso de llenar su madre un nuevo testamento. Pero nuevo o viejo, éste es su testamento, y quiero cerciorarme de que nadie sea víctima de una jugarreta, ya sea usted o cualquier otra persona mencionada en él. ¿Entendido claramente, *Mr*. Locks?

—¡Desde luego, desde luego! —contestó Thurlow, pomposo, esgrimiendo la botella—. Estoy seguro de que usted es muy gentil.

El inspector gruñó, arrojando el sobre en el escritorio.

—Conviene que no lo olvide, *Mr*. Locks —dijo suavemente—, porque hay muchos testigos en este cuarto que no lo olvidarán.

Y volvió al lado de Ellery, e hizo una señal a Charley. El abogado recogió el sobre una vez más y rasgó el doblez. Sacudió y un documento de dorso azul cayó sobre el escritorio.

—¡Es el viejo, inspector! —exclamó Charley, tomándolo—. Aquí está la fecha y el sello del notario. Usted tenía razón; la difunta no hizo más que ponerlo en el sobre para preparárnoslo… ¿Qué es esto?

Un sobre más pequeño, en el que había algunas líneas dactilografiadas, acababa de desprenderse de los pliegues del testamento. Leyó Charley en voz alta la leyenda estampada sobre el sobre:

> *«Para ser abierto después de la lectura de mi testamento y la elección de un nuevo presidente de la Compañía de Zapatos Locks.»*

Dio vuelta el sobre pequeño; estaba sellado con lacre. Charley escrutó, inquisitivamente, el rostro de los Queen. Padre e hijo se adelantaron, ávidos, y examinaron el sobrecito.

—¡La misma máquina! —murmuró el viejo.

—Sí, papá. Es, asimismo, de la misma clase que el sobre grande. La caja de sobres contenía ambas medidas.

—¡Así que fue por eso por lo que dactilografió aquel sobre grande antes de morir!

—Sí. Escribió algo en la portátil, lo guardó en este sobrecito y luego el sobrecito y el testamento, extraído éste último de la mesita de luz, en este sobre grande. —Ellery alzó la vista hacia su amigo—. Charley, será mejor comenzar con la lectura del testamento. Cuanto más pronto abramos el sobrecito, tanto más rápidamente

descubriremos lo que me da el corazón que es una pista vital del caso.

Charley leyó, rápidamente, el testamento.

Nada importante había en él que los Queen no hubieran oído de los propios labios de la Vieja el día en que el inspector la interrogó respecto a sus cláusulas.

Se consignaban en él, como dijera la Vieja, tres cláusulas principales:

A su muerte, los bienes, pagadas todas las deudas legales, impuestos y gastos de las exequias, serían divididos por partes iguales «entre mis hijos sobrevivientes».

La elección de un nuevo Presidente del Directorio de la Compañía de Zapatos Locks debía realizarse inmediatamente después de su muerte, o lo más pronto posible después de sus funerales.

El Directorio, según se constituía corrientemente, estaba integrado por la familia Locks (excepto Stephen Brent Locks). El nuevo Directorio debía ser igual, más Simon Bradford Underhill, superintendente de las fábricas, quien, como todos los otros, tendría un voto.

«Si bien la ejecución de esta cláusula no está dentro de mis poderes como testadora, en un sentido estricto —leía Charley Paxton —, particularmente exhorto a mis hijos a que la obedezcan. Underhill conoce el negocio mejor que cualquiera de ellos.»

Existían ciertas cláusulas menores:

La finca Locks de Riverside Drive quedaría como propiedad conjunta de «mis herederos señalados».

"Todas mis ropas deberán ser quemadas.

«Mi Biblia, mis dentaduras postizas, mis anillos de casamiento» se legaban a «mi hija Louella».

Eso era todo.

Ni legados de beneficencia, ni legado a la vieja Bridget, o a los otros criados, ni fundaciones para universidades, ni donaciones para iglesias.

No había ninguna mención específica de su hija Sheila, o de sus hijos Robert y Maclyn. O del mayor Gotch.

Thurlow Locks escuchaba con indulgente expresión, entrecerrados los ojillos perversos, la cabeza asintiendo, benévola, a cada sentencia, como si dijera:

—¡Exactamente, exactamente, exactamente!

****

—¡Dentaduras postizas! —masculló el inspector.

Concluyó Charley de leer y comenzó a bajar el testamento hacia la mesa. Pero luego pareció sobresaltarse y lo volvió a recoger.

—Hay un… codicilo al pie de la última página, bajo las firmas de la testadora y testigos —exclamó—. ¡Algo dactilografiado y firmado «Cornelia Locks»…! —lo examinó rápidamente, dilatándose sus pupilas.

—¿Qué es? —preguntó Ellery—. ¡Oiga! ¡Déjemelo ver, Charley!

—Yo se lo leeré —dijo el abogado, sombrío.

Aquel tono imperativo hizo erguir a Thurlow en su silla y saltar a medias a los otros de las suyas.

—Dice: «Aplácese la reunión del Directorio hasta después de la lectura del testamento. Apenas sea elegido un nuevo presidente de la Compañía de Zapatos Locks, ábrase el sobre sellado incluido…»

—¡Pero ya lo sabemos! —dijo Ellery, con dejo impaciente—. Eso es, prácticamente, lo mismo que escribió ella en el propio sobrecito.

—¡Aguarde! La anotación agregada al testamento no ha concluido aún —Charley hablaba con acento tenso—. Dice a continuación: *"La declaración consignada dentro del sobrecito dirá a las autoridades el nombre del matador de mis hijos Robert y Maclyn."*

XX. *EL RELATO DE LA VIEJA*

EL INSPECTOR Queen cruzó el cuarto a trancos:

—¡Déme ese sobre! —aulló.

Se lo arrancó, apresándolo con fuerza y mirando alrededor como si temiera que alguien tentara arrebatárselo.

—¡Sabía! —murmuró Sheila, con acento maravillado.

—¿Sabía? —prorrumpió su padre.

El mayor Gotch se rascaba, agitado, los mofletes.

En la puerta, *Mr*. Queen no movió un dedo.

—¡Celebren en el acto esa maldita reunión de Directorio! —vociferaba el inspector—. ¡No puedo hacer absolutamente nada sin eso! ¡Vamos! ¡Acaben de una vez! ¡Quiero abrir este sobre! —rió entre dientes y escrutó el sobre—. ¡Sabía! ¡La Vieja sabía! —farfulló —. ¡Bendita sea su caparazón! —y luego refunfuñó a Charley—: ¿Oyó lo que le dije? ¡Adelante con ello!

Charley balbuceó algo ridículo como: «*¡Sí, se… señor*!», y luego meneó la cabeza:

—Nada tengo yo que hacer con el Directorio, inspector. Ni poder, ni autoridad.

—Bueno, ¿quién lo tiene, entonces? ¡Hablen!

—Creo que si alguien tiene que tomar el asunto a su cargo, es *Mr*. Thurlow —apuntó el abogado—Cornelia era presidenta; pero ha muerto. Bob y Mac eran vicepresidentes; pero murieron. ¡Thurlow es el único alto empleado restante!

Se incorporó Thurlow, amedrentado.

—¡Muy bien, *Mr*. Locks! —dijo el inspector, de mal talante—. ¡No se quede ahí papando moscas! Abra la sesión del Directorio y

comiencen las designaciones, o lo que ustedes crean que deben hacer. ¡Pronto!

Se irguió Thurlow:

—Conozco mis deberes. Charley, voy a sentarme en ese escritorio, si no tiene usted inconveniente.

Encogiéndose de hombros, Paxton fue a sentarse junto a Sheila, quien le tomó la mano, pero eludiendo su ardiente mirada.

Rodeó Thurlow el escritorio, recogió un pisapapel y golpeó la tapa con él:

—¡Se abre la sesión del Directorio! —dijo y carraspeó—. Como sabemos todos, mi idolatrada madre ha fallecido y…

—¡Se ruega no enviar coronas! —gruñó el inspector.

—Dificulta usted mi misión, inspector —dijo Thurlow, enrojeciendo—. Las cosas deben ejecutarse decorosamente… ¡decorosamente!… La primera cuestión es ahora la concerniente a… —Thurlow hizo una pausa y luego prosiguió con acento acre, agresivo—: ¡Simon Bradford Underhill! No fue jamás miembro del Directorio…

—Es lo menos que puedo hacer, Thurlow —el interlocutor era Underhill, que sonreía muy tristemente—. Recuerde usted la petición de Cornelia…

Thurlow frunció el ceño:

—Sí. Sí, Underhill. Ya lo sé —se aclaró de nuevo la garganta—. Ni soñaría en proceder de otro modo. —Se sentó de súbito en la silla colocada tras el escritorio. Sus turbias miradas se posaron con avidez sobre la botella de cognac, olvidada en la otra silla. Luego carraspeó varias veces y dijo, secamente—: Creo que contamos con *quorum*. Aceptaré ahora votos para designar nuevo presidente de la Cámara de Directores de la Compañía de Zapatos Locks —y entonces Thurlow realizó un acto singularísimo: se incorporó, circundó el escritorio, se apoyó en la silla vacía, dijo: «Voto por *mí mismo*», asintió, desafiante, volvió a rodear el escritorio y a sentarse —. ¿Otros votos?

Sheila saltó sobre sus pies, ahondándosele profundamente los hoyuelos:

—¡Ésta es la última gota! —gritó—. Todo el mundo sabe que tú no tienes ni la habilidad de regentar un puesto de verduras, y mucho menos una empresa que gana millones por año.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —chilló Thurlow, excitadísimo.

—¡Arruinarías la casa en un año, Thurlow! Mis hermanos Bob y Mac *corrían* con los negocios, al paso que tú jamás hiciste nada constructivo en ellos. ¡Sólo cometiste ridículos errores! ¡Crasos y garrafales errores! ¡Y ahora, tienes el coraje de nombrarte presidente de nuestra firma!

—¡Vamos, Sheila! —tartamudeó el padre—. No te enojes así…

—Papá, tú sabes que si los mellizos estuvieran aún vivos, uno de ellos sería ahora el nuevo jefe de la empresa en reemplazo de mamá. ¡Tú lo sabes!

Thurlow halló, al fin, su perdido resuello:

—Sheila, si no fueras mujer…

—Sí, ya sé: me desafiarías a un duelo —contestó la joven, amargamente—. Bueno, tus días de duelista han acabado para siempre, *Mr*. Locks. ¡Y no vas a causar la ruina de la compañía! Designaría yo a papá si él fuera miembro del Directorio…

—¿Stephen? —contempló Thurlow con asombro a su padrastro, como si jamás hubiese considerado la posibilidad de que semejante personalidad desvaída usurpara sus prerrogativas.

—Pero como no es posible, designo a *Mr*. Underhill —gritó Sheila —. ¡Por favor, *Mr*. Underhill! Al menos, conoce usted el negocio, sabe usted cómo fabricar zapatos, es usted el empleado más antiguo, posee usted acciones de la compañía…

Thurlow enfocaba ahora su estupor en el viejo y cenceño yanqui.

Pero Underhill sacudió la canosa cabeza:

—Se lo agradezco, Sheila; pero no puedo aceptar la designación. Soy un extraño. Sé con cuánta firmeza su madre pugnaba por conservar la firma dentro de su familia…

Thurlow asintió, vigorosamente:

—¡Justo! Underhill no tiene por qué meterse en nuestras cosas. No le permitiré ser presidente. Primero le despediría…

Un poco de color tiñó las mejillas del anciano:

—Ahora sí que me ha hecho enojar, Thurlow. ¡Y muy de veras! Sheila, he cambiado de opinión. ¡Acepto su voto, por todos los demonios!

Thurlow parecía desesperado. Súbitamente, bramó un: *«¡Aguarden*!», y salió corriendo de la biblioteca.

Ocioso es aclarar que la desaparición del gnomo casi redujo al inspector a las lágrimas. Seguía contemplando el sellado sobre, consultando el reloj, despachando al aburrido sargento Velie «a ver qué disparates estaba haciendo aquel mequetrefe de Thurlow» y rezongando, ocasionalmente, a Ellery por estarse de brazos cruzados.

—Aguanta hasta el silbato final, papá —era todo lo que contestaba el joven.

Retornó, eventualmente, Thurlow, reanudándose la sesión. El enano afectaba airecillos fanfarrones. Algo hinchaba el bolsillo del chaleco, lo cual, según susurró Velie al inspector, eran «papeles, alguna clase de papeles. Anduvo corriendo por toda la casa, agitando papeles».

—¡Se reanuda la sesión! —dijo Thurlow, bruscamente—. ¿Alguna otra designación? ¿No? Procederemos, entonces, a votar alzando las manos. Los candidatos son Simon Bradford Underhill y Thurlow Locks. Todos aquellos que estén a favor de *Mr*. Underhill, con voto legal en este Directorio, sírvanse manifestarlo alzando las manos.

Dos manos se levantaron: las de Sheila y Underhill.

—Dos votos para *Mr*. Underhill —Thurlow restalló los labios—. Ahora bien, aquí traigo —dijo, extrayendo del bolsillo abultado dos sobres sin sellar— los votos en ausencia de los demás miembros del Directorio, Louella Locks y Horatio Locks. Tengo sus votos por poder.

Palideció Sheila.

—¡Louella Locks! —Thurlow extrajo de uno de los sobres una declaración firmada—: Voto por Thurlow Locks —soltó el documento

de Louella con gesto desdeñoso y tomó el segundo sobre—. ¡Horatio Locks! Voto por Thurlow Locks —Y Thurlow Locks alzó, triunfal, su mano regordeta—. Resultado: dos votos para Underhill, tres para Thurlow Locks. ¡Thurlow Locks es elegido presidente del Directorio de la Compañía de Zapatos Locks por mayoría de uno!

Y golpeó el escritorio con el pisapapel:

—¡Se levanta la sesión! —gritó, victoriosamente.

—No —dijo Sheila, ronca la voz de odio—. ¡¡NO!!

Charley le aprisionó el hombro.

—¿Concluido? —el inspector se adelantó—. En ese caso, vamos a los negocios. ¡Ellery, abre el sobrecito!

Ellery introdujo un cortapapeles en el sobre de Cornelia Locks, lentamente. Aquella carta daría el toque final al caso del asesinato de los hermanos Locks: nombraría al criminal. Desconocía *Mr*. Queen por qué tal cosa le anonadaba, salvo por la palpable y descaminada razón de ser especialidad queeniana la designación de criminales.

Absortos por la tragicómica elección presidencial, todos parecían olvidados del sobrecillo de Cornelia. Contemplaban ahora cómo Ellery desplegaba una larga cuartilla mecanografiada y la leía, y no se percibía otro rumor que el tic-tac del reloj de pesas.

—¿Y bien? —bramó el inspector, abrasado de impaciencia.

Respondió Ellery con acento llano, monótono:

—Ésta es la carta escrita por Cornelia Locks. Fechada en la tarde de su muerte, siendo la hora 3.35 p.m., reza así:

> *"Yo, Cornelia Locks, estando sana de mente y en plena posesión de mis facultades, y sabiendo que estoy próxima a morir de mi enfermedad cardíaca, y rogando porque el cielo perdone lo que he hecho, formulo esta declaración:*
>
> *No pido al mundo que me juzgue, porque lo que he hecho será condenado por el mundo como si éste fuera un jurado regular, y sé que su juicio será injusto.*

Sólo una madre sabe lo que es la maternidad, cómo la madre ama al débil y odia al fuerte.

Yo siempre amé a mis hijos Thurlow, Louella y Horatio. Su debilidad no puede achacárseles a ellos. Son lo que son por culpa de su padre, mi primer esposo. Vine a saberlo poco después de su desaparición; y nunca se lo he perdonado. ¡Ojalá viva maldito de Dios y de los hombres! Tomé su nombre y algo hice de él; es más de lo que él hizo por mí o por el mío.

Mis primeros hijos siempre me necesitaron, y siempre he sido su sostén y su defensor.

Los hijos de mi segundo matrimonio nunca me necesitaron. Odiaba a los gemelos por su independencia y por su fuerza; odiaba a Sheila por la suya. Su misma existencia era un diario recuerdo para mí de la locura y de la tragedia que destruyeron mi primer matrimonio, del maldecible Bacchus Locks. Siempre les odié, desde su infancia misma, por su salud, por su risa, por su agudeza, por su robustez.

Yo, Cornelia Locks, maté a mis hijos gemelos Robert y Maclyn.

Yo fui quien sustituyó el cartucho de fogueo, colocado por la policía en el arma de Thurlow, por la bala mortal. Yo fui quien substrajo el revólver «Harrington & Richardson» del escondrijo de Thurlow, arma con la cual amenacé a los periodistas y les forcé a dejar mi casa. Yo fui quien hurtó más tarde otra de las armas de Thurlow, y la oculté a la policía, y fui con ella al dormitorio de mi hijo Maclyn en mitad de la noche, y le maté de un tiro… Sí, y yo fui, quien le fustigó.

Quizá sea llamada monstruo. ¡Qué duda cabe! Dejemos que el mundo imbécil me arroje la piedra; ya estaré muerta.

Confieso estos crímenes por mi propia y libre voluntad, y que sea esto su fin. Responderé de ellos ante mi Creador.

—La carta —continuó Ellery con el mismo acento monótono— está firmada por la usual rúbrica estampada con lápiz de mina blanda: «Cornelia Locks». Papá —agregó—, echémosle un vistazo a las otras dos firmas manuscritas de la Vieja: las del sobre grande y del testamento.

Ambos documentos estaban aún en el cuarto.

Ellery alzó la vista:

—La firma de esta confesión —anunció— es de puño y letra de Cornelia Locks.

Arrojando atrás la cabeza, Sheila rió y rió, alocadamente.

—¡Cuánto me alegro! —farfulló—. ¡Cuánto me alegro! ¡Cuánto me alegro de que sea ella! ¡Cuánto me alegro de que esté muerta! Ahora, soy libre. Papá es libre. ¡Todos estamos a salvo! Ya no habrá más crímenes. ¡Ya no habrá más crímenes! Ya no habrá más… más…

Charley Paxton alcanzó a tomarla en brazos en momentos en que se desplomaba.

Cuidadosamente embolsó el inspector Queen el testamento, la confesión y ambos sobres de Cornelia Locks.

—¡Para el sumario! —gruñó. El viejo parecía fatigado; pero satisfecho. Echó una mirada en torno del desierto estudio, la silla volcada en que se había sentado Sheila, el escritorio, los libros cuyos títulos brillaban bajo el sol—. ¡Listo, Ellery! El caso Locks y Locks quedó *kaput*, finiquitado como una botella de *whisky* en un barco irlandés —suspiró—. ¡Un asunto feísimo del principio al fin, y celebro verme libre de él!

—¡Si es que estás libre de él! —dijo Ellery, malhumoradamente.

El inspector se puso rígido:

—*¿Si…?* ¿Qué quieres decir con ese «si», hijo? —masculló, exasperado.

—Eso mismo: «si», papá.

—¡No me vengas ahora con enigmas! —refunfuñó el viejo—. ¿No estarás nunca satisfecho?

—Con un final chapucero, no.

—¡Habla claro!

Encendió el joven un cigarrillo. Arrojó humo al cielo raso sin descanso, balanceando la pierna sobre el escritorio en que estaba empinado:

—Un detalle me preocupa, papá. ¡Ojalá que no fuera así! —frunció el entrecejo—. Creo que no podré sacármelo jamás de la cabeza.

—¿Qué es? —inquirió el viejo, casi asustado.

—Aun falta un arma, papá.

CUARTA PARTE

XXI. *EL DESASOSIEGO DE LOS CEREBROS*

LE SORPRENDÍA ahora el invierno de su descontento, y esto era cosa extraña, resuelto como estaba el caso Locks. ¿Acaso no había confesión? ¿Acaso los diarios no habían saltado sobre él con morboso regocijo? ¿Acaso no se ventilaron viejos grabados de Landrú en todo el haz de la tierra? ¿Acaso las revistas ilustradas no comenzaron a publicar de nuevo aquel «viejo caballo de batalla» de las crónicas sensacionalistas: *«Crímenes famosos en la realidad y en la ficción»*? ¿Acaso no fueron evocados Herodes y *Lady* Macbeth?

Una revista ilustrada imprimió una caricatura de la Vieja, pistola en mano, humeante aún, los hijos retorciéndose a sus pies, con este ingenioso epígrafe: «El que *detiene* el castigo, a su hijo aborrece; mas el que le ama, *madruga* a castigarle». (Proverbios, XIII, 24). Un comentario periodístico más digno comenzaba con la siguiente cita: *«Inocentes criaturas se retorcían bajo tu acero obstinado…»* (P. B. Shelley, *«Queen Mab*», VI).

Pero Ellery Queen opinaba que la Orden de la Pisada Sangrienta tendría que haberse otorgado al pasquín que resucitó la antigua caricatura de la Vieja en el Zapato, con sus seis hijos saliendo del mismo; pero dos de los cuales estaban ahora tachados con sendas X de pintura negra, agregadas ahora y explicadas con la siguiente cuarteta:

"Había una vez una Vieja que vivía en un Zapato;
tenía tantos hijos que no sabía qué hacer;
Comenzó a matarlos uno por uno,
Pero la Muerte la sorprendió antes de acabar."

Se iniciaron febriles trabajos en un museo de «Figuras de Cera», de la Feria de Coney Island, mostrando a Maclyn Locks agonizando en un lecho todo pringado de espesa sustancia carmesí, mientras la rechoncha figura materna, vestida con voluminosas prendas negras y llevando un chal y una cofia negros atados bajo el mentón, se regocijaba, morbosamente, ante el cadáver, semejante a una pequeñita y demoníaca «Reina Victoria».

Algunos huevos hediondos, arrojados sobre el paredón desde Riverside Drive, se estrellaron contra el Zapato la tarde en que los periódicos anunciaron el descubrimiento de la confesión de la Vieja.

Un guijarro hizo añicos la ventana del dormitorio de Thurlow Locks, arrancando de sus pálidos labios un férvido sermón acerca de la Preservación del Orden y de la Ley; una acusación de atentado criminal quedó en la nada gracias a la imposibilidad de Thurlow de identificar al granuja.

Varios detectives del personal del inspector Queen fueron a sus casas, por vez primera en muchos días, para visitar a las esposas e hijos idolatrados. La esposa del sargento Velie preparó un baño de mostaza para sus descomunales pies y le metió en el lecho, hartándole de aspirina y de amor.

Sólo el departamento de los Queen denotaba señales de que no todo marchaba bien. Usualmente, a la conclusión feliz de un caso, el inspector Queen gastaba bromas y ordenaba chuletas de dos pulgadas de espesor, las que devoraba con la fruición de quien ha trabajado bien y merece condigna recompensa. Ahora, en cambio, apenas si comía, miraba colérico cuando le abordaban, se mostraba gruñón con su vástago genial y retornó sin entusiasmo a la rutina de su despacho.

En cuanto a Ellery Queen, cabe decir que su espíritu no flotaba, precisamente, sobre el nivel del mar. No sentía gusto por nada, material o musical. Volvió a la novela policial que estaba elucubrando cuando la eclipsó el «Caso de la Vieja y de sus Seis Hijos»; pero la sombra seguía allí, pendiendo, abrumadora, sobre los títeres forjados por su imaginación y haciendo que las palabras parecieran

simples palabras. En su mente, revolvía sin tregua el caso de los Locks; caía dormido bajo el remolino de descabelladas teorías.

Pero los días llegaron y se fueron; la casona de Riverside Drive se convirtió, gradualmente, en una simple casona; los periódicos dirigieron su atención a nuevos escándalos y sensaciones; y comenzó a hacerse evidente que el caso Locks había pasado a la historia del crimen como hecho concluido y rematado, para ser sólo un «pie de página», una llamada, un párrafo en algún truculento libro del futuro.

Una mañana, tres semanas después de que las revelaciones aportadas por la confesión de Cornelia Locks cerraran, oficialmente, el expediente del caso, el inspector Queen estaba a punto de partir para el Departamento de Policía —ya había gruñido un *«¡Hasta luego!»* a su hijo, que estaba aún desayunándose—, cuando se volvió repentinamente de la puerta para manifestar:

—¡A propósito, El! Ayer recibí un cablegrama de las Indias Orientales Holandesas.

—¿Indias Orientales Holandesas? —Ellery, abstraído, alzó la vista de los huevos que estaba comiendo.

—Sí, Batavia. Del prefecto o comisionado de policía de allá, o como sea que le llamen. Tú ya sabes: en respuesta al cable recabando informes del mayor Gotch.

—¡Oh! —articuló el joven, dejando la cucharilla.

—El cable informa que allí no hay datos de él. Pensé que te gustaría saberlo… sólo para aclarar ese punto…

—No hay datos, ¿eh? ¿Quieres decir que nada saben de Gotch?

—Nada, hijo. Jamás oyeron hablar del viejo cuentero —el inspector se mordiscó los mostachos—. Eso no significa mucho. Todo cuanto pude darles fue el nombre y descripción de un individuo con cuarenta años más de los que contaba cuando vivía allí, y ¿qué importancia tiene un nombre? O quizá Gotch sea un mentiroso —y muchos de estos viejitos lo son—, aunque juró haber levantado una polvareda infernal en las Indias Orientales Holandesas durante sus años mozos.

Encendió Ellery un cigarrillo, frunciendo el ceño sobre el fósforo:

—¡Gracias!

Vaciló el viejo. Tornó luego y se sentó, echándose el sombrero sobre los ojos, como avergonzado:

—El caso Locks es un libro cerrado y archivado, hijo; pero quería preguntarte algo…

—¿Qué, papá?

—Discutiendo ambos sobre los móviles, dijiste que se te figuraba que el viejo Gotch tendría también un motivo plausible. No es que eso tenga importancia; pero…

—Creo que también afirmé que era increíblemente fantástico.

—¡Poco importan ahora tus evasivas! —refunfuñó el policía—. ¿Qué tenías entre ceja y ceja?

Ellery se encogió de hombros:

—¿Recuerdas el día en que volvimos a la casa de los Locks para solicitar a la Vieja que empleara su autoridad y detuviera los asesinatos, y la encontramos muerta en su cama, papá?

—Sí —el inspector se humedeció los labios.

—¿Recuerdas que al subir las escaleras dije al doctor Innis que había una pregunta que deseaba formular a *Mrs*. Locks?

—Sí, sí. ¿Cuál era esa pregunta?

—Iba a preguntarle —dijo Ellery pausadamente— si había vuelto a ver a su primer esposo.

El inspector se quedó boquiabierto:

—¿Su *primer* esposo? ¿Aludes a… a Bacchus Locks?

—¿Y quién otro?

—¡Pero si murió!

—Sí; murió legalmente, que es distinto a estar efectivamente muerto. Un punto del caso me sugirió la posibilidad de que estuviera todavía perfectamente vivo.

—¡Hum! —el inspector guardó silencio. Luego expresó—: Eso no se me había ocurrido. Pero no contestaste a mi pregunta, hijo. ¿Qué tenías tú entre ceja y ceja cuando afirmaste que el mayor Gotch tenía también un posible móvil para matar a la Vieja?

—¡Pero si ya te contesté, papá!

—¿Quieres decir que… que Bacchus… Locks… sería… Gotch? —el inspector estalló en carcajadas—. Celebro que el caso esté concluido —dijo, sofocado de risa—. ¡Una semana más, y te habrían tomado las medidas para un buen chaleco de fuerza!

—¡Ríe, ríe cuanto quieras! —murmuró su hijo, impávido—. Ya te dije que era fantástico. Pero, por otra parte, *¿por qué no?* ¿Por qué Gotch no podría ser Locks I?

—¡Y yo podría ser Ricardo II! —rió el anciano.

—Una fascinante teoría —musitó Ellery—. El esposo de Cornelia Locks había sido declarado muerto por la justicia tras una ausencia de siete años. Se casa ella con Steve Brent. Cuenta éste con un viejo camarada: el «mayor Gotch». Habían pasado muchos años desde que ella viera por última vez a su marido número uno, y los trópicos mudan, maravillosamente, las fisonomías. ¡Súbitamente, descubre Cornelia que el mayor Gotch no es otro que Bacchus Locks! ¡Bigamia! ¡Una situación embarazosa!

—¡Sigue disparatando!

—Y lo peor de todo es que el «mayor Gotch» se halla en un nido cómodo. No ve ninguna ventaja en decirle adiós. Es compinche del nuevo esposo. Y el nuevo esposo defiende al «mayor Gotch». Cornelia está atrapada…

”Esa teoría me sedujo, papá, por descabellada que parezca. Charley Paxton, al narrarme la historia de la vida de la Vieja, había sido algo vago —¡y no podía hacer menos!— respecto a las razones de Cornelia en permitir que Gotch viviera en su casa. ¿No podría haber sido ésa la razón? ¿Algún «secreto» con el que Gotch tenía atrapada a la Vieja? ¡Ella no estaba legalmente casada con Brent y, por ende, sus hijos… su reputación… sus vastas empresas!…

—¡Alto ahí! —espetó el inspector, irritado el gesto—. Soy un idiota en atender a semejante cuento chino; pero supongamos que Gotch sea Locks I. ¿Qué móvil le daría eso para asesinar a los gemelos?

—Los dos esposos, compañeros inseparables —dijo Ellery pensativamente—, viviendo en la misma casa, disputando interminables torneos de damas entre ellos… ¿Qué?… ¡Ah!… El posible móvil, ¿eh?… Bueno, papá, admitimos a su hora que el «clan Locks» podría haber estado pasando por un período de liquidación, de a un miembro por vez… ¿Y quiénes eran los liquidados? Sheila Brent lo percibió inmediatamente. Sólo perecían los cuerdos… ¡los Brent!…

—¿Y qué?

—Supongamos ahora que el primer Locks *hubiese* retornado en la persona del «mayor Gotch». ¿No odiaría a muerte a su sucesor, al segundo Locks, haciendo caso omiso de lo profunda que había sido su amistad en las islas de los Mares del Sur?

—¡Ajá! —articuló el anciano.

—¿No odiaría a los tres hijos «adicionales» traídos al mundo por Cornelia y Steve? ¿No se resentiría de ver la participación de Sheila, Bob y Mac en lo que a él se le figurarían *sus* millones? ¿¡No discurriría, asimismo, que su existencia ponía en peligro la seguridad de sus propios hijos, de los Tres Chiflados: Thurlow, Louella y Horatio!? Y en consecuencia, ¿por qué no podría Bacchus Locks «Gotch» vacilar y planear y, finalmente, llegar al extremo y comenzar a eliminar a los que no pertenecían a su sangre —uno por uno— a Robert, a Maclyn, y luego a Sheila y, por fin, al propio Steve? No olvides, papá, que si Gotch es Locks, es loco. Los tres hijos de Locks son prueba suficiente de ello.

El inspector meneó la cabeza.

—Celebro que la confesión de la Vieja te ahorrara la vergüenza de haber engendrado semejante teoría, hijo —dijo.

—La confesión de la Vieja… —repitió Ellery, con extraño acento.

—¿Qué tiene la confesión de la Vieja? —el inspector se irguió en su asiento.

—¿Dije yo que tenía algo, papá?

—Tu acento…

—Es mi gusto —sonrió *Mr*. Queen—. ¿Mi gusto? ¡Ahora caigo en la cuenta de que estos huevos estaban insípidos! ¡Casi lo olvidaba!

El inspector le arrojó un almohadón a la cabeza:

—Y yo no debo olvidar de enviar el testamento y la confesión de la Vieja a Paxton. Sacamos copias fotostáticas para los archivos; pero el colmo es que Thurlow —¡Thurlow!— quiere la confesión para guardarla en los «archivos familiares»… ¡Ah, hijo! —el inspector sacó la cabeza por el vano de la puerta, sonriente—. Prometo solemnemente no contarle a nadie esa teoría tuya de «Gotch-es-Locks».

Ellery le devolvió el almohadón arrojándolo con fuerza.

****

Para Ellery Queen, el camino de la literatura estaba empedrado esa mañana de buenas intenciones. Durante casi una hora hizo muecas ante la máquina de escribir sin percutir una tecla. Cuando por fin se puso a escribir, halló insuperables las habituales dificultades digitales. Se había desarrollado en él cierto hábito misterioso de desviar la posición de sus manos una tecla a la derecha de suerte que, cuando creyó haber escrito la frase: *«Sangrientas estrías surcaban el codo derecho de Lecky»,* descubrió que realmente había escrito —más interesante, pero menos comprensivo—, *«Dsmhtormysd rdytósd ditvsnsm rn vpfp frtrvjp fr Nrvlu*». Sospechó que tal frase implicaría una deslealtad para sus lectores; de suerte que arrancó la hoja y trató de comenzar de nuevo. Pero esta vez decidió que no había necesidad de ensangrentar el dichoso codo derecho de Lecky, por lo cual estuvo de nuevo al principio. ¡Malditas sean todas las máquinas de escribir del mundo y su torpeza para con ellas!

Realmente, cavilaba, tenía necesidad de una estenógrafa. Así se evitaría todo ese fastidioso trabajo mecánico. Una estenógrafa con cabellos dorados… No: rojos. Pequeñita. Vivaz. Pero sensible. Y no

de las que mascan goma. ¡Oh, no! Un lindo y cálido puñadito de encantos. Desde luego, puramente para fines estenográficos. ¿Acaso había alguna razón para que la estenógrafa de un escritor fuera un esperpento? ¡Oh, no, no! De hecho, ¿no cuadraba a su inspiración la presencia de una bella estenógrafa? Como Sheila Brent, por ejemplo. Sí… Sheila Brent…

Ellery seguía sentado ante su máquina media hora más tarde, las manos entrelazadas en la nuca, una sonrisa de piedad para sí mismo en el rostro, cuando repicó el timbre.

Dio un sobresalto culpable al ver al visitante.

—¡Charley!

—¡Hola! —dijo Paxton, sombrío. Arrojó el sombrero al otro lado del aposento y se desplomó en el sacrosanto sillón del inspector—. ¿Tiene un *whisky*, viejo? ¡No doy más!

—¡Cómo no, Charley! —respondió Ellery, vivaz. Mientras cumplía con sus deberes de anfitrión, le estudiaba con el rabillo del ojo. *Mr*. Paxton ofrecía un aspecto lamentable—. ¿Qué le pasa? ¿La tensión resultante de la vida normal es demasiado para usted, Charley?

El abogado sonrió débilmente.

—Es un hecho que no ha habido crímenes en casi un mes. ¡Qué tedio!

—Aquí está el vaso. ¿Por qué no le volví a ver después de la confesión?

—¿Conf…? ¡Ah! Aquel *día*, ¿eh? —Charley hizo muecas al vaso—. ¡Es el trabajo! ¡Mis manos estaban llenas! Ahuyentando a hordas de mercachifles del Palladium Locks, como le llama usted, El. Manejando los mil y un detalles legales de los bienes.

—¿Es tan vasta la fortuna como se afirma?

—¡Más aún!

—Supongo que será un milloncito de más o de menos, ¿verdad?

—Sí; alguna insignificante suma por el estilo.

—¿Cómo está Sheila?

Charley no respondió enseguida. Alzó luego sus ojos borrosos:

—Es ésa una de las razones de mi venida aquí.

—Sheila está bien, ¿no? —dijo Ellery, aceleradamente.

—¿Bien? Sí —Charley comenzó a pasearse por el saloncito de los Queen.

—¡Ah! Las cosas no marchan muy bien entre usted y Sheila, ¿eh?

—Sus palabras son apenas un pálido reflejo de la realidad.

—¡Ajá! —murmuró *Mr*. Queen—. ¡Y yo que pensaba que usted venía a invitarme a la boda!

—¡Boda! —exclamó Charley amargamente—. ¡Estoy más lejos del altar que nunca! Cada vez que le digo: «¿Cuándo damos el salto, querida?», estalla Sheila en llanto gritando que es la hija de una doble criminal, y que no me dará por suegra a una asesina, aunque esté muerta, y una sarta de paparruchas similares, El. ¡Ni siquiera puedo lograr que se mude de ese caserón maldito! No quiere abandonar al viejo Steve, y el viejo Steve dice que es demasiado caduco para andar vagabundeando a sus años… ¡Es desesperante, Ellery!

—No entiendo a esa chica —musitó Ellery.

—Es siempre la misma casa de orates, peor aún, si cabe, ahora que no está la Vieja para bajarles los humos. Louella la está atestando de aparatos tan inútiles como costosos —¡No es difícil que un día de estos volemos todos por el aire!—, comprando a crédito y consiguiendo, naturalmente, cuanto quiere, ahora que murió la Vieja y sabiendo los comerciantes la fortunita que pronto caerá en sus manos. Thurlow es el tiranuelo del hogar, el gallito del gallinero. Se sienta a la cabecera de la mesa y abruma con sus sarcasmos brutales a Steve y al mayor Gotch, y es, en todo sentido, una verdadera plaga para…

—Como le decía —dijo Ellery—, Sheila me desconcierta. Su actitud me impresiona como incongruente con mi concepto de la mujer. Charley, algo torcido hay en algún punto y es cosa suya averiguarlo.

—¡Claro está que hay algo torcido! ¡Ella no quiere casarse conmigo!

—No es eso, Charley… Otra cosa… ¡Ojalá lo supiera yo!… Quizá ella… —*Mr*. Queen enmudeció, guillotinando sus frases para cavilar —. ¡Diablos! —agregó, áspero el acento—. En cuanto a usted, mi querido Gascón, mi consejo es que no afloje. Sheila vale la pena de que se pelee por ella. En verdad —suspiró—, casi me inclino a sentirme envidioso.

Charley le miró, azorado.

Ellery sonrió tristemente.

—La cosa no llegará a un duelo en la madrugada, se lo prometo, Charley. ¡Usted es el hombre! Pero es lo mismo…

El abogado rompió a reír.

—¡Y pensar que vine aquí a pedirle consejo! ¡A lo «John Alden»! —se esfumó su sonrisa—. ¡Vaya! ¡Lo siento muchísimo, Ellery! Aunque se me figura que cualquiera tiene más probabilidades con Sheila que yo mismo.

—Ella lo ama, Charley. Todo lo que tiene que hacer es armarse de paciencia y de comprensión, ahora que el caso está cerrado…

El abogado cesó de pasearse.

—Ellery… —murmuró.

—¿Qué?

—Ésa es otra de las razones por las que vine a verle hoy, Ellery.

—¿Cuál es esa otra razón por la cual vino a verme hoy, Charley?

Charley bajó un punto la voz:

—¡Yo no creo que el caso esté cerrado!

****

Ellery Queen articuló un «¡Ah!» y giró sobre sus talones como un perro que busca lugar donde acomodarse. Echó hielo al *whisky* de Charley y preparó uno para él.

—Siéntese, hermano Paxton, y cuénteme lo que le pasa.

—Pensaba…

—Eso es siempre saludable.

—Dos hechos me afligen todavía. Tanto es así que no puedo dormir…

—¿De veras? —Ellery no le mencionó su insomnio de las últimas tres semanas.

—¿Recuerda usted la confesión de la Vieja?

—Creo que sí —replicó Ellery, glacialmente.

—Bueno, una de las declaraciones formuladas por la Vieja en ella me pareció particularmente rara —adicionó Charley, lentamente.

—¿Qué declaración es ésa?

—La de las armas. Escribió la Vieja que fue ella quien birló el revólver 'Harrington & Richardson" de Thurlow, con el cual mantuvo a raya a los periodistas el día del primer crimen, el arma con la cual casi mató a Velie…

—Sí, sí. ¡Prosiga!

—Luego dijo: «Yo fui quien hurtó más tarde, otra de las armas de Thurlow y la oculté a la policía y fui con ella al dormitorio de mi hijo Maclyn en mitad de la noche y le maté de un tiro»…

—¿Y bien?

—¡Otra de las armas de Thurlow! *¡Una sola,* Ellery! —exclamó el abogado—. ¡Pero *faltaban dos armas*!

—¡Es cierto! —dijo Ellery, como si jamás hubiese pensado en eso —. ¿Y qué saca usted en limpio de tal cosa, Charley?

—Pero ¿no lo ve usted, hombre? —gritó el otro, irritado—. ¿Qué pasó con la segunda arma de fuego, el arma que sigue oculta? ¿Dónde se encuentra? ¿Quién la tiene? Si está aún en la casa, ¿no se hallará Sheila en grave peligro?

—¿Y cómo es eso?

—¡Recuerde a Thurlow, Louella, Horatio! Supongamos que a uno de esos deschavetados se le ponga en la cabeza la idea de continuar la matanza de la Vieja en la rama Brent de la familia Locks, Ellery. ¡Cualquier barrabasada es posible en esos tres dementes! Detestan a Sheila y a Steve tanto como los detestaba la Vieja… ¡acaso más aún!… ¿Qué opina usted?

—Teorías más fantásticas elucubré en mis días —rumió *Mr*. Queen—¡Siga hablando, Charley! Desde hace tres semanas rabiaba por discutir el caso; pero no me atrevía por temor a que me destriparan.

—¡Igual que yo, El! Por más que hago, no puedo arrancar esos pensamientos de la mente. Albergo también otra… otra teoría o sospecha o como prefiera usted llamarla. ¡Ya me está volviendo loco de atar!

Ellery parecía reconfortado:

—¡Hable!

—La Vieja sabía que estaba por morir. Así lo expresó en la confesión, ¿no?

—En efecto, Charley.

—Bien, supongamos que pensara que uno de sus preciosos tesoros hubiese muerto a los gemelos. Sabía que se estaba muriendo: por consiguiente, *¿qué perdía ella cargando culpas ajenas?*

—¡Demonios!

—Afirmo, en conclusión, que la confesión de la Vieja quizá sea un cuento, El. Afirmo que quizá encubriera con ella a uno de su cría chiflada… *¡y que tal vez ande aún suelto un asesino en la casa de los Locks!*

Ellery bebió su *whisky* de una sentada. Dejando el vaso dijo:

—Mi querido y fraternal sabueso, ése fue mi primer pensamiento al abrir el sobre y leer la confesión de la Vieja.

—¿Concuerda, pues, en que es perfectamente posible?

—¡Claro está que es perfectamente posible!— contestó Ellery, lentamente—. Es, incluso, hasta probable. Difícilmente concibo a Cornelia matando a sus dos hijos; pero… —se encogió de hombros —. Mis dudas y las suyas, Charley, no podrían nada contra esa confesión subscrita por la Vieja… ¡Cielos! —prorrumpió.

—¿Qué pasa?

Ellery se alzó de un salto:

—¡Escúcheme, Charley! La Vieja hacía una hora que estaba muerta cuando hallamos su cadáver. Supongamos que alguien hubiese entrado en su alcoba durante esos sesenta minutos. ¡La puerta no estaba cerrada con llave y pasador! Y cualquiera hubiese podido dactilografiar la confesión allí mismo… ¡utilizando la portátil convenientemente asentada sobre la mesita de luz!

—¿Sospecha usted que alguien, el verdadero homicida, *falsificó* la confesión, Ellery? —balbuceó Charley—. ¡No había pensado en eso! —agregó, pero luego meneó, dudosamente, la cabeza.

—Yo no dije que lo pensara así: ¡dije que era *posible!* —masculló Ellery, irritado—. ¡Posible! ¡Posible! ¡Posible! Eso es todo cuanto hago en este maldito caso… ¡llamar «posibles» a las cosas! ¿Por qué menea la cabeza?

—¿Y la firma? —inquirió Charley en tono apagado—. Usted mismo comparó con las otras firmas: la del testamento y la del sobre grande. ¡Y declaró que la firma de la confesión era genuina!

—Sí, admito que ése es el clavo —masculló Ellery—. Por otra parte, sólo fue un breve examen. Acaso fuese una falsificación extremadamente diestra, sólo le discernió mediante un minucioso estudio pericial. ¡Las celadas que tiende nuestro sentido de la infalibilidad!

—¿Tendremos que revisar de nuevo las firmas?

—¿Qué remedio nos queda? —Ellery palmeó el hombro del abogado. Luego cayó en un ensueño—. Charley, ¿recuerda usted cuando visitamos a la Vieja en las etapas iniciales del caso para interrogarle respecto a los términos de su testamento? En ese momento, según creo recordar, ella le entregó una pila de memorándums. Con mis propios ojos la vi firmarlos usando el mismo lápiz blando que aparentemente utilizaba siempre. ¿Qué fue de esos documentos?

—Están en la casa, en la mesita escritorio del estudio de la planta baja.

—Bueno, esos memorándums llevan la firma auténtica, cosa que juraré ante cualquiera. ¡Andando!

—¿A casa?

—Sí. Pero primero pasaremos por el Departamento de Policía para recoger el original de la confesión, Charley. ¡Quizá logremos enderezar *una* de las teorías surgidas en el asunto! ¡Vamos!

XXII. *MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN*

A nadie hallaron en la casa, salvo a los criados, como era corriente. Así, pues, enfilaron a la biblioteca, y Ellery cerró la puerta, restregándose las manos y diciendo:

—¡A trabajar! ¡Esos memorándums firmados, por favor, Charley!

El abogado comenzó a revolver los cajones de la mesita escritorio.

—¡Oh! ¡Mis nervios! —rumiaba—. Si sólo fuera… ¡Aquí están!… ¿Qué hacemos ahora?

Ellery no respondió en el acto. Hojeó el legajo de documentos con aire satisfecho.

—Emplearé los servicios de un aliado bastante poderoso —dijo—. Lindo día, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Silencio, hermano, y recoge *la cosecha del ojo calmo,* como recomendaba Wordsworth.

—Parece que está usted de muy buen humor —refunfuñó Paxton.

—¡Perdóneme! Esto es como una ráfaga de aire fresco para un hombre encerrado tres semanas en una mazmorra. Es un rayo de esperanza, Charley, ni más ni menos.

—¿Esperanza de qué? ¿Más peligro para Sheila?

—¡Esperanza de hallar la verdad! —prorrumpió Ellery.

Se acercó a la ventana. El sol, ese «aliado bastante poderoso», daba brillo al ventanal; en contraste, la pieza parecía sombría.

—¡Perfecto! —Ellery tomó el primer memorándum del legajo y lo alisó sobre el panel de vidrio con la izquierda. El sol hizo traslúcido el blanco papel.

—¡La confesión, Charley! ¡Qué poco curioso fue papá!

El joven colocó la confesión sobre el memorándum aplicado al vidrio, desplazándolo poco a poco hasta superponer las firmas de entrambos. Luego estudió el resultado de la operación.

—¡No!

Las firmas estaban obviamente trazadas por la misma mano; pero leves variaciones en la estructura y en el largo de ciertas letras producían un ligero efecto borroso al ser comparadas ambas firmas, superpuestas una sobre otra.

Ellery pasó el documento al abogado:

—¡Déme otro memorándum, holgazán!

Charley estaba desconcertado.

—No entiendo qué hace, viejo.

—No —dijo Ellery—. Tampoco es éste, Charley. ¡El próximo, asiduo colaborador mío!

Agotada la pila de memorándums, dijo Ellery a Charley, seguro el tono:

—¿Quiere usted entregarme el memorándum en que la Vieja le daba instrucciones de vender todas las acciones de la Compañía de Zapatos Locks para comprarlas de nuevo a 72?

—¡Pero si ya lo examinó!

—No importa: ¡tráigalo!

Charley lo localizó entre la pila y se lo entregó. Ellery lo volvió a colocar sobre la confesión aplicada al vidrio.

—¡Mire, Charley! ¿Qué ve?

—¿Alude a las firmas?

—Sí.

Charley miró. Y luego murmuró con acento estupefacto:

—¡No hay retazos borrosos!

—¡Exactísimo! —Ellery bajó los documentos—. En otras palabras, la firma de Cornelia estampada en este memorándum y la de la confesión *concuerdan perfectamente.* No hay la más mínima variación en la estructura y en el tamaño de las letras. Línea por línea, curva por curva, ambas firmas son duplicados exactos. ¡Gemelas, como Bob y Mac! ¡Aun el punto sobre la «i» es idéntico!

—¿Y la firma del memorándum de la venta de acciones es la única que concuerda con exactitud? —preguntó Charley, roncamente.

—Sí; por eso revisé todo el legajo; quería asegurarme. En efecto, es la única.

—Creo adivinar adonde nos lleva todo esto…

—¡Pero si es claro! Nadie escribe su nombre dos veces exactamente igual: ¡esto es un hecho científico! Existen, invariablemente, diferencias mínimas en la firma de la misma persona, y siempre las habría aunque se compararan mil firmas. ¡Charley, hemos establecido un nuevo hecho en el caso Locks!

—*Una de estas dos firmas es una falsificación*.

—Sí.

—Pero ¿cuál?

—¡Vamos, Charley! La Vieja firmó el memorándum de la venta de acciones en presencia nuestra. Su firma es, pues, genuina. Por lo tanto, la firma de la confesión es falsa.

—Alguien echó mano de este memorándum, dactilografió la confesión falsa y luego calcó la firma del documento, traspasándola a la confesión, ¿no?

—Sí, Charley; es la única forma en que pudo trazar una firma idéntica. El memorándum de las acciones estuvo guardado en el escritorio del estudio desde el día en que la Vieja dactilografió todas estas instrucciones…

—Efectivamente, El —rumió el abogado—. Después de hacer ese día las necesarias llamadas telefónicas, guardé, como de costumbre, los memorándums en este escritorio…

—Así, pues, algún miembro de la casa pudo haberlos hallado y calcado la firma, Charley… La operación, probablemente, se efectuó del modo que acabo de ilustrar, o sea aplicando el documento de la venta de acciones sobre el vidrio de la ventana, iluminado por el sol, emplazando la confesión dactilografiada sobre dicho memorial y, finalmente, calcando y trasladando la firma del memorial a la

confesión aprovechando la transparencia producida por la luz del sol en ambas hojas…

—Y la casa está llena de estos lápices de mina blanda usados por la Vieja…

—Y sería un juego de niños deslizarse en el aposento de la Vieja y emplear la máquina para mecanografiar la «confesión» y la «nota» colocada al pie del testamento. Toda la operación fue indudablemente efectuada en el lapso comprendido entre el momento en que falleció la Vieja y la hora en que volvimos todos a casa —usted, Sheila, papá y yo— y hallamos el cuerpo de la Vieja con el sobre, grande y sellado, en su mano. El criminal contó con una hora para trabajar… y pocos minutos le habrían bastado…

Ellery fue al teléfono.

—¿Qué va a hacer?

—Llevar alegría al viejo corazón de mi padre.

****

—*¿Qué?* —balbuceó el inspector, débilmente.

Ellery se lo repitió.

—¿Quieres decir —murmuró el anciano tras otra pausa—, quieres decir… que está abierto de nuevo?

—¿Y qué otra cosa podría significar, papá? La firma de la confesión es manifiestamente un calco; es decir, que Cornelia no escribió jamás esa confesión. Por consiguiente, no se confesó asesina. Por consiguiente, aún no sabemos quién mató a los gemelos Locks. Sí, mucho me temo que el caso Locks está nuevamente abierto, papaíto.

—¡Ya me parecía! —gimió el viejo—. ¡Bien! Velie y yo estaremos allí enseguida.

Cuando Ellery volvía del aparato, vio a Sheila apoyada contra la puerta. Charley se mordía los labios.

—Oí lo que dijo a su padre, Ellery —dijo Sheila.

—¡Sheila!

—¡Un momento, Charley! —Ellery cruzó el estudio, extendidas las manos. Las de ella estaban frías, pero firmes—. Ya sabe usted, Sheila, que yo…

—Estoy bien, gracias —la jovencita se dominaba con firmeza. Escurrió sus manos y cerró los puños—. Las terribles pruebas por que he pasado me han curado de sorpresas o ataques de histerismo, Ellery.

—¡Todo el tiempo lo estuvo usted presintiendo, Sheila!

—Sí, el instinto, según sospecho —Sheila llegó a soltar la carcajada. se volvió a Charley, suavizándose su expresión—. Por eso me negaba a abandonar la casa, querido. ¿Lo ves, ahora?

—No. ¡No lo veo! —murmuró Charley—. ¡Ya no veré ni entenderé nunca nada!

—¡Pobrecito!

Ellery estaba abrumado de admiración.

Sheila besó a su conturbado enamorado.

—¡Tantas son las cosas que no entiendes, querido! ¡Ya he sido cobarde bastante tiempo! Nadie podrá infundirme ahora terror — alzó, altiva, la delicada barbilla—. Alguien quiere mi sangre, ¿eh? Bueno, pues no he de huir. ¡Seguiré el caso hasta el fin!

XXIII. *EL FRUTO DEL ÁRBOL*

LA CASA de los Locks estaba cubierta una vez más de paños mortuorios, sombras que acechaban, sigilosas, en todo rincón, como gatos.

La tensión se hizo intolerable. Salían a la terraza que miraba al patio interior para librarse de aquel horror.

No faltaba cierta gracia en el piso enlosado, en las columnas moriscas, en las enredaderas y flores y en la visión del pasto y de los altos árboles.

El sol se mostraba amigo. Sentados en sillas de acero, calentadas por el sol, aguardaban al inspector Queen y al sargento Velie. Sheila se apretujaba contra Charley; sus manos se entrelazaron y al cabo de un instante, la cabecita de la joven cayó, vencida, sobre el hombro del abogado.

Era interesante comprobar, pensaba Ellery, cómo se podía contemplar desde la terraza todo lo bueno y lo malo de este mundo hecho por mano del hombre. Directamente delante de él, al cabo de una senda placenteramente bordeada de geranios y campanillas, se alzaba la casita ozziánica de Horatio, distorsión de un sueño, pero poseyendo todo el encanto de una fantasía recubierta de azúcar. Rodeada como estaba de canteros y robustos y serenos árboles, su vista no desentonaba; a ciertos espíritus, convino Ellery consigo mismo bregando por no mirar a Sheila y Charley, podría incluso encantarlos.

Otra cosa era la torre de Louella. Proyectaba ésta su sombra sobre el gracioso jardín; su falsa torrecilla de remate estaba almenada, como defendiéndose contra un sitiador ejército; una bandera (observada por vez primera por Ellery) restallaba,

secamente, sobre el ficticio almenaje. Contempló con curiosidad el ondeante banderín, incapaz de discernir el dibujo estampado en él. Luego la brisa lo enderezó un instante, y lo vio entero.

Tenía estampada la imagen de un zapato «Oxford» femenino, cruzado por la sencilla leyenda de: *«Zapatos Locks»*.

—Ni siquiera es grotesco —bisbiseaba Ellery, impaciente—. Es de pésimo gusto. Esa bandera… el zapato de bronce del jardín delantero…

Se volvió para mirarlo, pues el gigantesco dedo gordo era visible desde donde estaba sentado, cercenado el resto por el ángulo de la casa. *ZA*, leyó al revés, ¡a gas neón!

Se sorprendía Ellery de que Cornelia olvidara dejar instrucciones en su testamento referentes a su lápida o monumento sepulcral. Tal vez, pensó poco caritativamente, la Vieja había previsto la oposición de la iglesia de St. Praxed a permitir la erección del monumento de un zapato «Oxford» de mujer, tallado en mármol de Vermont, dentro de los confines del lúgubre camposanto.

Stephen Brent y el mayor Gotch jugaban un reñidísimo partido de damas en una verde mesa con parasol situada a un lado del jardín. En su enfrascamiento, ninguno de los dos había reparado en la aparición de Sheila, Charley y Ellery.

Cantaban los pájaros sus añejas melodías, y Ellery cerró los ojos y dormitó.

****

—¡Durmiendo!

Despertó Ellery y dio un salto. Su padre se erguía ante él con gesto sañudo de desencanto. Tras él se alzaba Velie, agresivo. Sheila y Charley estaban de pie. Sobre el «lawn» en que el viejo Steve y el mayor Gotch se encorvaron sobre su tablero de damas, se veía ahora sólo una mesa con parasol y dos sillas de acero.

—¿Molestamos, *Mr*. Queen? —gruñó el inspector.

Ellery se puso en pie de un brinco:

—¡Perdona, papá! Estaba tan tranquilo aquí…

—*¡Tranquilo!* —estalló el inspector, carirrojo; el sargento Velie sudaba; evidentemente, ambos policías habían venido precipitadamente de Center Street—. ¡Otras palabras pensaría yo! *¡Un caso maldito abierto de nuevo!* ¡Bah!

—Supongo que ahora tendré que comenzar a buscar de nuevo el arma desaparecida —gruñó Velie, con su acento de bajo profundo—. Justo anoche le decía a mi señora que todo esto parecía una pesadilla…

—Sí, sí, el arma, sargento —interrumpió Ellery, abstraído.

Se hincharon las potentes quijadas del infeliz sargento.

—Registré la casucha, desenterré, prácticamente, todos sus cimientos y la di vuelta de arriba abajo y… Yo le digo, glorioso maestro, que si le da la gana de hallar el arma, vaya a buscársela usted mismo.

—¡Termine, Velie! —el inspector se sentó, gimiendo—. ¿Quién tiene la confesión y el memorándum? ¡Entréguenmelos!

Así se hizo, y el viejo superpuso las firmas como Ellery, y las sostuvo a contraluz para estudiarlas.

—No hay duda: ¡son idénticas! —sepultó con rabia los papeles en el bolsillo—. Voy a guardármelos. Ahora son pruebas sumariales.

—¿Pruebas contra quién? —masculló Velie.

En ese momento, Horatio Locks entró en escena. Esto es, apareció por el otro lado de su increíble residencia portando la ya familiar escalera. Caminó meneándose hasta un elevado sicómoro que crecía entre su casita y la mesa de sombrilla, apoyó la escalera sobre el tronco y comenzó a subir.

—¿Qué demonios está haciendo ahora ese loco? —preguntó el inspector.

—Es, de nuevo, su cometa —contestó Sheila, sombría.

—¿Cometa? —parpadeó Ellery—. Sigue con eso, ¿eh?

—Mientras sesteaba usted allí, El, salió de su cabaña a remontarla —explicó Paxton—. Como se le enredó entre las ramas

de aquel árbol, supongo que ahora va a desenredarla.

La escalera crujía, pavorosamente, bajo el peso de la mole horatiana.

—¡Ese Horatio se va a dar un buen porrazo uno de estos días! —apuntó Charley—. Si se portara como un adulto…

—*¡Alto!* —aulló Ellery.

Se quedaron de una pieza. Ellery había vociferado con dejo aterrado, y ahora volaba hacia el sicómoro cruzando el jardín con toda la fuerza de sus largas piernas.

—¡Alto, Horatio! —gritaba.

Horatio cesó de trepar.

El inspector echó a correr tras el vástago genial; el sargento Velie echó a correr tras el inspector con una expresión en el rostro de «no-entiendo-un-comino»; y así Sheila y Charley tuvieron también que echar a correr tras ellos.

—¡Ellery! ¿Por qué diablos gritas: «¡Alto!»? —voceaba el inspector—. ¡Si sólo… está subiendo… una… escalera!

—¡Mamá Oca! —rugió Ellery, sin amenguar el paso un instante.

—*¿Qué?* —bramó el viejo.

—¡La escalera puede haber sido «saboteada», papá! Horatio es corpulento… y alto… y podría caer… *«Humpty Dumpty… tuvo una gran… caída…»*

El inspector casi se sofocaba, enterrando sus minúsculos talones en el césped para no resbalar. Ellery continuaba gritándole a Horatio, y Horatio continuaba desentendiéndose de él.

En el momento en que nuestro genio alcanzaba el pie del sicómoro, Horatio era casi invisible entre el ramaje. Le oía Ellery resoplar al forcejear por libertar la semidesgarrada cometa traspasada por una rama.

—¡Cuidado, *Mr*. Locks! —gritaba Ellery.

—Ellery, ¿estás mal de la cabeza? —jadeó el inspector, apareándosele.

Velie, Sheila y Charley estaban a pocos pasos de él. Todos asustados; pero cuando vieron a Horatio agitándose en el ramaje,

intacta la escalera, todo en perfecta regla, salvo la excitación retratada en el semblante del joven Queen, su alarma se trocó en perplejidad.

—¡*Mr*. Locks, tenga cuidado! —rugió Ellery, estirando el cuello.

—¿Qué? ¿Qué hay? —el rostro jovial de Horatio atisbó, rojizo, entre dos ramas frondosas—. ¡Ah! ¿Cómo están, amigos míos? —les sonrió—. La condenada cometa no quiere salir de aquí. ¡Ya bajo!

—¡Cuidado dónde pisa al descender, *Mr*. Locks! —imploró Ellery —, ¡Tantee cada travesaño con el pie antes de aplicar en él todo el peso!

—¡Bah! ¡Paparruchas! —respondió Horatio, algo picado—. ¡Como si nunca hubiera subido yo una escalera!

Y cometa en mano, apoyó el pie derecho sobre uno de los travesaños superiores, que crujió, amenazadoramente.

—¡Ese imbécil se va a romper el pescuezo! —dijo Ellery, colérico —. No sé para qué me hago tanta mala sangre…

—¿Qué diablos andas disparatando, Ellery? —preguntó el viejo.

—¡Eh! ¡Se paró el hombre! —resopló Velie—. ¿Qué pasa allá arriba, Horatio? —voceó el sargento—. ¿Tiene miedo? ¡Vamos! ¡Un grandullón como usted!

Horatio se había detenido en su descenso extendiendo su mano regordeta entre el follaje de una rama baja. La escalera crujía pavorosamente y Ellery y Velie, espantados, la asieron para afirmarla.

—¡Un nidito de pájaros! —dijo Horatio, irguiéndose—. ¡Qué divertidos son los nidos de pájaros, caballeros!

La cometa en una mano, el nido de gorriones en la otra, continuó su descenso Horatio, apretándose contra los parantes con sus carnudos antebrazos.

—Justo lo vi en una rama, caballeros —dijo, echando pie a tierra —, No hay nada que me agrade más que un lindo nido de pájaros. Todo el día me entretiene.

—¡Bestia! —musitó Sheila, volviéndole la espalda.

—Bien, señor —dijo Horatio, mirando jovial a Ellery—, ¿qué estaba usted diciéndome de ser cuidadoso? ¿Cuidadoso de qué?

Ellery había depositado la escalera en el suelo y, ayudado por el inspector y Velie, empezó a examinarla peldaño por peldaño. Al revisar el último escalón, su rostro se puso rojo.

—¡No veo nada anormal! —masculló el sargento.

—¡Bueno, bueno! —rió Ellery, echando a un lado la escalera.

—¡Mamá Oca! ¡Humpty Dumpty! —gruñó el viejo—. Este caso te ha enloquecido, hijo. Mejor será que vuelvas a casa y llames al médico.

—¿Qué pasa, Horatio? —exclamó, de pronto, Charley.

Sheila se volvió rápidamente.

Horatio, vasto enigma, sepultaba ahora la manaza en el nido de gorriones.

—¡Vaya una cosa! —resopló Horatio, recobrándose de su pasmo —. ¡Imagínense ustedes! Hallar *esto* en un nido de gorriones.

Y retiró su mano.

¡Sobre la palma se veía una pequeña y corta pistola automática, un poco salpicada de excremento de ave!

¡Era una «Colt» 25!

—¡Pero si ésa es el arma con que liquidaron a Bob Locks! —prorrumpió Velie, desorbitado.

—¡No sea un *schtunk* toda su vida, Velie! —estalló el inspector, tomando la automática—. El arma asesina está bien guardada en los archivos policiales.

—Entonces, esta arma —dijo Ellery, bajito—, esta arma es la «Colt» 25, el duplicado del arma fatal… ¡la automática que faltaba!

****

Desierto el jardín, Ellery tomó al padre por el brazo y lo arrastró a la mesa con quitasol.

—¡Siéntate, papá! Necesito reflexionar.

—¿Reflexionar qué? —preguntó el anciano, tomando, empero, asiento—. Así que descubrimos el arma desaparecida, ¿eh? Sea quien fuere el que perpetró los crímenes, el hecho es que ocultó la «Colt» en el nido —¡maldito sea Velie por no registrar los árboles!— y supongo que también tenía escondido allí el «S. & W.» duplicado, en preparación para el asesinato de Mac. Pero ¿y qué? Como están ahora las cosas…

—¡Por favor, papá!

El inspector se recostó en su asiento. Ellery le imitó, contemplando la automática depositada en las rodillas del policía con ojos que primero veían y luego no.

Y al cabo de largo tiempo sonrió, se desperezó y dijo:

—¡Oh! Sí… ¡eso es!

—Eso es, ¿qué? —inquirió el viejo, agresivo.

—¿Quieres hacerme un favor, papá? Haz circular por la casa la voz de que el descubrimiento de la última arma de fuego en ese nido de pájaros ha contribuido a solucionar el caso.

—¡Solucionar el caso!

Se alzó el inspector y la automática cayó al césped. Mecánicamente, se agachó para recogerla.

—¿Solucionar el caso? —repitió, débilmente.

—Asegúrate de que todos hayan entendido claramente *que yo sé quién mató a los hijos gemelos de Cornelia*.

—¿De veras… que lo sabes, hijo? —el viejo se humedeció los labios—. ¿En serio?

Pero Ellery meneó la cabeza enigmáticamente.

—Sólo quiero que todos lo crean así, papá —respondió.

XXIV. *LA REINA ESTABA EN LA SALA DE RECIBO*

(Hora: el atardecer. Escena: el estudio de la planta baja.)

AL LEVANTARSE el telón, el estudio se halla envuelto en una traicionera penumbra, proyectando sombras de cuerpo entero sobre los muros cubiertos de libros. La mayor parte del moblaje está dentro del aura penumbrosa. Sólo al fondo, a la derecha, cerca de los ventanales, hay iluminación, y es evidente que tal concentración luminosa es deliberada. Fluye de una lámpara de pie que arroja principalmente sus rayos sobre una incómoda silla, de recto respaldar, situada ante una mesa con tapa de cuero. Los límites del resplandor tocan apenas un objeto depositado sobre la mesa: una automática «Colt» 25, salpicada de guano, que emerge a medias de un delicioso nidito de gorriones.

Ellery Queen se recuesta contra una de las puertas francesas abiertas, una pulgada más allá de la zona iluminada, un poco atrás y a un lado de la mesa. Todas las puertas están abiertas, pues el atardecer es cálido, si bien se podría sospechar, conociendo como conocemos la cualidad trapacera de la mente queeniana, que el termómetro no es la única o siquiera la principal razón de ello.

Vuelve Ellery la cara hacia la silla de respaldar recto; y también hacia la puerta del «*foyer*», a la izquierda.

La terraza, que se extiende detrás de él, está a oscuras.

Fuera del escenario, más allá de la terraza, percibimos los vibrantes chirridos de los grillos.

Entre las sombras del estudio, bien alejados de la órbita luminosa, están sentados Sheila Brent y Charles Hunter Paxton, inmóviles, expectantes, perplejos.

Ellery echa una mirada en torno del escenario así preparado, asiente satisfecho y luego habla:

Ellery. — *(Enérgico)* ¡Flint! *(El detective Flint introduce la cabeza por la puerta del «foyer».)*

Flint. — ¿*Mr*. Queen?

Ellery. — ¡Thurlow Locks, por favor! *(Mutis del detective Flint. Entra Thurlow. La puerta del «foyer» se cierra tras él; mira nervioso por sobre el hombro. Luego avanza en escena, deteniéndose, irresoluto, en el círculo de luz. En esta posición, la silla y la mesa del arma y del nido están colocadas entre él y Ellery. Éste lo mira, frío.)*

Thurlow.— ¿Y bien? Ese detective dijo… *(Calla. Ellery ha abandonado de súbito su posición en la ventana y, siempre sin hablar, avanza, rodea la mesa y se detiene frente a Thurlow, obligándole a seguirle con los ojos.)*

Ellery. — *(Seco)* ¡Thurlow Locks!

Thurlow. — Sí, *Mr*. Queen, sí, sí.

Ellery. — ¿Ya sabe lo ocurrido?

Thurlow. — ¿Se refiere a mi madre?

Ellery. — ¡Aludo a la confesión de su madre!

Thurlow. — No. Digo, sí. No, digo que no entiendo claro. Bueno, eso no es cierto. No sé cómo expresarme, *Mr*. Queen…

Ellery. — ¡Basta de farsas, *Mr*. Locks! ¡Basta de evasivas! ¿Lo sabe o no lo sabe?

Thurlow. — *(Sombrío)* Sé que ese hombre —su padre— nos dijo que la confesión de mamá era falsa. Que el caso está abierto de nuevo. ¡Es muy confuso! En primer lugar, yo maté a Robert en duelo…

Ellery. — ¡Vamos, vamos, *Mr*. Locks! Todos asistimos a su carrera a lo Dumas y usted sabe muy bien que sustituimos su bala mortal por un cartucho de fogueo para evitarle cometer tonterías, y que alguien consiguió infiltrarse en su dormitorio la noche del duelo y meter otra bala real en la automática, causa por la cual, al disparar usted el arma, Bob murió… ¡y bien que murió!

Thurlow. — *(Tocándose la frente)* ¡Todo es muy confuso!

Ellery. — *(Sombrío)* ¿De veras, *Mr*. Locks?

Thurlow. — ¡Ese tono!

Ellery. — ¿Por qué evita usted mirar la mesa, *Mr*. Locks?

Thurlow. — ¿Cómo dice?

Ellery. — Esa mesa, *Mr*. Locks… ¡m-e-s-a! Esa hermosa pieza colocada justo debajo de sus narices, *Mr*. Locks. ¿Por qué no la mira?

Thurlow. — No sé lo que quiere usted decir, y lo que es más. *Mr*. Queen, no he de quedarme aquí de pie aguantando sus soeces insultos…

Ellery. — *(Repentinamente)* Siéntese, *Mr*. Locks.

Thurlow. — ¿Eh?

Ellery. — *(Con voz suave)* Siéntese. *(Vacila Thurlow, luego se sienta lentamente en la incómoda silla junto a la mesa, juntas las rodillas, las manos rechonchas sobre las piernas. Parpadea a la intensa luz de la lámpara, agitado. Aún no ha mirado el arma o el nido.)* ¡*Mr*. Locks!

Thurlow. — *(Hosco)* ¿Qué? ¿Qué hay?

Ellery. — Sírvase mirar el arma. *(Thurlow se humedece los labios. Lentamente se vuelve para mirar la mesa. Se sobresalta perceptiblemente.)* ¿La reconoce usted?

Thurlow. — ¡No! Es decir, se parece al arma de fuego que usé en mi duelo con Robert…

Ellery. — Sí; se parece al arma de fuego que usó usted en su duelo con Robert, *Mr*. Locks. Pero no es la misma arma. Es un duplicado, el duplicado adquirido por usted en Comwall & Ritchey. ¿Recuerda?

Thurlow. — *(Nerviosamente)* Sí. Sí, creo recordar que había dos «Colt» 25 entre los catorce que compré…

Ellery. — Efectivamente, *Mr*. Locks. *(Se adelanta súbitamente, y Thurlow esboza un repentino movimiento de retroceso. Ellery recoge la automática del nido, retira la recámara, encorvándose para dejar que la luz ilumine el cartucho de adentro. Thurlow sigue todos* sus *movimientos con fascinación. Repentinamente, Ellery encaja la*

recámara en su lugar y arroja la automática en el nido.) ¿Sabe usted dónde hallé hoy esta automática desaparecida suya, *Mr*. Locks?

Thurlow. — ¿En… en el sicómoro? Sí. Ya oí hablar de eso, *Mr*. Queen.

Ellery. — ¿Por qué la ocultó usted allí?

Thurlow. — *(Boquiabierto)* ¡Yo no la oculté! ¡No volví a ver el arma desde el día en que la compré junto con las otras trece, señor mío!

Ellery. — *(Con cínica sonrisa)* ¿De veras, *Mr*. Locks? *(Luego áspero)* ¡Eso es todo! ¡Retírese!

(Thurlow parpadea, vacila, se levanta abiertamente sorprendido y confuso por aquella perentoria despedida. Seguidamente, sin arrojar una mirada atrás, sale rápidamente de escena.)

Ellery. — ¡Flint! ¡Louella Locks!

****

Se hizo evidente que la escena de *Mr*. Queen con Thurlow Locks era un plan preparado para adecuarlo a las escenas subsiguientes. En efecto, al entrar Louella Locks en el aposento, una Louella harto segura de sí misma, completamente distinta de la taciturna y avinagrada solterona que fuera bajo la férula materna, el libreto de Ellery se adaptó, fluidamente y con escasas alteraciones, al inapresable diálogo mantenido con aquel segundo personaje.

De nuevo formuló Ellery las preguntas preliminares, de nuevo desembocaron ellas en el arma depositada sobre la mesa, de nuevo la recogió, de nuevo maniobró con la recámara, mostró el cartucho, reencajó la recámara, arrojó de nuevo la automática en el nido y formuló la última pregunta:

—¿Por qué ocultó usted esta arma de Thurlow en el nido de gorriones, *Miss* Locks?

Louella saltó de su silla de espaldar recto, convulsionadas sus azafranadas facciones:

—¿Es por esta pueril necedad por lo que me arrancaron de mis importantes experimentos? Nunca vi antes el arma, no la oculté en el nido, no sé nada de ella, y voy a repetirle, *Mr*. Queen, que cese de trabar el progreso de la ciencia.

Y Louella salió a trancos, toda ella huesos e indignación.

Pero *Mr*. Queen se limitó a sonreírles a Sheila y Charley y procedió a llamar a Horatio Locks.

****

Horatio era inmenso de múltiples maneras. A los efectos de esta escena se metamorfoseó en un hombre perfectísimamente razonable. Sea dicha la verdad, la repentina cordura de sus respuestas y cierta inesperada agudeza de percepción en el juego de preguntas de *Mr*. Queen, apartó los focos de nuestro genial detective para proyectarlos, brillantemente, sobre su víctima.

—¡Muy interesante, señor! —dijo con indulgencia Horatio en determinado momento—. Nunca creí que mi madre asesinara a los gemelos. ¡Demasiado truculento! ¡Cosas de *Madame* Tussaud! No, señor. ¡Y esa confesión! ¡Muy sagaz! ¿No lo cree usted así, *Mr*. Queen?

Mr. Queen lo creía así.

—Y ahora me dice usted que sabe quién los perpetró —indicó Horatio en otro punto—. Al menos, tal oí decir.

Ellery fingió mostrarse irritado por la «filtración».

—Desearía que usted me iluminara, caballero —continuó el gordiflón—. Todo eso me suena como buen material para un libro.

—Usted no sabe nada, desde luego.

—¿Yo? —Horatio estaba atónito.

—¡Vamos, *Mr*. Locks! Usted ocultó la automática cargada en el nido, ¿verdad? —y de nuevo Ellery pasó por la operación de abrir el arma, sacar el cartucho y cerrarla de nuevo.

—¿Yo la oculté en el nido? —repitió Horatio—. Pero ¿para qué?

Ellery no contestó.

—A decir verdad —continuó Horatio, reflexivo—, la idea misma es tonta. Si yo escondí el arma de Thurlow en el árbol y pretendía que siguiera oculta, ¿acaso la hubiese hallado esta tarde bajo sus propias narices, *Mr*. Queen? No, no, señor; sigue usted falsa pista.

Ellery apenas si pudo despedir débilmente a Horatio con un ademán y hacer llamar a Stephen Brent.

****

Con el padre de Sheila, el libreto readquirió su carácter. El viejo estaba nervioso, y si bien Ellery fue amable con él, la nerviosidad de Steve no amenguó.

Negó con estupor saber algo del arma del árbol y salió del cuarto.

Sus balbuceos habían sido pronunciados.

Comenzó Sheila a examinar al detective con ominosa expresión sombría. Charley la había contenido en su propósito de echar a correr tras el padre.

Con el mayor Gotch. Ellery fue severo. El viejo pillastre mostró los dientes en el acto.

—He aguantado en esta casa un montón de impertinentes necedades, míster —tronó—; pero no tiene usted derecho de interrogarme así. No sé ni media palabra del asunto, y ése es un hecho que ni usted mismo podría negar.

—Yo pensaba que usted era bien conocido en las Indias Orientales Holandesas —dijo Ellery, desviándose del libreto.

Gotch resopló:

—Fui uno de sus personajes más notorios, míster. ¡Una leyenda de terror! Dejé allí mi marca bien impresa, amiguito.

—En aquel país nunca oyeron hablar de usted, mayor.

El viejo palideció intensamente;

—¡Qué miserables embusteros! —barbotó.

—¿Alguna vez usó otro nombre, mayor?

El hombre se quedó inmóvil. Luego dijo:

—No.

Ellery manifestó, displicente:

—Podríamos averiguarlo, amigo.

—¡Averígüelo y váyase al demonio!

—Ya no es necesario. Ésta es la última vuelta, mayor. Nuestro amigo, el criminal, ya tiene poca vida. ¿Por qué ocultó usted el arma en el nido?

—¡Bah! ¡Usted está loco! —masculló el mayor, sacudiendo la cabeza; y salió cuando abría Ellery la automática por quinta vez y maniobraba con el cartucho.

—Bien, *Mr*. Queen —dijo Flint, desde la puerta del «*foyer*»—, ¿adónde vamos ahora?

—Ahora usted se marcha ligero, Flint.

Flint obedeció dando un portazo.

****

Sheila se destacó al instante de las sombras:

—¡No veo por qué arrastró a papá a esta farsa! —dijo, amargamente—. ¡Tratarle como a los demás…!

—¡Cortina de humo, Sheila!

—¿De veras? —inquirió ella, recelosa.

—Necesitaba ejecutar mi plan de tratar a todos los sospechosos de modo similar.

La joven no parecía muy convencida:

—Pero ¿por qué?

—No veo claro en sus propósitos, Ellery —dijo Charley, sombrío —; pero sean ellos los que fueren, no sabe usted ahora ni media palabra más que antes.

—¡«Cocinar» a papá! —protestó Sheila.

—Es todo parte del plan, parte del plan —dijo Ellery, jovial—. Un plan que aún no se ha desarrollado por entero…

—¡Chitón! —susurró Sheila—. Alguien…

—En la terraza… —suspiró Paxton.

Ellery les hizo señas imperiosas de volver a la sombra. Él mismo se apartó de un brinco del campo de luz, aplastándose contra el muro.

No se percibía sonido alguno, salvo el tic-tac del reloj de pesas.

Se oyeron luego rápidos, cautelosos pasos en la oscura terraza. En las tinieblas, Ellery se agazapaba afirmándose sobre los talones.

El inspector Queen penetró en el estudio por una de las ventanas.

Ellery meneó la cabeza, riendo entre dientes:

—¡Papá!

El viejo escrutó la oscura estancia, tratando de localizar la fuente tangible de la voz del hijo, moviéndose irresoluto.

—¡Ellery! ¡Condenado zorro! —clamó Charley, saltando hacia él—. ¡Que me cuelguen si yo no le capté la onda!

—Pero, Ellery, si es eso —gritó Sheila, corriendo también a él—, no debe usted ni intentarlo siquiera. ¡Es *demasiado* peligroso!

—¿Qué es eso? —inquirió el inspector, parpadeando como un búho—. ¿No debes hacer qué, El?

—¡Nada, papá, nada! —salió Ellery a prisa de las sombras—. ¡Sal de la luz, papá! ¡Estamos aguardando!

—¿Aguardando qué? Bueno, hice correr la voz y salí de la escena; pero no estoy dispuesto a esperar toda la noche…

Ellery empujó a su padre al círculo tenebroso:

—¡No me gusto esto! —masculló el viejo—. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué parecían todos tan atentos cuando entré? ¿Tan callados y quietos? —dijo, y luego avistó la automática depositada en el nido de la mesa.

Asintió Ellery.

—De modo que era eso ¿eh? —dijo el inspector, lentamente—. ¡Por eso querías tú que ese hato de locos creyera que conocías la

identidad del criminal! ¡Una celada!

—¡Naturalmente! —dijo Sheila, jadeante—. Acaba de interrogar a todos, formulando un sinfín de inútiles preguntas…

—¡Y sólo para mostrarles que el arma estaba depositada sobre la mesa, bien cerca de la terraza! —terció Charley.

—¡Ellery! ¡No consentiré que hagas eso! —dijo, terminante, el policía—. ¡Es demasiado peligroso para ti!

—¡Paparruchas! —dijo nuestro prohombre, valeroso.

—Bien, supongamos que uno de ellos se cuele a la terraza, es posible que tú no lo oigas y, ciertamente, no le podrías ver, hijo —el inspector se acercó a la mesa—. Todo lo que tendría que hacer el criminal es meter la mano aquí desde la terraza, empuñar el arma y disparar contra ti a quemarropa, tomando luego las de Villadiego en un santiamén.

—¡Y el arma está cargada, inspector! —dijo Sheila—. Ellery, su padre tiene razón.

—¡Por supuesto que está cargada! —apuntó Charley, cejijunto—. Ellery se encargó de mostrarles que estaba cargada.

—No tendrías ninguna probabilidad, El —dijo el inspector—. Armaste la trampa, y todos ellos creen que tú sabes quién es el criminal, y aquí hay un arma cargada al alcance de la mano, pero si imaginas tú que te dejaré hacer de carnada…

—Tomé algunas precauciones —dijo Ellery, displicente—. ¡Vengan aquí los tres!

El inspector siguió a Ellery al círculo de tinieblas espesas, lejos de los ventanales.

—¿Qué precauciones?

Charles y Sheila se apartaron de las ventanas, reuniéndoseles.

—Es mejor que te vayas de aquí, Sheila… —musitó el abogado.

—¡Un momento, Charley! —espetó el policía—. ¿Qué precauciones, El?

El joven sonrió:

—Velie está apostado en la terraza, detrás de uno de los pilares moriscos. Atrapará a quien intente llegar a las ventanas…

—¿Velie? —el inspector le miró de hito en hito—. Acabo de entrar por la terraza y Velie no me vio ni me oyó. Afuera todo está como boca de lobo, y como no podía saber quién era yo, ¿por qué no me saltó encima antes de que pasara por la ventana?

Ellery devolvió la mirada del padre:

—¡Algo ha salido mal! —murmuró—. ¡Velie está en peligro! ¡Vamos!

Dio dos trancos hacia la abierta ventana francesa situada tras la mesa, seguido por los otros. Pero luego se detuvo, paralizado, en el mismo borde del círculo luminoso proyectado por la lámpara.

Una cosa delgada surgió de la tenebrosa terraza, un áspid. Pero no era un áspid, sino un brazo humano. Todo esto fue una impresión instantánea, pues las cosas se sucedieron con tanta rapidez que sólo acertaron a detenerse, Ellery incluso, y contemplar, desorbitados, impotentes para moverse, incapaces de comprender su naturaleza o sus propósitos.

La mano estaba enguantada, un borrón enguantado.

Arrebató la automática del nido de gorriones depositado en la mesa, la enderezó en un gesto perfectamente acompasado con el movimiento original y en una fracción de segundo apuntó directamente al corazón de Ellery.

En ese instante, ocurrieron varias cosas.

Sheila chilló, aferrando el brazo de Charley.

La mano de Ellery saltó al pecho, en ademán defensivo.

Soltando un gruñido feroz, el inspector se lanzó de cabeza contra las piernas de Ellery.

Pero una cosa ocurrió antes de que cualquiera de los cuatro promediara siquiera sus movimientos… El enguantado dedo oprimió el gatillo de la automática y humo y fuego la envolvieron, palpablemente.

Y Ellery se abatió al suelo.

XXV. *LA LUZ QUE TRIUNFÓ*

DESAPARECIERON brazo, mano y arma.

Sólo quedó el humo, flotando sobre la mesa en nubecilla sutil. Comenzó a enroscarse, perezosa, alrededor de la lámpara.

El inspector Queen, caído en el suelo, rodó rápido sobre sí mismo y asió a Ellery por la solapa.

—¡Ellery, hijo!

Le sacudió.

Sheila susurró:

—¿Está?… ¡Charley! —y escondió la carita en el saco de Paxton.

—Inspector… —balbuceó Charley, ronco.

El viejo no le prestó atención alguna:

—¡Ellery! —dijo, tironeando.

Ellery gruñó, abriendo los ojos.

—¡Ellery! —la voz del inspector se alzó con incrédulo acento—. ¿Estás bien, hijo?

—¿Bien? —el joven se debatía por sentarse. Meneó la cabeza—. ¿Qué me golpeó? Recuerdo un brazo… un tiro…

—El inspector se arrojó contra sus piernas —dijo Sheiyla, hincándose de rodillas junto al muchacho—. No se mueva ahora… ¡Quédese acostado! Charley, échale un vistazo. Ayúdame a sacarle la americana…

—¡Quieto, condenado héroe, quieto! —masculló Charley—. ¡Armando trampas humanas! ¡Bah!

—¡Por favor! —suplicó el inspector. Se sentaron los tres en cuclillas. Ellery seguía sacudiendo la cabeza—. ¿Dónde te duele, hijo? No veo sangre…

—En ninguna parte me duele, papá —respondió Ellery, malhumorado.

—¡Mal de la cabeza! —cuchicheó Sheila—. ¿No cree usted… posible… heridas internas… o…?

—Llevémosle a pulso a la silla —dijo Charley, baja la voz.

—Mira, hijo, no trates de hacer nada. Vamos a alzarte en brazos y a llevarte a la silla. No puede ser en la espalda, pues te incorporaste tú solo, sin ayuda de nadie, y por eso creo necesario…

—Sheila —susurró el abogado—, llama al médico.

Ellery miró en torno con gesto repentino, como si por vez primera tuviera conciencia de lo ocurrido en su derredor.

—¿Qué es eso? —refunfuñó—. ¿Para qué demontres hacen tanto barullo por mi? ¡Corran tras ese asesino sangriento!

****

Y saltó sobre sus pies con un salto agilísimo.

El inspector se encogió, boquiabierto:

—¿No *estás herido*?

—¡Naturalmente que no, papá!

—Pero… ¡ese tiro!… ¡Descerrajado a una distancia de menos de cinco pies!

—Un niño no podría haberle errado —dijo Sheila—. Tal vez se trata apenas de una herida superficial, un rasguño…

—¿Tendré que desnudarme para convencerles? —se abrió entonces la pechera de la camisa. Algo metálico brilló a la luz de la lámpara.

—¡Un chaleco a prueba de balas! —farfulló el atónito policía.

—Dije que había tomado precauciones, papá. No quise depender exclusivamente de Velie. Es el chaleco-coraza que te regaló el año pasado aquel comisionado de Scotland Yard —sonrió—. «La prenda que deberían usar todos los aficionados al arte detectivesco» — Ellery palmeó al padre en la espalda, ayudándole a incorporarse.

El inspector se desprendió con violencia de la mano de Ellery, hosco y malhumorado:

—¡Farsante! —masculló—. ¡Darme ese susto! Nunca serías buen agente de policía.

—Y hablando de agentes de policía —dijo Charley—, o de sargentos, ¿qué le ocurrió a Velie?

—¡Velie! —exclamó Ellery—. ¡Ando con la cabeza revuelta, papá! ¡Velie! ¡Abran paso!

—¡Ten cuidado, Ellery! El que te atacó se llevó consigo el arma.

—¡Oh! Ese *personaje* hizo mutis del libreto hace mucho tiempo, papá —le espetó Ellery; y se precipitó por el más próximo ventanal —. ¡Sheila, encienda todas las luces, por favor! —gritó.

Sheila corrió al «*foyer*». Instantes después la terraza quedaba bañada en luz.

—No se ven ni rastros de él —jadeó Charley.

—¡Aquí está el arma! —gritó el viejo—. El pillastre la arrojó en la terraza, al lado del estudio. ¡Velie! ¿Dónde esta, condenado hipopótamo?

—¡Velie! —aullaba Ellery.

El detective Flint salió estrepitosamente del caserón por el «*foyer*», apresando con el brazo a Sheila.

—Sorprendí a esta mujer en el «*foyer*», inspector, maniobrando con la llave de luz.

—¡Póngase a buscar al sargento, grandísimo bobo! —gruñó el inspector—. ¡Ellery envió allí a *Miss* Brent!

—Sí, señor —replicó Flint, azorado, y enseguida comenzó a buscar entre las sillas vacías de la terraza, como esperando que Velie se materializara en una de ellas.

—¡Aquí está! —la voz de Ellery era débil.

Descubrieron al gigante al otro lado de la terraza. Ellery estaba de rodillas a su lado, cacheteándole las mejillas sin piedad. Al aproximarse los cuatro, Velie resopló guturalmente y parpadeó, abriendo los ojos.

—¡Fuuuuffff! —dijo el sargento Velie.

—Todavía está mareado —el inspector se inclinó sobre él—. ¡Velie!

—¿Eh? —el sargento volvió sus ojos vítreos a su superior.

—¿Se siente bien, sargento? —preguntó Ellery, ansiosamente—. ¿Qué pasó?

—¡Oh! —el sargento gruñó y se incorporó, tocándose la cabezota.

—¿Qué ocurrió, Velie? —rugió el inspector.

—¡Calma, por favor! Yo estaba escondido detrás de uno de esos pilares —farfulló Velie— cuando… ¡auch!… el techo se me desplomó sobre la caja craneana. ¡Oigan! —prorrumpió, excitadísimo—. ¡Estoy herido! ¡Tengo un chichón como una montaña en la cabeza!

—Aporreado por detrás —expresó Ellery, alzándose—. No vio nada, no oyó nada, no sabe nada. ¡Vamos sargento! Es un milagro que esté aún vivo.

Del agresor de Velie, ni rastros. El detective Flint nada había visto ni oído. Concordaron todos en que debía ser el mismo sujeto que tentara asesinar a Ellery.

—¡La trampa parecía de hierro, Ellery! —rió Charley, tornando a la biblioteca; y luego meneó la cabeza.

—¡Astuto! —rumió Ellery entre dientes—. ¡Y rápido! Un bribón escurridizo. Tendría que haber usado ganchos de abordaje.

Cayó entonces en uno de sus ensueños. El inspector examinaba sus ropas, mientras Velie manoteaba en el armario de licores buscando «primeros auxilios».

—¡Curioso! —masculló el viejo.

—¿Qué? —Ellery apenas si prestaba atención.

—Nada, hijo.

El inspector examinó entonces el cuarto a plena luz. Cuanto más lo escudriñaba, tanto más perplejo parecía. Finalmente, cesó de mirar y murmuró:

—Es imposible.

—¿Qué es imposible? —preguntó el sargento, que se había administrado dos buenos vasos de «primeros auxilios» y casi había

vuelto a su yo normal.

—¿De qué estás hablando, papá?

—O aún te resientes de aquel revolcón, hijo —gruñó el inspector —, o ya te habrías dado cuenta de ello. En el cuarto fue disparado un tiro, ¿eh?

—¡La bala! —prorrumpió Ellery—. ¿No la puedes hallar?

—Ni rastros hay de ella. Ni una marca en los muros o en los muebles o en el piso o cielo raso. Ni bala, ni cartucho, ni nada.

—Pues debe estar aquí —exclamó Sheila—. ¡Si fue descerrajada a quemarropa dentro del cuarto!

—Tal vez rebotó afuera —dijo Charley—. Quizás siguió una trayectoria más o menos absurda y voló al jardín.

—¡Tal vez, tal vez! —gruñó el inspector—. Pero ¿dónde están las marcas del rebote? ¡Las balas no rebotan en el vacío, Charley! Lisa y llanamente, no está aquí… ¡desapareció!

—¡Mi chaleco! —gritó Ellery—. Si no está en otra parte, estará en mi chaleco coraza. O hallaremos, por lo menos, alguna marca del rebote impresa en la chapa de acero, si ella saltó afuera —abrió de nuevo su camisa y junto con su padre, examinó el chaleco de acero que cubría su torso.

Pero no había en él señal alguna de rebote de bala: ni melladuras en la trama, ni señales de deflagración de pólvora, ni surco alguno de rebote.

Por lo demás, camisa y americana estaban intactas.

—¡Pero si oímos el tiro! —gritó el inspector Queen—. ¡Vimos el fogonazo! ¿Qué es esto? ¿Otro truco de magia? ¿Otro cuento de esa necedad de *Mamá Oca*?

Lentamente se abotonó Ellery la camisa. Velie fruncía el ceño en poderoso esfuerzo de concentración, con una botella de *whisky* irlandés en la mano. El inspector fijaba su mirada en el «Colt» recogido del piso.

Y luego Ellery rió entre dientes, abotonándose el último botón de la camisa. Rió:

—Naturalmente. ¡Naturalmente!

—¿A santo de qué te estás palmeando las espaldas, so necio? —preguntó el viejo, exasperado.

—¡Eso lo confirma todo!

—¿Qué confirma?

El sargento Velie depositó la botella de *whisky* sobre la mesa y comenzó a rondar a los Queen, una mirada curiosa en su rostro pétreo.

—Papá, ya sé quién mató a Robert y Maclyn Locks.

QUINTA PARTE

XXVI. *LA IDENTIDAD DEL GORRIÓN*

—¿SABES, realmente? —dijo el inspector—. ¿No son conjeturas?

—¡Realmente, sé! —dijo atónito Ellery, como sorprendido por la simplicidad del caso.

—Pero ¿cómo puede usted saberlo? —prorrumpió Sheila—. ¿Qué ocurrió tan súbitamente que le haya puesto en el camino de la verdad?

—¿Y a quién se le importa lo ocurrido? —dijo Charley, sombrío—. ¡Yo sólo quiero saber quién es, Ellery!

—Y yo también —dijo el sargento, tanteándose el chichón—, Márquelo enseguida con el dedo, maestro, para acabar estos «*rounds*» con la sombra y empezar a pegar duro y parejo.

El viejo contemplaba receloso a su eminente vástago:

—Ellery, ¿es ésta otra trampa de las tuyas?

Suspiró el joven y se sentó en la silla de recto respaldar, posados los codos sobre las rodillas:

—El caso me recuerda —comenzó— a cierto personaje de Mamá Oca.

—¡Oh! ¡Dios mío! —gimió el inspector.

—¿Quién mató a Robert y Maclyn? «¡Yo!», dijo el Gorrión —murmuró *Mr*. Queen, inconmovible—. ¡Es maravilloso comprobar cómo esos versos pueriles, originariamente agudas sátiras políticas y sociales, se empeñan en surgir en nuestro asunto! No sé si el lance del Petirrojo es uno de ellos; pero sí afirmo saber la identidad del Gorrión. Sólo que no podría decirle el «quién», Charley, sin antes indicarle el «cómo». De otro modo, no me creería usted.

—Dígalo como le plazca, Ellery —imploró Sheila—. ¡Pero dígalo de una vez!

El joven encendió, lentamente, un cigarrillo:

—Thurlow compró catorce armas de fuego al iniciar su carrera de duelista. Catorce… ¡Sargento! ¿Cuántas piezas logró descubrir en el registro?

Velie se sobresaltó:

—¿A mí?… ¡Oh!… ¡Doce!

—Sí. Concretamente, las dos armas utilizadas en el duelo con Bob, la que la Vieja birló en el escondrijo de Thurlow, y las nueve que usted, sargento, halló después. ¡Doce en total! Sí; doce de las catorce armas adquiridas por Thurlow en el departamento de pequeñas armas de fuego de la casa «Comwall & Ritchey». Así, pues, faltan dos.

Ellery miró, abstraído, el cuarto, buscando un cenicero. Sheila se incorporó de un brinco, trayéndole uno. Ellery le sonrió, y ella volvió a su asiento.

—Faltaban dos —resumió— y posteriormente descubrimos cuáles eran esas dos. Eran duplicados exactos de las dos armas presentadas por Thurlow para su lance caballeresco con Bob: una automática «Colt», de bolsillo, calibre 25, y un «Smith & Wesson», tipo conocido por «revólver S. & W.», 38/32, cañón de dos pulgadas.

”Tal hecho me pareció curioso, pues: ¿para qué eran las primeras doce armas? —Ellery extrajo el inventario de la cartera—. Una automática «Colt», de bolsillo; un «Smith & Wesson», 38, o sea el revólver 38/32 con cañón de dos pulgadas; un «Harrington & Richardson», 22, modelo «Trapper» o trampero; una «Iver Johnson» 32, especial, automática de seguridad; una «Schmeisser» automática, 25, de bolsillo; una «Stevens», 22, pistola de blanco, tiro simple; un «I. J. Champion», 22, acción simple; un «Stoeger Luger», 7.65 milímetros, pulido; un «Máuser» de nuevo modelo, calibre 7.63 milímetros, recámara de diez tiros; una automática «High Standard», tipo *Short*, calibre 22; una «Browning» 1912, 9 milímetros y un «Ortgies», 6.35 milímetros.

Ellery hizo desaparecer el memorándum.

—Recordé a su hora que cada una de las armas anotadas era de *diferente fabricación*. Bien podría haber agregado lo que se desprendía de la misma lista: que no sólo las doce eran absolutamente distintas por su marca, sino también casi tan diversas en calibre y en tipo como es dable hallar en una armería.

"Sin embargo, las armas décima tercera y décima cuarta, las dos desaparecidas, eran duplicados exactos de las primeras dos de la lista; no meramente similares, sino idénticas —Ellery clavó en ellos la mirada—. En otros términos, *dos pares de armas* había en las catorce piezas adquiridas por Thurlow en «Cornwall & Ritchey». ¿Por qué? ¿Por qué *dos* automáticas «Colt», calibre 25, de bolsillo, cuyo largo total es de sólo cuatro pulgadas y media, como señaláramos oportunamente? ¿Por qué dos «S. & W.» 38/32, cuyo largo total es de sólo seis pulgadas y cuarto? ¡Poco adaptadas para duelo, dicho sea de paso, aunque pueden servir a tal fin! En el arsenal de Thurlow había pistolas más pesadas, más largas y más adecuadas para un lance tan valeroso como un desafío al rayar el día. ¿Por qué estas armas, y por qué las más pequeñas?

—¿Coincidencia? —preguntó Sheila.

—Sí, podría ser coincidencia —admitió el joven—, Pero la lógica va contra ello, Sheila. En efecto, ¿qué pasó? Al concederle a Bob la elección de armas durante la cena efectuada la noche anterior al duelo, no le ofreció Thurlow una de las armas del par «Colt» o del par «S. & W.», cosa que habría sido lo más natural en un duelo. No, señores; Thurlow ofreció a Bob la elección entre dos armas *completamente distintas*. ¿Coincidencia? Difícilmente. Sólo podía decirme que debía haber algún fin, algún móvil, algún plan tras eso.

—¿Y bien? —el inspector frunció el ceño.

—Y bien, papá, ¿cuál fue la consecuencia de la elección efectuada por Bob entre las dos armas distintas que le ofrecía Thurlow? Hela aquí: sea *cual fuera el arma escogida por Bob* —ya la automática «Colt», ya el revólver «S. & W.»— *a Thurlow no le quedaba una sola arma para él, sino dos, un par*.

—¡Un par! —exclamó Charley—. ¡Pero, claro! Ya que Bob escogió el revólver «Smith & Wesson», a Thurlow le quedaban los dos «Colts» idénticos.

—Y lo mismo habría ocurrido si Bob hubiese optado por el «Colt» —asintió Ellery—. Thurlow no podía perder, pues *tenía* que quedarse con un par de armas idénticas. La cuestión era averiguar qué ventaja sacaba Thurlow de todo esto. Eso no lo podía contestar entonces; pero ahora sí.

—¡Aguarda un instante, hijo! —dijo el inspector, irritado—. No veo qué diferencia habría significado eso aunque Thurlow hubiese quedado en posesión de una docena de armas idénticas.

—¿Y por qué no?

—¿Cómo por qué no? ¡Pues porque Thurlow no podría haber asesinado a Bob Locks, hijo! Desde el momento en que depositaste el «Colt» 25 en el dormitorio de Thurlow con el cartucho de fogueo en la recámara hasta cuando le entregaste ese mismo revólver en la madrugada del día del desafío, Thurlow no pudo haberlo tocado. ¡Así lo dijiste tú mismo!

—Es verdad, maestro —terció Velie—. No pudo meterse en su dormitorio durante la noche para extraer el cartucho de fogueo y reemplazarlo por una bala real, pues todo ese tiempo estuvo con *Miss* Brent y Charley Paxton y, luego, con usted mismo.

—O estuvo en el estudio con nosotros —confirmó el abogado—, o en el «Club Bongo», adonde fuimos nosotros cuatro después de llevar el arma cargada al dormitorio de Thurlow, Ellery.

—Y no sólo eso —machacó el inspector Queen—, sino que tú mismo me dijiste, Ellery, que los únicos que positivamente no tuvieron ocasión de trocar las balas del arma en la alcoba de Thurlow fueron éste mismo, Charley y *Miss* Brent.

—¡Son los hechos! —intervino el sargento, sarcástico—. ¡Son los hechos, maestro!

Ellery sonrió, triste:

—¡Cómo se aferran ustedes a los «hechos»! Aunque no debería arrojar la primera piedra: yo mismo me aferré bastante a los

hechos… De acuerdo: Thurlow no pudo haber reemplazado el cartucho de fogueo por la bala real en el «Colt» dejado en la mesilla de luz.

—¿Qué diablos pretendes entonces demostrar? —bramó el viejo, agresivo.

—Nada más que esto, papá —respondió Ellery, tenso el acento—: *pese a ello, Thurlow asesinó, deliberadamente, a su hermano Bob*.

—¡¿Qué?! —el sargento Velie estiró la oreja derecha, confuso.

—Thurlow asesinó… —Sheila calló.

—¡Pero, Ellery! —protestó Charley Paxton—. ¿Acaba usted de admitir que él…?

—¿Que Thurlow no pudo sustituir el cartucho de fogueo por la bala real, Charley? Así es. Y lo sigo admitiendo. Pero ¿no ven ustedes, amigos míos, que poseyendo Thurlow dos armas idénticas, no sólo se preparaba una coartada férrea, sino que también perpetraba un homicidio aparentemente imposible? ¡Vean! —Ellery se puso de pie en un brinco, mascando el cigarrillo—. Todos nosotros supusimos que el asesino reemplazó el cartucho de fogueo del «Colt» por una bala real; que ésa era la única forma posible en que Bob Locks podría haber sido asesinado. Pero, *¿y si supusiéramos que el cartucho de fogueo jamás fue tocado?*

Le contemplaron boquiabiertos.

—¿Si supusiéramos que el «Colt», cargado con el cartucho de fogueo, jamás fue empleado en el duelo, sino el otro «Colt», el «Colt» duplicado?

Al oírle, el inspector gimió, agarrándose la grisácea cabeza en un cegador relámpago de comprensión.

—¡Fundamental! —expresó *Mr*. Queen, encendiendo un cigarrillo —. Thurlow no usó el «Colt» del cartucho de fogueo. Usó, simplemente, el otro «Colt», cargado con bala real.

”La agresión efectuada contra mí hace algunos minutos lo probó. *Probó, sí, que Thurlow cambió los dos «Colts» justo antes del duelo con Bob*, y lo hizo ante nuestras propias narices. Como lo demuestra el reciente atentado efectuado contra mi vida en este cuarto.

”Bien, desde la muerte de Bob, el «Colt» que lo mató —el «Colt que sabemos tenía una bala porque lo mató, el “Colt» con que le apuntó Thurlow—, ha estado en tu poder, papá, como el instrumento del crimen, la pieza vital del caso.

"Hoy, Horatio Locks descubrió el «Colt» 25 duplicado en el sicómoro de la finca.

"Minutos atrás ese «Colt» duplicado fue disparado contra mí a quemarropa. No obstante, no había marca en mí, ni perforación de bala, ni ralladura en mi chaleco de acero, ni quemaduras de deflagración de pólvora; y ni bala, ni agujero de bala, ni signo de rebote alguno en este cuarto. Única explicación posible: *el «Colt» duplicado, que esta noche disparó contra mí el criminal, estaba cargado con cartucho de fogueo*.

"Pero nosotros habíamos cargado un «Colt» 25 con cartucho de fogueo para que fuera utilizado por Thurlow en su duelo con Bob.

"Conclusión: el arma descerrajada contra mí esta noche *era esa primera arma*, el arma que había estado sobre la mesita de luz de Thurlow toda la noche anterior al desafío, el arma que yo fui a buscar a su alcoba, el arma que le entregué al amanecer y que él se echó inmediatamente, según recordarán, en el bolsillo derecho de su saco de «*tweed*»… ¡el arma que *no* extrajo de ese bolsillo instantes más tarde!…

”Sí, Thurlow cambió las armas bajo nuestras propias narices, y apenas se reconoce el hecho básico de que mudó las armas, se torna puerilmente evidente el modo como obró.

”El hecho es que, poseyendo *dos* armas, no tenía necesidad alguna de cambiar las balas, constituyendo este hecho la parte más sólida al par que más odiosa del plan de Thurlow. Le hacía posible crear una coartada inconmovible, inexpugnable. Debió sorprender nuestro plan de reemplazar la bala real por un cartucho de fogueo en el único «Colt» que le conocíamos en ese instante. Pero él sí sabía que poseía un «Colt» duplicado. Así, pues, ¿por qué no dejarnos desarrollar el plan de arrancar la muerte del primer «Colt», adueñarse de tan poderosa coartada y asesinar, empero, a Bob? Y

por añadidura, en circunstancias tales que pareciera ciego instrumento de algún ser misterioso.

”Thurlow, pues, aprovechó esa oportunidad. Sheila, él permitió a usted «sacarlo del paso». Charley, él aceptó complacido que usted se le reuniera luego en el estudio. Y debió ponerse fuera de sí de júbilo cuando descendí también yo para sumarme al grupo. ¿Qué hizo, entonces? Si lo recuerdan, *Thurlow* fue quien insinuó ir al «Bongo»; *Thurlow* fue quien manejó las cosas para que permaneciéramos toda la noche ausentes y no retornáramos hasta la hora del duelo, causa por la cual jamás se podría decir que tuvo ocasión de trocar las balas en su alcoba en ningún momento, después que puse allá el «Colt» cargado con el cartucho de fogueo.

”¿Cómo saber que toda la tarde anterior, toda la noche del «Club Bongo», toda la madrugada del retorno a la finca, guardaba Thurlow el «Colt» duplicado, provisto con una bala mortal, en el bolsillo derecho?

”Y observen ahora cuán artero es el hombre. Regresamos, y él me envió a mí a su alcoba para traerle el «Colt» del cartucho de fogueo, so pretexto de ser yo su segundo… Para que no se dijera después que Thurlow Locks estuvo a solas con esa arma siquiera dos minutos…

”Recogí el arma, haciendo el papel del tonto, entregándosela a Thurlow a la vista de numerosos testigos, y él se la echó en el acto en el bolsillo de la americana.

"Comenzó la pantomima del duelo. Thurlow extrajo un «Colt» 25 de ese bolsillo derecho. ¿Cómo saber que no era la misma arma, cargada con un cartucho de fogueo? ¿Cómo saber que el «Colt» extraído de ese bolsillo era un duplicado del arma que acababa yo de pasarle, un arma idéntica en forma, en tamaño y en apariencia, y que la que le entregara estaba aún sepultada en su bolsillo derecho? ¿Y que allí continuaba?

El inspector Queen gruñó:

—¿Quién habría pensado en registrar al loco? ¡Ni siquiera sabíamos entonces que había un «Colt» 25 duplicado!

—No, no lo sabíamos, papá. Y Thurlow sabía que no. Ningún riesgo corría entonces. Luego, se desembarazó simplemente del primer «Colt», ocultándolo en el nido de gorriones del sicómoro, el cartucho de fogueo aun en él.

—Y después —murmuró el policía— salió con ese segundo desafío, a Mac, como una farsa y un tapujo. Estábamos seguros en ese momento de pasar por alto su parte en aquella muerte, reputándola locura irresponsable. Así, pues, Thurlow asesina a Mac por la noche del modo corriente, mientras esperábamos un duelo por la mañana. ¡Sutil!

—Pero, *¿por qué* mató a los gemelos? —inquirió el sargento.

—¡Porque los odiaba! —profirió Sheila, echándose a llorar.

—¡Basta, querida! —murmuró Charley, rodeándola con los brazos —. ¡O te saco de aquí al instante!

—Es siempre la misma historia… odio… locura… —sollozó Sheila.

—¡De ningún modo! —dijo *Mr*. Queen glacialmente. Ella alzó los ojos, rápido; todos estaban sobresaltados—. Créanme, no hubo locura en los planes de Thurlow, sino cálculo frío, brutal, lógico, delictuoso.

—¡Vamos! ¿Y cómo se figura usted eso ahora, Ellery? —preguntó Charley.

—Sí, hijo: ¿qué demontres ganaba él asesinando a los mellizos? —dijo como un eco el inspector.

—¿Qué ganaba? —Ellery asintió—. ¡Cuestión espinosa, papá! Explorémosla un poco. Pero establezcamos primero un hecho interesante: éste no es un caso de *un* asesinato, sino de *dos*. ¡Muy bien! ¿Quién ganaba más con la muerte de Bob y Mac?

Callaron.

—¡Thurlow, y sólo Thurlow! —se contestó Ellery—. Permítanme demostrarles por qué se lo digo.

”¿Qué habría ocurrido de no ser asesinados Mac y Bob? Fallecida la Vieja, se celebraría automáticamente una elección para nombrar nuevo presidente del Directorio de la Compañía de Zapatos Locks. Siete personas tendrían el derecho de votar en tal elección, como

sabían todos por su testamento, el que, se nos dijo, era conocido por todos los de la casa desde hacía años.

”Vivos Bob y Mac, uno de ellos habría sido necesariamente designado para hacerse pleno cargo de la ingente empresa comercial Locks. Salió esto a relucir en la misma elección efectuada el día siguiente del fallecimiento de la Vieja; usted misma nos lo dijo, Sheila, un si es no es amargamente —la joven asintió, con gesto perplejo—. Ahora bien, supongamos que los gemelos no hubieran sido asesinados. Supongamos que a la muerte de su madre, Sheila, los mellizos hubiesen estado aún vivos. Uno de ellos habría sido nombrado presidente, contando seguramente con los siguientes votos: el suyo, el de su hermano gemelo, el de Sheila y el de *Mr*. Underhill.

”Ni Louella ni Horatio sentían deseos o tenían capacidad para encabezar la empresa. Thurlow, pues, sería el candidato de la oposición. Ahora bien, ¿quiénes estarían por Thurlow?

”Bueno, ¿quiénes votaron por Thurlow en el curso de dicha elección? ¡Louella, Horatio y el propio Thurlow!

”En otros términos, vivos los mellizos, *uno de ellos habría sido electo en vez de Thurlow por cuatro votos contra tres*.

—Eso es —dijo Charley, suavemente.

—¡Por una mayoría de uno! —exclamó Velie.

—Thurlow habría perdido… —musitó el inspector.

—Sí; Thurlow habría perdido por cuatro votos contra tres —confirmó Ellery—. Conociendo la sensibilidad de Thurlow, ¡qué no habría significado eso para él! Derrotado, «deshonrado» a sus propios ojos, forzado a ocupar un puesto detrás de los dos hermanos más jóvenes, cuando toda la vida había estado aguardando la muerte de la madre para reinar supremo en la firma. Sí, la derrota en la elección habría constituido el supremo insulto de la vida de Thurlow.

”Y no es eso todo. Él sabía que apenas falleciera su madre, Sheila, los gemelos y su padre tratarían de recuperar el verdadero apellido de Steve, Brent. Ello significaba que la compañía Locks

perdería eventualmente su nombre. En el mejor de los casos, iría a parar a manos de seres a quienes Thurlow consideraba siempre intrusos… no verdaderos Locks…

”Conociendo a qué extremos había llegado Thurlow en el pasado para vengar supuestos agravios contra el nombre de la familia, es fácil creer que su harto concentrado y maniático Ego le dictó un plan mediante el cual podría conseguir el dominio de la firma a la hora de la muerte de su madre (véase Dr. Innis) y evitar la «catástrofe» de ver posiblemente perdido el nombre de los Locks para la pesarosa posteridad.

”¿Y cuál sería el único modo de ejecutar tal proyecto? ¿El *único* modo? Pues eliminando a los dos gemelos que le estorbaban el paso, a los dos hermanos que no sólo fiscalizaban dos votos vitales, sino que eran también lógicos candidatos, uno y otro para encabezar la firma a la muerte de la Vieja.

”Y de esta suerte, pues, muertos Bob y Mac a manos de Thurlow, ganó éste la elección por el margen de un voto: tres a dos, en lugar de perder por cuatro a tres. ¡Oh, no! —exclamó *Mr*. Queen, sacudiendo la cabeza—. No hubo locura en Thurlow cuando incubó este plan… O diría más bien que el crimen fue *cuerdo* aunque el criminal no lo fuera… Aceptada la obsesión de Thurlow por el nombre de la familia, todo cuanto planeó y ejecutó después fue estrictamente lógico.

—Sí —dijo Sheila, lentamente—. ¡Qué tonta fui en no verlo! Louella, Horatio… ¿qué se les importaba a ellos todo esto?… Sólo pedían que les dejaran solos. Pero Thurlow… ¡toda su vida fue la sombra, minúscula y fracasada, de su madre!…

—¿Qué opinas tú, papá —preguntó Ellery— de mi Gorrión?

—Te lo compro, hijo —dijo simplemente el viejo—, pero hay un pequeño detalle que no nos has suministrado.

—¿Cuál?

—¡Pruebas! Pruebas que entren por los ojos del fiscal de distrito Sampson —continuó el inspector—, presentándolas así: «Dick, tenemos un caso para los tribunales».

Y un largo silencio cayó sobre ellos.

—Tú mismo tendrás que buscarlas, papá —dijo Ellery al fin, desenroscando sus largas piernas—. Todo lo que puedo hacer es suministrarte la verdad.

—Sí, sí. Lo malo es —dijo Velie secamente— que tendrían que hacer nuevas leyes para usted, maestro. Usted señala con el dedo a los criminales; pero no les pone con un pie en la silla eléctrica.

Ellery se encogió de hombros:

—No son cosas de mi incumbencia, sargento. Ordinariamente, llegados a esta etapa, mandaría yo todo al diablo y volvería a casa a mi desvalida máquina de escribir. Pero debo confesar —y sus ojos erraron posándose en Sheila— que en este caso me sentiré mucho más seguro viendo a Thurlow a salvo tras sólidas rejas antes de retirarme, como su hermana Louella, a mi torrecilla de marfil.

—¡Aguarde! —profirió Charley, meneando la cabeza—. Creo poder suministrarle un hecho importante que vinculará a Thurlow por lo menos a uno de los dos crímenes… ¡al de Bob!… ¡Soy un imbécil!

—Un doble asesino no muere menos por ser electrocutado en castigo de un solo homicidio —apuntó el viejo—. ¿Qué hay, Charley?

—Tendría que habérselo dicho mucho antes, inspector; pero no significó nada para mí hasta que Ellery explicó lo de las armas duplicadas. Hace algún tiempo (y ustedes podrán confirmar la fecha exacta) me pidió Thurlow el nombre de mi sastre.

—¡De su sastre! —se alzaron las cejas de Ellery—. ¡Ni un instante de tranquilidad y paz! ¿Y bien, viejo?

—Se lo di, suponiendo que querría ordenar un traje. Poco después recibí una cuenta del sastre (aún la guardo en algún lugar, siendo eso evidencia para el fiscal) cargándome reformas hechas en un saco de «*tweed*».

—¿De «*tweed*»?

—Nunca uso «*tweed*» y comprendí por eso que era un error. Recordé luego que Thurlow me había interrogado acerca de mi sastre. Así, pues, pregunté a Thurlow respecto al saco de «*tweed*»

que mi sastre cargaba a mi cuenta y él dijo que sí, que el hombre se referiría a su saco de '*tweed*", porque él había hecho que mi sastre ejecutara algunas reformas en él y no había recibido la correspondiente factura. Thurlow pidió que pagara dichas reformas, prometiendo reembolsarme. Así lo hice —añadió el abogado, sombrío—, al contado… ¡maldito demonio!

—¿Reformas? —exclamó Ellery, suavemente—. ¿Qué clase de reformas, Charley? ¿Se lo dijo él?

—No, no me lo dijo —replicó Paxton—. Pero olí algo sucio, no sé por qué. Se lo pregunté al sastre al pagar la cuenta. Y él me dijo que *Mr*. Locks le había hecho reformar el bolsillo derecho del saco «*tweed*», transformándolo en bolsillo doble…

—*¡Bolsillo doble!* —el inspector saltó sobre sus pies.

—Con una división de tela entre ambos.

—¡Charles, eso es! —susurró Sheila.

—¡Bolsillo doble! —sonrió el sargento—. ¡Dobles armas, doble adiós a *Mr*. Locks!

—Si eso no establece premeditación, no sé qué lo haría —dijo el viejo, restregándose las manos con vivacidad—. ¡Charles, un millón de gracias!

—Sí, eso es —dijo Ellery—. Yo mismo tendría que haberlo adivinado. Naturalmente, Thurlow tenía que adoptar la precaución de prevenir la confusión de las dos armas durante el breve período de permanencia en el mismo bolsillo. Pero con bolsillo doble, podía Thurlow echarse el «Colt» cargado con bala real en una mitad, digamos la mitad correspondiente a la delantera del bolsillo; y el «Colt» con el cartucho de fogueo en la mitad posterior. Facilitaba esto la localización del «Colt», cargado con bala, llegado el momento de extraer el arma para el duelo.

—Mejor echarle mano enseguida a la americana, inspector —aconsejó Charley—. Thurlow se cree a salvo y, por ello, no tomó ninguna medida para resguardarse. Pero si sospecha que andan en busca de pruebas, destruirá la chaqueta y jamás tendrán un caso para Sampson.

Una tenebrosa figura surgió de la terraza, pasó por una de las ventanas y trastabilló en el estudio.

Era Thurlow Locks.

Una sola mirada a sus convulsas facciones era prueba terminante de que Thurlow había escuchado cada una de las palabras del análisis efectuado por Ellery Queen, análisis que le arrojaba a la Casa de la Muerte, y de las declaraciones de Charley Paxton, que les brindaba la palanca de la Silla Eléctrica.

Todos quedaron paralizados por segunda vez en la tarde por la sobrehumana celeridad de la aparición del demente Thurlow. Era éste un Gorrión poseído de los demonios.

Antes de que atinaran a moverse, se arrojó Thurlow a la garganta de Charley.

—¡Te voy a matar por haberles hablado del bolsillo, perro! —bramaba, hundiendo sus dedos en la carne de Paxton. Tomado por completo de sorpresa, éste no tuvo siquiera tiempo o presencia de ánimo para levantarse del asiento; la fuerza brutal del asalto de Thurlow le arrojó hacia atrás con violencia y su cabeza golpeó contra el piso con seco chasquido. Los dedos engarfiados del loco se clavaron más hondo. —¡Te voy a matar! —continuaba rugiendo, babeante de cólera—. ¡Ese bolsillo! ¡Te voy a matar!

****

—¡Charley está inconsciente! —chillaba Sheila, desfallecida de horror—. ¡Golpeó el piso con la cabeza! ¡Basta, Thurlow, basta! ¡Basta, asesino, *basta ya*!

Los Queen, padre e hijo, y el sargento Velie, alcanzaron con sus golpes al hombrecillo desde tres direcciones opuestas, simultáneamente. Velie aferró las piernas de Thurlow, que instantáneamente comenzó a dar puntapiés. Ellery le apresó un brazo y tironeó, y el inspector atrapó el otro. Aun así, resultó no poco difícil arrancarle de la garganta de Charley. Sólo empleando la

fuerza bruta consiguió Ellery desprender aquellos dedos gordezuelos, metamorfoseados de súbito en férreos garfios.

Libre al fin Paxton, Sheila se dejó caer de rodillas, histéricamente, junto a él, acariciando su cuello tumefacto en los puntos en que el zarpazo de los dedos de Thurlow fuera más bestial y más profundo.

El sargento Velie atrapó la garganta de Thurlow con un «gancho» del brazo derecho; pero el hombrecillo se obstinaba en patearle con rabia feroz aunque los ojos parecían proyectarse fuera del cráneo. Ojos rojos, ojos salvajes.

—¡Te voy a matar! —seguía vociferando—. ¡Yo maté a los gemelos, mataré también a Paxton, y te mataré… te mataré… te mataré…!

Y súbitamente, todo él pareció aflojarse, relajarse, como una muñeca de trapo. Se plegó su cabeza sobre el brazo del sargento. Sus piernas cesaron de agitarse locamente.

—¡Al sofá! —dijo el inspector Queen, breve—. *Miss* Brent, ¿cómo está Charley?

—Creo que bien, inspector. ¡Ya se recobra! Charley, Charley querido…

Alzó en vilo el sargento al hombrecillo, acarreándolo al sofá. No lo dejó caer; lo depositó con cuidado, casi con ternura paternal.

—¡Astuto como pocos! —masculló el inspector—. Bueno, hijo, tú se lo oíste decir. Así, pues, tenías razón, y contamos con multitud de testigos y Thurlow es hombre acabado y liquidado.

Ellery se sacudió el polvo.

—Sí, papá; adquisición premeditada de dos armas de fuego; confección premeditada de un doble bolsillo; elaboración premeditada de una coartada perfecta, un móvil claro… Sí; creo que tienes un buen caso para el fiscal.

—¡No lo necesitará! —terció el sargento Velie, lentamente.

En el tono de Velie había algo tan áspero y extraño que le miraron con expresión inquisidora. El gigante proyectó su mandíbula de cíclope en dirección del hombre tendido en el sofá.

Thurlow Locks yacía inmóvil, con una mirada en los ojos opuesta a todo sentido de lo cuerdo. Nada había ahora en sus ojos, nada, absolutamente nada. Semejaban bolitas inertes. La cara parecía moldeada con arcilla en pliegues verticales. Miraba de hito en hito al sargento Velie, sin resentimiento, sin odio, sin dolor… sin conocimiento…

—Velie, llame al hospicio de Bellevue —dijo el inspector Queen, sombrío.

****

"—*Ave atque vale*, Thurlow, meditaba sombrío Ellery Queen contemplando la atormentada carne de la carne de la Vieja.

"Para ti no habrá ya detención, ni acusación, ni jurado, ni proceso, ni condena, ni silla eléctrica.

"Para ti habrá una celda y rejas, y campos verdeantes que contemplarás con ojos de mirar extraviado, y carceleros enfundados en blancos uniformes almidonados."

XXVII. *EL COMIENZO DEL FIN*

DIFÍCIL sería establecer si Ellery Queen estaba satisfecho con el papel que le incumbiera en el caso Locks.

En otros tiempos, la persecución de la verdad por Ellery en el campo de la infamia humana había sido asistida por una especie de melancólica irritación que desaparecía como por ensalmo al regreso del cazador de la verdad a su hogar. Pero ahora, una semana después de haber confesado Thurlow su crimen y caer en completa demencia, el asiento intelectual de Ellery seguía escociéndole como una brasa.

Se extrañaba de sí mismo reflexionando en torno a la horrenda fantasía de las pasadas semanas. Que había logrado éxito, era indisputable. Thurlow Locks había asesinado igualmente a Maclyn Locks. Triunfante la lógica, confeso el asesino, el caso estaba cerrado. ¿Dónde, pues, había fracasado?

El rey James dijo a la mosca: «Tres reinos poseo ¿y tú necesitas meterte en mi ojo?»

¿Cuál era la naturaleza de la mosca?

Y súbitamente, desayunándose esa mañana con su progenitor, vio que había dos moscas, por decirlo así, en su ojo.

Una de ellas era el propio Thurlow Locks. Thurlow era un enigma, pese a la lógica y a la confesión. *Mr*. Queen presentía, desasosegado, que jamás había conocido la verdadera índole de Thurlow, y que seguía no conociéndola. El hombre había sido una mixtura demasiado desconcertante de sentido común y de desatino para captarla íntegramente. Pero la fórmula de Thurlow era preponderantemente demencial, y tal cosa anonadaba sin tregua a *Mr*. Queen. El hombre había sido capitalmente loco, y su crimen

había sido capitalmente cuerdo; acaso fuera ésta la fuente del desconcierto. Y sin embargo, no cabía duda alguna de que Thurlow había asesinado a sus dos hermanastros, sabiendo exactamente lo que hacía.

Ellery renunció a las cavilaciones.

La otra mosca era igualmente manifiesta e igualmente pestífera. Tenía hoyuelos y se llamaba Sheila.

Llegado a este punto, reanudó Ellery aceleradamente el ataque a su desayuno, vigilado por el ojo inquisidor del padre.

A veces es más cuerdo, pensaba, no sondear demasiado ciertas ramas de la entomología.

Por coincidencia, Sheila Brent y Charles Paxton cayeron por el departamento de los Queen antes de que concluyeran aquel penoso desayuno; y cumple decir que *Mr*. Queen apechugó heroicamente con el trance, tanto más cuanto que la juvenil pareja venía a anunciarles su próximo casamiento.

—¡Les deseo el mejor de los éxitos! —dijo con valor, estrechándoles la mano.

—Si dos tortolillos merecieron dicha en el mundo —expresó el inspector, sacudiendo la cabeza—, son ustedes dos. ¿Para cuándo los confites?

—Para mañana —respondió Sheila, radiante.

—¡Para mañana! —*Mr*. Queen parpadeó.

Charley estaba claramente embarazado.

—Dije a Sheila que estaría usted probablemente atareadísimo con su libro, ganando el tiempo perdido —murmuró—. ¡Pero, ya sabe usted cómo son las mujeres!

—Sí, lo sé, y jamás les habría perdonado si se hubieran aferrado a alguna excusa idiota por el estilo para no venir.

—¿Viste, querido? —dijo la joven.

Charley sonrió débilmente.

—Mañana, ¿eh? —sonrió el inspector—. ¡Es un día como ninguno!

—Saldremos luego en viaje de bodas —manifestó Sheila, colgándose del brazo del abogado—, y cuando regresemos… ¡trabajo y paz!…

—¿Trabajo? —coreó Ellery—. ¡Ah, sí! La empresa…

—Sí. *Mr*. Underhill va a manejar la parte de la producción; es, con mucho, el mejor hombre para eso y el personal de las oficinas, por supuesto, seguirá trabajando, como siempre.

—¿Y el organismo ejecutivo? —preguntó, curioso, el inspector—. Con Thurlow fuera de circulación…

—Bueno, ensayamos de convencer al padre de Sheila de que cambiara de opinión en cuanto a su resolución de no tomar parte activa en la empresa —aclaró Charley—, pero Steve se negó de plano. Alega que es demasiado viejo y que quiere vivir el resto de sus días jugando a las damas con ese viejo pillastre de Gotch. Así, pues, el asunto recae en Sheila. Desde luego que Louella y Horatio quedan fuera de cuestión, y ahora que desapareció Thurlow, harán cuanto les diga Sheila.

—Sostuvimos una larga conversación con Louella y Horatio —expresó Sheila—, y convinieron en aceptar dividendos de la empresa y no obstaculizar las tareas de la reorganización. Seguirán viviendo en el viejo caserón de Riverside Drive, pero papá y el mayor Gotch tomarán departamento, y claro está que yo y Charley alquilaremos también otro para los dos —reprimió un escalofrío—. ¡No veo el momento de salir de esa casa maldita!

—¡Amén! —concluyó Charley, bajo el acento.

Ellery sonrió:

—Así que de ahora en adelante tendremos que dirigirnos a usted como señora presidenta, ¿verdad, Sheila?

—Creo que sí, Ellery —respondió la muchacha—. En verdad, sólo seré presidenta de nombre. Con *Mr*. Underhill manejando la producción y Charles la parte comercial (¡él insistió en eso!) no tendré otra cosa que hacer sino cortar cupones.

—¡Qué vida! —gruñó el viejo.

—Y, naturalmente, Ellery —murmuró Sheila, con voz alterada, fija la mirada en el piso—, naturalmente que no podría expresarle toda la gratitud que siento por todo lo que hizo por nosotros…

—¡Ahórreme el suplicio, ahórreme el suplicio! —imploró Ellery.

—Y yo y Sheila pensábamos —dijo Charley— que le estaríamos aún más agradecidos si terminara usted su obra…

—¿Qué dice?

—¿Qué les pasa a los dos? —rió Sheila—. Charley, ¿ahora no sabes ni extender una simple invitación? Ellery, Charley desearía que mañana fuera usted su padrino y… Bueno, ya imaginará usted cuánto me encantaría eso…

—¡Con una condición!

Charley parecía aliviado:

—¡Lo que usted quiera, viejo!

—¡No se precipite, Charley! ¡Desearía besar a la novia! —dijo *Mr*. Queen, pensando que eso contendría la generosidad del amigo Charley.

—¡Cómo no! —respondió Charley, con débil sonrisa—. Sírvase, pues.

Y *Mr*. Queen se «sirvió», liberalmente.

****

Y digamos ahora que era realmente extraño que, aun en la paz de la iglesia, hallándose el Dr. Crittenden sosteniendo, sonriente, su libro abierto, y Sheila de pie ante él, erguida, calmosa y tensa, a la izquierda, su padre algo detrás y a un lado de la joven, y Charley Paxton de pie a la derecha, solemne y grave, Ellery detrás de él… aún ahí, aún ahora, continuaban las moscas zumbando ante el ojo de Ellery.

—Amantísimos hijos, nos hemos reunido aquí a la vista de Dios y ante esta concurrencia…

El inspector Queen estaba tras Ellery. Sintiendo la regular respiración del padre en sus oídos, el hijo fue súbitamente presa de enigmática enajenación, tan caprichosa es la mente humana en sus crisis de desesperación.

Deslizó la mano en el bolsillo del saco para tantear el anillo del cual era honorable custodio, al par que los tres documentos guardados en el mismo sitio. El inspector se los había entregado esa mañana a Ellery.

—Devuélveselos a Charley para que los guarde en sus archivos, o guárdalos tú por él —había dicho el anciano—. ¡Sabe Dios que no pude desembarazarme de ellos con la rapidez que yo hubiese querido!

Uno de ellos era el testamento de la Vieja. Sus dedos lo reconocieron por el grosor del envoltorio. La Vieja…

—… *para unir a este Hombre y a esta Mujer en sagrado Matrimonio, que es un estado honorable, instituido por Dios…*

La confesión de la Vieja. Su anotador. Sólo restaba uno, así que debía ser él. Lo halló fuera del bolsillo, en su mano. ¡Demontres! ¿Cómo había ocurrido eso?, pensó Ellery, harto inocentemente. Le echó una ojeada con disimulo.

—… *y por consiguiente, nadie debe entrar en él sin consejo o ligeramente…*

Confesión falsificada. Nunca escrita por la Vieja. Esa firma… copiada, calcada con el mismo lápiz de mina blanda…

Ellery se encontró volviendo la cuartilla de cerrada dactilografía. Limpia, perfectamente limpia. Ni una marca de lápiz, ni vestigios de borraduras.

—*… sino reverentemente, discretamente, previa reflexión, sobriamente, y en el temor de Dios…*

Algo pareció estallar en el cerebro de Queen. Extrajo veloz el documento del bolsillo, el memorándum de la venta de acciones, del cual se había traspasado la firma de Cornelia Locks a la «confesión»… ¡cuán lejano le parecía todo eso!…

Lo dio vuelta.

Al dorso del memorándum advirtió ahora, por primera vez, la débil, pero clara impresión al revés de las palabras «Cornelia Locks».

Cambió su posición a fin de sostener el memorándum a contraluz de un rayo de sol que rozaba el brazo de Charley.

La impresión a lápiz que surcaba el reverso del documento quedaba directamente sobre la firma del anverso, sin presentar la más ligera esfumación.

—*En ese sagrado estado estas dos personas presentes vienen ahora a ser unidas*…

Se volvió Ellery, manoteando hacia el brazo del viejo.

El inspector le miró con expresión vacía. Luego, escrutando el rostro del hijo, se inclinó hacia delante y susurró:

—¡Ellery! ¿No te sientes bien? ¿Qué te pasa?

Ellery se humedeció los labios.

—*Si algún hombre puede mostrar una causa justa que sea un impedimento para que ellos no puedan unirse legítimamente, que hable ahora…*

—¡Maldición! —farfulló Ellery.

El doctor Crittenden casi dejó caer el libro.

La cara de Ellery estaba convulsionada. Pálido y colérico, los dos documentos apresados en sus manos crujían con estrépito. Más tarde, afirmó no recordar haber blasfemado …

—¡Alto! —dijo, un poco ronco—. ¡Detengan la boda!

XVIII. *EL FIN DEL COMIENZO*

EL INSPECTOR Queen susurró:

—Ellery, ¿estás loco? ¡Es una boda!

«—¡No me creerán jamás! —pensaba Ellery, angustiado—. ¿Por qué me habré mezclado en este fandango infernal?»

—Perdóneme usted, por favor —dijo al Dr. Crittenden, cuya expresión de estupor se trocaba en severidad—. Créame, doctor, que nunca lo hubiese hecho de no considerarlo imperativo.

—Seguro estoy, *Mr*. Queen —replicó el pastor, frío—, de no entender que haya algo más importante que la solemnización de un enlace entre dos jóvenes tan meritorios.

—¿Qué pasó? ¿Qué significa esto, Ellery? —profirió Charley—. Dr. Crittenden, por favor, ¿sería usted lo bastante amable como para dejarnos solos cinco minutos con *Mr*. Queen?

Sheila miraba de hito en hito a Ellery:

—Sí, doctor, por favor.

—¡Pero, Sheila! —tartamudeó el padre.

La joven tomó el brazo del viejo Steve y llevándolo aparte, le cuchicheó largamente al oído.

El pastor parecía indignado. Luego dejó la capilla con pasos agitados, retirándose a la sacristía.

—¿Y bien? —dijo Sheila, cerrada la puerta de la sacristía: su acento era ártico.

—¡Por favor, amigos, compréndanme! Este asunto no podía esperar. En cualquier momento podrían ustedes casarse; pero esto no puede aguardar más.

—¿Qué es lo que no puede aguardar, Ellery? —inquirió Charley.

—La revelación de la falsedad —se aclaró Ellery la garganta, que parecía llena de sapos y culebras—. La declaración de la verdad. Aún no lo veo claro; pero algo no va bien…

Su padre le miraba adusto.

—¿Qué dices? ¡Hoy no estás en tus cabales, hijo!

—No, no estoy en mis cabales… ni nada está en sus cabales, papá —meneó Ellery la cabeza como la sacudiera en el piso del estudio de la mansión Locks la noche en que Thurlow descerrajó un disparo contra él—. Cometimos un error: ¡eso es todo! Yo cometí un error. Pero, sí veo clara una cosa: *¡el caso no está aún resuelto!*

Sheila dio voz a un leve gemido, tan desfallecido, tan desesperanzado, que Ellery casi decidió decir que algún tornillo se le había aflojado en el cerebro y que eso era todo, todo un delirio de un cerebro enfermo. Casi, pero no por completo.

—¿Quieres decir que Thurlow Locks *no es* nuestro hombre? —prorrumpió el inspector—. ¡Pero, eso no puede ser. El! ¡Si él mismo lo confesó! ¡Tú le oíste confesar sus crímenes!

—No, no, no es eso —masculló Ellery—. Thurlow cometió, sí, esos homicidios… su mano arrebató las vidas de Bob y Mac Locks…

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decir?

—Hay alguien más, papa. *¡Alguien detrás de Thurlow!*

—¿Detrás de Thurlow? —repitió su padre, azorado.

—Sí, papá. Thurlow fue meramente la mano. Thurlow oprimió los gatillos. Pero los oprimió a indicación, y conforme a un plan, de un cerebro, de un amo… ¡del verdadero asesino!…

Se retiró el mayor Gotch a un rincón de la capilla, semejante a una cautelosa bestia, y es curioso que desde ese momento fijara sus ojos protuberantes en las pálidas y parpadeantes pupilas de su compinche, Stephen Brent.

****

—Permítanme analizar de viva voz este penoso, deprimente caso —continuó Ellery, cansadamente—. Voy a deshilvanarlo paso a paso, papá, tal como lo veo ahora. Si estoy errado, llamen al manicomio de Bellevue. Si estoy en lo cierto…

Evitaba mirar a los otros. Durante casi todo el tiempo que siguió, se dirigió a su padre como si ambos estuvieran solos en la capilla, teniendo por únicos acompañantes a los callados muros y los bancos vacíos.

—¿Recuerdan ustedes cómo probé que era una falsificación la firma de la Vieja descubierta en la confesión dactilografiada? Apliqué el memorándum de las acciones contra el panel de la ventana; asenté luego la confesión sobre dicho memorándum, y procedí después a deslizar la confesión sobre el memorándum hasta que la firma de una cubrió directamente la firma del otro. ¡Así!

Ellery fue a una asoleada ventana de la capilla y con los dos documentos ilustró su tesis.

—Toda vez que ambas firmas eran idénticas en cada curva y detalle —prosiguió—, concluí, y correctamente, que una de las firmas había sido calcada de la otra. Nadie escribe su nombre dos veces exactamente igual.

—¿Y bien? —el inspector se escurría, palmo a palmo, a la puerta de la capilla.

—Ahora bien, desde que la propia Vieja entregó el memorándum de las acciones a Charley Paxton ante nuestra propia presencia (de hecho, nosotros se lo vimos firmar), teníamos pleno derecho de presumir que la firma del *memorándum* era genuina, y que, por consiguiente, la firma de la *confesión* había sido calcada sobre ella y que era una falsificación. Pero vean ustedes qué ciegos fuimos —Ellery golpeó con los nudillos de la mano libre los superpuestos documentos que la otra retenía asentados sobre la ventana—. Si se calca una firma sobre un cristal de ventana, a contraluz, ¿en qué posición debe estar la firma genuina en relación con la otra?

—Es necesario que pongas el documento que contendrá la firma falsa sobre el de la firma auténtica, hijo —respondió el inspector,

echando miradas inquietas por la capilla penumbrosa.

—En otras palabras, aplicas primero sobre el vidrio de la ventana la firma genuina y luego emplazas sobre ella el documento que recibirá la firma falsificada. O, para decirlo de modo distinto, es el documento genuino el que queda contra el vidrio, y el documento falso el que se extiende sobre el verdadero. Por ende —dijo Ellery, volviendo de la ventana—, si la firma de la confesión era la calcada, como creíamos nosotros, entonces la confesión debió haber sido aplicada sobre el documento de las acciones, y el documento de las acciones debió asentarse sobre el vidrio de la ventana. ¿Está claro el asunto hasta ahora?

—¡Seguro, hijo! Pero ¿qué hay con eso?

—¡Un minuto, papá! Ahora, todas las firmas de la Vieja estaban escritas con lápiz de mina blanda —el inspector pareció sorprenderse ante aquella aparente redundancia de su vástago—. Dichos lápices dejan una impresión tan gruesa y suave que cuando se escribe sobre ella ejerciendo presión, como tendría que haberse hecho al calcarse una firma escrita con uno de ellos, *actúan forzosamente como hoja de papel carbónico*. O sea que, cuando se aprietan dos hojas, una sobre otra, y la firma de la hoja inferior, firma escrita con lápiz de mina blanda, se calca sobre la hoja superior, el mismo acto de calcar, la propia presión ejecutada por el agente calcador, *producirá una débil impresión de lápiz al dorso de la hoja superior*, por cuanto es el reverso de la hoja de arriba la parte que entra *en directo contacto* con los trazos del lápiz de mina blanda estampados en la firma original de la hoja inferior.

Ellery hizo una pausa.

—*¿Está claro esto?* —dijo.

—¡Adelante! —gruñó el viejo policía.

—Ya demostré que, a los efectos de que fuera una falsificación, la confesión tenía que ser la hoja superior de las dos. Pero si la confesión era la hoja de arriba, una débil impresión a lápiz de la firma de Cornelia Locks (al revés, desde luego, como vista con espejo), tendría que descubrirse *al dorso de la hoja de la confesión*.

”¿En este caso? —agregó Ellery.

El joven caminó hasta su padre, que en ese momento estaba apostado junto a la puerta de la capilla, atento.

—¡Mira, papá!

Y el inspector miró, rápido. El reverso de la confesión estaba limpio, sin mancha alguna.

—Esto fue lo que vi hace pocos minutos por vez primera. Al dorso de la confesión no se perciben ni vestigios de trazos de lápiz. Desde luego que pudo existir esa impresión y haber sido borrada por una razón u otra; pero si examinan ustedes con cuidado la superficie de la cuartilla en cuestión, no hallarán ni rastros de tal borradura.

”Por otra parte, examinen ustedes el dorso del memorándum de la venta de acciones. Aquí —y Ellery lo sostuvo en alto—, aquí está la clara, aunque ligera, impresión de la firma de «Cornelia Locks», firma estampada al dorso del memorándum, al revés. Y si lo pones a contraluz, papá, verás tú —como vi yo— que la impresión invertida de la firma yace directamente detrás de la firma trazada sobre la superficie del memorándum, probando que la impresión referida fue producida al mismo tiempo que la falsificación en cuestión.

”¿Qué significa todo esto? —Ellery tamborileó con bríos el memorándum de las acciones—. Significa que *el memorándum de las acciones era la hoja superior* de las dos empleadas en la falsificación. Significa, además, que *la confesión era la hoja inferior*, aplicada sobre el vidrio de la ventana.

”Pero si la confesión era la hoja inferior, *entonces la firma de la confesión fue usada como guía*, y la firma del memorándum de las acciones fue calcada sobre ella.

”Pero si la firma de la confesión fue usada como guía, entonces dicha firma era la *genuina*. O para comprimirlo en una píldora —dijo *Mr*. Queen, sombrío—, *la confesión de la Vieja no fue falsificada, como creíamos, sino real y efectivamente escrita y firmada de su puño y letra*.

—¡Pero, Ellery! —tartamudeó el inspector—. ¡Eso convertiría a la Vieja en el asesino del caso!

—Se podría pensarlo así, papá —dijo Ellery—. Pero por extraño que sea, aunque la Vieja escribió esa confesión de culpabilidad, no *asesinó* a sus hijos, ni pudo haber sido el ser oculto tras Thurlow, el ser que empleara a Thurlow como instrumento en la comisión de los dos homicidios.

—¿Y cómo puedes tú deducirlo? —interrogó el inspector, desorientado.

—Por lo pronto, papá, sabemos ahora que nunca hubo sustitución alguna de *balas* en el primer «Colt»: sabemos, en cambio, que se efectuó una sustitución de *armas.* No obstante ello, escribió la Vieja en su confesión —y el joven consultó el documento aprisa— el siguiente párrafo: «Yo fui quien substituyó el cartucho de fogueo colocado por la policía en el arma de Thurlow por la bala mortal.» ¡Pero la verdad es que no se sustituyó bala alguna! En otros términos, la Vieja pensaba lo mismo que pensábamos entonces nosotros, o sea que se había ejecutado un reemplazo de proyectiles. Así, pues, no sabía cómo se había cometido realmente el primer asesinato. ¿Cómo concebir entonces que estuviera implicada en él de alguna manera?

”Y vean esto ahora, amigos —Ellery agitó de nuevo la confesión de la Vieja—. «Yo fui quien hurtó más tarde otra de las armas de Thurlow y la ocultó a la policía y fue con ella al dormitorio de mi hijo Maclyn en medio de la noche y lo mató de un tiro», y así siguiendo.

”Detente a reflexionar un poco, papá: ¡Cornelia Locks no pudo cometer tampoco ese segundo crimen! El doctor Innis me dijo, justo antes de dejar a la Vieja por la noche —breve tiempo antes de ser muerto Mac de un tiro—, que le había dado a la Vieja una inyección sedante que *la mantendría dormida toda la noche*.

”No; la Vieja no tuvo nada que hacer en el asesinato de los gemelos, aunque haya escrito una confesión de culpa firmándola de su propio puño y letra. Aparentemente, sabiéndose a punto de morir y sin nada que ganar o perder en este bajo mundo, redactó una falsa confesión tendiendo a proteger al cachorro de la primera camada culpable de tales crímenes. La Vieja era mujer de singular

astucia; nada me sorprendería menos de que ella sospechara de Thurlow, su preferido. Confesando sus «delitos» en el lecho de muerte, creía ella que el caso quedaría oficialmente cerrado y que, con ese sobreseimiento, su idolatrado Thurlow estaría a salvo.”

El inspector asintió, lentamente.

—Eso tiene sentido común, hijo. Pero si no fue la Vieja quien azuzó a Thurlow a perpetrar los crímenes, ¿quién ha sido, hijo?

—Obviamente, *la persona que nos hizo creer que la firma de la confesión era falsa cuando no lo era*. Dicho de paso, fue ése un notable rasgo de ingenio. Por motivos que expondré al instante, era necesario hacernos pensar que la confesión era falsa. A fin de lograr tal cosa, papá, ¿qué necesitaba nuestro criminal? Pues una firma que fuera idéntica a la de la confesión. Ninguna firma verdadera de Cornelia Locks podía ser idéntica a la firma de la confesión, causa por la cual nuestro homicida tenía que fabricarse una. Al hacerlo así, sólo podía utilizar para el calco la firma de la confesión misma. Escogió el memorándum de las acciones que él sabía recordaríamos nosotros haberlo visto firmar por la propia Vieja; dactilografió el mensaje exactamente sobre un papel similar: destruyó el memorándum auténtico, y luego traspasó la firma de la confesión al memorándum espurio.

—Pero ¿quién era, Ellery? —el inspector echó ardientes miradas en torno.

Todos estaban tan inmóviles que parecían atrapados en los tentáculos de un gas paralizante.

—Sólo oblicuamente podremos llegar a este punto, papá. Establecido el hecho de que el verdadero criminal, el cerebro motor de Thurlow, pugnaba por hacer creer que la confesión de la Vieja era una simple falsificación, la inevitable cuestión es: ¿Por qué?

”Evidente debe ser la razón. Sólo podía ser porque el criminal no quería que aceptáramos a la Vieja como criminal; no quería cerrado el caso; quería, en cambio, que otra persona que Cornelia Locks fuera detenida y condenada por el asesinato de los gemelos.

”Cuando demostré el caso planteado contra Thurlow, pensé que la serie de crímenes tocaba a su fin. Bueno, pues estaba errado de medio a medio. Un nuevo títere en el drama tenía que ser eliminado. ¿Qué títere? ¡El propio Thurlow! —el inspector parecía desconcertado—. Sí, papá; Thurlow fue también una de las víctimas. ¡Oh! ¡Es ésta una confabulación como no la pensaron jamás en Hollywood! No es un doble crimen, sino triple. Primero, Bob; luego, Mac… ¡y ahora Thurlow!… En efecto, como sabemos ahora, Thurlow fue un simple instrumento de los crímenes, y su detención no los resuelve. Resta aún el ser que le azuzaba, el vil que fue su motor propulsor, papá. Atendiendo entonces a que el criminal quería que fuera aprehendida otra persona que Cornelia, enjuiciada, condenada y ajusticiada por los dos homicidios, delitos que se los achacamos, efectivamente, a Thurlow, *¿no es manifiesto que la captura de Thurlow constituía también parte del plan criminal?*

El inspector parpadeó:

—¿Quieres decir que no sólo quería sacar del paso a los gemelos, sino también a Thurlow, a quien empleó como instrumento de muerte? —murmuró.

—¡Exactamente! Y aquí tienes por qué causa te lo digo. Formúlate esta pregunta: ¿Quién se beneficia más con la eliminación de los gemelos y de Thurlow? ¿Puedes contestarme a eso?

—Bueno —musitó el inspector—, los gemelos fueron muertos para ganar el dominio de la Compañía de Zapatos Locks. Como resultado de su muerte, Thurlow se convertía en presidente de ella y obtenía pleno dominio…

—Pero eliminado también Thurlow, ¿quién tiene ahora la fiscalización de la empresa?

—Sheila.

Pero no fue la voz del inspector la que contestó a Ellery.

¡Fue la de Stephen Brent!

Stephen Brent contemplaba a su hija con el leve terror del padre que ve a su hija, por vez primera en la vida, como la ven los extraños.

XXIX. *EL FIN DEL FIN*

—SÍ… ¡Sheila! —dijo Ellery, en el tono más triste imaginable.

Y se puso a contemplarla, con remordimiento, con piedad y con algo que no era ni lo uno ni lo otro.

Sheila miraba azorada, ora a su padre, ora a Ellery Queen, toda ella trémula, entreabiertos los labios.

El mayor Gotch articuló un débil gemido en su rincón.

Charley miraba también fijo a Ellery, comenzando sus manos a crisparse en cerrados puños.

—¡Idiota! —aulló, abalanzándose a él—. ¡La locura Locks se le fue a la cabeza!

—¡Basta ya, Charley! —interpuso el inspector con voz débil.

Y Charley se contuvo, impotente. Claro se veía que no osaba mirar a Sheila; no osaba mirarla.

Y Sheila estaba allí, simplemente, moviendo la cabeza en vaivén.

El inspector preguntó, calmosamente:

—¿¡Quieres decir que esa chica de los hoyuelos es el cerebro oculto tras esta abominable maquinación!? ¿Que *ella* utilizó a Thurlow como instrumento? ¿Que *ella es* el verdadero criminal? —meneó la cabeza—. Charley tiene razón, hijo. ¡Tú te has vuelto loco!

Y luego Ellery dijo algo extraño. Dijo:

—Gracias, papá. ¡Gracias por Sheila!

Y al oír esto, volvieron a quedarse paralizados de estupor.

—Porque, según se desprende de los hechos, no podía ser Sheila —continuó Ellery con voz lejana—. Todo lo que quiere Sheila es… ser la esposa de alguien…

—¿La esposa de alguien?

La cabeza de Charley Paxton inició ahora un movimiento pendular: de Ellery Queen a Sheila, y de ésta a aquél.

Mr. Queen miró de hito en hito a *Mr*. Paxton.

—Todo fue planeado por el hombre que perdió una carrera brillante en derecho criminal; eso me lo dijiste tú mismo, papá, la misma mañana de los Tribunales. El hombre cuyos esfuerzos todos se enderezaban a casarse con Sheila. El hombre que sabía que, casado con Sheila y eliminados del paso ambos gemelos y Thurlow, fiscalizaría la gigantesca empresa Locks. Eso era lo que había detrás de su «insistencia», como expresó ayer mismo Sheila, en «correr con las tareas de la organización», mientras ella se aprestaba a convertirse en su «figura decorativa», ¿verdad que sí, amigo?

La piel de Charley cobró tintes lívidos.

—¿No lo ven? —evitaba Ellery los ojos de Sheila—. Charley Paxton planeó cada movimiento, cada contragolpe. Charley Paxton explotó la archisusceptible mentalidad de Thurlow y su psicopática obsesión por el honor y fama del nombre Locks. Charley Paxton convenció a Thurlow de que él tenía que matar a los gemelos para protegerse y para salvar el negocio y el nombre de la familia. Charley Paxton planeó para Thurlow cada etapa del crimen mostrándole cómo cometer a salvo dos arriesgados asesinatos, proyectando la escena ante los Tribunales, la adquisición de las catorce armas de fuego, el duelo mismo, todo, absolutamente todo, ensayándolo pacientemente con Thurlow. Un cerebro harto vacilante como el de Thurlow podría haber concebido un homicidio; pero él apenas si poseía la astucia y contracción necesarias para planear y ejecutar estos crímenes sutiles del modo como fueron planeados y ejecutados. Sólo una mente cuerda pudo planearlos. Y por eso no me sentía satisfecho sindicando a Thurlow como criminal, aunque toda evidencia indicara que sus manos y su persona habían ejecutado los actos físicos requeridos para la comisión de entrambos crímenes… No, no, Charley; yo le aseguro que no tendría ninguna probabilidad. Quédese quieto y refrene movimientos innecesarios… y peligrosos…

Extrajo el inspector una pequeña pistola policial de la cartuchera del hombro y aflojó el mecanismo de seguridad.

Ellery continuó en un murmullo:

—Bien; recordarán ustedes que yo conjeturé que Thurlow habría descubierto nuestras intenciones de sustituir la bala real del primer «Colt» por un cartucho de fogueo espiándonos desde la habitación vecina. Pero reflexionen un poco ahora: ¿quién sugirió el expediente de sustituir la bala por un cartucho de fogueo? ¿De quién fue el plan? *¡De Charley Paxton!*

Se dilataron los ojos de Sheila, que comenzó a temblar.

—Ahora, pues, tenemos una respuesta mucho más razonable a cómo Thurlow conocía la existencia del cartucho de fogueo. *Charley, su amo y conductor, se lo había dicho*. Aguardaba Charley que yo o algún otro insinuara tal estratagema y cuando ninguno de nosotros lo hizo, salió él mismo con la sugestión. Necesitaba hacerlo, pues ya le había dicho a Thurlow que eso era lo que iba a ocurrir y que él se ocuparía de ello.

”En todo momento, este inteligente abogado, que perdió una brillantísima carrera en criminología, se afanó en tender trampas… particularmente para mí. Si caía yo en ellas… ¡magnífico! Pero si yo no hubiese percibido la significación de los dos pares de «Colt» y «S. & W.», si yo no hubiera desentrañado por mí mismo los móviles de Thurlow, si yo no hubiese deducido cómo Thurlow trocó armas antes del duelo, si yo no hubiera visto claro todos esos pormenores, amigos míos, tengan ustedes la seguridad de que *Mr*. Charles Hunter Paxton habría maniobrado en forma de sugerirme la «verdad».

”¡Piénsenlo! ¡Cuán tenaz se pegaba Charley a mi humilde persona! ¡Cuán a menudo estaba allí, listo a insinuar una palabra, una idea, algo que me arrastrara por la senda de la especulación proyectada por mí! Confieso que desde el principio fui un simple peón del «maestro estratego» *Mr*. Charley Hunter Paxton, pensando exactamente como quería él que pensara, destilando ese poquito de verdad necesaria para que colgara el Sambenito a Thurlow y

concretara, así, el objeto final de la campaña Paxton: ¡la eliminación de Thurlow!

—¡No puede usted hablar en serio! —gritó Charley—. No puede creer realmente que yo…

—Y eso no es todo. Cuando necesitamos pruebas contra Thurlow, cuando tú las solicitaste específicamente, papá, ¿quién nos indicó lo del sastre y el bolsillo doble de la americana de Thurlow?

—Paxton.

—Y cuando Thurlow penetró como un alud en el estudio de la terraza, ¿a quién atacó? ¿A mí? ¿Al hombre que labró la solución? ¡Oh, no! Saltó al cuello de Paxton, vomitando frenéticas amenazas de muerte. ¿No es obvio que Thurlow enloqueció de rabia al sorprender la vil traición de Charles? El hombre que planeara los crímenes y que, sin duda, prometió protegerle… ¡suministraba ahora a la policía la prueba vital que le condenaría a muerte! Felizmente para el «maestro estratego» Charles Hunter Paxton, el postrer eslabón de cordura de Thurlow se hizo añicos en ese instante, pues si no le habríamos oído vomitar toda la historia de la complicidad de Paxton. Pero aun esto comporta escaso riesgo para Paxton, si bien desde un punto de vista ideal constituía el punto débil de la trama criminal, o sea la posibilidad de una infidelidad de Thurlow… Pero Paxton debió decirse esto: «¿Quién va a prestar crédito al disparatar de un individuo ya harto sindicado como chiflado, frente a las incontrovertibles pruebas existentes contra él?»

—¡Pobre Thurlow! —susurró Sheila.

Y por primera vez desde que la verdad fluyera de los labios de Ellery Queen, se volvió la joven para contemplar al hombre con quien había estado a punto de casarse. Le contemplaba con tal repulsión que Steve Brent posó, rápido, su diestra sobre el brazo de la joven.

—Sí… ¡pobre Thurlow! —coreó Ellery, sombrío—. Antes de tiempo le hicimos perder la chaveta, aunque, pasara lo que pasara, Thurlow habría concluido así: una celda enrejada y carceleros de guardapolvo

blanco… Era Sheila quien más me preocupaba. Al conocer la verdad, tenía que detener la boda.

Y ahora Sheila se volvió para mirar a Ellery, quien enrojeció bajo su ardiente mirada.

—¡Pero claro está que es eso! —dijo Charley Paxton, aclarándose la garganta. Se alzó su mano en leve gesto espontáneo—. ¿Verdad que usted ve lo que pasó, inspector? Ese hijo suyo está enamorado de Sheila… prácticamente, él mismo lo confesó, no hace mucho…

—¡Cállese! —dijo el inspector.

—Trata de enredarme para lograrla…

—¡Le digo que se calle! —rugió el viejo.

—Sheila, tú no darás crédito a esos embustes, ¿verdad?

La joven le volvió la espalda.

—Cualquier cosa que usted diga… —comenzó el policía.

—¡Oh, sí! ¡No me venga con conferencias, inspector! —barbotó Charley—. Conozco la ley mejor que usted —y ahora sonreía, real y efectivamente—. Ensartar un montón de palabras bonitas es una cosa, *Mr*. Ellery Queen; pero probarlas ante el juez es otra muy distinta.

—¡La vieja historia! —gruñó el inspector.

—¡Oh, no, no! —sonrió *Mr*. Queen, devolviendo sonrisa por sonrisa—. ¡Ésta es nueva historia! Ahí tienes tu prueba, papá: el falso memorándum de la venta de acciones y la confesión de la Vieja.

—No te entiendo, hijo.

—¡Ya les dije que está hablando a tontas y a locas! —espetó Charley. Encogiéndose de hombros, se volvió a la asoleada ventana de la capilla—. El Dr. Crittenden se impacientará esperando en la sacristía —observó sin volverse—. Sheila, no me abandonarás por las palabras sin fundamento de este individuo. Miente con descaro para engañarles… miente para…

—¿Mintiendo, yo? —prorrumpió Ellery—. Pues permítame sacarle de un error, amigo mío. Ante todo, ventilaré algunos puntos aún no tocados. Si nadie hubiese interferido en los planes originales de este

sujeto, papá, Paxton habría salido adelante con todo el enredo. Pero alguien interfirió en ellos, el último hombre en el mundo que Paxton hubiese soñado que intervendría en el caso: su propio títere, Thurlow.

Las espaldas de Charley Paxton se contrajeron un punto, inmovilizándose luego.

—Thurlow hizo cosas (y luego *otro* hizo también las suyas), que *Mr*. Paxton, pese a su omnisciencia, no había anticipado, cosas contra las cuales, por ende, no pudo preparar contramedidas apropiadas. Y fue esta interferencia ajena lo que forzó a nuestro astuto caballero a cometer su único error grave.

—¡Siga hablando! —dijo la voz de Charley. Pero era una voz estrangulada—. Siempre fue muy experto en materia de charlatanería.

—La primera interferencia no fue cosa grave —prosiguió Ellery, sin prestar atención alguna a la interrupción—. Thurlow, jubiloso por el triunfo completo obtenido al salir adelante con el asesinato de su hermano Bob, comenzó a pensar por sí mismo… ¡peligroso, *Mr*. Paxton, peligroso! Peligroso, sí; pero es que su mente egocéntrica suele ser tan ciega que menosprecia lo obvio en su labor hacia lo sutil.

”Decía que Thurlow comenzó a pensar por sí mismo. Y en vez de seguir las instrucciones del amo en el segundo homicidio, se sintió imbuido de tal seguridad y aplomo que decidió añadir al cuadro uno o dos toquecillos propios.

”Reconstruyendo lo ocurrido, es dable asignarle estas cosas a Thurlow, por cuanto pertenecen a esa clase de fantásticas necedades que elucubraría un cerebro desquiciado como el de Thurlow, no siendo precisamente las cosas que concebiría un cerebro frío y práctico como el de Paxton.”

—¿A qué te refieres, hijo? —la pistola del inspector apuntaba las espaldas del abogado.

—Thurlow mató a Mac en su lecho en mitad de la noche —replicó Ellery con un tono que hizo enderezar, vivamente, la cabeza de

Paxton, como si hubiera sido tocado por un cable electrizado—. Sí; le mató de un tiro, le flageló con la fusta y dejó cerca de él un tazón de caldo de pollo.

”¿Y por qué? Deliberadamente hizo parecer el crimen a un crimen de Mamá Oca. ¡Qué vergüenza! —agregó *Mr*. Queen, mordaz—. ¡Qué vergüenza para el magistral *Mr*. Paxton! Desbarató su ordenada creación…”

—Yo… yo no lo en…entiendo —tartamudeó Steve Brent. Su brazo rodeaba el hombro de Sheila, y ella se colgaba del buen viejo.

—Pues bien, señor —aclaró Ellery—, toda la primera camada de su finada mujer alimentó esa tontería de la Mamá Oca desde el mismo momento en que le colgaron aquello de la Vieja Que Vivía En Un Zapato. Mamá Oca acomodóse en su tejado, por decirlo así, *Mr*. Brent, y su sombra cobró pesadez, tornándose fatalmente ineluctable.

”Thurlow debió decirse a sí mismo, en el éxtasis que siguió a su primer éxito homicida: “Estoy a salvo; pero un poquito más de seguridad no perjudicará a nadie. Nadie sospecha de mí por el asesinato de Robert en el duelo. Si la policía y ese Queen ven estas «pistas» de Mamá Oca —la flagelación y el caldo— creerán que mi hermano Horatio, el Hombre que no Tuvo Infancia, tiene algo que ver en el caso. ¡Y por cierto que jamás pensarán *en mí*!

”Es ésta, precisamente, la clase de «cortina de humo» tenebrosa que tendería una personalidad psicopática como Thurlow. Pero ella tuvo un significado mucho mayor para Paxton que para nosotros. Pues conmovió el plan de Charley, proyectado sobre una derrota rectilínea, aunque larga. Charley Paxton *no quería* dirigir las sospechas hacia Horatio Locks. Charley Paxton quería que las sospechas recayeran solamente sobre el pequeño Thurlow Locks. ¡Cuánto debió ser su anonadamiento, Charley! Pero debo concederle esto: perpetrada la tontería thurlowiana, tomó usted la decisión más sensata: no hizo nada, esperando que las autoridades no reconocieran o percibieran el embrollo de Mamá Oca. Cuando yo lo

divisé, sólo le restaba albergar la esperanza de que lo descartaría y que retornaría, manso, al rastro thurlowiano.

—Dijo usted algo de no sé qué prueba —masculló Paxton, tenso el acento.

—¡Ajá! ¡Ya vendrá, Charley, ya vendrá! Es usted una bestia paciente, como bien nos lo demostró.

"La siguiente interferencia inesperada vino de una fuente que debió resultarle chocante, Charley: ¡la Vieja! Y aquí es donde le vamos a ahorcar… No, a «quemarle», para usar el más preciso término vernacular del estado de Nueva York.

"¿Qué hizo la Vieja? Escribió una confesión de culpabilidad que era falsa. Nada razonable de su parte, Charley; eso fue un bombazo para sus planes. Y tan serio fue el bombazo que le obligó a ocuparse en actividades que usted no podía dominar, que le dominaban *a usted*. ¡Oh! ¡Concedo que sacó usted gran provecho de su material! Ingenioso y sutil, no descuidó usted un punto; pero esa falsa confesión de la Vieja acabó por subyugarle, Charley, y lo que le forzó a hacer le hará pagar sus crímenes cuando sea juzgado por la ley."

—¡Charle, charle! —dijo, sarcástico, el abogado. Pero luego añadió:

—¿Y qué me forzó a hacer, *Mr*. Queen?

—Amigo mío, le forzó a decirse: «Si la policía da crédito a esa entrometida confesión de la Vieja, todos mis planes se van al diablo. No acusarán a Thurlow, y éste tomará las riendas de las fábricas Locks, y jamás conseguiré su fiscalización por medio de Sheila.» Un pensamiento muy cabal, Charles; y también completamente cierto.

«Así, pues, tenía usted que hacer algo, o abandonar toda esperanza de manducarse el gigantesco pastel prometido a su insaciable voracidad.»

—¡Adelante! —masculló, mordaz, *Mr*. Paxton.

—¡Qué listo fue usted, Paxton! Pero ser listo no es ser sabio, como dijo Eurípides hace dos mil años; a usted le habría convenido más ser más sabio y menos listo, Charley.

—¿Hasta cuándo tendré que escuchar disparates?

—*Usted no podría destruir el sobre sellado que contenía el testamento y el sobre que guardaba la confesión,* por la absurda razón de que…

—… ¡Todos vimos el sobre en la mano de la muerta!— interrumpió secamente el policía—. ¡Adelante, hijo!

—*Ni podía destruir la confesión…*

—Porque —dijo el inspector— la Vieja había dactilografiado un párrafo al pie del testamento expresando que dentro del sobre sellado había un documento que nos indicaría quién asesinó a los gemelos.

—*Ni podía destruir el testamento que contenía tal párrafo…*

—Porque nosotros sabíamos que existía; y, además, porque se lo di para que usted lo guardara hasta su lectura formal —dijo, seco, el inspector—. Usted era responsable de él, Paxton.

—*Ni podía usted sustituirlo con otra revelación* — persistía el tono monótono de Ellery—, pues una revelación que favoreciera sus planes sólo podía acusar a Thurlow, y nadie creería jamás que la Vieja acusaría de asesinato, en su lecho de muerte, a su propio hijo favorito… ella, que toda la vida le escudara de las consecuencias de sus aberraciones…

”No, no —continuó nuestro gran hombre—. Usted estaba atrapado por la red de las circunstancias, Paxton. E hizo usted la única cosa posible: *intentó hacernos creer en la falsedad de la confesión de la Vieja*. La forma más sencilla era simular una falsificación. Si se podía hacernos creer que era falsa, concluiríamos, lógicamente, que la Vieja no había sido de ningún modo la asesina, y proseguiríamos la investigación y eventualmente, siguiendo el rastro que con tantísimo cuidado nos iba usted dejando, llegaríamos hasta Thurlow.

Y ahora Charles Hunter Paxton se volvió de la ventana y se irguió, sombrío y agresivo, ante ella, oscilando un poco sobre los talones y mirando, enfurecido, el revólver esgrimido por la diestra del inspector, firmemente encañonado a su estómago.

—Hablé minutos antes —continuó Ellery, en tono amistoso—, del único grave error cometido por usted, Charles, amigo mío, el error que dará su evidencia al fiscal de distrito y que deparará a su carrera la adecuada culminación.

—¿Cuál fue ese error?

—Necesitaba usted probar que la confesión de la Vieja era una falsificación. A tal efecto, dos series de acciones eran imperativas de su parte, Paxton:

”Primero: apoderarse de un documento que las autoridades supieran, sin ninguna duda, que había sido firmado por Cornelia Locks. Recordó usted el memorándum de la venta de las acciones, cuya suscripción y discusión tuvo efecto ante nuestros propios ojos y oídos. Él serviría admirablemente, de suerte que decidió echar mano del memorándum de las acciones y…

—¡Seguro! —dijo el inspector—. Se hallaba guardado en la mesita escritorio de la biblioteca de la casa Locks, que siempre utilizaba Paxton para sus trabajos.

—Sí. Bien, necesitaba usted echar mano de él, Paxton, preparar un duplicado exacto con la portátil de la Vieja y calcar luego sobre el documento duplicado la firma estampada al pie de la confesión de la Vieja.

—¡Un momento, Ellery! —el inspector parecía conturbado—. Ya que el documento original estaba guardado en la mesita escritorio de este individuo, cualquiera de la casa podría haberse apoderado de él. Este punto no inculpa, forzosa y necesariamente, a Paxton…

—¡Qué cierto es eso! —terció Paxton.

—Sí, papá —respondió Ellery, pacientemente—; pero ¿qué era lo segundo que tenía que hacer el profesor Moriarty? Pues tomar posesión de la famosa confesión de la Vieja para calcar su firma sobre el falso memorándum de las acciones. ¿Y *quién tenía a* acceso a *la confesión de la Vieja*? Una persona. De todas las personas del mundo, sólo una persona. Y por eso sé que Charles Runter Paxton falsificó el memorándum de las acciones. Y por eso afirmo la existencia de pruebas suficientes para condenarle.

—¿Sólo Paxton tenía posesión de la confesión de la Vieja? —murmuró el viejo.

—Es una estrecha, pequeña cuestión de conocimiento y oportunidad —sonrió su hijo—. Y todo susceptible de cabal confirmación. Primero, la confesión, guardada en su sobre, estaba en el sobre más grande que contenía asimismo el testamento de la Vieja. Cuando descubrimos el sobre mayor en manos de Cornelia, no sólo *ignorábamos* que contenía una confesión, sino que no *podíamos* saberlo. Era un sobre grande, común, sellado, con estas palabras sobrescritas: *«Última Voluntad y Testamento»* y firmado: *«Cornelia Locks»*.

”Segundo paso: tú, papá, entregaste el sobre grande sellado en manos de Paxton, cuyo contenido se creía ser sólo un testamento. El sobre está aún sellado; no ha sido abierto ni nadie anduvo con él. Tú se lo das en ese dormitorio, sobre el cuerpo aún caliente de Cornelia, escasos minutos después de descubrirlo en su muerta diestra. Y tú pides a Paxton que guarde el sobre grande sellado que contiene lo que nosotros creemos es sólo el testamento de la finada… Sí, que lo retenga hasta su lectura formal, después de efectuados los funerales.

Paxton comenzó entonces a respirar fatigosamente, y el arma del inspector osciló un punto.

—Tercero: en la lectura formal presenta Paxton el sobre grande sellado. Abierto, descubrimos la confesión al par que el testamento… y desde ese momento en adelante, tú, papá, autoridad a cargo del caso, tomas posesión del documento como importante nueva evidencia del asunto. Forma parte de un archivo policial.

”Ahora bien, nosotros sabemos —prosiguió Ellery, fría la sonrisa —, nosotros podemos demostrar que algún tiempo *antes* de la apertura del sobre en el acto de la lectura formal del testamento, el sobre había sido secretamente abierto por alguien, toda vez que hemos probado que la firma de Cornelia Locks estampada en la confesión había sido utilizada como guía para falsificar una firma al pie del memorándum de la venta de las acciones, y que tal cosa no

pudo haberse ejecutado *después* de llegar a tus manos, papá, e ir a parar al archivo policial.

”Específicamente, ¿cuándo pudo haberse abierto ese sobre? *Sólo en el lapso comprendido entre su hallazgo en la mano de la muerta y su apertura delante de todos nosotros en la biblioteca a los fines de la lectura del testamento*.

”¿Quién pudo haberlo hecho en ese ínterin? *Sólo la persona que tenía posesión del sobre grande sellado*.

"¿Y quién tenía posesión del sobre grande sellado durante tal intervalo? *Sólo una persona: Charles Hunter Paxton*. Cuando tú le entregaste primitivamente el sobre junto al lecho de la difunta, papá, Paxton no acertó a reprimir su curiosidad interesada, y en la primera oportunidad que se le presentó lo abrió al vapor, halló el testamento, halló la nota al pie del testamento, halló el pequeño sobre sellado que contenía un documento revelador de la identidad del criminal, el cual naturalmente abrió al vapor *ese* sobre, leyó la confesión de la Vieja, comprendió que no podía destruirla, vio que sólo podía hacerla parecer falsificación y, consiguientemente, ejecutó todos los pasos necesarios para lograr ese fin; y cuando hubo falsificado el memorándum de las acciones, tornó a sellar el sobre pequeño conteniendo la confesión, hizo lo propio con el sobre mayor que guardaba el sobre menor y el testamento de la Vieja, y luego presentó el sobre sellado grande en la lectura del testamento, como si su contenido ni siquiera hubiera sido tocado con las alas del pensamiento…

La voz de *Mr*. Queen sonó como un latigazo:

—¡Es usted un imbécil, Paxton, si creyó que pudo salir adelante con semejante fantasmagoría!

Por unos instantes temió el inspector Queen que el joven abogado saltara al cuello de Ellery.

Pero los hombros de Paxton parecieron luego hundirse, aplastarse, y se desplomó en una silla cubriéndose la faz con las manos.

—Estoy muy cansado… ¡Es verdad!… Todo lo que dijo es cierto. Celebro que haya terminado todo. Estoy cansado de ser listo.

Y *Mr*. Ellery Queen pensó que aquella última afirmación bien podría agregarse a la distinguidísima lista de epitafios norteamericanos.

XXX. *HABÍA UNA JOVENCITA...*

—¡OIGA, maestro! —dijo el sargento Velie al día siguiente, estirando las piernas hasta la mitad de la sala de los Queen—. Siempre parezco perder el tercer acto. ¿Por qué no me envió un S. O. S.?

—Porque yo mismo no lo sabía —sonrió Ellery.

Las arrugas de angustia habían desaparecido de su rostro enjuto y ahora parecía pasablemente complacido consigo mismo.

—A mí me parece, hijo —rió el inspector—, que no sabes un montón de cosas.

—¡Cierto! ¡Qué cierto es eso! —suspiró Ellery.

—Cuando se les echa un buen vistazo, tus «pruebas» no son más que cuestión de papel, cartón y saliva.

—¡Hum! —dijo *Mr*. Queen—. Sí, es verdad; pero recuerda que lo estaba desarrollando sin estudio previo. No tuve ocasión de preparar mi ataque; no podía permitir que siguiera adelante el casamiento; tenía que hacer lo que podía sobre el terreno, abriéndome paso de punta a punta.

—¡Qué hombre! —exclamó Velie—. ¡Se abre paso de punta a punta! Una especie de cabra montañesa, ¿eh?

—Pero contaba también con ciertas ventajas. Charley fue sorprendido con la guardia baja en la mitad de la ceremonia, a la hora en que pensaba haber sacado bien la cosa y salido con la suya.

—Y ahora se estará comiendo las uñas en la sombra —murmuró el sargento—. ¡Así es la vida!

—¡Pruebas circunstanciales! —insistió el inspector.

—Pero pruebas circunstanciales bien sólidas, papá. Aquel último punto, referente a la posesión del sobre sellado, era granítico. ¡Mi

bala de plata! Y di en el propio centro del blanco de Paxton. Sí, señor: aflojó y confesó. Pero yo sabía que así ocurriría. Ningún hombre puede soportar impunemente un ataque directo en momentos en que está sin preparación, tras sufrir un largo período de tensión. Charley es el tipo intelectual del homicida, el tipo que siempre afloja bajo golpes que un criminal común ni siquiera sentiría.

—Sí, señor —asintió el sargento Velie—, ayer aquí, hoy en la gayola. ¡Da que pensar!

—Da que pensar que nunca me sentí tan dichoso de ver el final de un caso —bostezó el inspector—. ¡Qué caso!

—Aun no le viste el final —insinuó, respetuoso, su vástago.

—¿¡Eh!? —el inspector dio un brinco—. ¡No me digas que acabas de darte cuenta de que cometiste *otro* error!

—En cierto modo, sí —musitó Ellery. Pero sus ojos estaban chispeando—. Sheila Brent me telefoneó. Ahora está en camino para aquí.

—¿Y para qué? —el viejo proyectó su pequeña quijada; pero luego meneó la cabeza—. Barrunto que aún tiene su dolor de cabeza. La pobre chica recibió un fuerte castigo. ¿Qué es lo que quiere, Ellery?

—No sé. Pero yo sé lo que quiero.

—¿Qué?

—¡Ayudarla! Y no sé bien por qué…

—¡Ajá! —dijo su padre—. Velie, salgamos de aquí.

—¿Y por qué no? —el sargento se incorporó, desperezándose—. Yo le diré lo que puede hacer por ella, maestro. Puede usted ayudarla a gastar algunos de esos millones de dólares —y Velie se fue, mascullando que la suerte del policía no es muy tentadora.

—No creo —voceó *Mr*. Queen tras él— que sea eso, precisamente, lo que ordenó el médico para *Miss* Brent.

Y se quedó sentado rumiando diversas medidas terapéuticas hasta que sonó el timbre.

****

—Es lindo verla sin esa expresión acosada —dijo Ellery—. ¡Ya temía yo que fuera cosa permanente!

Pero Sheila no ofrecía muy buen aspecto. Pálida, sus hoyuelos parecían mortecinos esa mañana.

—Gracias. ¿Podría usted darme de beber algo fresco y agradable para una pobre mujer?

—¿Algo para un día seco y sofocante? ¡Ciertamente! —y Ellery se puso a preparar rápidamente algo fresco y agradable.

El joven estaba nervioso y Sheila reparó en ello.

—Espero no crea usted que no le dejo ni a sol ni a sombra —suspiró ella—. Parece que he estado, en cierta manera, alrededor suyo desde… ¡Oh, gracias! ¡Gracias, *Mr*. Queen!

—¡Ellery!

Contempló cómo ella sorbía la fresca bebida y pensó en lo agradable que le resultaría repetir el servicio *ad infinitum*.

—No podría expresarle cuánto siento lo que tuve que hacer ayer, Sheila…

—¡Sentirlo! —Sheila depositó el vaso—. Y aquí estaba yo tan agradecida…

—¿No sufrió demasiada impresión? —preguntó él, ansioso—. Como no tuve tiempo de prevenirle…

—¡Comprendo!

—Naturalmente, yo no podía permitir que la ceremonia siguiera adelante…

—¡Naturalmente! —ella hasta logró sonreír—. ¡Qué propia de un hombre es esa observación! Salva a una mujer de… —se estremeció —, del más horrible error… ¡y pide excusas por eso!

—Bueno, yo pensaba que…

—¡Bueno, usted es un amor! —dijo Sheila, extrañamente—. Y jamás podré agradecérselo suficientemente, Ellery. Por eso le

pregunté si podía venir a su casa. Tenía que decírselo en persona.

—No diga ni media palabra más —exclamó Ellery, irritado el tono —. No sé por qué tendría usted que agradecérmelo. En su mente debo estar yo asociado casi por completo con monstruosidades y pistas y policías y brutales revelaciones…

—¡Oh! ¡No sea tan idiota! —prorrumpió Sheila. Y luego se reprimió, ruborizada—: Excúseme, *Mr*. Queen.

—¡Ellery! —Ellery se sentía vastísimamente complacido—. Sheila, ¿por qué no comenzar una nueva vida?

Ella le miró fijamente:

—¡Pero usted es un repentinista terrible, Ellery!

—Bueno, yo quería decir que… que usted tendría que dejar ese nido de farfullantes imbéciles de Riverside Drive, instalarse en un nuevo y alegre vecindario, cobrar un verdadero interés en la vida…

—Naturalmente, usted tiene razón —Sheila frunció el ceño—. Y por cierto que saldré al mundo para tratar de olvidarlo todo… Descubrí, a mi costa, que el tener dinero no soluciona nada importante. Siempre apetecí hacer algo útil; pero mamá no me dejó. Si hallara alguna clase de trabajo… un trabajo que me gustara realizar…

—¡Ah! —dijo *Mr*. Queen—. Eso trae aparejado una cuestión importante, *Miss* Brent —se escarbó la oreja con el índice—. ¿Consideraría usted que… que yo… ¡ejem!… que yo entro en la categoría de ocupaciones agradables?

—¡Usted! —Sheila le miraba atónita.

—¿No le gustaría venir a trabajar conmigo? —y Ellery agregó, aprisa—: A sueldo, desde luego. Eso se sobreentiende. De ningún modo trato de sacar ventaja de sus millones.

—¿Trabajar para *usted*? —Sheila asentó un codo sobre la rodilla, apoyó el mentón sobre la palma de la mano y le miró, pensativa—. ¡Dígame algo más, *Mr*. Queen!

—¿No se ofendió? ¡Admirable mujer! —Ellery estaba radiante—. Sheila, olvide usted el pasado. Rompa con todas las pasadas ataduras. Salvo con su papá, desde luego. Pero aun así creo le

convendría vivir sola. Cámbielo todo. Imagínese haber nacido de nuevo.

Los ojos de Sheila comenzaron a chispear. Pero pronto tornaron a velarse:

—Suena bien, Ellery, pero imposible.

—¡Nada es imposible!

Pero Sheila sacudió la cabeza:

—Olvida que soy una mujer marcada. Soy Sheila Locks, o Sheila Brent: poco importa eso; todos conocen uno y otro nombre, —*todos*, tal como ella articuló la palabra, sonaba malísimamente mal—. Sólo serviría para mezclar su vida con cosas espantables, y nunca me permitirán olvidar quien fui… quién fue mi madre… mi hermanastro Thurlow… el hombre con quien casi me caso…

—¡Paparruchas!

Ella le miró con aire curioso:

—¡Pero es la verdad!

—Sólo es verdad si usted deja que sea verdad. Existe un medio simplísimo de hacer que no sea verdad.

—¿Cómo? —profirió ella—. ¡Cualquier cosa! ¡Dígame cómo, Ellery! Usted no imagina cómo he querido perderme entre millones y millones de gentes comunes, honestas, cuerdas… *¿Cómo,* Ellery?

—Cambie el nombre —dijo Ellery, calmosamente—. Y con él, su vida. Si *Mr*. Queen, el autor de novelas policiales, contrata una secretaria llamada Susie McGargle, una linda jovencita de, digamos, Kansas City…

—Secretaria —susurró Sheila—. ¡Oh, sí! Pero… —su voz se hizo nuevamente mortecina—. Eso está fuera de cuestión. Es usted un encanto por hacerme ese ofrecimiento; pero no reúno condiciones, no sé dactilografía, no podría tomar notas en taquigrafía…

—¡Aprenderá! ¿Para qué están las escuelas comerciales?

—Sí… supongo que sí…

—Y estoy seguro de que me considerará un buen patrón…

—¡Pero durante tanto tiempo seré un estorbo para usted!…

—Seis semanas —respondió Ellery, meditabundo—. Dos meses afuera para convertirse en la más eficiente dactilógrafa que jamás tecleó una máquina de escribir. Dos meses y no más.

—Cree usted que realmente… ¿podría yo?…

—¡Por la luz que nos alumbra!

Casi embelesada dijo la muchacha:

—Si yo pudiera… iniciar nueva vida… ¡Sería divertido con usted! Si habla realmente en serio…

—Hablo realmente en serio.

—Entonces… ¡acepto! —ella saltó del sofá—. ¡Cielos, acepto! —en su excitación, comenzó a ir y venir a la carera, volando de un lugar a otro—. ¿Es aquí donde trabaja usted? ¿Es difícil? ¿Nadie le limpia el escritorio? ¿No se lo asean alguna vez? ¡Qué mala es esa foto suya! La luz es mala allí. ¿Dónde está su máquina de escribir? Tal vez podría comenzar hoy mismo. La escuela, quiero decir… ¡Oh, cielos! ¡Una nueva vida, un nuevo nombre, trabajando con Ellery Queen!… ¡Un nuevo nombre! —dijo, húmedos los ojos—. ¡Pero no me gusta Susie McGargle!

—Eso —expresó Ellery, observándola mariposear alrededor suyo con un júbilo que le sorprendió—, eso fue un chispazo de inspiración momentánea, elegido simplemente para ilustrarla.

—¡Cómo habla usted! —rió Sheila y por primera vez en largo tiempo, pensó Ellery en cuán deliciosa puede ser una risa de mujer —. Bueno, entonces, ¿cuál va a ser mi nombre? La idea es suya… ¡bautíceme usted!

Ellery cerró los ojos:

—Un nombre… ¡Bonito problema! Bonito problema para una cosa bonita. Pelirroja, hoyuelos… —se irguió, radiante—. ¿Sabe usted que aquí hay una coincidencia extraordinaria?

—¿Qué coincidencia?

—¡La heroína de mi nuevo libro tiene cabellos rojos y hoyuelos!

—¿De veras? ¿Cuál es su nombre? Sea cual fuere, aun Grimalkin, o Triblisky, o Pollywog, juro que lo tomaré para mí.

—¿En serio?

—¡En serio!

—Bueno, está de suerte —manifestó Ellery, sonriente—. Es un nombre requetebonito, si se me permite la inmodestia.

—¿Cuál es?

Mr. Queen se lo dijo.

—¿Nicky? —Sheila lo miró, dudosamente.

—Se deletrea N-i-k-k-i.

—¡Nikki! ¡Oh! ¡Maravilloso, admirable! ¡Ese *sí* que es un nombre hermoso! Nikki… ¡*Mr*. Queen, se lo compro!

—En cuanto a un apellido —murmuró dicho caballero—, no puedo darle el de mi heroína… ¡Es Dempsey!… Un nombre perfectamente bueno; pero algo inapropiado para usted.

—¡Veamos! ¿Qué iría bien con «Nikki» y con usted, Ellery?

—Nikki… ¿Nikki Jones?… ¿Nikki Brown?… ¿Nikki Green?…

—¡Cielos, no! ¡Nada de poesía! ¿Nikki Keats? ¿Nikki Lowell? ¿Nikki Fowler?… Fowler. Terminación: *E-r. Er*. Sí, sería bueno. Una e-r terminando un nombre bisilábico. Parker, Farmer, Porter. ¡Porter! ¡Nikki Porter!

Ellery se puso de pie de un brinco:

—¡Eso es! —prorrumpió—. *¡Nikki Porter!*

—Sí —dijo Nikki Porter, toda ella suavidad y ternura y alegría y agradecimiento—. Sí, *Mr*. Queen.

—¡Ellery para usted, *Miss* Porter! —dijo *Mr*. Queen, radiante.

—Nikki para *usted…* Ellery…

FIN



ELLERY QUEEN es el seudónimo bajo el cual publicaron sus obras comunes dos escritores estadounidenses, Frederic Dannay (1905-1982) y su primo Manfred B. Lee (1905-1971). Escritores de literatura policíaca y creadores del personaje que lleva el mismo nombre que su seudónimo, con una amplia producción personal entre 1929 y 1970, y muchas otras obras escritas bajo su patrocinio y autorización usando el mismo seudónimo.

En 1929, Dannay y Lee publicaron su primera novela, *El misterio del sombrero romano*, que obtuvo un gran éxito y les hizo seguir escribiendo argumentos para su famoso personaje del detective Ellery Queen, protagonista de más de treinta novelas.

También trabajaron como guionistas de cine y televisión, y sus novelas fueron radiadas por capítulos, seriadas para televisión y llevadas al cine. Crearon el personaje Drury Lane publicando varias

novelas bajo el seudónimo de Barnaby Ross, y también crearon el personaje Tim Corrigan.

Además contrataron a gran número de escritores para trabajar bajo este seudónimo, algunos de ellos más tarde famosos, como Avram Davidson, Stephen Marlowe, Jack Vance, Theodore Sturgeon…

Notas

[1] En inglés se da a los jueces este tratamiento, equivalente al de *«Su Señoría»* en castellano. (N. del T.) **<<**